Hasta que pueda matarte II

JOSÉ SOTO CHICA

TU SANGRE EN MIS MANOS



novela histórica

DESPERTA FERRO EDICIONES

TU SANGRE EN MIS MANOS

Hasta que pueda matarte II

TU SANGRE EN MIS MANOS

JOSÉ SOTO CHICA

DESPERTA FERRO
EDICIONES

Tu sangre en mis manos
José Soto Chica

© de esta edición:
Tu sangre en mis manos
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12, 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-129847-7-4

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Cartografía: Desperta Ferro Ediciones / Carlos de la Rocha
Coordinación editorial: Óscar González Camaño

Primera edición: noviembre 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2025 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Producción del ePub: booqlab

Dedico esta novela a mi amiga y abogada Rosa Ángela Martínez.

Rosa, llevamos once años batallando juntos y tu amistad y vitalidad siempre han iluminado los momentos más difíciles de cuantos combates hemos sostenido.

Pues, a menudo, una sonrisa, un abrazo, son más necesarios que las leyes; y tú, corazón leal y bravo, siempre me los has regalado.

índice

1. Prólogo para un demonio
2. Prólogo para un corsario
3. PRIMERA PARTE.
   EN EL PAÍS DE LOS LOCOS FURIOSOS
   1. 1. Para Guillermo
   2. 2. La serenísima traición
   3. 3. La puerta de la felicidad
   4. 4. Regreso al hogar
   5. 5. Las carcajadas del destino
   6. 6. En el país de los locos furiosos
   7. 7. Un combate que no cesa
   8. 8. La mirada del terror
   9. 9. Del destino y la fortuna
   10. 10. Equilibrios sobre la muerte
   11. 11. Las torres de Vatheia
   12. 12. La carga de los locos
   13. 13. Todo estalla
4. SEGUNDA PARTE.
   LA JORNADA DE NAVARINO
   1. 14. De milagros y batallas
   2. 15. La sombra de Dios
   3. 16. El león, el santo y el dragón
   4. 17. La arena del reloj
   5. 18. El precipicio y el león

6. 19. Los molinos de Corón
7. 20. Las olas de la fortuna
8. 21. Traidores y cañones
9. 22. Castillos en el aire
10. 23. El cabrón del destino
11. 24. La hazaña de La Loba
12. 25. He jurado matarte
13. 26. La loca de la colina
14. 27. Las razones secretas
15. 28. Un príncipe en el barro
16. 29. La última batalla
17. 30. Las derrotas
18. 31. Una no victoria

5. Epílogo
6. Nota histórica
7. Agradecimientos
8. Posfacio:
   La Monarquía y el teatro mediterráneo en el siglo XVI, por Hugo A. Cañete

Prólogo para un demonio

En algún lugar de la frontera húngara, veintiséis de enero de 1572.

La noche es frío y nieve, sí; y, agazapada entre ellos, vigila la muerte.

Un halcón se encoge en la rama de un abeto, y entre los arbustos relucen los ojos de fuego amarillo de un lobo solitario mientras acecha al viajero montado sobre su caballo. Luego, cuando pasa la figura oscura, todo vuelve al silencio y al frío.

Un recodo, uno más en la senda que atraviesa las boscosas colinas y en el que el viajero detiene a su enorme caballo negro. A oriente, el sol destinado a un nuevo día medita si vale la pena alzarse sobre el horizonte; y a poniente, la oscuridad, como siempre, se niega a aceptar lo inevitable.

Lleva ya cuarenta días de viaje y su destino aún está lejos. Eso no le importa; de hecho, solo le importan dos cosas: el recuerdo y la venganza.

Entonces oye el grito de la muchacha y aunque no le incumbe, dirige hacia él su montura, llevándola hasta un cruce de caminos en donde tres hombres que han asesinado a un cuarto, se afanan ahora en violar a su joven viuda.

Nadie debería viajar de noche; nadie debería hacerlo acompañado solo por su esposa, sí, y nadie debería intentar abusar de una muchacha delante del viajero solitario.

No lo ven venir, tampoco lo oyen. Están por completo enfrascados en violentar a la joven, en arrancarle la ropa, en saciar su lujuria en el cuerpo indefenso de la mujer que acaba de dejar de ser niña, que grita con toda la desesperación tras ver cómo

apuñalaban al hombre que debía protegerla y que sabe que, una vez hartos de ella, también la coserán a cuchilladas.

¿Sabéis lo que puede hacer una mano diestra con una hoja afilada? Os lo diré: la espada del viajero quiebra huesos, destroza músculos, corta tendones, abre arterias… Es una orgía de sangre derramada, de aullidos de dolor y terror silenciados a fuerza de acero inmisericorde.

Noche y nieve, frío y silencio, y sangre humeante que presta su niebla roja para envolver a la muerte. Sí, y un hombre oscuro, sobre un caballo negro y grande que empuña una espada ensangrentada y mira a una joven que, desde un suelo cubierto de nieve que ahora es barro rojo, le devuelve la mirada, asustada.

¿Qué ve la muchacha? Un hombre envuelto en un manto, con el rostro velado por un amplio sombrero y montado sobre una bestia enorme desde cuyo lomo la mira en silencio con un ojo de hielo que la inunda de un miedo profundo que la priva de la palabra y casi de la razón.

—No me hagas daño…

Es lo único que acierta a decir la chica en un tono bajo, desmañado, balbuciente. Pues mirar a aquel hombre tuerto, a aquella sombra, es como mirar al Diablo del que tanto le han hablado.

Silencio durante un largo instante. Un silencio mezclado con la respiración agitada de la muchacha y con el vuelo de una lechuza que acierta en ese instante a pasar sobre sus cabezas, y que alerta al caballo negro, pero sin inmutar al alto viajero que no aparta su solitaria y gélida mirada del pálido rostro de la joven.

—¿Sabes rezar?

La pregunta deja a la muchacha desconcertada y sin habla. Pero, con un esfuerzo que se impone a su miedo, asiente con la cabeza.

—Pues hazlo por alguien como tú. Hazlo, a ella no la pude salvar.

Nada más. Eso y la amplia capa negra del viajero que, desembarazada con un amplio gesto, arroja sobre la joven asustada

y medio desnuda que sigue tirada en el suelo junto a los cadáveres de los que han abusado de ella.

La chica se cubre y se envuelve en la prenda, y el viajero sigue su camino por Hungría en dirección a Alemania.

Mientras se aleja, el sol se decide al fin y acuchilla con su primera luz el levante, y la chica, sin apartar los ojos de la espalda del viajero, recupera el movimiento y la razón: arrastrándose sobre los cadáveres de los asesinos, les arranca con premura las bolsas y les quita cuanto tienen de valor. La vida es eso: sobrevivir, y ella lo sabe bien a sus quince años.

Quizás por ello, mientras desvalija a los muertos, reza una y otra vez hasta quedarse sin aliento y perder de vista al demonio que le ha salvado la vida.

Prólogo para un corsario

Constantinopla, veintiséis de enero de 1572.

Lo odia con todas sus fuerzas. Sí, odia el sonido del látigo cuando quiebra el aire justo antes de abrirle la espalda al pobre desgraciado que grita pidiendo clemencia.

Pero es inútil, todo su odio es inútil, pues sigue escuchándolo. Sí, al látigo y al hombre que pide perdón mientras el cuero cruel le arranca jirones de piel, penetrando hasta sus huesos, derramando su sangre y enloqueciéndolo de dolor. Una, dos, cinco, diez, veinte, treinta, cincuenta veces se escucha el inmisericorde restallido del látigo que le atormenta la mente y le seca el corazón. ¡Dios bendito, cómo odia el infernal sonido que hace el aire cuando el cuero cruel quiere empaparse con la sangre de un inocente!

Silencio… o casi. El hombre ya no grita. Se retuerce, gimotea, murmura algo. ¿Una oración? ¿El nombre de su madre? ¡Qué más da! Lo único que importa es que ese maldito sonido, el del restallido del látigo, ha cesado.

—Dios clemente y misericordioso… el látigo al fin ha callado —murmura agradecido, piadoso, agotado, mientras entrega a su asistente el flagelo empapado de sangre y engalanado, aquí y allá, con informes pedazos de carne arrancados de la espalda del trabajador al que acaba de azotar.

Es entonces, solo entonces, cuando se permite mirar al desdichado carpintero que se retuerce a sus pies y al que, a fuerza de latigazos, acaba de llevar al negro umbral de la muerte. Ahora el maestro de ribera ya no es una persona, sino tan solo un ser informe, gimiente, roto, ensangrentado, que agoniza revolcándose

sobre su propia sangre y sobre la orina que su vejiga y el pánico no pudieron retener.

Ulug Alí Pachá da entonces un paso atrás y luego se vuelve muy lentamente, para poder mirar a todos los que han contemplado cómo ha castigado con el flagelo al maestro carpintero que se atrevió a contradecirlo. Carpinteros, fundidores, armeros, herreros, soldados, marineros… la mirada de Ulug los golpea a todos con su impasible frialdad. Pues no hay odio, no hay regocijo, no hay nada en esos ojos suyos que solo son oscuridad y hierro gobernando un rostro requemado por el sol y por los vientos del mar cargados de desventura y sal.

Mientras mira a los hombres que lo rodean, Ulug no se engaña: todos lo odian, todos lo temen. Pues de los demás, de sus semejantes, ya solo espera eso: odio y miedo. Pero no le importa, de veras que no le importa. Pues lo que los demás piensen o sientan, deja de importarte cuando has muerto; y él, Ulug Alí Pachá, en otra vida, cuando se llamaba Giovanni Dionigi Galeni y no era sino un muchacho calabrés de diecisiete años, murió cuando los corsarios que lo apresaron lo encadenaron al remo de una galera berberisca.

Por eso odia el sonido del látigo: porque con él, durante cuatro interminables años, le rompieron la espalda hasta dejarlo, una y otra vez, ensangrentado y lloroso sobre el remo al que estaba sujeto.

Sí, y por eso es una magnífica prueba de la grandeza de Dios que pese a todo, pueda hacer uso del flagelo casi a diario y con tanta habilidad como para matar, tras infringir un supremo dolor, a cualquier hombre que lo desobedezca o desagrade. Pero es que él, Ulug, es hombre de férrea determinación y encomiable abnegación, está dispuesto a hacer imperar la voluntad de su señor: Selim, el segundo de su nombre, Santo Califa, Gran Sultán, poderoso Gran Kan, verdadero César de los Romanos, Señor del Horizonte y Sombra de Dios en la Tierra y, sobre todo, el soberano a quien debe su resurrección, su fortuna y su poder.

Pues ahora, él, aquel muchacho calabrés que, treinta y cinco años atrás, murió atado al remo de una galera berberisca para resucitar como implacable corsario al servicio del Gran Turco, es un

ser terrible y magnífico: Ulug Alí Pachá, el renegado más despiadado que jamás hayan sostenido las olas del mar Mediterráneo, amén de bey de Argel, conquistador de Túnez y, desde hace dos meses, nuevo *Kapudan Pachá* de las flotas de la Sublime Puerta.

Sí, y está dispuesto a hacer lo que le ha sido ordenado: armar doscientas galeras, galeotas y fustas en tan solo seis meses y dotarlas de cañones, remeros, marinos y soldados con los que vengar la gran derrota que, tres meses atrás, les encajaron los cristianos en Lepanto.

¡Y por Dios que lo va a hacer! Sí, aunque tenga que matar a latigazos hasta al último de los forzados, obreros o artesanos que trabajan, de noche y de día y sin apenas descanso, en los arsenales y astilleros de Eski Terzana y Top-Hane. Allí, docenas de miles de hombres se rompen la espalda y las manos construyendo naves de guerra, fundiendo cañones, forjando *kilifs* y yataganes, fabricando mosquetes y arcabuces, secando y curvando madera para los arcos, moliendo pólvora con la que alimentar las armas y las bocas de fuego.

Todo eso se hará, sin duda. Pero mientras tanto, a sus pies, el carpintero al que ha azotado sin piedad ya no gime. Está muerto. Con un gesto de la cabeza, ordena que dos jenízaros lo arrastren hasta el muelle más próximo y lo arrojen a las aguas del Cuerno de Oro para que se lo coman los peces.

Luego, extenuado, se permite el consuelo de elevar los ojos para llenárselos con la espléndida visión de las cúpulas y minaretes de las mezquitas de Constantinopla y, aunque no lo sabe, una débil sonrisa se asoma a sus labios cuando imagina entre aquellas arquitectónicas maravillas, el perfil de los edificios del *külliye*, el complejo de edificios que ha mandado erigir y que estará compuesto por una mezquita, una madrasa, unos baños, una fuente y un mausoleo. Su mausoleo. El lugar donde su cuerpo, el que debe morir una segunda vez cuando Alá, loado sea su nombre, así lo disponga, hallará reposo. Ha encargado la magna obra al gran Mimar Sinan, el genial arquitecto al que el sultán Solimán el Magnífico encomendó tantas maravillosas obras; con ello, Ulug asegurará el recuerdo de su

fama y conseguirá lo que no ha logrado, ni logrará en vida: que hablen bien de él.

Pero ese pétreo consuelo no está aquí, ante sus ojos, sino en el futuro. Suspira, agotado, y abandona el astillero encaminándose a la modesta casa erigida junto a los arsenales y cuyas austeras paredes le ofrecen resguardo y cama durante las escasas horas en las que se permite descanso. Pues, aunque posee en Constantinopla una magnífica residencia, no la visita siquiera: todo su tiempo, todas sus energías, están concentrados en restaurar el poder otomano que se perdió en octubre ante la armada de la Liga Santa que comandaba don Juan de Austria.

Cuando despide a sus guardias y sirvientes, se queda solo con la joven cautiva toscana que le sirve de concubina y que, solícita, le quita las botas, los zaragüelles, la camisa, el lujoso caftán rojo bordado en oro y el turbante de seda cruda que oculta las escamosas calvas que, años atrás, le dejó la tiña en la cabeza. Desnudo, se deja conducir hasta la bañera de mármol y bañar por las ligeras manos de la muchacha que le quita la sangre, el sudor y el polvo; y que, ya lavado, lo unge con aceites perfumados y le arregla la oscura barba generosamente salpicada de blanco.

—Puedes retirarte —dice a la chica de ojos solares y piel de luna. Pues esa noche, de la que tan pocas horas quedan, no tiene fuerzas para yacer con ella.

La toscana, disimulando su alivio, inclina la cabeza y sale sin hacer ruido, dejando a su señor tendido sobre las sábanas, exhausto, roto de cansancio, esperando, como una fiera acosada, a que las sombras huyan ante la pronta alborada que, inexorable, se aproxima.

Con los ojos cerrados, controlando la respiración y sintiendo cada músculo dolorido en su cuerpo de hombre de cincuenta y cuatro años, pelea contra los recuerdos de su infancia y primera juventud, cuando aún podía permitirse ser bueno y no escuchaba el restallido del látigo, sino el de las campanas de la iglesia de su pueblo y la voz dulce de su madre…

—No deberías trabajar tanto.

La voz ronca sobresalta de tal manera a Ulug Alí que se incorpora de un salto y, empuñando la daga que siempre guarda bajo la almohada, encara al hombre que acaba de hablar; como nunca apaga el candil que ilumina su austero dormitorio, reconoce de inmediato el anguloso y reseco rostro de Pedro Paolo de Arcuri: agente del católico rey Felipe, también el segundo de su nombre, y un demonio al que Satán no quiso en el infierno.

—¿Cómo has entrado aquí?

—¿Qué importa eso?

Importa y mucho, sobre todo cuando eres consciente de que has estado indefenso ante un verdugo despiadado.

—No deberías haber venido, nos estás poniendo en riesgo a los dos.

—Quiero una respuesta.

La exigencia de Pedro Paolo se queda flotando entre los dos, temible e invisible, como un fantasma cargado de terror.

«Eso no es extraño», reflexiona Ulug: el propio Arcuri es un fantasma. Uno que creció junto a él en su pueblo natal de El Castelle, en Calabria; que compartió juegos infantiles y aventuras juveniles y que fue apresado junto a él por los corsarios y encadenado a su lado para remar durante años en una galera berberisca a fuerza de fatigas, dolor y miedo.

Pero de eso hace mucho tiempo. Sí, tanto que todavía eran jóvenes y llevaban sus verdaderos nombres: Giovanni Dionigi Galeni y Gian Battista Ganguzza.

—Aún no he decidido.

—Agotas nuestra paciencia. Mi señor, el rey Felipe, no puede esperar más. Su oferta sigue sobre la mesa: traiciona al sultán informándonos sobre sus preparativos de guerra, retrasándolos cuanto te sea posible y, sobre todo, cuando llegue el momento, entregando Argel a España. A cambio, el rey te dará un condado en el reino de Nápoles, te asegurará una renta anual de doce mil ducados y te pondrá al mando de una escuadra.

—¿Y Argel?

Pedro Paolo de Arcuri se toma su tiempo en contestar. Cuando lo hace, sonríe y deja a la vista su desfigurada boca mutilada a

fuerza de recibir en ella patadas y golpes cuando no era sino un galeote encadenado al remo.

—Si reniegas del islam y vuelves a la religión católica, el rey te tomará como vasallo y te permitirá conservar el señorío de Argel con el título de príncipe.

Ulug menea lentamente la pesada cabeza; durante un largo instante los dos hombres, que fueron amigos desde niños y que sufrieron juntos como esclavos del remo, se miden y piensan en lo mismo: en matar al otro y robarle así la oportunidad de que haga otro tanto.

—No basta. Quiero que Túnez también sea mío —concluye Ulug, al fin.

—Nunca supiste medir tus ambiciones.

—Y tú nunca supiste anticipar que siempre consigo hacerlas realidad.

Pedro Paolo niega con la cabeza y da un paso atrás antes de despedirse.

—Volveré. Será mi última visita. Medita bien tu respuesta: puede que también sea la última.

Eso es todo. Eso y el silencio cómplice que siempre antecede a la primera luz de un nuevo día.

Ulug se gira de nuevo hacia el inútil lecho en el que no ha podido descansar y mientras se viste, se pregunta, aunque ya sabe la respuesta, por qué no ha matado a Pedro Paolo de Arcuri:

—Cuando te miro aún veo tu rostro de niño… Y por si eso no bastara, Gian Battista, pasamos cinco años encadenados al mismo remo. Todo eso te debo. Eso y que te negaras a seguir mi camino para no tener que renegar de ti mismo. Por eso te liberé del remo; y por eso, te llames ahora como te llames, sigues vivo: porque te recuerdo como eras y porque te respeto por lo que sigues siendo.

Un instante después camina en silencio y sin luz por la galería que lleva desde sus estancias privadas al patio y desde este a la puerta principal de la casa; y mientras sus pasos van alertando a los guardias, que se apresuran a seguirlo y guardarlo, Ulug se permite pensar en la dolorosa y verdadera razón que le impide aceptar la generosa oferta del rey de España: la venganza. ¿Cómo se atreven a

ofrecerle oro, dignidades y poder cuando le arrebataron lo más precioso? Pues en Lepanto, Ulug no solo conoció la derrota, sino también el dolor más mortífero que jamás hubiera experimentado: el de perder a su hijo. Allí, sobre las olas del mar pintado de fuego y sangre, quedó el cadáver de quien más amaba.

¿A que playa olvidada llegaría su cuerpo? ¿Lo devoraron por completo los peces? Nunca lo sabrá. Pero sí sabe una cosa: que ahora ya no le bastan ni el oro ni la ambición.

Un instante más tarde está bajo el umbral de la puerta de su sencilla casa. Aún falta para que amanezca y Constantinopla sigue durmiendo, pero en los astilleros no se duerme, sino que se trabaja sin descanso; y desde allí, hasta sus oídos, llega de nuevo el restallar de los látigos. Ulug cierra los ojos y maldice el odioso sonido. Luego, con una seca orden, exige que le traigan su látigo y, a grandes zancadas, se encamina a seguir cumpliendo con las órdenes del sultán.

primera parte

EN EL PAÍS DE LOS LOCOS FURIOSOS

1

Para Guillermo

Dillenburg, condado de Nassau, Sacro Imperio Germánico. Atardecer del primero de abril de 1572.

Guillermo, príncipe de Orange y conde de Nassau, es un hombre taciturno y delgado, de mediana estatura y ojos castaños, y que se está empezando a quedar calvo. Sí, se está quedando sin pelo, además de aliados, dinero y esperanza.

Allí, en su condado de Nassau, se entretiene reuniendo tropas que pretende dirigir algún día contra su señor natural, Felipe, hijo del emperador Carlos y rey de España; pero sabe que la guerra –su guerra– está perdida. Pues de Flandes solo le llegan malas noticias en las que siempre anda enredado un nombre odiado: el del duque de Alba.

Guillermo mira a su alrededor. Sus acompañantes forman una desmañada partida: algunos guardabosques que hacen de guías, los monteros que pugnan con los inquietos perros, un puñado de sirvientes, una docena de invitados y cortesanos y otros tantos guardias. Se supone que han salido a cazar, pero no es buena época para hacer batidas. Aun así, necesitaba distraer su mente; por supuesto, no lo ha logrado y ahora, tiritando de frío, la idea de organizar una pequeña cacería le parece lo más estúpido que podía habérsele ocurrido.

En ese momento, un cuervo grazna y luego echa a volar entre los árboles sin hojas. Guillermo refrena el caballo y deja que sus ojos tristes sigan el vuelo del negro pájaro. A veces, como en esta tarde de temprana primavera, pierde la esperanza. No lo confiesa a nadie, es cierto, pero la pierde y sopesa si no será ya hora de dejarse de bobadas y someterse a Felipe. ¿Estará aún a tiempo de hacerlo?

¿Quién puede saberlo? Puede que reciba el perdón o puede que sienta en el cuello el filo acerado que le corte la cabeza.

Esto último le trae el recuerdo de los condes de Egmont y Horn, decapitados en Bruselas hace cuatro años. ¿Perderá también él la testa? ¿Valdrá entonces la pena ser un héroe muerto como ahora son el buen Lamoral y el valiente Philippe? En días como este, tan plenos de frío y desesperación, tiene para sí que no merece la pena. «Pero ¿qué hacer?». Esa es la maldita pregunta que, desde hace semanas, le pesa como plomo derramado en su mente. «Debería someterme…». Esta respuesta es la que últimamente más se le aparece en su taciturno reflexionar. Empero, cada vez que lo hace, el jodido orgullo se apresura a imponerse en su ánimo.

A «ese», al orgullo, nunca ha sabido embridarlo y a sus treinta y nueve años no cree que pueda lograrlo; y con «él», con ese peligroso compañero que es el orgullo, se sobrepone a sus negras vacilaciones.

Pero hoy es diferente. Hoy no puede engañarse más: el rey Felipe es dueño del mundo. Impera en los océanos y en las Indias del Occidente, domina Italia y allá lejos, en Lepanto, sus galeras y sus soldados derrotaron a los invencibles turcos, mientras que aquí, en el norte, su demoniaco duque de Alba se impone con la pesada inexorabilidad del mar del Norte.

—¿Dónde está mi maldita suerte? —masculla desde la montura de su caballo blanco mientras echa una lenta mirada al frío bosque que lo rodea y donde la primavera aún no ha tenido oportunidad de mostrarse.

—¿Qué decís, mi señor?

Guillermo ni siquiera se molesta en contestar a su invitado. La jornada de caza está siendo un fracaso… ¡Todo es un condenado fracaso!

Entonces ven la paloma. Una figura diminuta y blanca que cruza el cielo color plomo y que se interna entre las copas de los desangelados árboles, desapareciendo entre ellos como si en vez de materia fuera sueño.

Guillermo se tensa. Algo lo alerta. ¿Qué? No lo sabe, pues solo ha sido una paloma, una como tantas otras.

Cascos de caballo. Allá, ante ellos, en lo profundo del bosque, trota un caballo. Los guardias de Guillermo se ponen en alerta y sus acompañantes se arremolinan en torno suyo, como si anticiparan que algo extraordinario va a acontecer en aquella melancólica tarde alemana.

Y lo ven salir del bosque: un hombre alto, delgado, tocado con un sombrero de ala ancha engalanado con una pluma negra y portando en una de sus manos a la blanca paloma que, apresada, permanece paralizada, como si el terror la petrificara.

El extraño no se anuncia, excepto con silencio y determinación. Envuelto en una capa negra, negras son también sus ropas y negra la faja de seda que le ciñe la estrecha cintura y que sujeta dos pistolas, mientras que a su costado cuelga una extraña espada. Los guardias se aprestan a interceptarlo, pero su señor los detiene con una seca orden y el enigmático caballero puede acercarse a tres pasos del conde de Nassau.

Hace mucho frío y de la boca del oscuro jinete sale vaho que nubla su rostro. Tarda en hablar y cuando lo hace, su voz es profunda e inquietante, como un insondable abismo.

—Don José Nasí, duque de Naxos, os entrega esto —se limita a decir el extraño mientras suelta un tubito de cobre de la pata de la paloma para a continuación tendérselo al príncipe de Orange.

Guillermo, súbitamente alterado al oír ese nombre, acerca su caballo y toma el pequeño objeto. En su interior hay un diminuto fragmento de papel y en él, escritas con tinta roja, tres palabras: «Brielle», es la primera de ellas; «Para Guillermo» las dos que siguen.

Guillermo cierra los ojos, aliviado. Luego los abre y los fija en el mensajero. ¿Qué ve? Bajo el sombrero de ala ancha un rostro pálido y duro como el hielo, regido por un solo ojo de un azul tan frío como el más gélido de los inviernos.

—¿Cuándo ha caído Brielle? —pregunta al fin, al comprobar que el emisario nada dirá si no se le pregunta.

—Esta mañana. Los Mendigos del Mar la tienen en su poder. Os dirán que fue una sorpresa, pero yo digo que la guarnición que

debía defenderla estaba comprada y que les abrió las puertas de la ciudad.

—¡Gracias a Dios! —exclama el príncipe de Orange sin poder ya sujetar más la esperanza que renace en su corazón.

Pero el mensajero niega lentamente y clava su ojo implacable en los de Guillermo de Orange:

—No le deis las gracias a Dios, sino al oro de don José Nasí y a la voluntad de mi señor, el santo califa y sultán Selim.

Y ante esas palabras y en presencia de aquel rostro que parece tallado en pálido averno, los nobles y cortesanos que acompañan al príncipe de Orange, dejan de percibir el frío para sentir miedo. Su señor, por el contrario, no lo tiene, pero quiere tener seguridad; sí, la que da saber que el más rico banquero de la tierra seguirá apoyando su rebelión.

—¿Tendré oro?

—Más del que podréis gastar, príncipe de Orange. Pero, a cambio, tendréis que invadir Flandes antes de tres meses. El rey de España ha de tener fijo aquí uno de sus ojos.

—¿Y Francia?

—No temáis. En secreto, el sultán ha pactado con Venecia que esta, a espaldas de sus aliados, España y el papa, dé paso libre a los emisarios de la Sublime Puerta para que puedan alcanzar Francia e Inglaterra. Ahora mismo, mientras vos y yo hablamos aquí, el rey de Francia y la reina de Inglaterra cierran un pacto contra Felipe de España y se apresuran a entregar su apoyo al Gran Turco.

Las palabras del extraño llegan como desde un cementerio: voz fría, contenida, verbo preciso y una maldita seguridad que ya quisiera Guillermo para sí. Pero ¿será verdad todo lo que ha dicho? Esa pregunta es clave y él sabe que debe apostar a que lo sea. Sí, pero antes, hará una segunda y precisa pregunta:

—¿Y por qué tendría tanta prisa Francia por ofrecer su ayuda al sultán?

—En primer lugar, porque Francia no necesita motivos para dañar los intereses de España; le basta con el rencor y las ganas de revancha. Pero, en segundo lugar y por si acaso eso no fuera suficiente, don José Nasí, deseando complacer al sultán, derrama

oro sobre los nobles del reino de Polonia y el gran ducado de Lituania para que elijan como a su rey a Enrique, hermano del rey de Francia. Ya sabéis, favor con favor se paga. En cuanto a Inglaterra, a la que no nombráis, bastó con ofrecerle ventajas comerciales en Constantinopla y un puñado de oro. Es un reino pobre y se conforma con poco.

Guillermo asiente. Es una buena respuesta a su pregunta y reafirma su renovada seguridad. Por lo pronto, el agente otomano le ha dado una prueba de que el sultán, pese a su derrota en Lepanto, sigue siendo un gran poder que puede tejer una tela de araña hecha de traiciones y alianzas contra España capaz de enredar para siempre al rey Felipe.

—¿Cómo te llamas?

—No tengo alma. Un hombre sin alma no necesita nombre, solo cumplir con su destino; y en el mío está escrito que os arrancaré el corazón si traicionáis al sultán. Por eso me enviaron a mí y no a otro: para que no os quede ninguna duda al respecto.

Y diciendo aquello, Mehmet al-Rumi, sin dejar de mirar a los ojos de Guillermo, príncipe de Orange y conde de Nassau, le retuerce la cabeza a la paloma mensajera y la deja caer, muerta, a los pies del rebelde vasallo del rey de España. Luego, sin una palabra cortés ni despedida alguna, tira de las riendas, hace girar a su caballo y lo encamina al bosque.

Allí la noche, que ya no espera, lo torna sombra.

2

La serenísima traición

Barrio de Gálata, Constantinopla. Doce de julio de 1572.

Marco Antonio Barbaro, embajador de la República de Venecia ante la Sublime Puerta, es un hombre que adora los textos escritos por los antiguos griegos y romanos. Por eso, al ser llevado ante la presencia de Esther la *Kyra*, le viene el pensamiento de que se halla ante una de las Moiras que hilan el destino de dioses y hombres. Sí, pero ¿ante cuál de las tres deidades? ¿Cloto, la que inicia una nueva trama del destino? ¿Láquesis, la que decide cuánto durará y por donde discurrirá? ¿O quizá la temible Átropos, la que pone implacable final a toda existencia? «Buena pregunta», piensa, aunque es una lástima que por lo pronto no tenga respuesta.

Esther sonríe al embajador veneciano. A sus ochenta y dos años es una mujer arrugada, bajita, gruesa y peligrosa; sí, sobre todo esto último. Pues ella es la *Kyra*, esto es, la encargada de comunicar a los hombres poderosos con la sultana, la intrigante Nurbanu, y con la favorita de su hijo, Murat, príncipe heredero, la joven y hermosa Safie; y puesto que ambas mujeres son dos temibles poderes en la sombra, quien controle sus comunicaciones con los embajadores y agentes de Venecia, España, Francia y demás reinos y potencias, será alguien con suma influencia y valiosa información. Alguien cuya amistad conviene cortejar y, sobre todo, alguien a quien sobornar.

Por eso está allí Barbaro, pues aunque la Serenísima República de Venecia es, en teoría, aliada de España y está en guerra con el Imperio otomano, nunca olvida que su verdadero interés es recuperar la buena voluntad del sultán.

—Os veo con buena salud, señor Marco Antonio —saluda Esther la *Kyra* con su voz extrañamente melodiosa, tanto que parece negar

sus ocho décadas de vida y pertenecer a una joven y coqueta muchacha de apenas dos.

Marco Antonio sonríe con complicidad. Sabe que debe agradar a esta mujer vieja y marchita, pero extraordinariamente astuta y maliciosa; así que alarga la sonrisa mientras sopesa su respuesta.

—Mi salud es aceptable, aunque no tan buena como la vuestra. Parecéis más joven que la última vez que os visité —dice con untuosa amabilidad—. Me he permitido traeros un pequeño regalo.

Mientras lo dice, el veneciano se inclina y entrega a la anciana una cajita forrada de terciopelo negro.

Esther hace un mohín que, cincuenta años atrás, cuando era una bellísima belleza morena, habría turbado al embajador. Luego, con la prisa de una impaciente muchacha, abre la cajita y descubre en su interior una cadena de oro de la que pende un enorme zafiro. Es un hermoso obsequio, desde luego, pero Esther se valora mucho y piensa que Barbaro debería también apresurarse a hacerlo y, sobre todo, debería demostrárselo con regalos más costosos. Para disimular su contrariedad, se entretiene en alisarse los pliegues del lujoso vestido de *çatma* de Bursa que luce y en el que se entremezclan el terciopelo, la seda y los hilos de oro y plata, de modo que cuando alza sus negros ojos, una chispa de malicia salta desde ellos.

—¿Sabéis, mi señor embajador? Me costó mucho convencer a la *haseki sultan*[*] Nurbanu de que, a su vez, persuadiera al sultán para que no ordenara vuestro inmediato empalamiento cuando llegaron a Constantinopla las noticias de la derrota de Lepanto...

Barbaro traga saliva y siente que aquellos ojos negros, ojos de vieja taimada, sopesan hasta el último gramo de su veneciana alma, decidiendo si entretenerse en llevarlo a la muerte o divertirse manteniéndolo con vida.

—Esto es solo una fruslería —se apresura a decir—. Un orfebre de Venecia está en este preciso momento trabajando en algo mucho más digno de vos, mi señora Esther.

La anciana da entonces una divertida palmada, se pone en pie y, diminuta y arrugada, ensancha su sonrisa y da un paso hacia el

embajador.

—En verdad, señor Marco Antonio, sois hombre prudente y sabio. Os auguro una larga vida. Dicen que tengo don para profetizar y espero que vos lo tengáis para elegir bien a los orfebres.

Barbaro agacha la cabeza y ruega en silencio que así sea, mientras busca argumentos y palabras que atenúen el disgusto de aquella terrible vieja que controla las comunicaciones entre los poderosos del mundo y el harén del sultán.

—Siempre estoy dispuesto a complaceros, señora y, a través de vos, a complacer a la *haseki sultan* Nurbanu, favorita del todopoderoso Señor del Horizonte, el sultán Selim, y madre del príncipe heredero Murat. ¿Acaso no accedí a conseguir del Senado de Venecia que, en secreto, permitieran que los emisarios del sultán tuvieran paso libre hasta Francia e Inglaterra? Si el rey Felipe o el papa tuvieran conocimiento de tal cosa, la Serenísima República se vería en serios apuros y en lo que a mí respecta, mi fortuna y mi prestigio personal se precipitarían al abismo. Pero, aunque asumí un gran riesgo, accedí, pues vuestras palabras son para mí como piedras tan preciosas como las que ahora engarza para vos el orfebre del que os hablé.

Esther asiente y sonríe. Pues saber cuándo dejar de apretar el cuello de una presa que se tiene entre las garras es un arte que toda política en la sombra debe dominar, y ella, bien lo sabe Dios, es la más diestra sombra de cuantas cobija el manto del sultán.

—Confío en vos y os agradezco vuestros esfuerzos y el riesgo que asumís. Pero no tenéis nada que temer. Nadie sabrá que Venecia, por vuestra mediación, nos ha ofrecido tan graciosa muestra de simpatía. Pero no basta con un gesto, así que escuchadme con atención.

Carraspea antes de continuar.

—Sé que, como ocurre con la *haseki sultan* Nurbanu, deseáis caminar aún más lejos si cabe, por la provechosa senda del acuerdo, hasta alcanzar la deseable meta de firmar un futuro y ventajoso acuerdo de paz entre la Serenísima y la Sublime Puerta. España debe quedarse sola frente al Gran Turco. Os aseguro que contáis con mi apoyo para tal fin, señor embajador. Simplemente se trata de que

vos y yo encontremos la fórmula precisa para coronar tan beneficiosa empresa.

Y aquí, tras remarcar cada sílaba de la palabra «beneficiosa», la vieja se detiene largo rato mirando directamente a los ojos del atribulado Marco Antonio Barbaro.

—¿Os gustan los beneficios tanto como a mí, verdad, señor?

El embajador deja que la pausa que sigue le dé el tiempo necesario para volver a evaluar con cuidado todo lo que se esconde bajo la ironía, la sutileza y la maldad de la anciana terrible con la que se está jugando el destino de su patria y el suyo propio. Luego, cauteloso, decide sondear un poco más antes de dejarse enredar del todo en el largo, acerado y peligroso hilo tejido por esta perversa Láquesis, pues ya no le cabe duda de que esa, y no otra, es la Moira que se ha encarnado en la anciana Esther la *Kyra*.

—Ciertamente, mi señora, como buen veneciano que soy, adoro los beneficios… y detesto los riesgos.

Esther se permite una nueva sonrisa: una de gata que juega con el ratón antes de devorarlo; y puesto que el mejor manjar es el que se prepara con calma, busca a su vez generar una pausa en la que sopesar bien lo que debe decir a continuación. Así que, grácil en exceso para sus ochenta y dos años, alarga una mano y la abre en un gesto demasiado teatral para el buen gusto del embajador; y, de inmediato, saliendo desde detrás de una tallada celosía, dos niñitas rubias de ojos azules y de no más de seis años, corren hacia ella envueltas en vaporosas muselinas de vivos colores llevando un vasito de té y una bandejita de oro sobre la que oscila una pirámide de dulces.

Barbaro aguarda, molesto y en silencio; pues en Constantinopla, bien lo sabe él, todos los oídos pueden estar al servicio de un insospechado enemigo y todas las lenguas, aunque sean de una niña inocente, se pueden desatar si se ofrece el suficiente oro.

—Retomemos la conversación y no os preocupéis por las niñas. En esta parte de la casa, todas mis sirvientas han sido elegidas por ser sordomudas; si no lo eran antes, mi médico se ocupó de que ahora lo sean. Estas dos niñitas que ves proceden de Rusia y se las compré a un mercader tártaro. Pues, bien, mi diestro galeno les

vertió, con sumo cuidado eso sí, una gota de plomo fundido en el oído y les cortó la lengua. Así que no tenéis que temer nada al respecto de la posible indiscreción de estos dos adorables angelitos.

Marco Antonio Barbaro nota que empalidece un poco más y no puede evitar bajar la mirada ante el cruel regocijo que ve relucir en el negro pozo que ahora le parecen los ojos de la vieja Esther la *Kyra*.

—¿Por dónde íbamos, mi querido Marco Antonio…? ¡Ah, sí! Hablábamos sobre los riesgos y os lamentabais que estén presentes en el negocio que nos ocupa.

El embajador, cada vez más lívido, se ve obligado a levantar de nuevo la mirada y aunque trata de fijarla en los ojos malvados de la *Kyra*, se fija en las dos pequeñas niñas secretamente mutiladas y que le parecen la más horrible demostración de que en aquella sala y con aquella vieja odiosa, se está jugando la propia vida y el futuro de su patria.

—No puedo asumir… Venecia no puede asumir tan grandes riesgos… —balbucea, inseguro, con la lengua torpe y los ojos anudados al angelical semblante de las pequeñas y forzadas sordomudas.

—¡Pero, mi querido señor, los riesgos hacen interesantes los beneficios! —exclama Esther, implacable, sarcástica, con una protesta tan falsamente inocente y juvenil, que Barbaro siente una súbita e incontenible náusea—. No olvidéis eso, Marco Antonio. Y añadiré aún otra cosa: yo nací en Sefarad, en España, y allí, según se dice, el riesgo es lo que ennoblece. Vos sois noble, ¿verdad?

La pregunta, ociosa e hiriente, Barbaro no tiene duda al respecto, es un velado insulto que pone en cuestión la dignidad de un miembro del gobierno y de la nobleza veneciana.

—¡Claro que sí, que tontería por mi parte preguntar tal cosa! Pues vos sois todo un miembro del gran consejo de la Serenísima. Uno de esos mil quinientos nobles que se visten con anticuadas togas de seda negra y escarlata y que se vanaglorian a todas horas de que sus nombres estén anotados en vuestro Libro de Oro —sigue diciendo la *Kyra* mientras el rostro de Marco Antonio pasa del blanco al grana y la furia ante las veladas ofensas van limando sus

diplomáticas maneras y contención—. Pero tranquilizaos, no me miréis con un semblante tan serio y demudado, os lo ruego, pues no os voy a pedir que os tornéis español. Pues aunque noble, sois veneciano… y lo prefiero. Así que os voy a serenar —le guiña un ojo — un tanto al revelaros que, antes de que vos tuvieseis a bien visitarme, lo hizo el señor François de Noailles, obispo de Dax y embajador del rey Carlos de Francia.* ¿Sabéis que quiere que le traslade a mi señora, la *haseki sultan* Nurbanu, para que ella, a su vez y con sus dulces labios lo deje bien sembrado en la inestable mente del santo sultán Selim?

La *Kyra* calla unos instantes, gozando del tormento que inflige al embajador veneciano.

—Que Francia moverá tropas y galeras para amenazar la posición de España en Italia y que lo hará como muestra de su buena voluntad hacia mi señor Selim y de su belicoso deseo de firmar una alianza contra España. Eso, sin duda, obligará al rey Felipe a dejar buena parte de sus tercios y galeras en Italia y Sicilia. Dicho de modo más claro: Venecia debería de ir apresurándose a romper su alianza con España y el papa, pues ni este ni España podrán volver a juntar tanto poder como para lograr un milagro semejante al que obraron en Lepanto. Esa batalla, tenedlo en cuenta, fue un espejismo y ya sabéis que pasa con los espejismos: que se desvanecen.

Marco Antonio Barbaro se muerde la lengua. Ciertamente, le gustaría mandar al infierno a esta vieja medio desdentada que tiene delante y proclamar que Lepanto no fue un milagro, ni un espejismo, sino la gloria encarnada en el valor y el poderío de Venecia y, no puede negarlo, de España. Pero la realidad se impone y le grita en su cabeza que Venecia depende de su comercio con el imperio de los turcos y no se puede comerciar estando en guerra. Así que la Serenísima, lo quiera o no, debe salir de la ratonera en que se ha convertido su contienda contra el sultán y debe hacerlo sin arriesgarse a sufrir las represalias de España. Pero ¿cómo lograr eso? ¿Acaso se puede trazar recto un círculo?

—Veo que las dudas os asaltan. Os ayudaré a sortearlas —añade ahora, persuasiva, la *Kyra* del harén imperial.

Se acerca a Barbaro y posaen el rostro una fría mano plena de gruesas y azuladas venas, cual si fuera una cariñosa abuela razonando con un nieto asustadizo.

—Si España no puede enviar contra el sultán a todas sus galeras y debe dejar en Sicilia e Italia a la mitad de sus tercios, sin duda se multiplicarán las posibilidades de que la nueva jornada que prepara la Liga Santa en Levante y que comandará ese cachorro, don Juan de Austria, coseche un fracaso en vez de una victoria. En ese caso, Venecia podrá recriminar a España su falta de compromiso con la Liga Santa y romper la alianza para tener las manos libres y firmar un nuevo tratado con la Sublime Puerta. ¿No lo creéis así? Esa es la posibilidad que el señor obispo de Dax pone a vuestro alcance.

Lo que Esther acaba de decir es cierto, pero también lo es que Francia, por muy poderosa que sea, no es rival para España y que don Juan de Austria ha demostrado ser más que capaz de vencer a los turcos; y que quien demuestra algo una vez, puede lograrlo una segunda. ¿Y si don Juan de Austria, pese a contar con menos galeras y menos hombres, logra una nueva victoria?

«En ese caso», piensa Barbaro, «por mucho que Venecia necesite restaurar su comercio con el Gran Turco, se verá arrastrada a proseguir la guerra, pues el poder de España aumentaría en grado sumo y sería tanto o más arriesgado para la Serenísima enfrentar su ira como afrontar la del sultán». Y responde:

—Mi señora, es cierto que el obispo de Dax es un hombre maravilloso y que Francia es la nación más rica y populosa de la cristiandad. Pero no son sus ejércitos, sino los del rey de España, los que ganan las guerras en Europa desde hace setenta años… Además, Francia está desgarrada por mor de las luchas intestinas entre católicos y herejes y todo eso me invita a dudar de la amenaza real que los ejércitos del Rey Cristianísimo[*] representan para España y sus posesiones italianas, y si yo puedo dudar de tal cosa, sin duda también podrá hacerlo el rey Felipe. ¿Qué pasaría entonces? ¿Y si el rey de España no se deja inquietar porque Francia haga navegar a

unas pocas de sus galeras por las costas de Cerdeña e Italia o envíe a unos pocos miles de sus soldados a las fronteras del Piamonte? Además…

El embajador se toma un momento para respirar y ordenar sus ideas ante el embate de la anciana.

—… además, España cuenta con suficientes galeras y hombres como para vigilar a Francia y volver a golpear con fuerza aquí, en Levante. Y, por otro lado, don Juan de Austria ha demostrado ser un capitán diestro y arrojado. ¿Quién puede afirmar entonces que no pueda lograr una segunda y gran victoria sobre las galeras y los soldados del sultán?

Esther sabe que Marco Antonio Barbaro tiene razón, pero para lo que le va a servir tenerla… A veces, y esta es una de esas veces, tener razón es solo un lastre molesto. Pero, claro, no se lo va a decir a este veneciano tan pagado de sí mismo. Así que pasa a interpretar su mejor papel: el de sabia anciana contrariada por las escasas luces de los que son más jóvenes y menos inteligentes que ella.

Por ello, se limita a negar, muy pesarosa y muy lentamente, con la cana cabeza y suspira como si la contrariedad más absoluta la embargara por mor de la incapacidad del embajador de Venecia de aceptar lo que para ella es claro como el agua de un manantial de montaña.

—Cierto es que ese jovenzuelo demostró habilidad y valor en Lepanto. ¿Pero de que sirve todo eso contra el gran poder de mi señor Selim? Meditad ahora, Marco Antonio, en lo que voy a revelaros: la nueva flota que el *Kapudan Pachá* Ulug Alí prometió al sultán ya ha levado anclas. Sin duda, poseéis informes sobre que se trabajaba a destajo en los astilleros y arsenales, pero por la sorpresa que veo en vuestro rostro y que no habéis podido disimular —se sonríe al comprobar que Barbaro acusa el golpe—, tengo claro que aún no sabíais que las doscientas nuevas galeras han ido saliendo del puerto, noche tras noche, para reunirse en secreto más allá de los Dardanelos. ¿Sabéis lo que eso significa?

La dama calla un instante, disfrutando del desconcierto que el veneciano no ha sabido cohibir.

—Que el *Kapudan Pachá* ha conseguido un milagro. Sí, nuestro milagro, el que dejará en nada al vuestro. Asombraos, pues: ¡en tan solo siete meses hemos conseguido construir una flota tan grande y poderosa como la que se perdió en Lepanto! ¿Qué otro Estado puede hacer tal cosa? ¡Ninguno! —se enardece—. ¡Ninguno sobre la faz de la tierra! ¡España, Venecia, el papa, la cristiandad toda, pueden derrotarnos una vez, dos, tres incluso, pero cada vez que nos venzáis nos alzaremos con más fuerza y al final, bien lo sabéis, nos impondremos!

Para un momento para tomar aire.

—Y también sabéis por qué: el oro y la voluntad están de nuestra parte. Pues la cuestión no es si el sultán vencerá, sino simplemente cuándo: un año, dos o quizá tres. A Venecia, meditadlo, le conviene estar lejos de España cuando eso ocurra. Y añadiré algo más, mi señor embajador: aquí, en Constantinopla, no solo se cruzan todos los caminos del mar y de la tierra, sino también todas las intrigas; y en un lugar así, a menudo, sobrevive quien más rápido decide. ¿Decidirá Venecia a tiempo? De vos depende. Pues el momento ha llegado y no se detendrá a esperaros.

Barbaro reflexiona rápidamente: cuán fácil es decir todo aquello y qué difícil será decidir y llevarlo a cabo. «Si el mundo se compusiera solo de palabras…», se dice; pero sabe que no se compone solo de ellas.

—Venecia no puede abandonar ahora la alianza con España —afirma, al fin y con más serenidad de la que siente en realidad, experimentando al instante un poco de calidez, pues la verdad puede sentar bien.

Pero Esther, para sorpresa del veneciano, vuelve a acariciarle la cara con su mano fría y le dedica la más entrañable de sus sonrisas: la que dedicaría a un nieto idiota.

—Lo sé, Marco Antonio, lo sé. Venecia debe mantener este año su alianza con España. No temáis, hijo mío: admitimos que, todavía y por unos meses, deberá prestar sus galeras, sus cañones, sus soldados, su oro a la empresa de combatirnos, de luchar contra el Gran Turco, como gustáis los ponentinos en llamarnos. Pero deberá hacerlo de forma que la suma de sus recursos solo sirva para restar

los que España pueda aportar. ¿No me comprendéis? Veo que no, pero no os lamentéis por ello, Marco Antonio, os lo explicaré de inmediato.

Por un momento, la anciana se apoya en el respaldo de su asiento, como si quisiera tomar fuerzas antes de volver a la carga.

—Venecia debe ser una carga, no una espada, para el cachorro español. Deberéis entorpecer y sabotear cada una de sus órdenes, de sus planes… Así, sirviendo como oneroso aliado del rey Felipe, la Serenísima demostrará al sultán cuán útil puede serle y lo dispondrá a firmar un ventajoso tratado de paz. Uno que abra de nuevo a Venecia los mercados de Alejandría, de Constantinopla, de Acre, de Beirut y Tesalónica. ¿Sabéis cuanto oro llevaría esa paz a los bolsillos de vuestro dogo y de todos y cada uno de los senadores venecianos? Y todo a cambio de que os mostréis un poco torpes, un poco rebeldes, un poco traidores con España durante unos meses.

Ciertamente, Esther la *Kyra* se explica muy bien. Marco Antonio Barbaro odia ya con todas sus fuerzas a esta vieja astuta y prepotente, pero aun así la teme y le reconoce una capacidad sin igual para la intriga. Pues, en esencia, esta aborrecible octogenaria tiene razón: Venecia, por mucho que deteste a los turcos tras perder Chipre ante ellos, necesita su comercio para sobrevivir.

De acuerdo, concede, pero ¿cómo llevar a buen puerto lo que los poderes otomanos en la sombra le están exigiendo a Venecia? ¿Cómo trabajar a la vez por la victoria de la Liga Santa y por la del sultán? Además, ¿qué garantías tendrá la Serenísima de que un sultán triunfante no se desdirá de su secreto compromiso y tornará a sus planes iniciales de marchar sobre la ciudad de las lagunas? Más aún: ¿aceptará el sultán lo que Esther la *Kyra* le está proponiendo? ¿En nombre de quién está realmente hablando esta vieja del demonio? Sin duda, en nombre del primer visir del imperio, Sokullu Mehmet Pachá y de don José Nasí, los dos grandes poderes que laboran tras el trono del sultán. Sí, pero no de Ulug Alí, el nuevo *Kapudan Pachá*, que tanta influencia está cobrando y que tan contrario es a la paz.

—Es una apuesta elevada la que me estáis exigiendo, mi señora Esther.

—Así es, mi señor, a vos y a Venecia. Pero insisto: sin riesgo, no hay beneficio.

—Cierto es —conviene Barbaro—, pero todo riesgo demanda una seguridad, una prenda, una muestra de compromiso.

—Ahora sí que habláis como un veneciano, mi señor embajador —le replica la vieja dándole una palmadita en la cara tan cariñosa como infamante.

—¿Poseéis esa garantía? —replica a su vez tratando de no dejar relucir su ira y asco.

—Os la entregaré ahora, pues ya tengo casi tejida la red que atrapará a España, preservará a Venecia y dará el triunfo a la Sublime Puerta.

—Vuestra palabra es una fortaleza formidable, sin duda, pero en Venecia el Senado querrá algo más… tangible.

—Y lo tendréis.

Y al decir esto, la anciana hace una señal con la diestra y, de inmediato, una de las pequeñas sale corriendo hacia uno de los cofres de madera de sándalo con herrajes de plata que se alinean contra una de las paredes de la lujosa estancia; allí lo abre y regresa a toda prisa portando un documento sellado que tiende a su dueña que, triunfal, a su vez se lo entrega al asombrado embajador veneciano.

El veneciano, intrigado, rompe el sello y despliega el documento: en él lee que Francia, mediante su embajador ante la Sublime Puerta, el obispo de Dax, ofrece garantías a Venecia. No es una alianza formal, desde luego, pero sí un compromiso firme por el que el Cristianísimo rey Carlos se compromete a mediar entre Venecia y el sultán, velando por los intereses comerciales de la primera a la par que asegura estar dispuesto, si fuere necesario, a entrar en guerra contra España en caso de que esta última se propusiere atacar el territorio de la Serenísima. En fin, el rey valois aboga también por una secreta alianza que sume sus fuerzas a las de Venecia, los rebeldes holandeses y el sultán contra los intereses de los Habsburgo.

—Os habéis quedado muy pálido, señor —se burla la *Kyra*.

Marco Antonio traga saliva, antes de evaluar la negra mirada de Esther. ¿Qué le ha ofrecido esta mujer a Venecia? ¿La prosperidad y la paz o la ruina y la condena? Tanto puede ser una cosa como la otra.

—Recordad: sin riesgo, no hay beneficio —repite la vieja que, sin duda, ha leído en su mente—. Y ahora, mi buen señor, podéis añadir vuestra firma al documento; yo, por mi parte, lograré la del sultán y luego será expedido, por vía segura y secreta, a Venecia y Francia. ¿Os parece ya suficiente garantía?

—El sultán no firmará esto —protesta el embajador—. Sigue airado contra Venecia y el príncipe heredero, su hijo Murat, también apuesta por la guerra; y luego está el nuevo *Kapudan Pachá*, que tampoco abogará por la paz.

—Dejad todo eso en mis arrugadas manos, Marco Antonio.

El abismo. Sí, al filo del más negro abismo se encuentra Marco Antonio Barbaro. Allí, al borde del abismo, están la ruina y la salvación. Pero para precipitarse a una o a la otra, deberá saltar. ¿Qué hacer?

—¿Y si el sultán se niega a suscribir este tratado secreto? —insiste, terco.

—Mi señora, la *haseki sultan* Nurbanu, se ocupará de que no sea así. Veréis, el sultán posee muchas mujeres, pero solo confía en una: en mi señora. Además, ya sabéis que nuestro santo califa bebe en exceso y que por eso, con cada vez más frecuencia, deja las decisiones tediosas en manos de su favorita, de su primer visir y de su amigo, don José Nasí. No tenéis pues nada que temer —replica la anciana endureciendo la voz, cada vez más molesta con las dudas y miedos del veneciano.

—Pero solo vos tenéis acceso a la *haseki sultan* Nurbanu y, por ello, solo vos sois la aparente depositaria de sus palabras y deseos —desliza con tacto, pero remarcando las palabras «aparente depositaria» con el más desconfiado tono que imaginarse pueda—. ¿Quién me garantiza, pues, que la favorita del sultán laborará con todas sus fuerzas por lograr que su esposo suscriba el pacto secreto que Francia propone?

La vieja resopla y en sus ojos negros se enciende una chispa de rabia peligrosa que apenas si embrida.

—¡Está bien! Os daré una prenda que probará su compromiso ante el dogo y el Senado de Venecia. ¿Recordáis el collar de rubíes que la *haseki sultan* Roxolana le regaló antes de morir?

¿Y quién no ha oído hablar de tal maravilla en Constantinopla? Roxolana, la legendaria favorita del gran sultán Solimán el Magnífico, recibió de este último el más deslumbrante collar del mundo; años más tarde, sintiéndose morir, lo regaló a la favorita de su hijo Selim, la ahora *haseki sultan* Nurbanu. Se dice que no hay joya más preciosa para la esposa principal del sultán y si esta la entregaba como prenda de su compromiso, Venecia podía confiar en que laboraría con todas sus fuerzas, y eran muchas, por conseguir que el Sultán se mostrara generoso con Venecia.

—De acuerdo —conviene Barbaro—, si el collar de Roxolana acompaña al documento que el obispo de Dax ha preparado, ni el dogo ni el Senado de Venecia tendrán ya duda alguna y se comprometerán a hacer todo lo que esté en su mano para hacer fracasar la nueva campaña que se propone emprender don Juan de Austria. Si tal cosa ocurre y España cosecha un fracaso, Venecia, a continuación, se desligará de su alianza con el rey Felipe y anunciará la paz con el sultán. Paz que tendrá que ser muy generosa con los intereses de la Serenísima.

—Lo será, no os preocupéis, será muy generosa. Entonces, pensadlo, las especias, las sedas, los marfiles, los perfumes, el alumbre, los tapices y brocados y el resto de las maravillas del Oriente regresarán a los mercados venecianos. ¡Prosperidad, prosperidad para todos menos para España! ¡Para ella, la derrota!

Media hora más tarde, con el cuerpo descompuesto, pero seguro de que ha logrado un acuerdo secreto y ventajoso para su patria, Marco Antonio Barbaro abandona la casa de Esther la *Kyra*. Tras él, inadvertido, silencioso como un fantasma, va un hombre disfrazado de mendigo. Negros son sus ojos y su boca, medio desdentada, es un amasijo informe de antiguas cicatrices dejadas por inmisericordes patadas y latigazos.

Mientras, en la gran casa que el embajador veneciano y el fantasma que lo sigue dejan atrás, echada en un lujoso diván mientras las dos niñitas rubias la asisten, la anciana sefardí juguetea con el zafiro. Por un momento se deja llevar por la ensoñación y se imagina joven y hermosa, como lo fue hace ya tantos años, luciendo en su moreno cuello aquella joya llegada desde la India.

Luego, con sumo esfuerzo, ayudada por las silenciosas niñas de rubios cabellos y rostro de ángel, se incorpora y camina tres pasos hasta la ventana de la torre que alberga la sala. Afuera, Gálata es una maravilla que se asoma al asombro. Pues al otro lado del Cuerno de Oro se extiende Constantinopla.

Los ojos de Esther, rodeados de profundas arrugas se enredan en cúpulas y minaretes, en bóvedas y torres, mientras brincan entre los dos azules enfrentados del mar y los cielos. «Todo es tan hermoso…». De niña, le contaron muchas cosas sobre otra bella ciudad: Toledo, su ciudad natal. No la recuerda, pues solo tenía dos años cuando Isabel y Fernando, a los que llaman ahora Reyes Católicos, firmaron la orden que expulsaba a los judíos de España.

—Sefarad… —murmura, pero sabe que es solo nostalgia por algo que nunca fue suyo y que, por eso mismo, desea con toda su alma.

—Abuela, el tío José viene por la galería —le advierte con su melodiosa voz una de las niñas que, después de todo y por lo visto, tienen la lengua en perfecto estado y un oído envidiable.

Esther se gira y le dedica una dulce sonrisa, mientras le acaricia el sonrosado rostro.

—Gracias, Elena. Ha llegado el momento de que tú y Sonia os vayáis a jugar un rato. Ya sabéis que al tío José y a mí nos gusta hablar a solas.

Y, obedientes, las dos crías salen corriendo de la estancia, no sin saludar alegremente al hombre ricamente vestido y de mediana estatura que se cruza con ellas en la galería y que, al penetrar en la lujosa estancia, se detiene en el centro de la sala para intercambiar una larga mirada valorativa con la vieja Esther Kyra.

—¿Tenemos ya a Venecia en nuestras manos? —dice al fin y a modo de particular saludo que acompaña con una inclinación de

cabeza y una chispa de satisfecha diversión.

La pregunta parece animar a Esther, que se mueve con más ligereza de la que se espera de una anciana venerable. Ante ella, apuesto, elegante y astuto, está José Nasí. Sefardí como ella, maduro, pero aún vigoroso y atractivo, y también mortalmente peligroso.

Esther sonríe a su amigo y benefactor, quien, ofreciendo su propia sonrisa, tiende las manos que la anciana se apresura a tomar y estrechar.

—Venecia está madura para traicionar a España —anuncia con su cantarina voz de muchacha—. No ha sido fácil, desde luego, y conseguir que ese pomposo tonto del obispo de Dax redactara y firmara el documento costó mucha persuasión de mi parte y, siento informaros, mucho oro de la vuestra, mi querido José. Pero ha valido la pena y ya solo falta la última pieza de nuestra pequeña y secreta travesura imperial: que el sultán acepte lo que en secreto hemos decidido y propuesto en su nombre a Francia y Venecia. No será difícil, José: mi señora Nurbanu nunca olvida que es veneciana y si, con la debida sutileza, le mostramos como conseguir conciliar los intereses de su antigua patria con la ira que ahora embarga a su esposo, se apresurará a lograrlo.

—¿Bastará la influencia de la sultana? Permitidme que lo dude… Yo he fracasado hasta ahora en esa misma empresa y Sokullu Mehmet Pachá, el primer visir, tampoco ha logrado éxito alguno en rebajar la ira de Selim contra los venecianos.

—No me extraña, pues ni vos, mi querido José, ni ese viejo jenízaro de Sokullu, tenéis lo que la sultana Nurbanu posee —replica Esther con gozosa picardía—. Pero, sentaos, mi buen amigo, y tomad un poco de este vino de Lemnos.

Y diciendo aquello, sirve con sus propias manos una copa de vino lemnio que ofrece a Nasí en cuanto este toma asiento en una trabajada silla de ébano salpicada con incrustaciones de marfil. Luego, sin quitarle el ojo al banquero, aguarda a que este beba antes de retomar la conversación.

—¿Recordáis, José, el verso del viejo poeta árabe? «Han caído más imperios entre los muslos de una mujer que en los campos de

batalla». Puede que Nurbanu ya no sea la encantadora niña que los corsarios apresaron hace treinta años y de la que se enamoró el sultán, pero sigue siendo la única hembra que lo tienta lo suficiente como para que se olvide de la ira y del vino.

—No será fácil… —sigue dudando Nasí—. Selim es un borracho, pero no un necio. No se dejará enredar por su esposa veneciana, pues no olvida ni un solo día la derrota que españoles y venecianos le asestaron en Lepanto. Ha aceptado ya que no podrá invadir Italia ni someter a Venecia, desde luego, pero sigue soñando con cobrarse venganza e imponer a España y a la Serenísima su hegemonía en el Mediterráneo. Eso no nos conviene. Ni a vos, querida Esther, ni al primer visir ni a mí. Pues la guerra mina nuestra influencia y aumenta la de ese corsario tiñoso que es Ulug Alí.

—Sí, y además interrumpe el comercio y ofrece oportunidades de victoria a España —apunta ella.

Nasí asiente mientras bebe un nuevo sorbo de la copa y, en ese breve instante, termina de dar vueltas a lo que tiene en la cabeza.

—En efecto, mi querida Esther, eso es lo que nuestro amado sultán no termina de entender: que por muchas que sean sus galeras y numerosos que sean sus jenízaros, no logrará vencer a España si antes no la separa de Venecia. España es una potencia que, imparable, sigue ascendiendo, y Venecia otra que declina. Dicho de otro modo: el león otomano no debería distraerse dando caza a la zorra veneciana, sino que debe centrarse en abatir al toro español.

Ambos ríen por la comparación.

—Solo el imperio de los turcos puede llevar a cabo semejante hazaña. Ni Francia ni Inglaterra, menos aún esos patéticos rebeldes holandeses hacen otra cosa que incordiar un poco al católico Felipe. Pero nosotros, si nos concentramos en lograrlo, podríamos imponer derrotas decisivas y límites estrechos al poderío de España, algo que solo será posible si primero dispersamos sus fuerzas en muchos frentes y la privamos de aliados. Esa, y no otra, es la estrategia a seguir y por eso, mi buena Esther, no me importa gastar tanto oro en reavivar la rebelión de Guillermo de Orange o en financiar el rencor que Francia e Inglaterra sienten por España.

La *Kyra* conviene con un gesto de su cabeza mientras apura un sorbo de vino.

—Pero el problema que ahora nos ocupa no puede solucionarse solo con oro: conseguir que el sultán, Dios lo guarde muchos años, vea las cosas como nosotros las vemos, y que apoye y sancione nuestros esfuerzos. Pero, ay, ese necio de Selim, con la mente nublada siempre por el vino, no nos escucha, sino que está empeñado en algo imposible: en vencer por completo a toda la cristiandad. Prueba de ello es que ni Sokullu ni yo propiciamos el nombramiento de ese perro rabioso de Ulug Alí como *Kapudan Pachá*, sino que fue decisión del sultán que creyó por completo las promesas que ese corsario tiñoso le hizo de reconstruir la flota en seis meses y traerle con ella una victoria tan grande, o más, que la derrota que sufrimos en Lepanto.

—Y la flota ha sido reconstruida y ha partido a la guerra cargada de soldados y jenízaros… —susurra Esther, comprensiva y como si animara a José Nasí a seguir exponiendo sus planes y temores.

—En efecto, nadie hubiera podido creerlo cuando ese perro renegado juró que podría lograrlo, pero lo ha conseguido y eso ha provocado que el sultán le haya otorgado aún más poder y confianza si cabe. Eso me preocupa, Esther, y mucho, pues el corsario renegado es impredecible y astuto —la anciana asiente en silencio—, y si obtiene una victoria señalada sobre los cristianos, Selim lo elevará por encima de todos; y entonces nosotros, el primer visir y yo, perderemos toda influencia. Por eso es tan necesario que podamos vencer a la Liga Santa mediante la conjura y la traición, antes de que ese ambicioso renegado calabrés del demonio tenga tiempo de obtener la gran victoria que ha prometido lograr.

Esther observa atentamente el rostro de Nasí: un rostro hermoso, maduro, fuerte, armonioso y enmarcado por una cuidada barba castaña y unos cabellos algo más claros; una nariz ligeramente aguileña se alía con unos ojos profundos y de un color extraño y cambiante que nomadean de continuo entre la madera, el verde y el gris.

La voluntad del banquero, por el contrario, nunca cambia de posición, ni de propósito: vengarse de España y conseguir que el

pueblo de Israel, expulsado de Sefarad, pueda compensar esa pérdida recuperando la Tierra Prometida. Para lograr hacer realidad sus sueños, Nasí se juega a diario la fortuna y la vida; y por eso, porque ha hecho de sus sueños su camino, lo admira Esther. Por eso y porque, contra toda lógica, los está haciendo realidad. ¿Acaso no fue nombrado duque de Naxos por Selim pese a ser judío? ¿Acaso no lo ha nombrado también señor de Tiberíades, en Galilea? ¿Acaso no están ya asentándose allí, en Galilea y con su apoyo, miles de sefardíes? «A veces, los sueños cambian el mundo y quizá ya sea hora de que un sueño judío también lo haga cambiar», medita la vieja Esther.

—No temáis, José. Puede que la sultana Nurbanu no baste, pero en estos últimos años me he ganado también la voluntad de la joven Safie, la favorita del hijo y heredero del sultán. Dos mujeres inteligentes serán demasiado para Selim.

—Lo dudo: Murat está de acuerdo con su padre en proseguir la guerra contra Venecia —aduce Nasí—. El joven no es influenciable. Más aún, es de ese tipo de hombres que tiende a hacer lo contrario de lo que piensa que los demás pretenden de él.

—Sí, y por eso Murat debe llegar a la conclusión de que la idea de una paz por separado con Venecia es suya, y ahí es donde mi adorable y joven Safie entrará en juego deslizando, entre besos y caricias, tan «original» idea en los oídos del príncipe heredero. Así será, mi señor José, como el príncipe Murat sumará su influencia a la de su madre, a la del primer visir y a la vuestra. Ni siquiera el terco Selim podrá aguantar tanta presión. Dejad en mis manos este asunto y confiad en que sabré enseñar a la sultana y a la joven Safie las fórmulas necesarias para obrar el milagro.

José Nasí asiente. Si alguien puede obrar milagros en Constantinopla, es esta octogenaria que goza urdiendo conjuras y amasando fortunas.

—En vuestras manos me pongo, Esther.

—¿Las llenaréis de oro? Lo que nos proponemos hacer será caro. Muy caro.

—Gastadlo como consideréis y no reparéis en suma alguna. Cubrid de regalos a la *haseki sultan* Nurbanu y a la joven favorita del

príncipe Murat. No os preocupéis en cuanto gastáis, sino en lo que de ellas debéis conseguir.

Esther asiente con una sonrisa y deja que el banquero le bese las arrugadas manos antes de deslizarle en ellas un pesado anillo de oro coronado con un enorme diamante de Golconda.

* Esposa consorte principal del sultán otomano.

* Carlos IX (1560-1574).

* Es decir, el rey de Francia.

3

La puerta de la felicidad

Al día siguiente, trece de julio de 1572, en Constantinopla.

Amanece de nuevo en la capital otomana y, con el nuevo sol, Esther la *Kyra* deja su casa del barrio de Gálata y se encamina al *Saray-i Cedid-i âmire* o el nuevo palacio imperial, al que el pueblo, a menudo, llama *Topkapi Sarayi*, es decir, «el palacio de la puerta del cañón», trasladando a la totalidad del magno conjunto palaciego el nombre de una de sus partes más ínfimas: la de uno de sus pabellones costeros.

Pero se llame como se llame el gran palacio del sultán y sus infinitas dependencias, pabellones, cuarteles, jardines y oficinas, lo relevante es saber a qué va allí la vieja Esther: a seguir tejiendo la conjura que debe doblegar la ira del sultán y la voluntad de su *Kapudan Pachá*, ese perro tiñoso de Ulug Alí; y tan loable empresa solo tendrá éxito si ella, la *Kyra*, logra en el harén imperial, con tacto y sigilo, coronar el plan genial y arriesgado que empujará a Venecia a traicionar a la Liga Santa y, Dios así lo quiera, que traerá la derrota de España.

Constantinopla es el mundo: turcos, griegos, armenios, judíos, búlgaros y serbios, albaneses y húngaros, valacos, ingleses y franceses, tártaros, drusos, maronitas, corsarios berberiscos, exiliados andalusíes, negros del dilatado Sudán y de las salvajes costas de Zanj,* indios, javaneses, malayos… todas las razas, todos los credos se arremolinan, se empujan, se apresuran por sus calles sombreadas por altivos edificios y en las que se suman hasta el infinito elegantes mezquitas, viejas iglesias, nuevas sinagogas, baños concurridos, tabernas repletas, almacenes y tiendas que contienen todas las maravillas y productos de la tierra… Por todo eso

Constantinopla es, sin duda, el mundo; y por todo ello también Esther la adora.

En estas calles creció cuando no era sino una pilluela de pies descalzos; y en este dédalo de maravillas se hizo mujer y, observando y escuchando atentamente a sus gentes, atesoró sabiduría y astucia. Pertrechada con ellas, a las que sumó su inagotable descaro y su mucha belleza, se fue ganando el favor de los poderosos hasta convertirse en la *Kyra* del harén del magnífico sultán Solimán y ganarse la amistad sincera de la ardiente e implacable Roxolana.

¿Fueron amigas? No, pero sí aliadas y con eso les bastó. Pues mujeres como ellas, Esther y Roxolana, renuncian a la amistad y solo confían en los intereses compartidos. Y los compartieron… durante años: Esther, desde las calles y palacios de Constantinopla, y Roxolana, desde los perfumados jardines y deslumbrantes estancias del harén imperial, gobernaron a los hombres que creían gobernar el mundo.

Fueron buenos tiempos, sí, pero ahora Roxolana está muerta y ella es vieja, muy vieja. Tanto que ya solo le quedan dos cosas: la condenada pero fiel ambición y el deseo de entregar a la memoria de sus padres una justa reparación por las humillaciones y las privaciones sufridas en España por mor de una maldita orden real que les arrebató su negocio, su casa, su vida…

Junto a su litera, corriendo como alegres potrillas, van las dos chiquillas rubias que hizo pasar por sordomudas ante el embajador de Venecia; y delante, dando grandes voces y haciendo restallar una severa tralla, va un tártaro gigantesco de ojos de fuego ante cuya presencia todos se apartan. Pues la rica litera de teca, plata y brocado de Esther, la *Kyra* del harén imperial, es motivo de asombro y causa de reverente temor y respeto en las abarrotadas calles de Constantinopla.

Y llegan al palacio, a la Gran Puerta. Y ante ella, pronunciadas las palabras, se cuadran guardias, se abren estancias, se ofrecen jardines y se suceden maravillas. Pues eso es el palacio de Topkapi: una sucesión, un cúmulo de maravillas y la más esplendente de todas ellas se halla tras la *Bab-üs-Saâde* o «la Puerta de la

Felicidad». El gigantesco portón forrado de plata y bronce que cierra el paso al harén imperial y ante el cual montan guardia los *harem hadimlari*, los colosales eunucos negros que se aseguran del buen orden del serrallo y de que ningún hombre que no esté castrado o sometido a una severa vigilancia pueda penetrar en el más escondido y lujoso rincón del palacio imperial.

La litera de Esther se detiene ante la *Bab-üs-Saâde*. A sus costados, las dos niñitas, sobrecogidas, se aprietan inquietas, asustadas ante los enormes negros de brazos musculosos y altos turbantes de seda adornados con brillantes gemas y coloridas plumas de pavo real y ave del paraíso, mientras que Esther las tranquiliza susurrando palabras y acariciándoles las rubias cabezas con sus manos surcadas de venas azuladas y atestadas de anillos.

No aguardan mucho, pues de entre el grupo de intimidantes negros se destaca el *Kizlar Agasi*, el jefe de los eunucos negros del harén palaciego y uno de los hombres más poderosos del imperio. Pues allí, en Constantinopla, los esclavos pueden ser más poderosos que reyes y este en particular, el *Kizlar Agasi*, dejaría en poco más que en mendigo a más de uno de los patéticos pequeños soberanos de Poniente.

Este hombre es alto como un árbol y los relucientes músculos de sus enormes brazos se ven remarcados por gruesos brazaletes de plata maciza. Es duro, astuto, inquebrantable; fue capturado allá lejos, en el bárbaro corazón del país de Zanj, la tierra de los makua, donde la magia y la fiebre se ayuntan en selvas sin luz donde la serpiente y la pantera reinan sobre los hombres.

—¿Por qué te gusta tanto asustar a mis pobres niñas? —recrimina Esther, burlona, al coloso negro que se le acerca con su enorme cabeza envuelta con un rojo turbante de seda engalanado con esmeraldas de Ceilán y plumas de avestruz.

—Ya no me como a la gente… aunque a veces echo de menos un poco de carne de niña blanca. Así que no tienen nada que temer —bromea a su vez, pero provocando que las pequeñas den dos pasos atrás para regocijo de los demás eunucos negros.

—Algún día pediré al sultán que me deje azotarte —replica, venenosa, la vieja *Kyra*.

—Y algún día le pediré yo que me permita darte una azotaina —responde el gran negro a vueltas de su comentario.

Pero mientras lo hace sonríe y, con delicadeza aparentemente imposible para un hombre de su descomunal tamaño, se inclina, toma la arrugada mano derecha de la vieja Esther y se la lleva a la frente como señal de profundo respeto. Esther, a su vez, asoma medio cuerpo desde la litera y besa la frente del enorme makua que, al notar sus viejos labios, sonríe como un niño bueno.

Y como los besos no suelen bastar en el complicado mundo del harén imperial, Esther aprovecha la sonrisa del *Kizlar Agasi* para sacarse el gran anillo de topacio que lleva en el pulgar derecho y entregárselo.

—Esto, mi buen amigo, es un presente que te hago con gusto porque sé que te asegurarás de que la *haseki sultan* Nurbanu y yo hablaremos largo rato sin que nadie nos escuche ni interrumpa.

—Esa será mi voluntad, anciana señora, y cuando así lo comprobéis, seguro que me entregaréis el anillo de zafiro que lleváis en el otro pulgar, ¿verdad?

—Esa es mi intención, honrado *Kizlar Agasi* —conviene Esther aceptando con una sonrisa el descarado chantaje de su interlocutor.

Y como lo que debía decirse y hacerse ha sido dicho y hecho, el jefe de los eunucos se yergue y vuelve hacia sus hombres y grita una seca orden ante la cual se abren las enormes puertas forradas de plata y bronce. Por ellas pasa la litera de la vieja Esther la *Kyra* seguida por sus pequeñas y asustadas pupilas que, a saltitos, penetran en un lugar que muchos llaman paraíso y que, como ocurre con todos estos, sirve también de prisión.

El harén imperial es un sueño complejo y rutilante. Allí viven un millar de personas: sirvientas, músicas, poetisas, adivinadoras, expertas en ungüentos y cosméticos, peluqueras, cocineras y reposteras, médicos, maestras en las disciplinas más diversas… Y junto a ellas, las bellísimas mujeres a las que sirven: el centenar de concubinas del sultán Selim, hijo de Solimán el Magnífico.

La litera de Esther avanza por el harén imperial y se van sucediendo jardines de ensueño entre cuyas flores y plantas saltan surtidores de agua fresca y se serenan fuentes de mármol, mientras

cantan ruiseñores, jilgueros y calandrias; se alternan con pabellones y salones decorados con tapices de Tabriz, sedas de Corinto, muselinas de Mosul, marfiles, nácar y maderas preciosas procedentes de la India y africanas plumas exóticas y pieles de fieras; y se multiplican las habitaciones colmadas con muebles delicados, cojines rellenos con plumón de ganso y forrados con brocado bordado en hilo de oro; y se suman galerías porticadas ornamentadas con intrincadas yeserías y estanques donde nadan peces de colores y flotan extrañas flores acuáticas, mientras que aquí y allá, entre árboles traídos desde tierras de nombres extraños, despliegan sus colas los pavos reales y se ven jaulas de barrotes dorados en las que rugen leones, panteras y tigres o desde las que observan monos de ojos tristes.

Para las dos pequeñas que trotan junto a su litera es su primera visita al harén y por eso, sus vivaces ojos azules parecen a punto de escaparse de sus asombrados rostros sonrosados. Pero para Esther, aquel es su verdadero lugar en el mundo. Allí, ella, la *kyra*, es la auténtica puerta y también y sobre todo, la única llave.

Al cabo, se detienen ante una puerta de taracea de nácar y sándalo junto a la cual monta guardia un eunuco negro con los poderosos brazos cruzados sobre el ancho pecho: es Mustafá el Yao. Veinte años atrás los esclavistas omaníes lo capturaron en las selvas del norte de Mozambique y lo castraron en Zanzíbar para luego ofrecerlo como eunuco en el mercado de Constantinopla. Ahora está allí, ante la puerta de las estancias privadas de la *haseki sultan* Nurbanu, desde cuyo interior llega una melancólica melodía de laúd que acompaña la más bella y triste voz de doncella que imaginarse pueda.

—Tu *Kizlar Agasi* ya tiene un anillo, Mustafá —se limita a decir Esther.

El antiguo guerrero yao, presto, inclina la cabeza, abandona la puerta, la ayuda a bajar de la litera, la conduce ante la lujosa puerta de taracea, se la franquea y se queda afuera, cerrando en cuanto pasa la vieja *kyra*, para permanecer luego allí, guardando la entrada, escuchando a la invisible y melancólica poetisa que no ha

interrumpido su canto y quedándose a cargo de las dos atribuladas chiquillas rubias.

Cuando Esther llega ante Nurbanu, la *haseki sultan* del segundo Selim, las dos mujeres, la arrugada anciana y la madura belleza, se saludan con cariño. Nurbanu está echada sobre cojines de seda y brocado de oro; a su lado, una poetisa de oscuros cabellos y ojos inmensos y tristes toca el laúd con dedos finos, mientras tiene posado sobre su hombro izquierdo un loro de collar de la India de rojo pico y verde plumaje que parece escuchar con tanta atención como la sultana. La voz de la muchacha es néctar de dolor y belleza y la sultana, que quizá se está dejando llevar por los recuerdos de su infancia, cuando era una inocente niña veneciana de la colonia de Pafos, tiene los ojos húmedos.

«Esto es bueno», piensa Esther mientras besa la mano que le tiende Nurbanu y se acomoda junto a ella. ¿Y por qué es bueno? Porque las personas que están embargadas por la nostalgia son más fáciles de manipular. Esther podrá ser la *Kyra* del harén, la amiga y confidente de Nurbanu y podrá quererla mucho, pero su verdadero y secreto oficio es el de la intriga y es a esa «señora tan exigente» a la que realmente sirve.

Reclinada entre cojines, sin prisas, con disimulo y mediante una significativa mirada, Esther indica a Nurbanu que lo que tiene que decirle no debe ser escuchado por nadie; la *haseki sultan*, asintiendo, levanta una mano perfecta y cuajada de anillos, para indicar a la poetisa que debe retirarse. La muchacha obedece de inmediato: deja al loro posado en la percha de plata que tiene junto a ella, toma su laúd y con elegantes pasos deja la estancia.

¿Qué se dijeron Nurbanu, la veneciana que nació en la isla de Pafos con el nombre de Cecilia Venier Paffo, y la vieja judía sefardí que vio la luz del mundo en Toledo? No hace falta que lo sepas, querido lector. A veces, estas cosas pasan y te quedas con las ganas.

Pero si sabrás lo necesario. Que dos horas más tarde, cuando las dos niñas rubias dormitaban bajo los árboles junto a la jaula de una pantera, acunadas por el sopor que arroja el calor de una tarde de verano y bajo la vigilante mirada paternal del enorme Mustafá el

Yao, Esther la *Kyra* salió de las estancias privadas de la sultana Nurbanu a la luz azul de la tarde, luciendo una satisfecha sonrisa y llevando oculto entre sus ropas el legendario collar de Roxolana.

Y de nuevo Constantinopla. La tarde se fue tornando en noche para cuando Esther Kyra y sus agotadas niñas volvieron a casa. Junto a la puerta de su residencia había un mendigo tirado en el suelo que, al ver cómo se acercaba la litera de la gran señora, se puso trabajosamente en pie y extendió las sucias manos en una muda súplica; Esther, satisfecha por el éxito de la jornada, atendió su petición y ordenó a uno de sus sirvientes que arrojara a aquel pordiosero de boca desfigurada un puñado de monedas de plata.

Eso fue todo. Las puertas de la casa de la *Kyra* se abrieron y se cerraron, y el mendigo de ojos negros y boca medio desdentada y repleta de cicatrices se quedó afuera: entre las sombras. Nadie vio el brillo implacable de sus ojos, ni supo nunca adónde fue. Pero tres horas más tarde, en la trastienda de un taller dedicado a la fabricación de laúdes y otros instrumentos, a cambio de una pesada bolsa de oro, el pordiosero de boca desfigurada recibía un valioso y apresurado informe de labios de una de las jóvenes poetisas que cantaban en el harén imperial. ¿Imposible? Recuerda al loro de collar de la India. Un inteligente animal que puede ser adiestrado para ser capaz de escuchar y repetir frases enteras de una conversación. Y es que en Constantinopla lo imposible pasa a cada instante y lo posible, a menudo, nunca acontece.

Y por eso, tres días más tarde, de Constantinopla partieron dos bajeles ligeros y aparentemente sin que nada tuvieran que ver entre ellos y sin que ninguno pareciera poseer importancia alguna. El primero, un rapidísimo barco, llevaba en secreto y disfrazado de comerciante griego, al emisario de Marco Antonio Barbaro, embajador de Venecia ante la Sublime Puerta. ¿Su destino? El palacio ducal de la Serenísima República. Con el disfrazado correo iban una secreta propuesta de traición, paz y alianza, un collar fabuloso y la ruina para España.

El segundo bajel, una saetía o saeta corsaria tripulada por renegados españoles e italianos y por un puñado de moriscos exiliados, tan sucia como el trasero de una mula enferma, pero veloz

como una yegua persa, partió cuatro horas más tarde y en su proa, taciturno, iba uno de los principales *Occulti*, es decir, uno de los agentes secretos, que el rey de España tenía en aquel momento en Constantinopla: Pedro Paolo Arcuri. No se llamaba así y había fracasado en su primer empeño: conseguir que su antiguo paisano y amigo, Ulug Alí Pachá, se pasara, secretamente, al bando español; pero que a cambio, había descubierto un fragmento de la enredada intriga que Esther la *Kyra*, el primer visir del imperio, Sokullu Mehmet Pachá, y el hombre más rico del mundo, don José Nasí, habían puesto en marcha para destruir la Liga Santa.

Por supuesto, Pedro Paolo Arcuri, el más diestro de los *Occulti* de España en Levante, no conocía todos los detalles de la complicada intriga, pero sí sabía una cosa: que en el destartalado bajel que estaba persiguiendo navegaban juntas hacia Poniente la traición y la ruina.

Por ello su saetía voló sobre las olas del mar de Mármara y se arriesgó a naufragar al atravesar de noche los Dardanelos; en fin, esas fueron también las razones que impulsaron al *Occulti* del rey de España y a su tripulación de renegados y moriscos a racionar el agua para no tener que detenerse en ninguna isla o costa para hacer aguada.

Aun así, Dios maldiga al enemigo: el rápido bajel que persiguen no se les muestra sino al atardecer del sexto día, al sur del cabo Matapán, en el país de Mani, el mismo promontorio al que los venecianos llaman San Angelo y los antiguos Tenaro, a cuyos pies se abre una pequeña gruta en la que siempre se tuvo por cierto que se abría una de las entradas del infierno.

Y el infierno, en efecto, debe estar cerca, pues ahora, con el bajel perseguido a la vista, el cielo que estaba azul se revuelve, súbitamente tormentoso, en un remolino de ceñudos grises y el viento del sur, el temible siroco, zarandea la saetía de Pedro Paolo Arcuri.

Gritos, órdenes, viento y espuma de mar llenan el aire, mientras delante el bajel fugitivo es empujado contra las inmisericordes paredes del cabo Matapán; y ellos, con pocas posibilidades de

maniobra, vuelan tras él hacia el mismo aciago destino de afiladas rocas.

Entonces, alguien grita una imperiosa alerta: parece que a la tempestad y a la boca del infierno se suma ahora una roja galera otomana que, arriesgándose a arbolar todas sus velas y tras haber recogido toda su palamenta, salta con redoblada furia sobre las tumultuosas olas empeñada en darles caza.

* El Sudán de este momento se extendía al sur del Sáhara desde lo que hoy es Malí y Senegal, hasta los actuales Sudán y Sudán del Sur; las costas de Zanj son las de las actuales Kenia, Tanzania y Mozambique.

4

Regreso al hogar

Dos noches antes, madrugada del once de julio de 1572, en las costas del norte de Creta.

Qué hermosa es la madrugada y cuánta paz alberga. La aldea cretense duerme acunada bajo los muros del castillo veneciano que la guarda. Cinco docenas de casas blancas amontonadas sobre una peña que mira al azul del mar que se abre de par en par, y en infinitas olas, hasta las presentidas costas sureñas del Peloponeso.

Todo es remanso y silencio en la playa mecida por el aroma que hasta ella baja desde las colinas, fragancia de plantas aromáticas y olivares que impregna las pendientes que suben del azul hasta el blanco de la aldea. Entonces, una galera rojo sangre surge de las sombras; solo la delata la boga lenta de los hombres encadenados a los remos y el siseo de la quilla que, al arar la arena, se acomoda para permitir desembarcar a los esclavos guerreros del sultán.

Y lo hacen. Los jenízaros saltan a las oscuras aguas y a la blanca arena Capitaneados por una figura alta y sombría en cuyo yelmo de capitán jenízaro ondean plumas de águila engastadas en oro y en cuyas manos de hierro reluce el mortífero acero de un yatagán damasquinado que parece destinado a dispensar infortunio.

Noche que declina: pasos en la madrugada y hombres bajo los olivos conducidos por la muerte que camina a la vera de un capitán jenízaro, y una aldea cretense que los aguarda sin saberlo.

Un perro ladra. El capitán coronado de plumas de águila lo parte en dos con su espada. Negra es la sangre del perro que se derrama ante una puerta cerrada que se abre y un hombre somnoliento aparece en ella; abre mucho los ojos y la boca cuando ve al capitán jenízaro y este lo enfoca con su único ojo azul hiperbóreo.

Mehmet al-Rumi corta la garganta del hombre antes de que pueda gritar. La sangre del desdichado se derrama imparable. Sangre de hombre y sangre de perro se mezclan en un impúdico charco y el infierno se desata en la aldea cretense que dormía, arrebujada bajo las murallas de un diminuto castillo veneciano.

Disparos de arcabuz y mosquete, flechas que vuelan, *kilifs* y yataganes que se cobran agonía y terror entre las calles estrechas llenándolo todo de gritos: de mujer, de niño, de hombre, de demonios que los destrozan sin misericordia o que los arrastran para encadenarlos y llevarlos lejos, muy lejos de casa, a días infinitos de esclavitud y zozobra.

Pero Mehmet ha vuelto a su hogar: a la guerra. Ya no es una sombra entre traidores, ni un viajero sombrío que lleva mensajes secretos a poderosos que urden conjuras, sino un jefe de hombres de guerra y eso, quieras que no, lo alegra. Sí, y su alegría se mide en destrucción.

—¡Al castillo, hijos de Satanás! ¡Al castillo antes de que sepan lo que está pasando! —ruge.

Y mientras grita da ejemplo y corre hacia los muros de la pequeña fortaleza veneciana en donde ya se apoyan ligeras escalas por las que trepan sus guerreros y desde cuyas almenas ya se gritan órdenes de alerta y resuena una pequeña campana.

Entre las sombras de la madrugada se atisban largas escalas atestadas de jenízaros que trepan por ellas con *kilif* y pistola en mano; y soldados turcos que, provistos de un tronco que hace de improvisado ariete, golpean con él las puertas; y retumban disparos desde las murallas; y un jenízaro que, alcanzado por ellos, muere junto a Mehmet al-Rumi que, feliz por volver a su hogar natural y meterse de lleno en la batalla, grita de gozo guerrero y, tras sacar una de sus pistolas de la ancha faja que le ciñe la cintura, dispara con ella y acierta en la garganta de un mercenario candiota que cae mortalmente herido de dolor desde las almenas venecianas.

¿Luego? Lo inevitable: Mehmet y sus demonios toman la pequeña fortaleza, la incendian y pasan a cuchillo a la guarnición. Después, una larga cuerda de cautivos baja por los olivares para llenar la fétida panza de la galera otomana.

Cuando dejan atrás la costa, el fuego suma su luz a la de la nueva mañana, mientras los llantos de las mujeres cautivas y los gritos de sus niños parecen colmar las olas; y Mehmet, de pie en la entoldada carroza de su galera, se siente un poco menos solo, un poco menos amargado, pues volver a casa es siempre una cosa buena.

Sí, pero mejor aún será paladear su venganza. Esa idea que es certeza en su corazón de pedernal fiero, pone en sus finos labios la cruel sonrisa que tantos hombres han aprendido ya a temer y en su mente una afilada pregunta:

«¿Dónde está Monteagudo?».

Sabe que está vivo, no le cabe ya duda alguna; así que puede que, malherido como lo dejó, se le diera licencia para volver a España; o puede que se quedara en Mesina o que partiera a Nápoles o a cualquier otro puerto o ciudad de los dominios del rey Felipe; o puede que se embarcara de nuevo en la armada de la Liga Santa y que, Alá así lo disponga, vuelvan a encontrarse frente a frente, en la batalla.

Pero, esté donde esté, antes o después lo encontrará. ¿Acaso no fue por ese afán por el que obedeció al padre de su amada, el primer visir del imperio, Sokullu Mehmet Pachá, y a don José Nasí, y por el que cruzó media Europa para anudar la conjura que debía reavivar la guerra contra España en Flandes? Sí, pues a cambio de ello, el judío Nasí, el banquero más rico del mundo, le juró que todos los ojos, oídos y lenguas que para él trabajan en cada puerto, en cada mercado, en cada ciudad de cuantas se extienden entre Lisboa y Macao, se afanarían en recoger noticias sobre José de Monteagudo. Sí, darán con él y entonces llegará la única hora que ahora aguarda: la de la ira.

—¡Remad, remad, malditos, pues la guerra nos espera y con ella la venganza! —ordena, y aunque los remeros están agotados, redoblan su esfuerzo. ¿Quién se atrevería a desobedecer a un hombre que vive para servir a la muerte?

Sí, para eso vive Mehmet. Solo para eso. Pues José de Monteagudo lo privó de lo único que lo ataba a la vida: su amada Ísmihan.

—Te encontraré, Monteagudo. A ti y a tu puta, y os haré pagar el infierno que llevo dentro —jura como lo viene haciendo todos los días desde que encontró a Ísmihan colgando de un velo de seda, con el cuello roto y sus ojos de primavera silente mirándole fijamente, reprochándole, por toda la eternidad, que llegara tarde.

Atormentado por esa visión que nunca lo abandona por completo, Mehmet alza su mirada de cíclope al otro azul, aquel no domina, el de los cielos, y busca en ellos lo que perdió para siempre.

—Ísmihan, te juro que los haré sufrir hasta lo indecible, amada mía. Pagarán por tu dolor y por el mío, y luego, cumplida la tarea, me iré contigo —murmura para sí.

Cree en lo que sus labios dicen, pues ¿para qué seguir viviendo una vez satisfecha la rabia que lo alienta? Para nada.

Durante todo ese día de singladura hacia el norte, Mehmet al-Rumi se mantiene mirando al curvado horizonte de infinito color marino. Silencioso, solitario, ajeno al lamento de los cautivos, al restallar de los látigos y a las tareas de marineros, corsarios y jenízaros. Todos saben que, cuando su capitán entra en ese estado de insufrible nostalgia, lo más prudente es no molestarlo. Por eso las horas se suceden y el sol declina, y los cielos mudan del azul al color de la tempestad.

Es el viento ardiente del sur el que saca de su ensimismamiento a Mehmet al-Rumi, que, como buen capitán corsario, comprende de inmediato: el siroco es el aliento del infierno y los está empujando hacia una de sus antiguas bocas, la del cabo Tenaro que ahora aparece en los derroteros y portulanos con los nombres de San Angelo y Matapán.

—¡Dos bajeles al norte! —anuncia el vigía y Mehmet afina la mirada.

En efecto, allá lejos, a septentrión, empujados violentamente por el siroco, dos naves, un bajel muy rápido y una saetía, van derechos al cabo Matapán: el extremo sur del salvaje país de Mani.

Un verdadero hombre de guerra es como una fiera: presiente a las presas. Mehmet siente un cosquilleo en las palmas de las manos y una extraña corriente que le transita la espina dorsal. Conoce las señales, nunca le han fallado.

—¡Que todas las velas recojan viento! —ordena.

Y de inmediato, como monos bien adiestrados, los marinos trepan a los palos, sueltan trapo y amarran cabos, y la galera jenízara salta sobre las olas al desplegar hasta el último palmo de tela que posee.

La tarde declina rápidamente cuando ciñen ya la estela de la saetía que persigue al bajel. Las dos pequeñas naves mancas que van por delante se están viendo obligadas a recoger velas, pues el siroco amenaza con estrellarlas contra las rocas del cabo Matapán. Es pues el momento de la galera de Mehmet al-Rumi.

—¡Sujetad las telas y ceñid bien el viento!

Y a su voz de mando, las velas parecen henchirse hasta la agonía y amenazan con desgarrarse mientras tiran con fuerza de la galera hasta que esta parece una descomunal águila marina acosando a su presa.

Mehmet separa bien las piernas para no caerse y posa la mano sobre la empuñadura el yatagán que le regaló, muchos años atrás, su maestro de esgrima, Matraçi Nasuh; y aunque tiene el corazón muerto, se permite una sonrisa cruel que anticipa el saqueo y la matanza. No sabe a qué nación pertenecen esas naves, pero en el disputado mar todos los bajeles son de quien los toma por la fuerza; y él, allí, sobre las olas y en la tormenta, es la fuerza más asesina que se pueda imaginar.

Delante de la galera de Mehmet al-Rumi, a media milla marina española de distancia, Pedro Paolo Arcuri traga saliva sobre la cubierta de su rápida pero frágil saetía. Forma parte de los *Occulti*, es un hombre de la frontera y eso, en verdad, solo significa una cosa: que debes lidiar con la muerte cada día y no una muerte cualquiera.

Tres años atrás, en Constantinopla, muchos de sus secretos camaradas fueron descubiertos y empalados. Algunos, entre ellos el joven Caracciolo –Pedro Paolo lo recuerda bien, pues estuvo allí, disfrazado de vendedor de dulces para los curiosos que se acercaban a disfrutar con la agonía de los desdichados–, tardaron hasta dos

días en morir. Dos días de sentir como la estaca les iba abriendo el destrozado ano y les reventaba el intestino; dos días de suprema tortura notando, palmo a palmo, como la cruel madera les desgarraba las entrañas; dos días de rezar a gritos pidiendo la libertadora muerte y de retorcerse mientras la condenada estaca salía por el pecho, la garganta o la boca, o mientras avanzaba, más y más, hasta traspasarles la cabeza. ¿Morirá él así? Si la galera turquesca que navega con toda la tela izada lo alcanza y su capitán descubre que se traen entre manos, es harto posible que así sea y esa posibilidad, mira tú por donde, le da a Pedro Paolo una energía, una urgencia, muy encomiables.

—¡Hay que arriesgarse, muchachos! ¡Izad de nuevo hasta el último trapo y ceñid bien el viento, condenados, que traemos detrás al diablo! —advierte a sus hombres.

Resulta ocioso hacerlo, pues todos, hasta el último de los dieciséis renegados y moriscos que componen la tripulación de la rápida saetía, saben que ser apresados por una galera del sultán y ser sometidos al correspondiente interrogatorio será el umbral de una muerte muy desagradable: la de cada uno de ellos.

Así que se aplican a la tarea de aprovechar el tiempo que les queda y seguir volando tras la estela del condenado bajel que perseguían y que parece irse derechito contra las rocas y pequeños islotes que rodean al condenado cabo Matapán.

Y la tempestad reina juntando espuma, alzando olas y estrellándolas contra las pálidas rocas de la bravía costa que los aguarda que, a la grisácea luz que ahora todo lo domina, semeja la abandonada osamenta de un dragón infernal.

Diez minutos más tarde todo sigue igual: el bajel que, empujado por el cada vez más salvaje ventarrón, se va derechito a la boca del infierno; mientras que la saetía de los *Occulti* de Pedro Paolo le pisa la marina estela y la galera jenízara de Mehmet al-Rumi, arriesgando, se les aproxima a ambos braza a braza; y el siroco, como si se esforzara en ser perdición, arrecia.

Y pasa lo que todos temían: que el bajel del secreto emisario veneciano se estrella contra los escollos que hacen bullir las aguas de los bajíos que anteceden al albo cabo; y, quedándose durante un

extraño momento de tormentoso suspense encallado y detenido sobre una plana y apenas sumergida gran roca caliza, es nuevamente zarandeado, a continuación levantado por una ola más poderosa que las otras y al fin estampado contra un costado del agudo promontorio en donde hasta la última de sus tablas parece saltar a la tempestad.

—¡Virad, virad! —grita Pedro Paolo Arcuri al ver lo ocurrido con el bajel que volaba a menos de cien brazas por delante suyo.

Es inútil: una roca gris y afilada ya está abriendo la panza de su saetía y el violento y pétreo ataque hace caer al *Occulti*, que rueda por cubierta tratando de agarrarse a algo.

Sí, ¿pero a qué? A nada. Se estrella contra la amura y allí se queda: empapado, sin aire, con dos costillas rotas y sabiendo que su saetía está herida de muerte y él mismo a punto de convertirse en comida para los peces.

—¡Arriad velas y virad en redondo! —ordena Mehmet al-Rumi en su galera.

La poderosa nave se aquieta un tanto, vira con dificultad a siniestra, mecida violentamente por las olas, pero sin llegar a meterse en los bajíos; poco a poco, a fuerza de destreza marinera, pone algo de agua de por medio.

Desde la carroza desentoldada, Mehmet trata de ver algo entre las sombras de la tarde que se apresura a tornarse noche; entre las olas y ráfagas de viento que el siroco alimenta, atisba delante suyo, medio ocultas por la creciente tempestad, como las dos naves que perseguía están encalladas y yéndose a pique. ¿Qué hacer? Lo prudente es no acercarse…

—¡Preparad el esquife! —grita ahora.

Pues él nunca fue prudente.

Mientras, en las golpeadas aguas que bullen bajo el cabo Matapán, la tripulación del bajel se está yendo al otro mundo con más prisa de la que nunca imaginaron. Algunos ya se ahogan, otros se aplastan

contra las rocas y los demás, aquí y allá, se sujetan como pueden a alguna tabla, a alguna antena, a algún jodido y abrasador cabo.

Entre estos últimos está el secreto emisario del embajador veneciano ante la Sublime Puerta. Sin duda, es un hombre arrojado, o lo sería si fuera un hombre. Bajo su disfraz de comerciante griego, no hay un veneciano, sino una veneciana; pero, tenga lo que tenga entre las piernas, en la cabeza tiene una sola idea: sobrevivir. Sí, y si lo logra, le sumará una segunda: llevar a la Serenísima el vital mensaje que porta. Por eso, aunque es locura, se suelta del cabo al que se ha amarrado y deja que las olas se la lleven de la destrozada cubierta de su bajel.

Y cae al agua. Espuma, viento y rocas. Combinación en extremo peligrosa. Nada con fuerza o eso cree, mientras sus compañeros de naufragio se van al fondo del mar o son convertidos en pulpa sangrienta por las arremetidas de olas y piedras. Mientras todos mueren y ella se prepara a hacerlo, siente contra los empapados senos la bolsa encerada que contiene el documento secreto que, finalmente redactado y firmado con tinta de sulfato de cobre y vinagre, será invisible al ojo humano hasta que un alquimista lo revele con su arte; y ciñéndole la cintura por debajo de la camisa, le rozan las gemas y el oro del collar de Roxolana que hubiera sido la prueba de que no solo portaba un documento secreto e invisible al ojo descuidado, sino uno que podía cambiar la suerte de Venecia, España, el imperio del sultán y el orbe entero.

Podía… pero ya no va a poder hacer nada. Nadie revelará las palabras escritas con tinta invisible; nadie sopesará con reflexiva mano y mirada, el legendario collar de Roxolana para tener la absoluta certeza de que el tratado que se ofrece es veraz. Nadie, en fin, volverá a verla, pues su tumba será el fondo del mar.

En su saetía medio destrozada, Pedro Paolo Arcuri se ha puesto de pie y eso lo empeora todo: una ola lo golpea de lleno y lo lanza fuera de la nave. Las aguas del antiguo cabo Tenaro lo reciben con ansia, como si se esforzaran en tragárselo. Pero hay hombres a los que no quiere ni el infierno y Pedro Paolo Arcuri debe ser uno de

ellos, pues emerge justo a tiempo para ser zarandeado como un guiñapo por una nueva ola; desde su cresta atisba, durante un parpadeo, la suerte del bajel que pugnaba por alcanzar y que ahora es solo astillas y muerte de las que parece escapar uno de sus tripulantes que, como él, parece no agradar a Neptuno.

Y todo es tormenta. El siroco sigue creciendo en intensidad, levantando moles inmensas de agua salada, proyectando espuma y azotando rocas; y entre ellas, medio ahogado, el emisario veneciano, al que sus padres, veintiséis años atrás, bautizaron como Angela Dominica, debe de tener su mejor atardecer, pues con la última luz, es aupado por encima de una piedra dura como acero recién lustrado y precipitado sobre la diminuta cala que se abre al otro lado.

Allí Angela Dominica bracea, traga agua, y vuelve a bracear; mientras lucha contra la resaca de las aguas y se sigue esforzando por nadar y no quedar sepultada por las masas de agua salada que la golpean. Entonces, uno de sus pies toca arena y la esperanza más loca se le prende en el pecho. Pero solo dura un instante: una nueva ola y pierde pie, y las aguas la voltean, la sumergen y la alejan. Emerge de nuevo y otra vez bracea mientras traga agua que le quema la garganta y otra ola la hunde, una vez más, en el abismo.

Pero asciende al fin a la recién estrenada noche y entre las sombras primigenias, vuelve a hacer pie. Sí, pero solo para ser salvajemente propulsada y estampada contra los guijarros, lastimándose terriblemente las manos, las rodillas y los pies, y lacerándose el rostro. Y pese a todo, desesperada, se aferra con todas sus fuerzas a las pequeñas piedras, rompiéndose las uñas, pero consigue que las aguas no se la lleven de nuevo; y así, medio ahogada, sangrando y sollozando, sube por la pendiente de la cala y se interna en el país de Mani.

Y tras ella, contra toda esperanza, Pedro Paolo Arcuri también es precipitado a tierra. Sale del mar llorando de puro dolor: con costillas rotas y una enorme brecha en la cabeza que se ha hecho al golpearse contra una piedra, pero está vivo; y se arrastra de rodillas, gateando como puede, para alcanzar también la seguridad que se ofrece más allá de la pedregosa rompiente de la cala.

Detrás suyo, en la noche y la tormenta, Mehmet al-Rumi desiste: el esquife apenas si se mantiene a flote y tendrá que bastarle con haber visto como los dos fugitivos alcanzaban la playa, uno tras otro. ¿Qué se oculta en esta historia? Hoy no lo averiguará. Es hora de volver a la galera y de ponerse a salvo, y él sabe cómo y dónde: a escasas dos millas de allí, entre el cabo y la fortaleza veneciana de Porto Cagio, hay un estrecho canal que separa las belicosas tierras del país de Mani de una islita deshabitada y sin nombre. Allí llevará a su nave y aguardará a que cese el siroco.

En tierra, Angela Dominica, quien fuera el emisario veneciano, trata de abrirse paso entre miserables arbustos y afiladas rocas calizas. Lo logra y alcanza la cima de la pendiente. Está a salvo.

Solo durante un instante, pues al siguiente, la vida es así de puñetera, una sombra armada con un garrote surge de los arbustos donde se ocultaba y la deja inconsciente de un solo golpe en la cabeza.

Más abajo, ajeno a todo, Pedro Paolo Arcuri sigue gimiendo de dolor, hasta que le dan alivio de inmediato: un hombre recio le estampa una piedra contra la coronilla y lo deja tendido en el suelo.

Y mientras arrastran el cuerpo exánime del *Occulti*, arriba, en la cresta de la pendiente, agachados junto a Angela Dominica, dos maniotas la registran y comprueban que es una mujer. Sí, y de paso, también hallan la bolsa enrollada y encerada que lleva sujeta entre los senos. La abren y extraen un puñado de papeles que escudriñan aferrándolos con fuerza para que no se los arranquen las últimas ráfagas del siroco que, al fin, parece ir encalmándose. ¿Qué ven? Seis hojas escritas en apretado griego y una última totalmente en blanco.

Uno de los maniotas, el jefe de la pequeña partida, sabe leer y pronto se percata de que se trata del registro de un comerciante: cifras y mercancías pulcramente anotadas. Los apuntes de un mercader epirota tras un viaje comercial a Constantinopla, nada relevante. Pero ¿y la hoja en blanco? Quizá, medita un instante, la llevaba para consignar las compras que pretendía hacer en el

próximo puerto. Ahora, piensa con salvaje regocijo, nunca rellenará ese último folio, pues la bárbara costumbre de los habitantes de aquella costa es apoderarse de cuanto valor traigan consigo los náufragos y luego darles muerte. Claro que esta desdichada no parece llevar nada que valga la pena más allá de la ropa.

Entonces, cuando le baja los pantalones para quitárselos, dejándola desnuda antes de rebanarle el pescuezo, se lleva la sorpresa de su vida y los ojos se le dilatan hasta lo indecible. Pues enlazando la breve cintura de la moza, envuelto en terciopelo, se halla el más deslumbrante collar del orbe.

El descubrimiento salva la vida de Angela Dominica. El jefe de la partida maniota comprende que allí hay una buena historia. Sí, una de esas que su *kapetános*, el jefe de su *genos*, de su clan, querrá conocer.

En cualquier caso, el collar debe valer una fortuna: tan grande como para enriquecerlos a todos y de paso, comprar cuantos arcabuces, mosquetes y pólvora puedan soñar. Fascinado, pasa entre sus encallecidos dedos los enormes, oscuros y pulidos rubíes que parecen beberse hasta la luz de las ocultas estrellas; concluye que su cálculo es muy bajo y que aquella maravilla bastaría para armar, no solo a su *genos*, sino también hasta al último de los ciento treinta clanes del país de Mani. Un país donde la guerra, el robo y la venganza son las formas de relación habituales entre clanes. Así que deberán tener cuidado, ¿Pues qué harían los miembros de los *gene* vecinos si se enteran de que ellos, el clan de los Morfakidis, poseen semejante maravilla? Pues lo mismo que harían ellos: tratar de apoderarse de ella asaltando su aldea y destruyendo la pirgóspito o torre que la defiende.

Levantándose, el jefe maniota se mete el collar bajo la camisa y ordena a sus hombres que carguen con el cuerpo desnudo de la chica. Se la llevan a la pirgóspito de su clan: de gruesos muros y con cinco pisos de altura, está dotada de estrechas ventanas desde las que disparar y provista con una escueta entrada situada en el segundo piso a la que solo se puede acceder por una angosta escalera de mano que se retira en cuanto se ventea el primer atisbo

de peligro; su coronación es una terraza almenada dispuesta como mortífera plataforma de combate.

Lo inesperado puede salvarte la vida y a Angela Dominica se la salva el hecho de que no se le soltara el collar de Roxolana cuando las olas la zarandeaban. Y otro tanto ocurre con Pedro Paolo Arcuri, al que uno de los maniotas de la pequeña partida ya se disponía a degollar, tras sustraerle la bolsa con monedas de oro que llevaba escondida; pero su jefe, informado de que un segundo náufrago había sido abatido de una pedrada pendiente abajo, se pone a dar voces ordenando que no le den muerte.

Y Angela Dominica y Pedro Paolo, los dos agentes secretos, el de Venecia y el de España, el perseguido y el perseguidor, son cargados por los maniotas y llevados a la pirgóspito de los Morfakidis, el más feroz de los clanes de Mani, mientras el siroco se va aquietando y el destino, travieso, se echa a reír.

5

Las carcajadas del destino

Nueve días más tarde, veinte de julio de 1572. Corfú, islas Jónicas.

María vuelve a pasar entre sus finos dedos el espléndido tembleque de diamantes arrancado del turbante de un noble turco. Las gemas se beben el sol que las hiere y devuelven destellos que la hacen sonreír. Con cuidado, regocijándose con cada movimiento, desata, por enésima vez en una hora, el nudo que cierra la pesada bolsa de seda que contiene ochenta y un ducados de oro. Por puro placer, hace tintinear las monedas y luego, con veneración infantil, coloca entre ellas el diamantino tembleque, antes de volver a anudar los cordones de seda.

A continuación, se concentra en la contemplación de las riquezas desparramadas a los pies de la cama: garzotas de exóticas plumas, sedas bordadas en oro, cuatro dagas de enjoyadas empuñaduras, un espléndido *kilif* damasquinado de oro y puñados, literalmente, de gemas –carbúnculos, esmeraldas, topacios, diamantes, zafiros y rubíes– engarzadas en pesados anillos y en un brazalete que también está cuajado de perlas.

Es su botín y no está mal para una bailaora de taberna que se desde niña no había hecho otra cosa que pasar hambre y penurias sin cuento. «¿Cuánto podría haber sacado por todo esto en Mesina o Palermo?», se pregunta: no menos de diez mil ducados y ello sin contar los ciento cuarenta y cuatro que contiene la bolsa…

—Eres un «soldado» muy rico.

La voz de José de Monteagudo le llega a María a través de los fulgores del oro y las gemas y, ciertamente, parece avivarlos, pues no puede evitar agrandar aún más su sonrisa y, desnuda como está, la motiva a revolverse como una gata y trepar hasta el cabecero de

la cama mientras su hombre la contempla con una mezcla de fascinación y ternura.

José es un hombre que ha vivido mucho, sufrido sin medida, combatido más de lo que le apetece recordar y visto más mundo del que la mayoría de sus paisanos imaginan que pueda existir; y por eso sabe que María tiene heridas más profundas que la cicatriz que le ciñe la grácil garganta y que le dejó la soga con la que Mehmet al-Rumi trató de ahorcarla de la rama de una encina. Heridas dejadas por el cruel acero de la pobreza, de la soledad, del miedo acumulado en el pecho frágil de una niña abandonada a su suerte en las calles de Granada. Pues, por muy fiera «soldado» que sea María, también es y será siempre, una niña asustada que no termina de creerse que su fortuna cambió el día en que él apoyó la punta de la espada en su garganta y ella le clavó los puñales de sus ojos de hembra retadora, pero acorralada.

—¿Por qué te empeñaste en no vender todo esto a los comerciantes de Mesina? —pregunta María con un gesto medio enfurruñado y un deje de insatisfecha curiosidad que provoca en José una punzada irrefrenable de deseo.

—Porque nos habrían engañado. Aquí, en Corfú, hay banqueros y comerciantes judíos y la mayoría de ellos provienen de España.

—¿Y eso qué tiene que ver con conseguir un buen precio por nuestro botín?

Monteagudo no tiene más remedio que esforzarse en pensar la respuesta, pues casi toda su mente está en otra tarea: paladear las sensaciones que sus dedos cosechan entre los oscuros cabellos de su dama y conducirlos luego hacia las delicadas curvas de su cuello, de su hombro y de sus senos.

—En Palermo, en Mesina o en Nápoles, los comerciantes deben pagar una buena parte de sus ganancias al rey y eso termina por repercutir en el precio que ofrecen a sus clientes, o eso dicen para excusarse. Aquí, en Corfú, bajo soberanía veneciana, los comerciantes y banqueros judíos pagan menos impuestos y pueden ofrecer más —explica—, o eso es lo que afirma Andreas. Y, bueno… ya sabes que Andreas, como el buen pirata maniota que fue, sabe mucho de vender botines. Además, afirma que conoce a un

comerciante sefardí en particular. Uno llamado Jacob el Sevillano que trabaja para don José Nasí y que nos dará el mejor precio por los tesoros que logramos recoger en Lepanto.

—¿Don José Nasí? ¿Por qué se escucha ese nombre en todos los puertos?

—Es el hombre más rico del mundo. Su familia procede de España, pero cuando se produjo la expulsión de los judíos marchó a Lisboa. Luego, los Nasí emigraron a Venecia y de allí pasaron a Amberes y de esta a Constantinopla.

Relata mientras, como un león acechando presa, se desliza por encima de la cama.

—Allí, don José Nasí, con costosos regalos y con ochenta mil ducados de oro, se ganó la amistad del príncipe Selim y, según se cuenta…

Acaricia el tobillo de María, pero no parece dispuesto a quedarse allí.

—… estuvo detrás de la conjura que terminó sentándolo en el trono del sultán. Dicen…

Sus dedos ya están a la altura de las rodillas.

—… que el sultán Selim es muy aficionado al vino y que el gobierno de su imperio lo aburre soberanamente. Así que quienes realmente gobiernan, o eso se cuenta, son su esposa Nurbanu, de origen veneciano, su visir, el jenízaro de origen serbio Sokullu Mehmet Pachá, y el hebreo don José Nasí.

—No lo entiendo... —María, desconcertada, detiene las manos de Monteagudo, ya en su cintura—. Si ese Jacob el Sevillano es un agente de Nasí y este es a su vez uno de los consejeros del Gran Turco, ¿qué hacemos nosotros, soldados del rey de España, vendiéndole el botín que arrebatamos a los guerreros del sultán?

—El acero y el oro no se estorban —replica José con una sonrisa mientras abraza a María—. Además, el tal Nasí se cartea con nuestro rey y con los demás soberanos de la cristiandad. Si su hombre en Corfú nos paga mejor que los comerciantes de Sicilia, no le haremos ascos a su oro.

María menea la cabeza no muy convencida por los argumentos de José. Pero el muy galán está hoy especialmente guapo y la

bailaora decide que, en vez de seguir con las preguntas, es mejor pasar a la acción y lo besa. Un beso largo y lento. Él, por su parte, deja de pensar en el oro, en los banqueros, en los reyes, en la guerra… Deja de pensar y se olvida hasta de respirar, cuando la espalda de ella se curva y sus oscuros cabellos se derraman como flores de insondable seda.

Y así, sin darse cuenta, su destino volvió a anudarse con el de su peor enemigo.

Tres horas más tarde.

—Diez mil seiscientos setenta y dos ducados. Eso es todo lo que puedo daros por esto que me traéis, mi señor capitán —dice Jacob el Sevillano.

Tiene sesenta años y una barba blanca desde la que se asoman una boca generosa y una nariz de águila. Arriba, sobre el rapaz apéndice nasal, unos ojos pequeños y como de miel de naranjo chispean con alegría cada vez que ven algo hermoso que se dispone a pasar a su propiedad.

Y ante él hay muchos objetos hermosos aparentemente prestos para ser suyos: un tembleque de diamantes que vale una fortuna; tres garzotas de exóticas plumas procedentes de aves sin nombre que habitan en la India y vete tú a saber en qué otras tierras de maravilla; caftanes y turbantes tejidos con sedas bordadas en oro; cuatro dagas con empuñaduras rematadas con rotundas gemas y forradas con metales preciosos; un *kilif* damasquinado y envainado en una fabulosa vaina de madera de sándalo chapada en oro fino; y, para colmar la irrefrenable avaricia de Jacob, una buena cantidad de anillos y brazaletes de oro adornados con piedras preciosas de Ceilán y perlas pescadas en Java.

Un surtido de maravillas que se dispone a pasar de las manos de estos dos pardillos que tiene delante a las suyas.

José de Monteagudo mira de reojo a su dama. María, acostumbrada a tratar con indeseables, ya le ha echado el ojo a quien tiene delante y que, por mucho perfume de Ancona que use, apesta a engaño. Así que resopla sin disimulo y niega con la cabeza.

Por su parte, Jacob, que no es lego en la ardua disciplina de tratar con soldados y ladrones, no se deja intimidar y amplía su sonrisa, a la par que inclina, respetuoso, la cabeza en un gesto de falsa cortesía dedicado a María y que haría vomitar a un buitre.

—Vuestra dama es joven y osada. ¡Bendita juventud! Pero yo soy viejo y llevo muchos años en el oficio y os aseguro que estos objetos valen lo que digo que valen. Pero, mirad —dice guiñando un ojo—, la belleza de esta joven y su gallarda estampa me ablandan el corazón y me llevan a subir la oferta: os daré diez mil setecientos ducados de buen oro. ¿Os parece bien, mi señor?

Como Monteagudo se mantiene allí, callado y serio, y a la vez su bizarra dama niega con la cabeza mientras apoya la mano en la empuñadura de su daga vizcaína, Jacob el Sevillano redobla su amabilidad y su determinación de hacer un buen negocio, y agrega:

—¿Así que mi señor es el capitán del señor Andreas? —pregunta con tono melifluo. Que use la palabra «señor» para acompañar el nombre de Andreas el Griego es ya prueba evidente de que es un hombre avezado en las coincidentes artes del engaño y de la oportunidad—. Diez mil setecientos cincuenta ducados os doy y subo el precio porque os recomienda el señor Andreas —concluye Jacob abriendo las manos en un gesto que parece decir que aquella es, definitivamente, su última oferta.

Monteagudo se toma su tiempo en contestar. Esa manía suya de tomarse tiempo mientras clava sus ojos negros, como de fuego oscuro, en los de quien tenga delante, pone nervioso a cualquiera.

Mientras el capitán intimida un tanto al judío, María echa una rápida mirada a su alrededor: la estancia está ricamente decorada, y eso y las ropas del comerciante hablan de poder y dinero. Sin duda, Jacob el Sevillano es un hombre opulento; y ya se sabe: para que alguien se haga un poco más rico, alguien debe de ser un poco más pobre, pero ella no quiere ser ese último «alguien».

—Bien sabéis, señor Jacob, que Andreas es un hombre del país de Mani y, por lo que me dijo, vos tenéis experiencia en tratar con gente de su tierra hecha a emprender negocios ¿Cómo decirlo? Negocios de pésima fama —dice al fin Monteagudo.

Ha elegido bien las palabras, dando a entender al comerciante judío que bastaría la denuncia de un capitán de la Liga Santa de que comercia con piratas maniotas para que las autoridades venecianas de Corfú le anudasen al cuello una buena cuerda de áspero esparto.

Jacob el Sevillano entiende el mensaje y eleva su oferta de inmediato. Al fin y al cabo, todo apunta a que el español y su moza disfrazada de soldado son de ese tipo de gente que se molesta en exceso cuando son engañados:

—¡Vais a arruinarme, señor capitán! Pero ¿cómo negarle algo a los héroes de Lepanto? Os daré doce mil ducados por estas cosas, y espero que mi esposa no se entere o me echará de casa.

Pero como el recio hombre que tiene delante no se inmuta, sino que sigue clavándole hasta el alma unos ojos negros que parecen atesorar destellos de oscuro acero, Jacob sabe que tendrá que hacer, una vez más, una «última oferta». Sí, sobre todo porque esos condenados ojos lo miran desde un rostro surcado de cicatrices, de la clase de las que hablan sin parar de un hombre de espada que debe contar en su haber más enemigos muertos que años tiene él a sus espaldas.

—¡Doce mil trescientos ducados, pero me condenáis a la pobreza! —protesta elevando los ojos al invisible cielo en un alarde de interpretación que no convence a María.

—Trece mil seiscientos o el capitán se verá obligado a ensayar su veneciano con los jueces de Corfú —añade, implacable, la bailaora.

Y Jacob, que sabe cuándo retirarse a tiempo y que calcula que, después de todo, ganará más de cinco mil ducados con aquel negocio, pone los ojos en blanco y concede:

—¡Vuestros son esos trece mil seiscientos ducados y que Dios os perdone por vuestra crueldad con este pobre comerciante!

Y así se cierra el trato. Luego, con esa avara minuciosidad que todo buen banquero posee, Jacob extiende recibos, amontona oro, guarda los preciados objetos y sigue laborando por su negocio:

—Supongo, mi señor capitán, que pronto partiréis con la flota del General de Cristo, don Juan de Austria, a seguir batallando contra el turco.

—Eso ya lo sabéis, señor Jacob —responde, brusco y suspicaz, Monteagudo mientras a su lado, ansiosa, María va llenando bolsas con el oro que les ha pagado el sefardí.

—No es práctico llevar tanto oro encima —apunta el judío—. Si me dejáis aquí una buena cantidad, yo lo haré trabajar para vos y la señora. Os puedo ofrecer un buen interés por el depósito. ¿Qué os parecen diez ducados por cada doscientos cincuenta en tres meses?

María levanta, alarmada, sus ojos verdes de leona y Monteagudo, que la ve por el rabillo del ojo, no puede reprimir una sonrisa.

—Convenido: diez por cada doscientos cincuenta en tres meses. Pero ¿y si la jornada en la que vamos a embarcarnos se prolonga más allá de esos tres meses? En ese caso, don Jacob, ¿os parecería bien añadir dos ducados más por cada doscientos cincuenta?

Jacob se percata entonces de que el capitán no solo es un hombre implacable, sino también uno astuto y de mente ágil. ¿Pero qué se le va a hacer? «Dios, vete a saber por qué, a veces se complace en enviarme gente despierta en vez de idiotas», se guarda para sí. «Por suerte, solo lo hace de tarde en tarde».

—Convenido, mi señor capitán, pero solo si la suma que me confiáis supera la mitad de la que os he pagado.

—¡Hecho! Os dejamos aquí siete mil seiscientos ducados y los recogeremos, con sus intereses, cuando acabe la campaña.

María hace amago de protestar. «¿De verdad José va a dejarle más de la mitad de su oro a esta rata avariciosa?», se dice a sí misma, enojada; pero José parece decidido y ella, ni que decir tiene, ya sabe confiar en él más que en su instinto.

Cuando salen de la casa de Jacob el Sevillano llevan mucho oro con ellos y la promesa, bien anotada en un documento, de que podrán venir a por el resto cuando reine el otoño y la campaña contra el turco haya terminado con un nuevo triunfo para las armas cristianas.

—¿Y si en vez de alzarnos con la victoria nos derrotan los turcos? —pregunta María.

Todavía enfurruñada, mientras bajan por empinadas calles en dirección al puerto, siente otra vez esa extraña molestia en el bajo

vientre que, a menudo, da paso a molestas y repentinas náuseas.

—En ese caso, mi señora, seremos unos muertos muy adinerados. —Sonríe con gesto feroz el antiguo alférez de don Lope de Figueroa ascendido a capitán a su pesar—. Aunque creo que eso no les importará lo más mínimo a los peces que se alimenten de nuestros cadáveres. Pero así es la vida del soldado: hoy rico, mañana pobre; hoy vivo y feliz, mañana flotando boca abajo sobre las olas. Y por eso —coge con disimulo la mano de la bailaora—, porque es así, deberías hacerme caso: vuelve a España, María, a Santa Fe. Llévate todo el oro y aguarda allí a que yo vuelva. La guerra no durará más de uno o dos años.

—¡Ja! Mi señor capitán es un hombre aficionado a soñar —espeta ella—. ¡No me aparto de ti ni aunque el sultán nos eche encima hasta al último de sus condenados jenízaros!

Y así, entre palabras y risas, felices de estar vivos y juntos, se pierden en un dédalo de casas encaladas.

Mientras, en la lujosa estancia donde Jacob los atendió, el hebreo cuyos abuelos vivieron e hicieron negocios en Sevilla se apresura a preparar tinta invisible para redactar una carta secreta y urgente: agachándose, toma de un cerrado cofre oculto bajo su escritorio, un frasco que contiene agallas de roble; toma un puñado y las hecha en una pequeña mano de mortero que extrae también del cofrecillo y las machaca hasta reducirlas a polvo. Luego, levantándose, pasa a la estancia contigua en donde un brasero de cobre le presta sus ascuas. Sobre ellas coloca un diminuto trípode y sobre este, un cazo de cobre con agua que pronto hierve y a la que arroja el polvo de agallas de roble.

Media hora más tarde, retira y filtra el líquido marrón repleto de ácido tánico y con él regresa al despacho, lo vierte con cuidado en un tintero de plata y rebusca un folio en blanco sobre el que, mojando la pluma en aquella alquímica solución, se pone a escribir la misiva que debe alertar a su patrón: don José Nasí, duque de Naxos.

Al cabo de un rato, el nietecillo de Jacob el Sevillano corre con la carta enfundada en fieltro encerado y oculta entre sus ropas; cuando llega al puerto, salta a una barca de pesca en la que entrega discretamente el papel, aparentemente en blanco, a un pescador de manos sucias que echa sus redes muy cerca del continente. Sí, tan cerca que, de tanto en tanto, en vez de peces, pesca espías turcos que se hacen cargo de lo que les entrega y que saben cómo revelar lo que guarda la tinta invisible.

Y así, al día siguiente, en una sala de la ciudadela de Butrinto, la ciudad fortaleza que los turcos poseen en la costa albanesa a escasas millas de Corfú, un agente de don José Nasí prepara la solución de sulfato ferroso que, debidamente extendida con un pincel sobre la inmaculada superficie del folio que le acaban de entregar, revelará la oculta epístola. Con mano diestra distribuye el vitriolo verde y al momento, al entrar el reactivo en contacto con la tinta invisible, letra a letra, línea tras línea, la carta escrita con el preparado de agallas de roble desvela su mensaje. Pronto, a lo sumo en dos días, estará en Constantinopla, sobre la mesa del poderoso banquero que, siempre fiel a sus acuerdos, la remitirá de inmediato a Mehmet al-Rumi.

Andreas es menudo, duro como hierro recién templado y con la cara tan arruinada de cicatrices y quemaduras que da miedo mirarlo. Bueno, Andreas el Griego daría miedo aunque nadie lo viera, pues es un maniota que lo fue todo antes de ser soldado del rey de España: pescador de esponjas, pirata, galeote, ladrón, asesino y otras cosas que es mejor no nombrar por aquello de la paz espiritual.

A veces Andreas es de esos que meditan cuando menos te lo esperas, poniéndose a recordar a su familia, allí lejos, en el país de Mani, a medio camino entre el cielo y el mar, entre el paraíso y el infierno, entre la libertad y el sultán, permitiéndose entonces un poco de nostalgia. ¿Qué hace cuando eso ocurre? Pues se va en busca del «condenado escocés», una bestia pelirroja que haría palidecer a un oso enfurecido, y le enseña a beber vino.

Los escoceses necesitan eso: que los buenos cristianos como Andreas les enseñen a beber bendito vino, pues a los pobres salvajes, desde niños, les hacen creer que beber es atragantarse con cerveza hecha de orines de vaca o, peor aún, quemarse el gaznate trasegando ese horrible licor que llaman güisqui y que hace que uno se reconcilie de inmediato con los meados de las citadas vacas escocesas.

Hoy Andreas está en uno de esos días de nostalgia y cuando entra en la taberna donde espera hallar a Gregor de Gordon, sonríe al encontrarlo junto a Miguel el Moro, el rubio y delgado morisco que se les sumó en la condenada guerra de las Alpujarras y que ahora completa su pequeña familia de armas.

Gregor de Gordon, hermano menor del conde de Humply, es un exiliado noble católico escocés al servicio de quien le muestre una buena guerra donde matar infieles o, mejor aún, herejes. Es pues, hombre poco aficionado a complicadas disquisiciones y al que le basta con tener a su lado a un buen camarada y delante a un buen enemigo. Ahora, achispado, se vuelve hacia el griego del infierno que tiene por su mejor amigo y alza como saludo la mano de plata articulada que un diestro artesano de Nápoles le fabricó para sustituir la que de un hachazo le amputaron en Lepanto.*

—Lo bueno de esa mano, escocés, es que si un día nos quedamos sin dinero podremos empeñarla y seguir bebiendo —le larga Andreas ensanchando la sonrisa.

—¿Y si en vez de mi mano empeñamos tu fea cara? —replica Gordon, que finge enfado.

—No te darían por ella ni media jarra de tu jodida cerveza escocesa. Soy el hombre más feo que encontrarse pueda.

Gregor suelta entonces la carcajada y Miguel el Moro, a su lado, hace sitio al griego y pide a voces una nueva jarra de vino de Zante.

Es un buen vino: al poco ya están hablando de penas, a la par que entre ellas intercalan alegres canciones con las que sazonar las lágrimas. Pues entre soldados veteranos esas cosas siempre se mezclan.

—Echo un poco de menos a mi gente… —se confiesa, al fin, Andreas cuando ya seis jarras han vaciado.

—Yo también —añade el escocés tratando de fijar en algún sitio lejano e invisible, sus ojos de loco—. Si yo pudiera volver a Escocia… ¡No tenéis ni idea de lo bien que se vive en Escocia! ¡Maldita sea, no tenéis ni idea! —se queja.

Está bastante borracho y da un puñetazo en la mesa con su mano de plata. Luego, reflexiona un poco y, mientras una pícara sonrisa se va apoderando lentamente de su rostro congestionado por el vino, agrega:

—Claro que, si tuvieseis la más mínima idea de cómo se vive en Escocia… ¡nunca vendríais conmigo! ¡Ja!

Y estalla en una atronadora carcajada que el griego y el morisco acompañan.

—Tu tierra está cerca, Andreas. ¿Por qué no nos damos una vuelta por allí? ¿Se come bien en el país de Mani? —apunta Miguel el Moro mientras recupera el aliento tras la carcajada y trata de sujetarse a la mesa con las dos manos para no caerse de lo ebrio que está.

Andreas reflexiona un momento. Cierra los ojos, como si se imaginara de vuelta en Mani; luego los abre y bajo el amasijo de cicatrices y quemaduras que tiene por cara, esboza una expresión melancólica.

—Sí, estamos cerca de mi tierra y no hay lugar mejor en el mundo. El mejor vino, la mejor comida, las mujeres más hermosas, los hombres más valientes… Sí, estamos cerca del bendito país de Mani, pero la guerra está por medio… ¡Dios, eso parece, no quiere que yo vuelva a casa! —se lamenta, desconsolado, antes de apurar el último vino que queda en la jarra.

—¿Andreas el Griego?

La pregunta ha sido hecha con voz ronca e imperiosa. La de un jodido noble o algo así, pues, borrachos como están los tres, es difícil dilucidarlo. Pero el tipo está ahí: en la puerta de la taberna, todo buen paño y colores, con una buena espada a la cintura y esa cara bonita de quien nunca ha tenido que requemársela trabajando bajo el condenado sol ardiente.

—¿Quién pregunta por él?

El noble enfoca entonces a Andreas y se percata, pues hasta los nobles se dan cuenta de algo así, que el hombre que busca está tan borracho como una cuba.

—Don Álvaro de Bazán, señor marqués de Santa Cruz y capitán general de las galeras de Nápoles, desea hablar con vos. Con vos y con vuestro capitán, don José de Monteagudo y Lope de Torices. ¿Sabéis por fortuna dónde se halla?

Lo sabían.

Una hora más tarde, tras tirarse al mar para refrescarse, los tres, Andreas, Gregor y Miguel, suben a bordo de La Loba, la galera capitana del marqués de Santa Cruz, don Álvaro de Bazán, el Rayo de la Guerra y el hombre más diestro sobre las olas que parieran los tiempos y la tierra. Allí, tras atravesar la cubierta y subir a la carroza, se topan con Monteagudo y María.

—¿Te gustaría volver a casa por una temporada? —pregunta el capitán a Andreas.

El griego, todavía un poco aturdido por la borrachera, comienza a sonreír ante la pregunta, pero el semblante serio de su capitán le corta en seco.

—¿Es este vuestro maniota?

Andreas se gira hacia el hombre fuerte y maduro, de nariz ligeramente aguileña y cuello de toro, que acaba de hablar y que hasta entonces no había advertido: don Álvaro de Bazán que, flanqueado por el correoso Gil de Andrade, comendador de la escuadra destacada en avanzada y por tres caballeros, uno de la Orden de Malta y dos de su séquito personal, destaca por su imponente presencia y por una sonrisa de esas que parecen decirle a uno que la vida ya no le puede sorprenderle.

—Este es, señor marqués de Santa Cruz. Os presento al señor soldado Andreas, del clan de los Morfakidis.

Don Álvaro examina a los tres que tiene delante: al escocés que trata de recomponerse un tanto, al morisco metido a soldado del rey

de España y al griego que se tambalea aunque la mar está en calma.

—Bueno… —suspira entre divertido y malicioso—, cuando explique la misión que os encomiendo, se le pasará del todo lo poco que le queda de borrachera. De hecho, tengo para mí que aborrecerá el vino por una larga temporada.

No fue para tanto, pero casi: don Álvaro de Bazán los iba a enviar en una ligera fusta al país de Mani. ¿Para qué? Pues para meterse de lleno en los fuegos que se entretiene en encender el diablo.

Pero mientras Satán preparaba las llamas, don Álvaro de Bazán les reveló que los Papadopoulou, uno de los clanes maniotas que recibía oro del rey de España a cambio de hostigar a los turcos, le había enviado un mensaje urgente en el que se decía que los Morfakidis, el *genos* al que pertenecía Andreas, se había apoderado de dos extraños náufragos: una veneciana que insistía en fingirse griega y a la que habían encontrado encima un puñado de sospechosos papeles y un collar que valía tanto como todo Mani al completo; y un calabrés con la boca desfigurada, que juraba y perjuraba que era un agente al servicio del rey Felipe y que exigía ser puesto en libertad.

Por supuesto, puesto que era un mensaje que procedía del país de Mani, en la urgente misiva que el *kapetános* de los Papadopoulou enviaba a don Álvaro de Bazán, también se pedía oro y armas a cambio del servicio que se le estaba prestando al ponerle al corriente de todos aquellos asuntos; de paso, dedicaba unas líneas a señalar que Mani era ahora como un avispero al que se ha propinado una buena patada: los clanes se habían enterado de lo del collar de rubíes que valía tanto como un gran tesoro y exigían a los Morfakidis su parte y estos, claro está, como buenos maniotas, no estaban dispuestos a repartir ni un puñado de mierda entre sus vecinos. Y por si una buena guerra entre clanes maniotas no fuera ya suficiente peligro, se deslizaba que el gobernador veneciano de los castillos de Porto Cagio y Pássavas, dos fortalezas situadas a pocas leguas del cabo Matapán y que dos años atrás, en 1570, los venecianos, con apoyo de los clanes maniotas, habían arrebatado a

los turcos, mostraba un inusual y ansioso interés por liberar a la muchacha cautiva de los Morfakidis y exigir, por si fuera poco, que se le entregara también el valioso collar que la desdichada llevaba consigo cuando naufragó en las costas de Mani. Como los Morfakidis se negaban a tales pretensiones, los venecianos se aprestaban a enviar contra su pirgóspito una expedición que la destruiría y, de paso, se apoderaría de los cautivos y de la joya.

En fin, como alentadora conclusión, el *kapetános* del clan maniota aliado de España, los Papadopoulou, anotaba que un contingente de jenízaros también rondaba por las lindes de las tierras donde se elevaba la pirgóspito de los Morfakidis y que su capitán, un hombre implacable cuya galera había sido muy dañada por la misma tempestad que arrojó contra el cabo Matapán a la veneciana empeñada en que la tomen por griega y al calabrés que se desgañita afirmando que sirve al rey de España, se interesaba también por ellos exigiendo su entrega mientras reclamaba refuerzos al gobernador turco de Modón, para así poder conquistar la aldea fortificada de los Morfakidis.

—Como veis no os van a faltar aventuras ni enemigos. Será emocionante, en exceso, me temo —les dijo el marqués de Santa Cruz.

Y es que, como todo nacido en Granada don Álvaro tenía un humor de esos que se aderezan con un toquecito de *malafollá*, despertando con sus palabras maliciosas risitas en los dos caballeros que lo servían y que, vestidos de buen paño milanés, uno de rojo y el otro de azul, se las daban de veteranos, aunque no habrían durado ni cinco minutos vivos combatiendo sobre la cubierta de una galera turca.

—Pero ¿por qué no dejar que nuestros aliados venecianos se ocupen del asunto? Sin duda, mi señor capitán general, liberarían al hombre que afirma estar al servicio de nuestro rey.

La inocente pregunta de María hizo que todos se giraran para mirarla. La Bailaora, fiel a sí misma, mantuvo bien altos sus ojos verdes y eso obligó a darle explicación de lo que para los demás era evidente.

—Son venecianos, mi señora soldado, y eso significa que no podemos fiarnos de ellos. Por eso no he informado de todo esto ni al *capitano di galea*[*] veneciano, Jacobo de Soranzo, ni al capitán general de las galeras pontificias, Marco Antonio Colonna. Al primero se lo he ocultado por que tuvo la mala ocurrencia de nacer en Venecia y al segundo, porque aunque es persona leal y hombre valeroso, tiene por mala costumbre fiarse del primer hijo de perra veneciano con el que se cruza —le aclaró cortésmente don Álvaro de Bazán—. Combatimos junto a Venecia, pero no dejaríamos en sus manos ni la custodia de la primera meada de la mañana y perdonad la expresión, pero ya sabéis que paso mucho tiempo discutiendo con esos perros engreídos de la Serenísima República de los demonios.

Tras una larga pausa provocada por el estruendo del cañonazo de saludo dedicado a una galera napolitana que se incorporaba a la flota amarrada en Corfú, agregó algo más:

—Así pues, partiréis de inmediato, señores. Esta misma noche, y ni que decir tengo que lo haréis con el máximo secreto y sigilo posibles. Solo tendréis unos escasos días para ir a Mani, apoderaros de los cautivos y traerlos aquí para que podamos desvelar la información que posean.

—¿Y por qué es tan importante rescatar a dos náufragos anónimos, mi señor capitán general? —preguntó Monteagudo haciendo la única pregunta que debía hacerse para comprender aquella pequeña locura.

—Porque la descripción del hombre de la boca desfigurada se corresponde con la de Pedro Paolo Arcuri, que es uno de los *Occulti*; como el agente secreto más importante de cuantos tiene nuestro rey en el Imperio de los turcos, puede caer en manos de estos últimos y ello supondría el fin de nuestra red de espías en Constantinopla. Y, sobre todo, porque todo apunta a que la muchacha veneciana que se empeña en fingir que es griega y que porta los extraños papeles y el portentoso collar, es una agente de la Serenísima y que Pedro Paolo iba tras ella. Todo eso, pensadlo, solo indica una cosa —concluye dejando en el aire la respuesta.

—¡Traición! —se le escapa a María provocando que todos vuelvan a mirarla.

—Y de las buenas, mi señora soldado. Sí, de esas que solo sabe urdir la muy perra nación de los venecianos —sentencia el marqués, quien odia tanto a los hijos de la Serenísima que a menudo los hace hijos de otra cosa menos serena.

Eso fue todo. Despedidos por don Álvaro, se fueron a prepararse para afrontar la misión que les encomendaba; y el caballero vestido de carmesí, tuvo ese día el capricho de comprar pescado en el puerto. ¿Sabéis a que pescador se lo compró? Tuvo que saberle bien, venía aderezado con oro de don José Nasí.

Mientras el caballero lo contaba, ellos, Monteagudo y los suyos, se embarcaron y por eso están ahora en una fusta que, remando en la secreta noche, se arriesga a encallar en las difíciles costas de Mani y se dispone a desembarcarlos no lejos del fuerte veneciano de Porto Cagio, a dos leguas del extremo del cabo Matapán.

¿Cuántos son? Pocos, doce hombres y una mujer; y mejor no hacer la suma, que la cifra resultante es del mal agüero: María la Bailaora, a la que no hubo manera de dejar atrás; Andreas el Griego, que se muere de ganas por hacer una visita a su tierra aunque eso le suponga la posibilidad de morirse de una manera menos agradable que de «ganas»; Gregor de Gordon, decidido a comprobar si el vino de los maniotas es tan bueno como afirma Andreas; Miguel el Moro, que nunca se perdería una buena oportunidad de meterse en la boca del lobo; ocho arcabuceros de la compañía que se ofrecieron voluntarios porque ya no les quedaba paga que gastar en las tabernas de Corfú; y el capitán de todos ellos, José de Monteagudo, quien, mientras se descuelga desde la cubierta de la fusta hasta la de la barca que los va a llevar a la diminuta playa encastrada a los pies de un acantilado que les va a servir de discreto desembarcadero, se pregunta, con buena lógica, qué diantres hace llevando a cabo una misión tan peligrosa como aquella. Cuestión ociosa para un soldado, como casi todas las que proceden de la lógica y que solo tiene una condenada respuesta: porque le dieron una orden que cumplir.

Y ya está. El primer paso hacia el peligro es siempre así de fácil y ahora están en Mani: doce hombres y una mujer armados hasta los dientes y llevando una buena cantidad de oro español con la que comprar los cautivos a los Morfakidis. Pues uno de ellos, Andreas, les ha asegurado que será la única forma en que sus parientes se avengan a soltar a la veneciana y al calabrés: recibiendo a cambio una buena suma de áureos ducados.

El rumor de las olas los envuelve a todos cuando la barca que los ha llevado a la orilla se aleja bogando hacia la oculta fusta. Detrás de ellos se alzan las agrestes montañas de Mani y en ellas, el peligro y la aventura. Hacia ellos van, en silencio y siguiendo a Andreas que, alerta como un lobo, busca los senderos que tantas veces transitó de muchacho.

Mientras, a tres leguas y medio de allí, observando desde la oscuridad la pirgóspito, la alta y fuerte casa-torre que domina la aldea de los Morfakidis, acechante está Mehmet al-Rumi.

* Se trata de una prótesis similar a la célebre «mano de hierro» del caballero alemán del siglo XVI Götz von Berlichingen. La prótesis permitía, mediante un ingenioso sistema de bisagras, pasadores y diez ruedas dentadas, disponer los dedos en diversas posiciones y llevar a cabo acciones como empuñar la espada, llevar las riendas de un caballo o aferrar una copa de vino, entre otras cosas.

* Almirante de una escuadra veneciana; el comandante superior de la armada de Venecia era denominado *capitano generale da mar*.

6

En el país de los locos furiosos

Andreas se ufana mientras los guía pendiente enriscada arriba:

—Algunos dicen que el nombre de Mani proviene de «frenesí», es decir, «volverse violentamente loco»; ya sabéis, lo mismo que tornarse un «maníaco», un peligroso de esos que echan espuma por la boca y ponen los ojos en blanco. Pues nosotros, los maniotas, bien lo sabéis gracias a mí, somos insuperables, terribles en la pelea.

Sus pies son ligeros, como de cabra montés, y mientras los demás resoplan, resbalan y se ayudan de las manos para trepar, él, como si estuviera hecho de materiales diferentes a los que componen a los demás seres humanos, parece saltar de roca en roca como si no pesara más de lo que gravita una hoja o una pluma.

—Pero el buen y santo pope de mi aldea me explicó que eso no era cierto y que Mani significa, simplemente, «despoblado» —añade sin dejar de trepar y sin prestar la más mínima atención a los esfuerzos de sus camaradas para seguir ascendiendo sin despeñarse.

—Me quedo con la teoría de que este es el país de los locos frenéticos —consigue gruñir Gregor de Gordon.

Con una sola mano útil y con el lastre que supone su enorme corpachón, se las ve y se las desea para no perder pie y matarse yéndose empinada pendiente abajo, de regreso a la diminuta cala.

—Yo también —le concede Andreas.

Siete pasos por delante y veinte pies más arriba, el maniota se percata de las dificultades del escocés, se gira, salta al vacío y cae con perfecto equilibrio sobre la escueta roca en la que Gregor tiene asida la mano derecha; agachándose, lo toma por la prótesis de plata y le ayuda a subir con una divertida sonrisa.

—Los maniotas estamos locos. Es divertido, no lo niego. Pero eso, lo de no tener buena cabeza, nos obliga a estar siempre en guerra.

—¿Siempre en guerra? —pregunta Miguel el Moro que en ese momento llega también a la roca donde Gregor trata de recuperar el aliento junto a su camarada maniota.

—Contra los turcos a todas horas; contra los venecianos de vez en cuando y entre nosotros, clan contra clan, desde la noche de los tiempos y hasta que Jesucristo baje de nuevo a la tierra para consumarlos —se explica Andreas mientras echa un vistazo a María, Monteagudo y los ocho arcabuceros que, progresando por una ruta paralela de ascenso, también están dejándose las uñas y las rodillas en la tarea.

Un cuarto de hora más tarde todos están reunidos en la cima de los farallones que se alzan sobre el mar y ante ellos, reseco, pedregoso, quebrado y hostil, el país de Mani los saluda. Aquí y allá, donde la enorme mole de las montañas del Taigeto se aquieta un poco, la luz tímida de la madrugada decidida a ser mañana, les va mostrando algún que otro bosque de cipreses, algún olivar o viña, algún rastrojo dejado por el trigo recién segado; y no lejos de esos pequeños bosquecillos y campos, se advierten aldeas de casas grises y hurañas, apretujadas entre sí, sin que ninguna plaza las ordene, y dominadas por extrañas torres-casa de cuatro, cinco y hasta seis pisos de altura, que se alzan como advertencias: las pirgóspitos de los feroces clanes maniotas.

Andreas les ha contado que cada una de esas aldeas está habitada por una familia extensa: un *genos* o clan unido por la sangre compartida y, sobre todo, por las compartidas venganzas y batallas. Solo de tanto en tanto, cuando pasos extranjeros turban la soledad de los senderos de Mani, los *gene* maniotas deciden dejar de lado sus eternas *vendettas* y reunirse para matar a los invasores. Pues nadie ha logrado nunca dominar por completo ese país o, al menos, nadie lo ha conseguido desde hace siglos: ni los emperadores romanos de Constantinopla ni las tribus eslavas y albanesas que, siglos atrás, invadieron el Peloponeso, ni los

avariciosos venecianos, los cruzados, ni, por supuesto, los turcos. Y es que Mani puede ser invadido, pero no sometido.

Así que ahora tienen delante suyo un país de sesenta y cuatro leguas cuadradas* colmadas con ciento treinta aldeas, cada una de las cuales está defendida por una, dos, tres, diez y hasta treinta torres y habitada por a lo sumo tres centenares de aldeanos belicosos; ciento treinta aldeas en las que, en total, habitan treinta mil maniotas o, lo que es lo mismo, treinta mil «locos furiosos», hombres, mujeres y niños. Pues en Mani la furia y la locura no tienen género ni edad.

En fin, ante ellos se extiende todo un laberinto de torres, aldeas, clanes y montañas en el que nunca lograrían orientarse, ni salir vivos, sin el auxilio y guía del más feroz de los locos del país de Mani: Andreas el Griego o, como ahora saben que es su verdadero nombre, Andreas Morfakidis.

Y el maniota, con su cara arruinada a fuerza de quemaduras pero muy sonriente ante la visión de su país, contempla como el nuevo sol revela más y más rincones de su bravía tierra natal, hasta que el pico de San Elías, la cumbre del Taigeto, el monte desde donde los antiguos espartanos arrojaban a los débiles, se evidencia en todo su pétreo poder y esplendor.

—Mi aldea está a tres leguas y media de aquí.* Pero antes de llegar a ella, tendremos que atravesar un poco de la tierra de los Grigorakis y otro poco de la de los Koutsonikolas —les informa.

—¿Tienen buen vino esas gentes? —se interesa Gregor de Gordon, que con el ascenso se ha quedado con la boca seca.

—Sí, pero no se lo dan a beber a los muertos —comenta, alegre, Andreas.

—¿Has dicho a los muertos?

—Sí, así es, muertos dejan a cuantos Morfakidis se atreven a atravesar sus campos. Y puesto que vosotros venís conmigo, todo un magnífico ejemplar de Morfakidis, se propondrán daros el mismo tratamiento: dejaros tiesos y fríos. Y claro, una vez os tengan perfectamente muertos, no desperdiciarán su vino con vosotros. No

se lo tengas en cuenta, escocés: mi gente, los maniotas, son siempre así de juiciosos.

—Beberé agua hasta que lleguemos a tu aldea —se lamenta Gregor.

—No encontraremos ni una gota en el camino. A no ser, claro está, que la bebamos de los pozos o del manantial de los Grigorakis; pero con el agua tienen la misma manía que con el vino: no se la dan a probar a ningún Morfakidis sin antes dejarlo tieso.

—¿Y por qué os odian tanto? —se interesa el escocés.

—Son gente en extremo rencorosa —contesta Andreas, meneando tristemente la cabeza, como si se doliera de tanta irracional inquina—. Cierto es que hemos matado a unos cuantos de ellos, cincuenta o sesenta, es difícil llevar la cuenta, pues estamos enfrentados desde hace tres generaciones. La *vendetta* que nos enfrenta desde entonces se inició porque al tío Constantino el Tuerto, mi bisabuelo, le dio por robarle una cabra a Demetrio Cara Picada, que era el sobrino de su *kapetános*. Pero lo que más nos tienen en cuenta es que nuestros mozos, cuando se pasan con el vino, se retan unos a otros a ver cuál de ellos tiene los cojones de ir a mearse al pozo de la aldea de los Grigorakis y, de paso, rebanarle el cuello a alguno.

—La gente no tiene sentido del humor —conviene Gregor de Gordon—. En Escocia es igual: no hay clan que no se la tenga jurada a otro por menudencias como esas que acabas de contar.

—Pues se prepara un buen día de calor como para ir por estos montes sin agua —interviene el rubio Miguel, siempre práctico y advirtiendo que se prepara una jornada en extremo ardiente. Pues el sol va reclamando su sitio y el cielo aparece ya limpio y azul.

Aguardan allí, en la cima, como si quisieran cambiar algunas palabras con el sol que pronto los va a achicharrar, mientras Monteagudo y los suyos se van sumando a ellos.

El capitán no ha dejado de observarlo todo mientras trepaban: la tierra allí es bronca en extremo; el mar nunca está lejos, pero las montañas parecen querer trepar hasta los cielos y hacerlo sin orden alguno. Mani es la tierra del desorden: de los barrancos que se precipitan a esquivas calas; de los picos que se alzan como con prisa

para rozar las nubes con sus albas piedras; de los valles ocultos y las lomas empinadas donde los hombres, a base de siglos y trabajos, han tallado bancales donde se aferran olivares; de las pendientes resecas y los pastos quebrados solo aptos para cabras suicidas. Un país así es, sin duda, tierra de emboscadas, y eso le preocupa.

—Prestadme todos atención —ordena en cuanto recupera el aliento.

Se disponen a su alrededor y les dedica una de sus largas miradas penetrantes y valorativas: son un buen puñado de gente osada y diestra en la guerra; con estos a su lado, se metería hasta el fondo de la garganta del mismísimo Lucifer con la certeza de que volverían a salir arrancándole de paso el estómago.

Monteagudo pasa minuciosa revista: los arcabuceros portan sus armas, sus frascos de pólvora y sus bolsas de munición, y todos van provistos de espada y daga y más de uno, de pistola. En cuanto a Andreas y Miguel el Moro, los dos llevan espada, daga, dos pistolas y coselete ligero, mientras que Gregor de Gordon va recubierto con una espléndida armadura francesa, lleva a la espalda su *claymore* y en la cintura dos pistolas de Augsburgo y una «misericordia», una elegante daga caballeresca; María lleva su arcabuz y su daga de mano izquierda y a ellas ha sumado dos buenas pistolas fabricadas en Brescia, soberbiamente equilibradas y ricamente decoradas. La Bailaora no ha consentido en ponerse peto, espaldar o pieza alguna del coselete y lleva los negros cabellos recogidos bajo su roja gorra valona; él, por su parte, se cubre con un arnés completo forjado en el mejor taller de Milán y carga con la vieja y fiel espada toledana de su padre, con una buena daga vizcaína y con dos pistolas alemanas hechas en Suhl y adornadas con plata.

—El plan es sencillo —comienza a decir cuando concluye la revista de su pequeña tropa—: entrar sin ser vistos, enviar a Andreas por delante para que acuerde el precio de los cautivos y regresar a toda prisa para reembarcarnos. La fusta regresará durante tres noches seguidas, a la cala donde nos desembarcó. Tenemos, pues, tres días con sus noches para completar la misión.

—¿Y el collar? —se interesa María, que en las Alpujarras le cogió gusto a eso de buscar tesoros.

—Si podemos hacernos con él, no le haremos ascos. Pero no creo que la gente de Andreas nos lo regale y no llevamos oro suficiente como para comprarlo. Lo que el marqués de Santa Cruz necesita es que pongamos a salvo a Pedro Paolo Arcuri y que le llevemos a la espía veneciana o lo que sea esa muchacha.

—El verdugo le soltará la lengua. Será una pena que le rompan el cuerpo a esa chica —se lamenta María por la suerte que, sin duda y una vez entregada al marqués, correrá la veneciana.

—Eso no es cosa nuestra —corta Monteagudo—. Además, esa mujer no será un ángel si anda enredada en intrigas y conjuras.

Angela Dominica no es un ángel, desde luego.

Por eso y como sabe mucho de hombres, ha dejado que la rústica, larga y mal cortada camisa con que la han vestido se le baje un poco para mostrar una generosa porción de sus firmes senos al joven maniota que acaba de entrar a su celda a dejarle la comida. El muchacho, bigotudo, como todos los maniotas, pero tan fácil de manipular como todos los muchachos necesitados de placer, se queda con los ojos clavados en el dulce surco que se forma entre los opulentos pechos; y como, además, Angela Dominica, al moverse con diestra sensualidad para acomodarse en el suelo y almorzar, deja también al aire la mayor parte de sus largas piernas, el mozo hace aflorar a su rostro una bobalicona sonrisa que la veneciana alienta al corresponderle con la suya e incitarle, descaradamente, a que la acaricie.

Y lo hace, olvidándose de todo y recreándose en el cuerpo de aquella bella mujer. Sí, y olvidándose hasta de respirar, pues Angela Dominica, cuando tiene a su guardián besándole los altivos senos, aprovecha para partirle el cuello con un violento movimiento de sus hermosas pero mortales manos.

Libre de su primer carcelero, se acuclilla junto al cadáver y le quita el largo y curvo puñal maniota de convexo filo y con sencilla empuñadura que lleva al cinto. Luego, con pasos de pantera, se acerca a la puerta diminuta y escucha tras la madera: afuera se oyen las voces enredadas en animada conversación de los dos hombres

que montan guardia en la estancia por la que se accede a su celda. ¿Cómo despistarlos o cómo acabar con ellos? Sí, y sobre todo, ¿cómo recuperar después el documento secreto y el collar de Roxolana?

Cuando la llevaron a la aldea estaba aún medio inconsciente y lo único que recuerda, muy vagamente, es que tanto los papeles como el collar fueron entregados a un hombre delgado, fuerte, moreno y de ojos color avellana al que todos llamaban *kapetános* y que una mujer joven y preñada llamó Moschos.

Pero también recuerda al náufrago apresado por los maniotas: un hombre de aspecto repulsivo, con la boca medio desdentada y quebrada, la cara llena de cicatrices y los ojos más encendidos que Angela Dominica hubiera visto en su agitada vida. «¿Quién será?». Sin duda, piensa, se trata de uno de los que la persiguieron por el Mármara y el Egeo en la jodida saetía que no paró de acosar a su bajel desde que salió de Constantinopla.

Sea quien sea el extraño, se ha puesto a gritar un piso más abajo. Sí, de dolor, y entre alarido y alarido intercala protestas y súplicas que parecen no servirle de mucho.

—¡Ya os he dicho la verdad! ¡No me queméis de nuevo! ¡Os he dicho la verdad, maldita sea, soy un agente del rey de España, venía de Constantinopla y trataba de alertar a mi señor sobre una traición de están urdiendo turcos y venecianos! —oye gritar Angela Dominica al desdichado.

—Hijo de puta… —masculla entre dientes al comprobar cuánto sabe el muy cabrón—. ¡Ojalá que estos salvajes te achicharren vivo!

Y en ello están. Pues a Pedro Paolo Arcuri lo están sometiendo al fuego: con cruel lentitud, sus captores calientan un hierro hasta ponerlo de un alarmante color amarillo y luego se lo plantan en un antebrazo, en una pierna, en el pecho; y ahora, todo así lo apunta, parecen dispuestos a colocárselo sobre un ojo para vaciárselo.

—¡No, no, no! —grita el *Occulti* con toda la desesperación de la que es capaz.

Y el hierro candente se acerca más y más a su ojo.

Mientras, también en la pirgóspito pero un piso por arriba, en su celda, Angela Dominica cree tener su oportunidad: al otro lado de la

puerta oye pasos apresurados. Sin duda, los dos hombres que escuchaba cuchichear entre sí, atraídos por los desgarradores gritos del prisionero torturado, han abandonado la sala de guardia para ir a echar un vistazo y disfrutar con el sombrío espectáculo. Con movimientos precisos, Angela Dominica introduce la punta de la poderosa daga maniota en la cerradura y trata de hurgar en ella para forzarla.

Inútil. El *kopis* maniota, casi una espada, se curva y ensancha mucho conforme llega a su extremo transformándose casi en un hacha y por ende, es imposible que la punta penetre hasta alcanzar el mecanismo, simple, pero preciso, de la gruesa puerta de madera de ciprés.

—¡Condenados sean todos los infiernos! —maldice Angela Dominica y ni siquiera se escucha a sí misma, pues el alarido que en ese momento da Pedro Paolo Arcuri es capaz de dejar sordos a los demonios más ávidos de dolor humano.

Y es que el hierro candente le ha vaciado el ojo derecho al calabrés, desgarrándole el párpado, fundiéndole el globo ocular y el nervio óptico, evaporándole el líquido acuoso y el vítreo, disolviéndole grasa, achicharrándole carne y cauterizándole la tremenda herida casi a la par que se la abre. Sus gritos son la pura agonía y, mientras los escucha, en la mente de Angela Dominica, que ansiosamente sigue intentando forzar la pesada puerta, se abre paso una idea funesta: que ella puede ser la siguiente.

La puerta se abre. Sí, pero no la ha abierto ella, sino un maniota de rotundo bigote y ojos avellana que la mira de hito en hito, y que advierte tanto el cuchillo que lleva en la mano como que ha dado muerte a su antiguo propietario.

Angela Dominica reacciona antes que el maniota y se lanza contra él esgrimiendo la pesada hoja curva de la rotunda daga, con un hábil movimiento destinado a abrirle el pecho.

Pero por muy hábil que seas con una daga, Moschos Morfakidis, *kapetános* de su salvaje clan, siempre será más rápido que tú. Así que el maniota se echa a un lado, esquiva la cuchillada, aferra la muñeca de la mujer y la abofetea con tanta fuerza que esta voltea la

cabeza como una muñeca rota y se golpea violentamente contra la jamba de la puerta.

Aturdida y tratando de no perder la conciencia, la veneciana siente como tiran de ella hacia arriba, la cargan para llevarla fuera de la celda y bajan con ella una empinada y angosta escalera que conduce al piso inferior. Allí, retorciéndose todavía de dolor, está el *Occulti* del rey de España; cuando vuelve la cara hacia ella, que ha tenido la mala idea de recuperar por completo el dominio de sus sentidos, la ve sin ojo y transformada en un amasijo informe de quemaduras, y entonces siente como una náusea irrefrenable sube desde el estómago y la hace vomitar.

Sin hacer caso de sus arcadas, la tumban junto al torturado, la sujetan con fuerza y se ponen a calentar el hierro de nuevo. Angela lo ve todo y se pone a chillar como una posesa y a retorcerse en un fútil intento de librarse de lo que viene.

Pero el hierro se va calentando de forma inexorable, ajeno a su miedo y sus gritos: enrojece, se torna cereza, se aviva en extremo, se vuelve anaranjado, se transforma en amarillo cegador y Moschos, *kapetános* de los Morfakidis, lo agarra por el otro extremo y se vuelve hacia ella para mutilarla.

—¡No, no, no, no! —grita Angela Dominica, mientras se le suelta la vejiga y se mea encima.

Mientras, afuera, en los bancales por los que trepan los olivares, viñas y campos de los Morfakidis, agazapado entre nudosas raíces seculares, Mehmet al-Rumi escucha el alarido de terror de la mujer. Antes, apenas unos instantes antes, también le han llegado los del cautivo. Sin duda, los maniotas han decidido sacarle a sus prisioneros hasta la última migaja de verdad que pretendieran ocultarles. «En cualquier caso», medita, «no hay nada que fije más la atención de unos salvajes que la tortura»; y eso quiere decir que ha llegado su momento: el de lanzar su ataque por sorpresa contra la aldea y la pirgóspito del *genos* de los Morfakidis.

Poniéndose en pie, señala con el desenvainado yatagán la diminuta aldea y de inmediato, sin una sola palabra ni un solo

sonido, cuatro docenas de jenízaros salen de entre los viejos olivos y corren tras él, saltando de bancal en bancal y aproximándose a las casas de piedra gris como sombras maléficas.

No son las únicas: desde el lado contrario a la mezquina meseta donde se ha erigido la aldea, otras cuatro docenas de otomanos también se deslizan por las abruptas pendientes para converger sobre el objetivo.

Y los ven. Desde las almenas que orlan la plataforma de combate de la torre, un vigía se apercibe del ataque y da la voz de alarma a la par que se apresura a prender la mecha de su mosquete y a apoyarlo sobre el espacio que queda entre dos merlones para apuntarlo mejor y hacer fuego sobre los jenízaros.

Justo en ese momento, el hierro candente se acerca al ojo derecho de Angela Dominica y siente el calor insoportable estirándole la piel como si de tal forma el metal le estuviera prometiendo la espantosa quemadura que, inmisericorde, va a infligirle de inmediato.

Y en ese momento, afuera, resuena el disparo de mosquete y tras él, un coro de aullidos, de gritos de guerra, de belicosos ululatos, de maldiciones entreveradas de nuevos disparos de arcabuz y mosquete y de chillidos de mujer y niño. Al escuchar todo eso, Moschos Morfakidis, el *kapetános* de la aldea, detiene su mano y el hierro candente se queda a una pulgada del cerrado ojo de la veneciana.

No se atreve a abrirlo aunque ha dejado de sentir el calor ardiente en el rostro y tampoco se atreve a moverse, aunque las implacables manos que la sujetaban a la mesa donde la tenían tendida, la han dejado libre. Pues los cinco hombres que estaban a su alrededor han corrido hacia los ventanucos para asomar por ellos los cañones de sus mosquetes o se precipitan escaleras abajo para proteger a sus familias y rechazar a los atacantes.

A su lado, gimiendo aún de dolor, Pedro Paolo Arcuri se incorpora y, dejándose caer al suelo, repta por él hacia un rincón en donde se encoge como un perro apaleado.

Es una buena idea, todo resuena ya con disparos y muchos no los están haciendo los maniotas que defienden el pirgóspito, sino los jenízaros que lo están atacando. Así que Angela Dominica, desnuda, aún aturdida y desorientada, hace lo que ha visto hacer: arrastrarse hasta un rincón y taparse la cabeza con los brazos mientras la matanza ronda la torre donde se hallan.

¿La ronda? No, no la ronda: la está asaltando. Pues Mehmet al-Rumi ya está entre las casas grises que se arraciman en torno a la torre y se abre camino entre las breves calles matando sin piedad a cuantos se cruzan en su camino.

Un maniota de mostacho gris es el primero en caer. Mehmet ni se detiene cuando le estorba el paso blandiendo un largo cuchillo, sino que lo despacha haciendo un quiebro de cintura y dándole un golpe de revés que casi lo decapita; luego, encarando a un segundo enemigo, un joven de negro bigote y ojos de lobo, se agacha para esquivar el disparo del arcabuz con el que lo asalta.

Mecha y fuego, trueno y humo. Pero la pelota pasa sin arrancarle la cabeza y cuando Mehmet se incorpora lo hace con una de sus pistolas de rueda preparada para disparar.

Y lo hace. El disparo le vuela la cara al joven maniota y Mehmet, guardándose la primera pistola, extrae la segunda de su faja y se permite un momento para ver cómo se las están componiendo sus hombres.

Lo hacen muy bien, pues los Morfakidis no se esperaban aquello: sus vigías, diestramente eliminados por los soldados de Mehmet, no les dieron aviso y la tortura de los cautivos atrajo toda su atención; pero ahora, desbordados, tratan de conseguir tiempo para que sus familias se refugien en el interior de la torre.

La lucha es brutal. Aquí y allá, entre las severas y grises casas, o en una esquina, fieros maniotas se enzarzan en combate singular con los jenízaros, mientras que disciplinados grupos de soldados otomanos barren el poblado con descargas de mosquete y arcabuz o se arrojan sobre las gentes de la aldea *kilif* en mano, tajando, acuchillando, decapitando.

En ese momento Moschos Morfakidis sale de la torre; mugiendo como un toro enloquecido y sin dejar de correr, encara con el

arcabuz a un turco, dispara y lo deja tendido con un enorme agujero en el pecho, antes de arrojarse sobre su segundo enemigo y coserlo a puñaladas con la daga maniota que llevaba envainada y que ahora blande como un poseso.

Entonces ve a su mujer preñada, que corre hacia la torre llevando en volandas y de las manos a sus dos hijitos, un pequeño de cinco años y una niña que acaba de cumplir los seis; y el corazón le da un vuelco cuando ve tras ellos a un jenízaro blandiendo un *kilif*.

Y grita con todas sus fuerzas; y corre, con la daga roja de sangre en una mano y con la pistola que acaba de sacar de la faja y con la que hace un disparo en defensa de lo que más ama en este mundo.

Pero falla y el jenízaro, alzando el *kilif*, lo descarga contra la nuca de su esposa embarazada.

Es un golpe certero, mortal, y la joven maniota se va al suelo sin cabeza y sin soltar las manos de sus dos pequeños. La niña, que corría medio paso por detrás, se queda como congelada, sin acertar siquiera a gritar y el pequeño, helado, abre mucho la boca y los ojos, que ven caer al suelo la cabeza de su madre y cómo la sangre que brota de su cercenado cuello salta muy alto; y así, sin moverse, sin chillar, también él es decapitado.

Y llega Moschos. Cuchillo en mano, llorando, con espuma en los labios y lágrimas en los ojos, apuñala al jenízaro. Una, dos, cinco veces.

A seis pasos, Mehmet ve al *kapetános* maniota apuñalar como un loco a uno de sus hombres y se va a por él. Yatagán turco contra *kopis* maniota. Hombre privado de mujer, de hijo, de cordura, contra cazador fiero e implacable.

Y se miran: ojo azul maldición contra ojos de granito donde asoma el dolor y la locura; y dando un tremendo rugido, Moschos salta hacia delante dispuesto a dar muerte.

Mehmet detiene la primera cuchillada, encaja un rodillazo en la entrepierna del *katepános* y lanza un tajo al rostro de su enemigo que debería haberlo matado.

Pero Moschos salta hacia atrás y el sablazo no le abre la cara, reventándole los sesos, como era su propósito, sino que solo le

cruza el rostro de lado a lado y lo deja ensangrentado, desfigurado, herido, pero no fatalmente.

Mehmet se permite una sonrisa. Ya es suyo y, en torno a ellos, por todos lados, los jenízaros se van imponiendo; solo desde la pirgóspito se sostiene la defensa.

Pero se congela su sonrisa, pues a su lado, uno de sus hombres pierde, literalmente, la cabeza de un arcabuzazo.

Y al girarse para saber quién ha disparado, a treinta pasos ve a quien menos esperaba: a José de Monteagudo, espada en mano, y a su vera a María la Bailaora con el arcabuz aún humeante; y, alrededor de ambos, a casi una docena de soldados españoles que caen sobre la retaguardia de sus jenízaros como un puño de hierro y fuego.

* Unos dos mil kilómetros cuadrados, que era la extensión de Mani a fines del siglo XVI.

* La legua española medía 5572 metros; están, por tanto, a 19,5 kilómetros.

7

Un combate que no cesa

Avanzar por el país de Mani no fue fácil para la partida de Monteagudo. El terreno era en sí mismo un desafío continuamente planteado por una inacabable sucesión de barrancos, empinadas lomas, crestas escarpadas, valles estrechos y despeñaderos de esos que cortan el aliento; y todo ello bien aderezado con una vegetación reseca y un suelo pedregoso que se calentaba como un horno conforme el sol cobraba fuerza.

Andreas, como buen maniota, trataba de llevarlos por caminos que iban serpenteando a media pendiente: ni coronaban las lomas, lo que hubiera silueteado sus figuras haciéndolas visibles desde muy lejos, ni marchaban por el fondo de vaguadas y vallecillos, lo que los hubiera convertido en presa fácil para cualquier enemigo emboscado.

En dos ocasiones, una a primera hora de la mañana y otra al mediodía, se vieron forzados a esconderse apresuradamente al toparse con gente del *genos* de los Grigorakis, los mortales enemigos y vecinos de los Morfakidis. En la primera ocasión se trató de una pequeña partida formada por tres hombres, tres silenciosos caminantes cargados con arcabuces, sables y dagas y provistos de los severos mostachos que tan del gusto parecían de aquellas gentes hoscas y guerreras; en el segundo caso se dieron casi de bruces con una docena larga de mujeres que, vestidas de negro y con ceñidos pañuelos que cubrían sus cabezas del inclemente sol, lavaban ropa sucia entre las rocas de un miserable riachuelo, el primero que veían con agua corriente en su cauce. Las mujeres, cuyas edades debían ir desde la ancianidad más provecta a los cinco o seis años, iban custodiadas por cuatro jovenzuelos que acababan de dejar la infancia; entre sus manos los arcabuces y las espadas parecían

quedar muy grandes y fuera de lugar. Pero, por alguna razón, a todos les pareció evidente que esos niños metidos a guerreros pelearían hasta el último aliento si se veían obligados a defender a sus abuelas, madres y hermanas.

Tras dejar atrás a las lavanderas, remontaron el riachuelo y bajo la protectora sombra de un puñado de chopos que hundían sus raíces en las escasas aguas, pudieron al fin beber hasta hartarse, refrescarse un poco y llenar las botas vacías con el precioso líquido.

Desde allí subieron a lo más alto del monte apartándose de las orillas del pequeño cauce y luego bajaron al valle siguiente, para después afrontar una nueva subida por una pronunciada mole montañosa salpicada de olivares y coronada por un menguado bosque de cipreses desde el cual pudieron avistar al fin el territorio del clan de Andreas; con los ojos húmedos de emoción, el maniota señaló el puñado de casas grises que, arracimadas en una escueta meseta y bajo la altiva protección de una maciza torre rectangular de cinco pisos, habían constituido su primer hogar.

Monteagudo permitió entonces un segundo y breve descanso. La emoción de Andreas, como siempre ocurría cuando veía aflorar los sentimientos de personas cercanas, lo había turbado un poco. Él, bien lo sabía, había tenido que tornarse piedra para sobrevivir y, día tras día, se esforzaba en reparar cualquier grieta de su armadura protectora. De modo que, a ojos de quien no lo conociera mucho, José de Monteagudo parecía un hombre insensible, ajeno a sentimientos y empatías. Solo con su querido amigo y hermano de armas, el maestre de campo don Lope de Figueroa, al que tanto echaba de menos, y con su amor, María, se mostraba tal y como realmente era: un hombre más preocupado por el bienestar de los que amaba que por el suyo propio.

Ahora, allí, bajo los cipreses centenarios, alguno de los cuales, sin duda, habría visto pasar a los impasibles espartanos, los antepasados de los maniotas, Monteagudo se permite, mirando de reojo, preocuparse por los suyos. Observa con orgullo a María, tan brava, tan bizarra y bella, pero también tan frágil. La joven oculta su miedo, el que tendría cualquiera que se dispusiera, como ahora ella se dispone, a jugarse la vida, intercambiando chanzas con su

paisano Miguel el Moro y con Gregor de Gordon. A su lado, pero un poco apartado, Andreas sigue mirando con intensidad, tratando de que no lo vean llorar, el perfil lejano de su aldea. Y aquí y allá, tirados entre los árboles gigantescos, están los ocho arcabuceros: Lope de Zamora, Francisco de Cabra, Teyo Téllez, García de Madrid, Juan de Soto, Juan Cobo, Sancho de Osma y Rodrigo Molina. Gente recia y veterana, de barbas copiosas y ojos atentos que saben más de su oficio que los pájaros de volar.

Él, José de Monteagudo y Lope de Torices, es su capitán y eso significa que, mientras dure aquello, será su padre. Así que la vida de todos ellos pesa sobre sus hombros y pesa mucho. Pero, como siempre, nadie sabrá de ese peso, de esa carga, ni de la oculta ternura y deseo de proteger que esconde en lo más profundo. Pues él solo deja ver de sí mismo una cosa: la imagen de un hombre duro, silencioso, impasible, de ojos profundos que no se alteran excepto cuando el fuego de la batalla los enciende.

A veces, nadie lo sabrá nunca, ni tan siquiera su amada María, se siente muy cansado de ser tan fuerte, de ser tan duro y anhela algo que pocos hombres desean: quebrarse, dejarse ir, dar rienda suelta a un íntimo, profundo deseo de rendirse y llorar. El anhelo de dejar que todo el dolor, todos los llantos, todas las amarguras que embridó y embrida, se liberen y lo abandonen. Pues es tan difícil mantenerse siempre en pie…

En verdad, cuando todo calla, cuando ella duerme a su lado, serena y profundamente, se permite mirar al abismo: a ese que sabe que tiene en lo más hondo, en lo más secreto de su alma y que cavaron los años de remar como esclavo en una galera turca y la terrible pérdida de su hermano, y se siente muy pequeño, muy frágil, muy cansado. Pero luego, temblando, extiende la mano y roza la piel de María o acaricia sus oscuros cabellos y entonces sabe que aún tiene un propósito en este mundo: cuidar de ella.

«Que no le pase nada, Dios bendito, que no le pase nada», piensa al mirarla nuevamente de reojo y sintiendo ese miedo terrible que ya tuvo en Lepanto cuando la vio, arcabuz arbolado, preparada para el combate.

Desde hace un par de semanas la salud de María le preocupa. La joven ha vomitado en más de una ocasión y ha perdido el apetito voraz de niña pobre que la caracterizaba y que tantas bromas ha propiciado entre los soldados de la compañía. Por todo ello, Monteagudo ruega a Dios que no sea nada. Pues en campaña, son tantas las acechanzas de fiebres y miasmas, que matan más las enfermedades que las balas o las espadas.

Pero no hay tiempo para más. El sol comienza a declinar y tienen una misión que cumplir. Así que a una orden suya, se ponen en pie y abandonan la protectora sombra de los altos y reflexivos cipreses, para internarse entre olivares salpicados de campos de cereal recién segados y pedregales achicharrados.

El disparo de mosquete les llegó una hora más tarde y a menos de un cuarto de legua de la aldea de Andreas.

El estampido los detuvo en seco. Andreas, como un lobo que venteara peligro y batalla, alzó la cara y tanteó el aire dilatando las narinas de su nariz; y Monteagudo, con un gesto de la mano y una orden precisa, desplegó a la pequeña tropa. Los arcabuceros, prestos, prendieron y soplaron mecha, y el resto preparó pistolas y desenvainó espadas.

Al solitario eco del primer disparo siguió el retumbar de la tormenta de fuego y pólvora que acababa de desatarse entre las apretujadas casas grises.

Y hacia esa tempestad, silenciosos, alerta, avanzaron y al poco, entre las retorcidas raíces de un olivo más viejo que la aldea, hallaron el cuerpo degollado de uno de los guardias maniotas que los jenízaros habían despachado para aproximarse sin ser vistos a la aldea de los Morfakidis. Andreas se agacha junto al cadáver encostrado en sangre seca y, vertiéndole un poco de agua de su bota para limpiarle la cara, de inmediato se le demuda el rostro.

—Es mi primo Manolis… tenía los mismos años que yo. Fue un buen compañero de juegos y aventuras —explica con la voz quebrada.

Mientras lo hace, su expresión colmada de quemaduras y cicatrices, va pasando de la sorpresa y la pena a una fría y terrible ira.

Gregor de Gordon pone su enorme manaza en el hombro de su amigo griego y Monteagudo, que sabe mucho de estas cosas, se agacha junto a Andreas, extiende la mano para cerrarle con suavidad los ojos al muerto y, sin mirar a su camarada maniota, murmura lo que debe decirse:

—Nos cobraremos venganza y luego volveremos para darle sepultura.

¿Que no es una hermosa reflexión? No, no lo es. En verdad es algo simple, duro y sincero y por todo ello, necesario y reparador.

Y nada más. Allá, delante de ellos, olivar abajo, entre las miserables calles de la aldea de los Morfakidis, se mata y se muere bajo el acero y la pólvora, y ellos, un grupo de soldados del rey de España, se despliegan y avanzan para sumar su fuerza a la matanza.

Cuando están ya a cien pasos de la batalla, resguardados tras un afloramiento rocoso, hacen una pausa y pueden ver con claridad lo que les aguarda: entre las estrechas calles se ven hombres vestidos con *vráquia*, los anchos pantalones de los campesinos griegos; con el torso envuelto con amplias camisas de lino sujetas a la cintura por una ancha faja de lana y con las cabezas cubiertas con turbantes o con gorros de vivos colores. Esos hombres pelean con furia contra los jenízaros disparando *kariafilia*, los rústicos arcabuces de mecha o chispa que fabrican los clanes de Mani, esgrimiendo *kopis* o largos cuchillos curvos, asestando tajos con yataganes turcos o blandiendo anticuadas lanzas cortas.

Entre los combatientes varones, aquí y allá, las mujeres, con faldas a la rodilla, blusas y pañuelos ceñidos, corren hacia la protección de la torre, arreando a sus niños, auxiliando a ancianos o, acosadas por los soldados otomanos, revolviéndose contra ellos esgrimiendo los *kopis* que llevan remetidos en las fajas. Por el suelo, colmado de horror, se ven ya muchos muertos y heridos agonizantes, hombres, mujeres y niños y desde la pirgóspito, la casa torre de cinco pisos, se hace fuego graneado desde los ventanucos situados en cada planta y desde las almenas que coronan la torre,

para cubrir el repliegue de los defensores y su acceso a la escueta puerta que se abre en el segundo piso.

—¡Vamos, Santiago y a ellos! —brama Monteagudo echando a correr, espada en mano, hacia las espaldas de los jenízaros que casi tienen ya la aldea en su poder.

Corren y entre ellos, con los ojos brillando de odio, Andreas es un demonio. Sí, pero uno que tiene que ver, mientras corre y da muerte al primero de los jenízaros, cómo matan a su cuñada embarazada y a su sobrino de cinco años y cómo su hermano, Moschos, *katepános* del clan de los Morfakidis, afronta la muerte. ¿Pues que otra cosa se puede afrontar cuando cruzas tu acero con Mehmet al-Rumi?

Y dispara María. Sí, justo al lado de Andreas, y la cabeza del soldado que estaba junto a Mehmet vuela por los aires en un estallido de sangre y sesos; y Moschos, con la cara destrozada por el sablazo del capitán jenízaro, tiene el respiro y la furia necesarios para lanzar su *kopis* hacia delante en una potente cuchillada destinada a partir el negro corazón de su enemigo.

Pero Mehmet, que había adoptado la guardia del verdugo, hace descender su yatagán en un certero movimiento de pico de halcón que desvía el golpe: la defensa favorita de su añorado maestro Matraçi; y, sin solución de continuidad, se echa hacia delante y propina un cabezazo en el herido rostro de su oponente que, cayendo hacia atrás, deja espacio suficiente como para que el yatagán de Mehmet, en un rápido y brutal movimiento ascendente, le raje el abdomen desde el pubis hasta el esternón, liberándole las entrañas y dejándolo en el suelo, jadeante, moribundo y tratando, inútilmente, de sujetarse los intestinos.

Andreas grita con todas sus fuerzas al ver lo que acaba de ocurrir y, arrollando a un jenízaro, cae sobre Mehmet al-Rumi que, girando sobre sí mismo, detiene la salvaje estocada que le tira el maniota: este, desequilibrado, pierde pie y se va al suelo.

Y en el suelo, revolviéndose sobre las entrañas de su moribundo hermano, va a morir. Pues Mehmet ya dirige hacia su garganta la punta infalible de su yatagán.

Infalible es, desde luego, pero no imparable, y lo demuestra la vieja hoja toledana de Monteagudo que se interpone a tiempo entre la garganta de Andreas y el afilado acero damasceno.

—¡Hijo de puta! —exclama Mehmet que sigue sin dar crédito a lo que está pasando: Monteagudo y los suyos allí, en aquel rincón perdido del país de Mani.

—¡Voy a terminar lo que no pude concluir bajo las aguas de Lepanto! —grita el capitán mientras las dos hojas, la otomana y la española, rechinan besándose con fuerza; y sus tres ojos, el azul pálido de Mehmet y los negros ojos de fuego oscuro de Monteagudo, echan chispas.

Un parpadeo y separan las hojas, sopesándose mutuamente en busca de una oportunidad de herir. No la hallarán, pues la batalla, caótica y brutal, los empuja y separa.

Mientras, en el suelo, entre empujones y pisotones de los hombres que se matan o corren, Andreas se echa sobre Moschos. Los dos hermanos se miran durante ese inexplicable instante que precede a la muerte y que tantas cosas revela de uno mismo. A su alrededor resuenan disparos, alaridos de muerte, aullidos de rabia, estertores de los que agonizan y lamentos de los heridos. Pero para ellos, para dos hermanos que se reencuentran en el momento de la gran despedida, el mundo, al fin misericordioso, parece olvidarlos durante un parpadeo.

—Cuida de mi niña… —es lo único que acierta a decir Moschos mientras Andreas le aferra la mano.

—¡No, virgen santa, no! —pero el clamor de Andreas nunca lo escuchará su hermano. Tampoco sentirá las lágrimas que sobre su rostro caen y que Andreas derrama como un niño pequeño, ni los besos con los que cubre su frente.

Y se acaba el parpadeo de bondad que el mundo les ha concedido. Ahora, Andreas tiene a su hermano muerto en brazos y mientras lo acuna, trata de recomponer inútilmente sus intestinos.

Mientras el horror y la pena rompen un alma, otras dos, hechas de hierro afilado, se miden a dos pasos de distancia. Pues Mehmet y

Monteagudo están ya intercambiando estocadas, tajos y odio en medio de una vorágine en la que maniotas, jenízaros y españoles se matan con saña bajo el plomo inclemente que sobre ellos llueve desde los ventanucos y las almenas de la torre que domina la aldea.

Es una batalla sin cuartel. García, Teyo y Rodrigo, tres de los arcabuceros de Monteagudo, yacen muertos o moribundos y un cuarto, Juan Cobo, peleando como un león, logra recoger del suelo a su camarada malherido, Sancho, y echárselo sobre el hombro a la par que le descerraja un tiro de pistola al jenízaro que se les venía encima aullando como un loco. Un poco más allá, el otro Juan, Juan de Soto combate junto a Lope y Francisco contra una nube densa de enemigos. Los tres españoles, codo con codo, se van abriendo paso hasta sus camaradas, Cobo y el malherido Sancho, y así, todos juntos, paso a paso, herida a herida, enemigo derribado a enemigo derribado, se van abriendo paso hasta colocarse a la vera de María la Bailaora, que acaba de recargar su arcabuz, y de Miguel el Moro que, mugiendo como un toro, la defiende a espadazos; mientras, Gregor de Gordon, cubriéndolos a ambos, hace desoladores molinetes con su descomunal *claymore*, descargándola sin descanso, amputando brazos, partiendo en dos a quien se atreve a cargar contra ellos o decapitando a cuantos se hallen a menos de tres pasos.

Es un buen momento para correr hacia la torre maniota. Pues los jenízaros los superan en número y los guerreros del clan Morfakidis, muerto su *kapetános* y recogidas ya sus familias en la pirgóspito, se están retirando a toda prisa para refugiarse tras sus gruesos muros.

Monteagudo se impone sensatez. No es fácil, pues la sangre le hierve en las venas y Mehmet está tan cerca… El corazón, la mente, la puta alma, todos le piden seguir lidiando con el condenado jenízaro. Pero antes que hombre es capitán y los suyos, todos, hasta el último e incluida María, morirán en breve si no se ponen a resguardo.

—¡Que el diablo te lleve, cabrón! —ruge al fin a Mehmet, pues por el rabillo del ojo ha visto como Andreas se ha puesto en pie y,

tomando entre sus brazos a su pequeña sobrina, corre ya hacia la torre de su clan para ponerla a salvo.

Es su momento. Uno breve, muy breve, que deberán aprovechar si quieren sobrevivir un poco más.

—¡A la torre! —ordena Monteagudo y, mientras lo hace, salta a un lado para dejar paso a los suyos y quedarse atrás cubriéndolos.

Y corren hacia la torre. Todos menos Monteagudo, Gregor y Miguel que, hombro con hombro, forman un muro de carne y acero que protege a sus camaradas y permite a Andreas alcanzar la torre. Desde el segundo piso y al reconocerlo de inmediato los atribulados defensores, pues Andreas se dirige a ellos en el dialecto griego de Mani, vuelven a bajar la escalera de mano que acababan de recoger; y por ella trepa ágilmente el maniota al servicio del rey de España, abrazando a la traumatizada niña que ahora es más que su sobrina. Tras él, suben ya Juan Cobo, cargando con el herido Sancho, luego van los demás arcabuceros y al fin se encarama María, tras hacer un nuevo disparo.

Mientras, Monteagudo, aligerado un poco de la presión que sufría por el jenízaro al que María ha destrozado el pecho con su último tiro de arcabuz, lanza una estocada que atraviesa limpiamente la garganta de un oponente; dándose la vuelta, se dirige a su vez hacia la escalera, seguido por Miguel y, al cabo, también por Gregor de Gordon; este, con un rugido de oso y un desolador mandoble de *claymore*, logra el instante necesario para tratar de alcanzar con vida aquella escalera de mano que les permitirá subir hasta la estrecha puerta de la segunda planta y tener acceso al interior de la torre maniota. Por ella está ya pasando Monteagudo cuando Gregor comienza a subir por la endeble escala de peldaños de madera, mientras que Miguel el Moro, ya casi arriba, se dispone a seguir a su capitán.

—¡Jodida escalera! —maldice entonces el escocés.

Pues el armazón es estrecho y la madera de los escalones, incapaz de soportar las trescientas libras que suman su corpachón y su armadura francesa,[*] cede dejándolo colgado a diez pies del suelo.[**]

Es el momento de Mehmet que, de nuevo con el espacio y calma necesarios para matar con tino, está ya apuntándole a la espalda para descerrajarle un tiro de pistola.

Y dispara. La bala cruza el escaso espacio e impacta de lleno, y Gregor siente el fenomenal golpe, quedándose sin aliento y pendiendo de un escalón al que se aferra con la mano buena.

Luego, con el primer aire que regresa a sus pulmones, el escocés se echa a reír y, haciendo un esfuerzo descomunal, se alza y estira la mano de plata para que su amigo Miguel el Moro se la coja con fuerza y tire de él. Al lado del morisco está ya Monteagudo, que vuelve a salir por la puerta con un arcabuz con la mecha encendida en el serpentín; al prender la pólvora, provoca un fogonazo que anuncia un disparo preciso que va directo al rostro de Mehmet.

Quiere la fortuna que el muy hijo del infierno se libre de la muerte por apenas media pulgada,* pero la pelota del arcabuz tiene la justa y necesaria fuerza como para que se lleve por delante al jenízaro que, un paso a la izquierda, se afanaba en recargar su mosquete.

Pero pese al caos y a los caprichos de la fortuna, aprovechando el humo y la muerte que acaba de concederles el tiro de arcabuz y tras recoger la escala, se meten los tres en la torre y la puerta, estrecha y pesada, se cierra tras ellos y se atranca.

Ahora están momentáneamente a salvo en el segundo piso de la alta torre. Allí todo es confusión y combate: guerreros maniotas que toman los arcabuces cargados que les pasan sus mujeres y niños y que, de inmediato, asoman por los ventanucos para hacer fuego sobre los turcos; heridos que se lamentan en el suelo empapado de sangre; niños pequeños que lloran asustados; y gritos, muchos gritos: en griego, en español y en lo primero que se les pase por la cabeza.

Y entre esas conversaciones apresuradas y a gritos, está la que Andreas mantiene con sus parientes poniéndolos al corriente de quienes son aquellos extranjeros a los que acaban de dar cobijo en su pirgóspito. Por supuesto, mientras Andreas habla, todos gritan a la par preguntándole cosas, maldiciendo a los turcos, lamentando la

muerte de su hermano, el *kapetános* Moschos, y de su esposa e hijo, saludando a los inesperados aliados españoles y pidiendo pólvora para recargar, un arcabuz listo para disparar o una tira de lana con la que vendarse una herida… o lo que sea con tal de gritar y sentir que, contra toda esperanza, siguen vivos. Y todo eso mezclado con otras diez conversaciones más en las que alguien pregunta por una madre, por un hijo, por un hermano…

Palabras, gritos, preguntas y rezos. Sí, oraciones entre maldiciones y disparos de arcabuz. Pues los griegos, y muy en particular los maniotas, están acostumbrados a morir rezando y, sobre todo, a matar rezando.

Pronto es Andreas quien se hace cargo de la situación: envía un chico a las plantas superiores para que se informe sobre cuántos y quiénes son los que han logrado refugiarse en la torre y de cuántas armas y pólvora se dispone. Una vez que tiene esa información, grita órdenes para organizar mejor la defensa y pide al pope de la aldea, un hombre de altísima estatura, blanca barba patriarcal y no menos de ochenta años, que rece con ganas para pedir a Cristo Salvador, a la Virgen, a san Teodoro el Recluta, a san Demetrio, san Mauricio y a todos los santos soldados, que sean muchos los Morfakidis que hayan podido escapar a tiempo y refugiarse en los campos.

Angela Dominica ya no está agazapada en una esquina como un animalillo herido. El combate que se desarrollaba fuera le ha dado tiempo para recuperarse de la traumática experiencia de tener un hierro candente a una pulgada del ojo y ahora, mientras retumban los disparos y ensordece el griterío, se ha deslizado por la escalera que lleva al piso superior y se ha detenido junto a uno de los estrechos ventanucos que quedan entre plantas. Por él se mete con la agilidad de un ratón de campo y, asomando la cabeza, se juega el todo por el todo. ¿Y por qué? Porque con los maniotas ya sabe lo que le espera: la tortura, la mutilación y la cautividad; y porque, además y para fortuna suya, lleva de nuevo consigo los papeles y eso, Dios así lo quiera, significa que vuelve a tener una misión que cumplir.

Y es que, mientras todos acudían a las ventanas para hacer fuego desde ellas o bajaban a toda prisa a las calles de la aldea para defender a sus familias, se dejaron sin llave un cofre, uno especialmente bien herrado, que atrajo la atención de la veneciana; arrastrándose, llegó hasta el mueble, abrió la tapa y se encontró con el comienzo de su suerte en aquel día aciago: pues allí estaban los papeles y la bolsa alargada de terciopelo que contenía el collar de Roxolana.

La suerte no se hace esperar y como Angela Dominica sabe mucho de suerte, de la buena y de la mala, alargó la mano y tomó los papeles, se los remetió bajo la camisa y luego cerró los dedos, feliz, en torno a la bolsa del collar.

Y le tiraron del pelo. Un tirón brutal, doloroso que la hizo caer hacia atrás y soltar la bolsa con el collar a la par que maldecía su pertinaz mala suerte y la brevedad de la otra, de la buena.

—¡Zorra! —le gritó Pedro Paolo Arcuri que, arrastrándose como un reptil deforme, la había alcanzado.

Su estampa, con la boca arruinada a causa de antiguas patadas y con el ojo derecho horriblemente vaciado, desanimó a Angela de cualquier iniciativa de resistencia. Así que rodó por el suelo para alejarse y, sin alertar a los hombres que seguían enfrascados en disparar desde las cercanas ventanas, se encaminó a la escalera.

Y ahora está allí: tratando de salir afuera sin que le peguen un tiro o la atraviesen de una cuchillada.

Mehmet al-Rumi la ve: una mujer medio desnuda, de cabellos castaño claro y ojos enormes y asustados, que se descuelga por un ventanuco situado entre el tercer y cuarto piso. Toda una locura que uno de sus jenízaros se dispone a solucionar endosándole a Angela Dominica un buen tiro de mosquete.

—¡Detente! —ordena Mehmet al tiempo que le baja el cañón del arma.

Justo en ese momento, echando una furtiva mirada, Angela se percata del peligro y se pone a gritar en turco:

—¡Don José Nasí, don José Nasí!

¿Que por qué grita ese nombre? Porque sabe que el sefardí está detrás de la conjura que sellara el documento secreto escrito con

tinta invisible que lleva con ella; y, sobre todo, porque sabe que el nombre del consejero y amigo judío del sultán, es conocido por todos y siempre apunta en una dirección: si lo invocas es harto probable que poseas un secreto que hay que preservar.

—¡Cubridla! —grita ahora imperiosamente Mehmet.

Mientras sus hombres disparan sobre los maniotas que, percatándose del intento de fuga, hacen fuego a su vez sobre la veneciana desde las almenas inmediatamente situadas sobre su cabeza, el tuerto echa a correr hacia la base de la torre ignorando proyectiles y maldiciones.

—¡Suéltate! —ordena a la joven.

Y Angela Dominica, que nunca fue un ángel, se suelta y cae en los brazos del demonio.

* La libra castellana equivalía, aproximadamente, a unos 460 gramos. Para que se haga una idea el lector, 300 libras equivalen a 138 kilogramos de peso: Gregor de Gordon mide sus buenos 1,92 metros de altura y ronda los 112 kilogramos de peso, mientras que su arnés francés pesa unos 26 kilogramos.

** Se queda a 2,78 metros del suelo, midiendo el pie castellano o pie de Burgos unos 27,86 centímetros.

* Se libra el jenízaro por apenas 2,3 centímetros.

8

La mirada del terror

Angela Dominica no se rompió el cuello de milagro y Mehmet, pese a su fuerza sobrehumana, se fue con ella derecho al suelo y se dejó la espalda contra él. Pero, cubiertos por el fuego graneado que hacían los mosquetes y arcabuces de los jenízaros, pudieron arrastrarse hasta la seguridad que les ofrecían los muros de las apretujadas y cercanas casas. Allí, como no había tiempo de preguntas, Mehmet ordenó a uno de sus hombres que maniatara a la muchacha y se la llevara a la retaguardia en espera de que él pudiera interrogarla. Luego, sin darse respiro alguno, reorganizó a sus jenízaros y los devolvió al combate en un intento furioso por expugnar la torre maniota.

Pero tomar una pirgóspito es como masticar un erizo sin quitarle las espinas. Así que tras dos asaltos infructuosos y sangrientos, los soldados del sultán se retiraron a posiciones seguras desde las que ahora, con la tarde pidiendo noche, siguen hostigando con sus disparos a los defensores.

Mientras, Andreas los ha llevado al quinto piso de la torre. Allí, cansados, heridos, con los ojos desorbitados por tanta pelea, se preguntan cómo terminará aquello.

—Los muros de la torre tienen cuatro pies de espesor de buena piedra[*] —les informa su amigo maniota—. Necesitarán un cañón para abrir brecha y no les bastará con un solo disparo, sino que se pasarán un buen rato cañoneando antes de permitirse lanzar un ataque directo con la infantería.

—¡Pues estamos de suerte! —exclama Gregor de Gordon con su mejor sonrisa de loco escocés—. Nunca podrán traer hasta aquí un puñetero cañón: el terreno en torno a esta aldea es tan abrupto y quebrado como la maldita espalda de un dragón. Por cierto, ¿os he

contado que hace años vi un dragón emerger del lago Ness? —afirma con convicción y para su aparente disgusto todos lo miran con cara de «bebes demasiado».

—Sí, lo del dragón ya lo has contado y te recuerdo que lo viste después de emborracharte con ese veneno norteño que llamáis güisqui —espeta Andreas, antes de que Monteagudo deje de lado dragones y borracheras y devuelva la conversación a un cauce más lógico para gente asediada y por ende, al borde de perecer a balazos y cuchilladas.

—Sin duda, que el terreno sea tan montañoso que haga casi imposible traer cañones de asedio hasta aquí es una gran ventaja para nosotros —concede—, pero tened todos en cuenta que tampoco tenemos tiempo de esperar a que se cansen de dispararnos con sus mosquetes.

La situación preocupa en extremo a Monteagudo, pues aunque los turcos no puedan tomar la torre, ellos tampoco podrán salir; y cuando esa noche transcurra solo les quedará un día para regresar a la cala donde los desembarcaron para así poder ser recogidos y escapar de aquel condenado infierno.

—Me temo, mi capitán, que lo de volver en la fusta será cosa de olvidar y que, si algún día salimos de aquí, nos quedará luego un largo y peligroso viaje hasta reencontrarnos con la armada —expone el arcabucero Juan Cobo verbalizando lo que a todos parece ya seguro.

—Y, para colmo de desdicha, se nos ha escapado la muchacha… —se lamenta ahora Gregor, que, juntando una chispa de codicia en sus ojos escoceses, añade de inmediato—: ¡Y también se nos ha escurrido entre los dedos el collar!

—Lo tengo yo, señores —dice entonces una voz rota, casi ultraterrena.

Y al oírla, todos se giran hacia Pedro Paolo Arcuri, a quien Miguel el Moro ayuda en ese momento a subir el último escalón de la empinada escalera interior que desemboca allí; lo que ven les quita las ganas de lamentarse, pues el agente de los *Occulti* del rey Felipe es un excelente y lamentable ejemplo de hombre torturado.

Pero torturado o no, sigue siendo un alma de hierro bien forjado que no olvida cuál es su misión y que, tras examinarlos uno por uno, concluye que no le queda más remedio que confiar en aquellos soldados. Así que se acerca, renqueante, enfebrecido, a Monteagudo:

—No poseo toda la información, mi capitán, y hay cosas que no puedo contaros, pero sí sé varias cosas y de algunas puedo hablaros sin traicionar a nuestro rey. Primero, que esa muchacha trabajaba para Venecia y que la Serenísima República ha llegado a algún tipo de trato con el sultán; segundo, que ese trato debe ir consignado, de alguna oculta manera, en los papeles que se llevó con ella; y tercero, que este collar que aquí veis…

Extrae de la funda de terciopelo la formidable joya.

—… debe ser la prueba con la que la favorita del sultán, la veneciana *haseki sultan* Nurbanu, da garantías a su antigua patria de que, llegado el caso, conseguirá que su esposo, el sultán Selim, sea generoso si Venecia traiciona a la Liga Santa. Pues ese que veis, sin duda, es el legendario collar de Roxolana que antaño luciera la madre del sultán y que este, cuando la eligió como favorita, entregó a Nurbanu en prenda de su amor.

Monteagudo no sabe qué decir. Ante él se halla un hombre deforme, sudoroso de fiebre, débil por la tremenda mutilación sufrida ese mismo día, pero dispuesto a seguir sirviendo a su rey. Eso le devuelve brío y seguridad; puede que estén acorralados en aquella torre, pero poseen armas y valor, y con eso, antes o después, encontrarán la forma de escapar de aquella ratonera.

—Os sacaremos de aquí, señor, y os llevaremos con don Álvaro de Bazán, capitán general de las galeras de Nápoles y marqués de Santa Cruz —termina por decir; y aunque aún no tiene ni la más mínima idea de cómo lo hará, se jura en silencio que conseguirá cumplirlo.

Por lo pronto, ese nombre, el de don Álvaro de Bazán, parece animar a Pedro Paolo y por lo demás, la visión del fantástico collar de Roxolana los deja a todos sin aliento.

Sí, pero no sin ambición, ni sin ganas de disputa. Pues la joya revelada atrae la atención de los Morfakidis y uno de ellos,

alargando la mano, se lo arrebata de un tirón al debilitado *Occulti*.

Y lo suelta de inmediato. Pues Andreas le da tal bofetón al mozo maniota que lo tumba en el suelo tan largo como es.

—Tenemos a los turcos ahí fuera, esperando para degollarnos a todos y llevarse al mercado de esclavos a nuestras mujeres e hijos, ¡y a vosotros os preocupan más un puñado de gemas que la vida y la libertad de vuestras familias! —brama.

Sus ojos, encendidos y mirando desde una cara repleta de quemaduras y cicatrices, intimidan hasta al más fiero de los Morfakidis.

—Nuestra única oportunidad de sobrevivir es tener aliados como estos que aquí veis: soldados del rey de España. ¿Acaso no os habéis enterado de que derrotaron a los hombres del sultán en Lepanto? ¡Son mis camaradas! ¡Los mismos que han dejado su sangre derramada aquí, en nuestro pueblo, por proteger a vuestras familias! ¡Nadie les hará violencia alguna, ni les quitará nada mientras estén bajo mi protección!

Mientras grita todo aquello, desenvaina la espada girándose sobre sí mismo para que todos puedan verlo y tener así claro que Andreas Morfakidis no habla en vano.

Con eso basta. Pero por si no fuera suficiente, Monteagudo, que sabe mucho de hombres, sean o no maniotas, insiste en repartir el oro que traían consigo y eso hace que los Morfakidis acepten de buena gana que el collar de Roxolana tiene nuevo dueño.

Y la noche cae y, con ella, es rechazado el último intento de asalto otomano: sombras en la penumbra, jenízaros en retirada arrastrando a sus heridos, disparos que tratan de cubrir a los rezagados y al fin, silencio; y con la quietud, Andreas, al fin, tiene tiempo para bajar a la cuarta planta de la torre e ir abrazar a su sobrina.

Eleni tiene seis años, mucho miedo y un dolor que no la deja hablar, ni dormir, ni comer, ni tan siquiera pensar. Con el tiempo, sabrá poner nombre a ese dolor, pero ahora, allí, acurrucada entre los brazos de aquella mujer morena y extranjera que huele a pólvora y

sangre, lo único que sabe es que, se siente a salvo y que, quizá por eso, no puede dejar de llorar sin freno.

María, que sabe mucho de niñas huérfanas, pues ella quedó abandonada en la calle con poco más o menos la edad de Eleni, no trata de hablar con ella; se limita a besarle la frente y el pelo, abrazarla fuerte y mirar con ojos de loba a cuantos hacen el intento de turbar el dolor de la pequeña.

Solo Andreas, que nunca temió a nada, se acerca a la mujer loba que acuna entre sus brazos a su sobrina. Agachándose junto a ellas, se queda allí, sin saber que decir durante un buen rato, mirando a las dos y dejando que su propia pena le llene el corazón y los labios.

—Ahora, Eleni, estoy contigo. Nunca te dejaré sola —termina por decir con su tosquedad de soldado y más ternura de la que creía poseer, al tiempo que alarga la mano y acaricia, con infinita delicadeza, la mejilla empapada de lágrimas de la pequeña.

—Le quitaron la cabeza a mamá… —comienza a decir la chiquilla.

Es mejor que no termine la frase, pues cada palabra pronunciada trae de nuevo a su memoria la terrible imagen. María la estrecha con más fuerza aún y le besa los sucios cabellos, y Andreas, llevándose un dedo a los labios, la manda callar y a continuación, chasqueándolos, hace aparecer en su mano una porción de azúcar. Sorprendida, Eleni abre la boca y Andreas, con una sonrisa, le introduce en ella el rústico caramelo y le sella los labios con un beso.

—Yo soy tu tío Andreas y soy un poderoso mago —dice—. Un mago puede hacer cosas extraordinarias. Seguro que sabes eso, pues tú, Eleni, eres una niña muy lista. Has de saber que entre las cosas increíbles que puede hacer tu tío Andreas está la de asomarse al cielo cerrando los ojos.

Y los cierra teatralmente dejando que una sonrisa dichosa aparezca en su rostro.

—¿Sabes que estoy viendo ahora mismo en el cielo?

Ante la pregunta de su tío, Eleni niega con la cabecita; y aunque Andreas no ve el gesto, sabe que lo ha hecho.

—Veo a tu mamá y a tu papá, mi hermano Moschos, y a tu pequeño hermano. Los tres están bien y todos, te lo juro por el buen Dios, todos te mandan besos.

Eleni, con el azúcar en la boca, se queda muy quieta, decidiendo si lo que le dice aquel hombre, al que nunca antes había visto, es verdad o no. Pero allí está el tío Andreas, con su cara horrible y a la vez bondadosa, abriendo de nuevo los ojos, mirándola fijamente y haciendo aparecer de nuevo en su mano vacía una nueva y pequeña maravilla: una moneda de oro que le entrega con una pícara sonrisa. Eso termina de convencerla.

Eso y los brazos de María que siguen abrazándola; agotada, pretendiendo cerrar solo un instante los hinchados ojos, Eleni se queda al fin dormida.

—Lo has hecho bien —dice María a su camarada griego.

—Tú también, María. Gracias.

E intercambian una larga mirada de esas que solo se pueden regalar los que a menudo se juegan la vida juntos y que, por eso mismo, se tienen por amigos, por hermanos.

En el olivar, bajo las ramas de viejos olivos y entre las sombras de la noche, Mehmet al-Rumi tiene al fin tiempo de interrogar a la muchacha que se lanzó a sus brazos desde lo alto de la torre maniota. Ha dejado un numeroso retén de guardia en la aldea de los Morfakidis vigilando a los asediados, pero ha preferido, como perro viejo de la guerra que es, instalar el campamento de su pequeña tropa a resguardo de sorpresas, salidas y fuego de arcabucería.

Comenzó su ataque con ciento dos hombres y veintitrés de ellos tienen ahora tres palmos de tierra sobre el frío rostro. También cuenta con un buen puñado de soldados heridos, por lo que ha desistido de lanzar más ataques contra la jodida pirgóspito de los Morfakidis. ¿Hasta cuándo? Pues hasta que lleguen los malditos refuerzos que deberían enviarle desde la gran fortaleza turca de Modón y que espera que vengan con un cañón para expugnar la torre.

¿Pero podrán traer un condenado cañón hasta un lugar tan montañoso como ese? Los ingenieros turcos son los mejores del mundo y sus artilleros serían capaces de montar una pieza de artillería hasta en la nariz del diablo, pero… la tierra que pisan, Mani, parece haber sido hecha con las piezas sobrantes de la creación. Nada parece encajar bien: montes quebrados, diminutos valles, picos imposibles, lomas resecas que se suceden e intercalan con costas acantiladas, esquivas calas, colinas sombrías, profundos barrancos… Todo allí es demasiado complicado, caótico, bronco. Así que, si quiere ser sincero consigo mismo, debe comenzar por reconocer que es imposible que los refuerzos que espera logren acarrear un cañón con ellos. Sin cañón, ¡de nada le servirán los dos o tres centenares de soldados provinciales que le envíen desde Modón!

Pero una cosa por vez; ahora, por lo pronto, necesita aclarar quién diablos es realmente la chica que saltó desde la torre a sus brazos y por qué es tan importante para los maniotas y, probablemente, para los españoles. Que estos últimos, mandados por Monteagudo, para mayor desconcierto suyo, aparecieran en mitad de aquella olvidada batalla, huele a una sola cosa: a asuntos de espías. Y es que, tras su participación en uno de esos «asuntos de espías», el que lo llevó en pleno invierno a través de los Balcanes, Hungría y Alemania para conseguir poner de nuevo en liza contra el rey de España al rebelde conde de Nassau, el taciturno Guillermo de Orange, Mehmet sabe mucho de esas cosas.

Pues bien, todo lo que ha aprendido sobre espías, conjuras y acuerdos secretos entre poderosos le va a venir muy bien ahora. Ante él, con los claros cabellos color miel oscura revueltos bajo la luna y los ojos alerta que lo miran fijamente, está Angela Dominica: sin duda, toda una espía de la Serenísima República de Venecia, a la que tendrá que «ablandar» un poco si pretende conocer qué secretos oculta su verdadera historia.

—Al fin vienes a liberarme… —suelta, más confiada de lo que realmente se siente, la veneciana en cuanto lo ve venir; y añade a su deseo una sonrisa que pretende aportar convicción a lo que dice.

Mehmet no responde. Se acuclilla frente a la muchacha ignorando sus manos tendidas y atadas con fuertes correas de fino cuero. Angela, que aguarda largo rato sosteniéndole la mirada al capitán jenízaro, termina por darse cuenta de que, por ahora, lo mejor o al menos lo más cómodo para ella es bajar las manos: nadie le va a cortar las ligaduras.

—¿Por qué debería creer tu historia? —dice, sin más, Mehmet.

Las preguntas directas son siempre las más difíciles de contestar. Sí, sobre todo cuando te las hace un tuerto con la cara tallada en pálido hielo entreverado de cicatrices.

Angela Dominica se toma su tiempo. Examina al implacable oficial jenízaro y cuenta las plumas de garza y águila que coronan su yelmo y que dan cuenta de sus hazañas: son muchas. Y el yelmo que empenachan habla también de otras cosas: riqueza y poder, tanto monta, monta tanto. Es una pieza magnífica forjada en Persia y adornada con oro. Sí, casi tanto como el que lleva la lujosa empuñadura del soberbio yatagán que el condenado lleva envainado. «Sin duda, no estoy ante un simple capitán jenízaro», concluye la veneciana.

Saber eso, quieras que no, invita a ser prudente antes de arriesgarse con lo que tienes que contar. Pero como tiene doloridas las manos y detecta que aquel endiablado tuerto que la mira es muy capaz de ponerse a torturarla, decide apresurarse a hablar; y hacerlo con sumo tacto y cuidado en pos de una salida airosa que le permita continuar con su misión.

—En Constantinopla, el embajador veneciano, Marco Antonio Barbaro, tiene muchos amigos. Amigos poderosos. Uno de ellos es el primer visir del imperio, Sokullu Mehmet Pachá; otro, don José Nasí, banquero y amigo del sultán. Mi señor Barbaro me contó una curiosa historia que enlazaba a ambos poderosos señores: me contó que el yerno viudo del primer visir era un hombre diestro en la guerra que había perdido un ojo y que regresó vivo de Lepanto contra toda esperanza; y que don José Nasí, confiando en su temple, lo envió al norte, a la brumosa tierra de los rebeldes de Flandes, a cambio de algo muy precioso pero cuyo valor no se podía medir en monedas de oro: venganza.

Lo que la joven acaba de decir es mucho; de hecho, es más de lo que el jenízaro esperaba que supiera. Sin duda, no se trata de una simple espía de tres al cuarto, sino de alguien que goza de mucha confianza. Así que Mehmet aprieta las mandíbulas y, en su ojo solitario, el iris azul pálido parece arder; al ver cómo se lo clava hasta el fondo del alma, Angela Dominica pierde otra buena cantidad de su aplomo y se apresura a seguir hablando. Sí, a decir lo que sea con tal de que deje de mirarla así y confíe en ella.

—Pregúntate, oh poderoso capitán, como una simple chica veneciana al servicio del embajador Marco Antonio Barbaro, puede saber cosas, ¿cómo decirlo?, tan secretas —añade antes de que el cíclope la taladre por completo con su insoportable mirada.

Pero Mehmet guarda silencio y su ojo pálido sigue ardiendo en azules que solo habitan en los glaciares más desolados; y ella, con cada vez más miedo en las entrañas, reza un poco, solo un poco y en el secreto silencio de su mente, pero con tanta intensidad como jamás creyó poseer, pidiendo que aquello no termine mal.

Pero el silencio continúa y con él, insoportable, la mirada. Y Angela siente un absurdo deseo que pugna por imponerse: el de ponerse a gritar pidiendo, rogando, suplicando, que aquel hombre horrible y frío deje de mirarla y diga algo.

—Te vi en la tempestad —dice Mehmet, al fin—, cuando tu bajel se estrelló contra las rocas y te dejaste llevar por las olas para tratar de alcanzar la costa contra toda esperanza. Te vi nadar y luchar. Alguien que hace eso, que lucha así, nunca será una simple muchacha veneciana. Así que no hace falta que tú me lo digas.

Calla de nuevo y sigue mirando a Angela Dominica, cada vez más desquiciada por la calma del tuerto.

—Lo que yo quiero saber es que hace alguien como tú jugándose la vida por llevar un secreto; y, sobre todo, quiero conocer el contenido del mensaje y a quién lo envías con tanto secreto y urgencia. Ahora qué sabes lo que sé y lo que quiero, te seré sincero, solo te quedan dos alternativas: decirme toda la verdad o decírmela después de que te haga enloquecer de miedo y dolor. Tú decides. Yo siempre ofrezco opciones…

Angela Dominica nota que se le seca la boca. Las palabras del jenízaro, dichas tan quedamente, con ese aire tan gélido, parecen congelarle los huesos; como si en vez de aliento, aquel hombre tuviera todo un invierno ártico en los pulmones. Y siente más miedo aún, como el que experimentó cuando se meó encima al sentir que le arrimaban el hierro candente al ojo para vaciárselo.

—¡Tengo papeles conmigo que demuestran que trabajo para mayor gloria del sultán! —clama sin poder ya contener más su pánico y dispuesta a revelarlo todo.

Mehmet sonríe con desprecio al escucharla.

—Tengo tus papeles, ¿no lo recuerdas? Los he leído y son solo las anotaciones de un supuesto comerciante griego del Epiro. —Y, haciendo una maliciosa pausa, añade—: ¡Ah, se me olvidaba! Eso y una hoja en blanco. ¿O quizá no esté tan en blanco? ¿No será ese papel sin caligrafía alguna el que ahora tienes deseos de leerme?

A la frialdad y el terror que anidan en sus palabras, Mehmet añade ahora el sarcasmo; y Angela Dominica se derrumba por completo y se apresura a tratar de salvarse.

—Dame el folio en blanco y una piedra calentada al fuego —pide con la urgencia del pánico y la derrota bailándole en la quebrada voz. Es sabedora ya de que, o le confía todo a este horrible capitán jenízaro, o la torturará sin piedad hasta que le suplique el consuelo de la muerte.

Mehmet se permite entonces una leve sonrisa; una de esas que combinan el triunfo con un leve alivio. Pues la mujer que tiene ante sí es bellísima y no querría dañarla con la tortura. ¿Y por qué? No lo sabe… o quizá sí y es mejor no preguntarse mucho sobre ello. Pues si lo hace, ella, su Ísmihan, regresará de entre los muertos y mirará con reprobación el fondo de su negra alma. Así que prefiere no tener que torturar a esta chica.

Pero una cosa es no querer hacer algo y otra muy distinta, no hacerlo; pues a veces, y a él le pasa a menudo, uno debe hacer lo que debe y no lo que quiere.

—¡Trae una de las piedras que ciñen las hogueras! —termina por ordenar, para alivio de Angela, a uno de sus hombres.

El soldado, de un salto, se pone en pie y, con dos palos, para no quemarse las manos, toma una de las piedras que formaban el círculo del fuego y la lleva hasta donde están su capitán y la hermosa cautiva, dejándola caer a los pies de esta última.

Angela Dominica toma entonces el folio en blanco que le entrega Mehmet y lo extiende con cuidado para luego ir pasándolo sobre la piedra caliente. En contacto con aquel calor sin llama, el vitriolo azul, es decir, el sulfato de cobre disuelto en vinagre que constituía la tinta invisible con la que fue escrito, reacciona y poco a poco revela el mensaje secreto. Cuando la operación termina, la veneciana tiende el documento a Mehmet, que lo lee de inmediato.

—Extiende las manos —dice el cíclope sin dejar traslucir si se las desatará o se las amputará.

Ella trata de no orinarse encima; cuando se cree capaz de conseguirlo, obedece y tiende, más temblorosa de lo que quisiera, las trémulas y maniatadas manos. Entonces, Mehmet, sin dejar de mirarla con su pálido ojo, le corta las ataduras.

Libre, Angela Dominica, aliviada por seguir teniendo manos en vez de muñones, deja fluir lágrimas y para ocultarlas, baja la cabeza y se frota las muñecas, mientras se examina los feos cortes que el cuero crudo le ha dejado. Mehmet, por su parte, enrolla el documento y se lo guarda bajo la dolarma rojo sangre de su uniforme, antes de volver a hablar.

—Tenía pensado reunirme con el *Kapudan Pachá* Ulug Alí en Navarino, pero creo que eso te disgustaría mucho, ¿no es así?

Al oír aquello, Angela Dominica traga saliva. Este hombre no solo es Satán hecho jenízaro, sino un cabrón astuto que sabe mucho más de lo que debería saber.

Entonces, su miedo incontenible se ve matizado por la rabia que siente por haberse visto tan manipulada, tan a merced de aquel monstruo. Y la furia aviva también su deseo de cumplir con lo que se le encomendó, por lo que salta al vacío de nuevo; sí, pero a uno que puede ser mucho más peligroso que el que afrontó cuando cayó desde lo alto de la torre maniota.

—A tu suegro, el primer visir, no le gustaría que ese documento llegara a manos del *Kapudan Pachá* —desliza con tacto pero con un

hilo de ira agazapado en el tono.

Mehmet lo advierte y, en vez de castigarla, asiente con satisfacción antes de contestarle.

—Desde luego. A Sokullu Mehmet Pachá no le gustaría lo más mínimo y tampoco quedaría muy contento don José Nasí, ¿verdad? —confirma y replica, haciendo aparecer de nuevo en sus finos labios esa sonrisa cruel que tanto asusta a la veneciana—. Y supongo que la favorita del sultán, la veneciana Nurbanu, tampoco estaría muy feliz de que el Ulug Alí leyera esto y se lo contara a su esposo, el sultán Selim —continúa hablando Mehmet, marcando cada nombre, cada palabra, cada gélida insinuación, y llevando de nuevo a Angela Dominica al borde del pánico.

Pero Mehmet aún no ha terminado de hablar:

—Tal y como dices, veneciana, el padre de mi difunta esposa, Alá la colme de bendiciones en el paraíso, es, en efecto, Sokullu Mehmet Pachá; ni a él, ni a don José Nasí les gustaría que yo llevara este papel a Ulug Alí, desde luego… Pero yo siempre he preferido el camino que transita nuestro *Kapudan Pachá*: el camino de la guerra.

Y aquí, haciendo una larga pausa, el tuerto toma por la barbilla a Angela Dominica y, como un relámpago, desenvaina el yatagán y se lo pone en la garganta.

—Pero, mira, he decidido que no haré lo que deseo, sino lo que debo. Así que voy a confiar en ti. Es algo que hago muy de tarde en tarde, con muy pocas personas y solo una vez. Si tratas de traicionarme, de escapar o de ocultarme algo, te degollaré. Sí, pero antes dejaré que todos mis hombres te disfruten y luego te quemaré el bonito rostro hasta que solo seas dolor y desesperación. Después, antes de seguir haciéndote daño, te obligaré a mirarte en un espejo. ¿Me has escuchado bien?

Angela Dominica tiene unos oídos maravillosos, de esos que tan necesarios son para una espía y que, por si eso fuera poco, nunca antes había prestado tanta atención a alguien.

—Te he escuchado. He dicho la verdad, toda la verdad. Puedes confiar en mí —murmura.

No tiene fuerzas para nada que no sea rendirse por completo.

Mehmet arruga la nariz, un poco molesto; luego asiente y con un ademán certero, envaina el yatagán y se pone en pie.

—¿Dónde está el collar de Roxolana? ¿El que menciona el mensaje secreto dirigido al Senado de Venecia? —pregunta por sorpresa.

Y creedlo: a Angela Dominica no se le pasó por la cabeza responder con otra cosa que no fuese la verdad.

—Está en la torre. Cuando salí de Constantinopla me perseguía una saetía que capitaneaba uno de los *Occulti* del rey de España: Pedro Paolo Arcuri. Ambos naufragamos y ambos nos salvamos solo para caer prisioneros de los maniotas. A mí me lo quitaron todo: los papeles y el collar; y aunque fingí, una y otra vez, que solo era una muchacha epirota, se disponían a torturarme cuando iniciaste el ataque a la aldea. En ese momento, el espía al servicio del rey de España ya había sido sometido a suplicio y lo había revelado todo. Por eso conozco su nombre y su misión: sus gritos se oían con fuerza en el interior de la torre. Cuando traté de escapar, logré recuperar los papeles, pero el *Occulti*, que también se había conseguido liberar por unos instantes, me arrebató el collar. Eso es todo lo que sé. Puedes creerme…

Mehmet la cree. Vio la saetía naufragar en la tormenta y escuchó los gritos de un hombre al que torturaban antes de oír los de Angela Dominica suplicando que no le vaciaran un ojo.

—Vamos a tomar esa torre. Los mataremos a todos y, luego, con el collar en nuestro poder, te llevaré hasta un puerto seguro desde el que puedas completar tu misión. Ahora descansa. Yo tengo que hacer volar una paloma.

Y eso es todo. Mehmet se gira y se va, y ella suelta toda la tensión y todo el aire que tenía retenido en los pulmones, quedándose rota, aliviada.

Solo entonces, en ese momento de respiro y de breve y recuperada seguridad, se percata de que se ha meado encima.

* Es decir, 112 centímetros de espesor.

9

Del destino y la fortuna

Aún no amanece y Monteagudo es el único que permanece despierto. Pues allí arriba, en la almenada plataforma de combate que corona la alta torre maniota, los dos vigías que debían permanecer de guardia, se han dejado vencer por la extenuación de un día de batalla y terror.

Él no duerme. El sueño es siempre un peligro. Sí, pues con el sueño vienen las pesadillas: las de los años encadenado al remo o metido en la oscura mazmorra de la Torre del Silencio; las que le traen la memoria de cien batallas repletas de horror; las que le muestran, una y otra vez, a su hermano pequeño yaciendo sobre el barro con la garganta abierta de lado a lado; la que de continuo aviva el terror que sintió cuando vio a María ahorcada de la rama de una encina… Pesadillas. Las suyas. Pues desde hace años, muchos años, son parte inseparable de su ser.

Un hombre y sus pesadillas. ¿A eso se reduce todo? ¿A eso ha quedado menguada su existencia? En modo alguno. También tiene otras cosas: el amor de una mujer, la amistad sincera de buenos hombres como Lope de Figueroa, Andreas el Griego, Gregor de Gordon y Miguel el Moro; y también la honra, su honor, que ha sido otro «compañero» que nunca le ha faltado ni fallado. ¿Pero que le quedará de todo eso si no logra sacar con vida de esta torre a María y a sus amigos? La honra de haber logrado llevar aviso al marqués de Santa Cruz de la traición que en secreto prepara Venecia, ya no le bastaría; y saber eso, que no basta con el honor, con el deber cumplido, le añade otra muesca, otra más, a la dolorosa contabilidad de su conciencia.

Y no quiere enfrentarse a eso. Así que está allí: solo, antes de que el sol traiga la mañana, temiendo sus pesadillas y sopesando

posibilidades que le permitan salir con bien de aquella encerrona.

Entonces, a oriente, la oscuridad se torna un reverberar de tenues resplandores y el horizonte enseguida se colma con los rosáceos dedos de la aurora. Contemplando aquello, Monteagudo no puede reprimir una cansada sonrisa; pues, aunque sabe que tendrá pesadillas hasta el último de sus días, también tiene la certeza de que despertará de todas ellas.

A su lado, los dos guardias maniotas se desperezan y tratan de disimular que estaban profundamente dormidos y que, por lo tanto, sus vidas y las de sus familias dependieron no de su celo, sino de la vigilia de un extranjero. Monteagudo les permite creer que no se ha dado cuenta de su falta y, al volver los ojos hacia la aldea, advierte que los turcos solo han dejado en ella un contingente mínimo de sus fuerzas: son suficientes para mantener el asedio, sin duda, pero el grueso de la fuerza enemiga se ha retirado, prudentemente, a un olivar cercano, pues desde los viejos árboles se eleva el humo de las fogatas que así lo prueba.

—Eres un condenado lobo endemoniado —murmura para sí, entre dientes y teniendo que reconocer a su enemigo la astucia y habilidad guerreras que lo caracterizan.

Mehmet al-Rumi puede ser un perfecto hijo de puta, pero también es un excelente soldado.

Pensar en el jenízaro tuerto le hace hervir la sangre: creía haberlo matado, allá, bajo las aguas enrojecidas de Lepanto, pero sigue vivo y, contra toda esperanza, se han vuelto a encontrar.

«¿Por qué se complace Dios en esas cosas?», se pregunta. Aunque quizá no sea Dios quien se divierte, sino que puede que sea cosa del destino. Pero si el destino existe y actúa ajeno a la voluntad divina, debe de ser el cabrón más redomado de cuantos se divierten a costa del ser humano.

—Puesto que sigues vivo, maldito Mehmet, tendré que matarte de nuevo —concluye en un susurro afilado.

Justo en ese instante, los rosados del levante mueren acuchillados por los primeros rayos del triunfante sol que, de paso, le desvelan la cúpula de la diminuta iglesia bizantina situada al otro

extremo de la aldea; y sobre ella, una cruz dorada alzándose sobre una grada de madera.

Muy lejos de allí, en Constantinopla, en una habitación donde la seda y el oro mezclan resplandores con el brillo satinado del nácar y el marfil, Nurbanu, la favorita del santo califa y sultán Selim, el segundo de su nombre, se prepara para recibir a su esposo.

Ella es la favorita. Selim tiene cien mujeres en su harén, pero solo ella, pese a sus cuarenta y dos años, sabe cómo llegar a lo más hondo de su corazón. Un corazón de hombre caprichoso, un tanto violento, pero de voluntad débil y de deseos imperiosos que ella sabe gobernar.

Por eso, porque gobierna los deseos de un hombre que solo vive para satisfacerlos, Nurbanu es discreta pero, incontestablemente, uno de los grandes poderes del imperio. Por todo ello, en fin, embajadores de los más poderosos monarcas y potencias del orbe le envían regalos, celebran su sabiduría, cortejan su buena voluntad y alaban hasta lo indecible su gracia y su belleza sin igual.

Como siempre que se prepara para su esposo, Nurbanu ha prescindido de sirvientas y se está arreglando ella sola los largos cabellos frente al espejo enmarcado con nácar y perlas traídos desde las islas Maldivas.

El cepillo que usa es de mango de oro fino y al cepillarse los dorados cabellos por enésima vez, Nurbanu, nacida con el nombre de Cecilia, conviene consigo misma en que, ciertamente, a sus cuarenta y dos años, sigue siendo una mujer muy hermosa. Pues, con sus inmensos ojos azul profundo, sus rubios cabellos, sus rasgos delicados pero terriblemente sensuales y su cuerpo de tentadoras curvas, podría dejar en mal lugar a la mayoría de las jóvenes concubinas que viven en el harén imperial y que suspiran, día tras día, por atraer una mirada de su señor Selim.

Pero el sultán la desea a ella. Llevan juntos muchos años y siempre fue así: ella, Nurbanu, es la única hembra capaz de quitarle una copa de las manos o de despertar su interés por algo que no

sea el placer; bueno, siempre y cuando, primero lo halla colmado con este último.

Pero ya se escucha a Selim. El enorme eunuco *zanj* que monta guardia ante sus estancias privadas, Mustafá el Yao, ha gritado la salutación ritual debida al supremo señor del harén y ha abierto la puerta de nácar y sándalo. Nurbanu, presta, repasa mentalmente la estrategia que pondrá en marcha y ruega a Dios porque todo vaya bien y que, una vez más, logre lo que todos aguardan con el corazón en un puño: que haga creer al sultán que es su voluntad y no la de su favorita, su primer visir y su banquero, la que decide la política de la Sublime Puerta.

Pero el sultán ya está a punto de entrar y no queda tiempo para nada que no sea encandilarlo: con habilidad sin igual, Nurbanu se da un último toque de perfume, se moja los rojos labios y con movimientos precisos y apresurados dispone las ligerísimas, sutiles y transparentes sedas que la cubren y que, pulgada a pulgada, revelan cada secreto, cada intimidad reservada a su dueño y Señor.

Cuando Selim contempla a su favorita le ocurre lo que siempre le ha ocurrido desde que, siendo ella poco más que una niña, la vio por primera vez: que se le acelera el pulso. Nurbanu, con sus largos cabellos rubios y sus ojos azules, es la gloria de lo femenino sumada por completo en una sola mujer.

—¿Te agrada lo que ves, poderoso sultán? —pregunta ella con voz ronroneante como la de una gata en celo y con una pícara sonrisa en los jugosos labios, alentada por la expresión de asombro que su apariencia ha provocado en su esposo.

—Ciertamente, bella Nurbanu, soy el hombre más afortunado —responde él, devolviéndole la sonrisa.

Para sorpresa de Nurbanu, en su voz aún no se advierten las señales del vino. «Eso puede ser una contrariedad», piensa mientras él se acerca, la toma por la breve cintura y la besa. Pues sin los efectos del vino, Selim puede ser más difícil de doblegar.

Lo que viene es pasión de hombre que desea con fuerza y habilidad de mujer que lo sabe gobernar; y cuando la luz de las velas mengua, los dos, agotados de placer, se quedan enredados en

esa dulce pausa que se ayunta con suave silencio y que tan propicia es para confesiones y peticiones.

Selim, satisfecho, decide pedir una copa de vino de Lemnos, pero, para su sorpresa, no ve la habitual jarra de oro depositada sobre la mesita de marfil dispuesta junto al lecho. Abre la boca para indicarle el descuido a su esposa, pero entonces se da cuenta de que en los ojos de Nurbanu, se han prendido unas retenidas lágrimas que hacen brillar sus largas pestañas.

—¿Qué te ocurre?

Ella aparta el rostro escondiéndolo en su pecho de varón y él, demostrándole una ternura que solo a ella reserva, le acaricia los sedosos cabellos dorados.

—No soporto verte triste, Nurbanu… Ya lo sabes, dime qué te pasa para que yo pueda llevarme lejos de tus ojos esas lágrimas —insiste, dulce, el sultán.

Nurbanu, sin levantar el oculto rostro, niega con la cabeza, pero como él persiste en conocer el motivo de su pena, reprime una sonrisa triunfal que Selim nunca verá y pone en marcha el plan para conseguir que su esposo haga lo que ella, el primer visir y don José Nasí ya decidieron que debía hacer.

—He recibido una carta de mis familiares. Tienen… miedo, Selim, miedo de ti. Venecia sufre el terror que inspiras y yo, lo sabes bien, sufro por esas cosas. ¿Es necesario que la guerra prosiga contra mi antigua patria? Sé, pues ya comprendes que me intereso por esas cosas, que en el Senado de la Serenísima son muchos los que dejarían de lado a España si tú dieras la más mínima señal de que serás magnánimo, generoso con ella.

Selim frunce los labios. La política le aburre y, además, estaba tan pleno, tan sereno después del amor que escuchar ahora todo aquello le disgusta en extremo. ¿Por qué Nurbanu no puede dejarlo tranquilo tras el placer?

La *haseki sultan* percibe que la presa se le escapa y besa el velludo pecho de Selim. Luego, mordiéndole ligeramente la oreja, se alza y se limpia las lágrimas dejando descarada, sensualmente visibles y altivos sus rotundos senos. Selim, de inmediato, abandona su hosca expresión y ella retoma el control besándolo en los labios.

—Sé que estas cosas te desesperan, amado mío, pero eres el hombre más poderoso del mundo y tu fama atemoriza a las naciones. Un hombre como tú debe ser magnánimo con los débiles. ¿No me regalarías algo tan nimio, tan conveniente a tu fama de hombre generoso y prudente? Venecia está preparada para someterse si tú le muestras una señal de que no serás duro con ella.

Selim casi no la escucha. El deseo ha renacido y la atrae con fuerza para poseerla de nuevo. Nurbanu, sin que él pueda verle el rostro, se muerde los labios con rabia: la lucha aún no ha terminado, se dice mientras él la penetra; de un modo u otro, se dice, se saldrá con la suya y él, aunque se muestre tozudo, cederá y consentirá en firmar el tratado secreto que ya han enviado a la Serenísima.

En ese momento, en las lujosas dependencias que ocupa el primer visir del Imperio en el *Topkapı Sarayi*, o Palacio de Topkapi, Sokullu Mehmet Pachá desconoce por completo que Nurbanu está peleando denodadamente por imponerse al sultán, mientras que él, absorto del todo, mira el detallado gran mapa que sus secretarios han extendido sobre una enorme y pulida mesa de caoba roja de la India.

En el plano levantado por los mejores geógrafos, topógrafos e ingenieros del Imperio, se pueden ver, perfectamente delineados, el mar Negro y las esteparias tierras del janato de Crimea, uno de los muchos estados vasallos del Gran Turco, y más al este las que el terrible zar de Moscovia, Iván IV, ha arrebatado al islam: las de los janatos de Kazán y Astracán. Al sur de esos reinos conquistados por los infieles, se perfilan las costas y puertos del mar Jázaro, al que los cristianos de Occidente llaman Caspio.

¿Y por qué estudia ese mapa con tanta atención? Porque encierra su sueño de unir el gran río Don, que desemboca en el mar de Azov y que, a su vez, comunica con el Negro, con el Volga que, por su parte, lo hace en el mar Caspio; a través de esos mares y ríos, fluirán hasta Constantinopla las riquezas de Samarcanda, de Bujará y, sobre todo, de las opulentas China e India. Pues cuando el gran canal con el que sueña, y que proyecta, esté construido será

mucho más rápido y seguro llevar las especias, las sedas, las esencias y las gemas del Oriente al Mediterráneo que transportar todas esas lujosas mercancías mediante la larga travesía oceánica que ahora dominan los infieles portugueses y que conectan la India y China con la atlántica Lisboa, atravesando el Índico y rodeando la inmensidad de África.

«Mi canal…».

Una vez más, se jura a sí mismo que lo construirá y que será su gran contribución a la historia y la gloria del Imperio: devolver al control de los verdaderos creyentes el gran comercio y, con este, la hegemonía mundial.

Pero ¿es solo por eso, por gloria y fama, que se enfrasca horas y horas en sus sueños de poder imperial? Ciertamente, no. Pues aunque siempre tuvo esos sueños, ahora lo ocupan por entero porque tiene el corazón y el espíritu vacíos, yermos, desde que su hija, su amada Ísmihan, se suicidó.

Al principio odió a Mehmet al-Rumi por aquello. Sí, lo culpó de la muerte de su hija. ¿Acaso no se había suicidado por el inmenso dolor que le causó la falsa noticia de que aquel condenado tuerto había muerto en la batalla de Lepanto? Pero, luego, al ver la terrible desolación de su yerno, Sokullu no pudo sino reconciliarse y reconocer que el dolor que asolaba su alma era el mismo que había matado por dentro a Mehmet.

Sí, su yerno viudo era un muerto viviente, pues, al contrario que lo que él experimentaba, no tenía ni tan siquiera sueños a los que aferrarse, sino solo un único y obsesivo deseo: vengarse del español al que culpaba de la muerte de Ísmihan: José de Monteagudo.

Pero un hombre muerto en vida es un hombre muy útil. Sí, esa es una gran verdad. Pues se transforma en un arma implacable en manos de quien sepa usarla; y él, con ayuda de don José Nasí, sabe esgrimirla. ¿Acaso no lo enviaron al norte para avivar las llamas de la decaída rebelión holandesa contra Felipe de España? Mehmet, impulsado por su deseo de venganza, hizo lo imposible: cruzar de incógnito y en brevísimas e invernales semanas, media Europa para entregar, aquí y allá, oro, amenazas y promesas, alentando y también intimidando a Guillermo de Orange para que reaccionara

con algo más de ímpetu a las campañas del duque de Alba y para que tuviera bien claro que, a partir de ahora, entre su condenado y noble cuello y Constantinopla pendía una fina e invisible pero fuerte cadena.

Sí, Mehmet actuó bien para ellos. ¿Acaso no le llegaron hace tan solo unos días noticias sobre que Guillermo de Orange había invadido de nuevo Flandes desde Alemania? Eso está muy bien. Pues no importa si ese taciturno traidor protestante triunfa o no, sino que entretenga la mayor cantidad posible de fuerzas y recursos del rey Felipe para que no pueda dedicarlos a disputarle el control del Mediterráneo al Imperio de los turcos.

Para hombres como Sokullu el mundo es un tablero: un gran y peligroso tablero de ajedrez en el que intereses, facciones, conjuras, alianzas, reinos e imperios, se transforman en peones, torres, alfiles, caballos, reinas y reyes que disponer, mover, cobrar o sacrificar.

Ahora mismo, piensa, el Gran Juego entre España y el Turco se desarrolla desde Sumatra a las islas Canarias y desde Polonia y Flandes, llegando hasta Mozambique y Mombasa. A él, experto jugador, le gustaría que la partida principal se estuviera jugando en las estepas de los mares Negro y Caspio. Pues aunque nadie parece prestar atención a esos lares, es allí, donde la áspera hierba esteparia es batida de continuo por el hiperbóreo viento y donde se juega el verdadero triunfo: si consigue el control en esas tierras, cavará su gran canal y unirá China con el Mediterráneo por una ruta con la que no podrán competir jamás aquellas que sobre las olas de los grandes océanos han erigido España y Portugal.

Sus sueños son pues también su defensa ante la terrible pena que le dejó el suicidio de su hija y el lugar donde dejará su huella imborrable en la historia: la del hombre que supo comprender donde se jugaba realmente el destino del mundo.

Y por eso, por sus sueños, entre otras muchas razones, claro, odia a ese corsario tiñoso de Ulug Alí: porque atrae la atención del sultán hacia Berbería y el Mediterráneo, cuando debería concentrarse en el inmenso Oriente.

Ahí está él concentrado. Bajo una lámpara de plata fundida con la forma de un grácil árbol, Sokullu analiza cada detalle del gran

mapa: ciudades, puertos, fortalezas, caminos… Luego, con la yema del dedo índice delinea el recorrido que deberá seguir su canal al conectar el Don con el Volga o, lo que es lo mismo, el Caspio con el mar Negro; y en su mente ya se suceden los cálculos: el número de las tropas que destinará a la reconquista de Kazán y Astracán, de los trabajadores e ingenieros destinados a la magna obra y, sobre todo, de las riquezas incontables que circularán por ella cuando esté concluida, conduciéndolas, siempre, a un mismo brillante punto del mapa.

Constantinopla.

Entonces sus penetrantes ojos se posan en las tierras de Rusia, en el zarato moscovita que tan fuerte se ha vuelto y que tanto se ha entrometido en el buen discurrir de su gran sueño.

—Todo va bien… —murmura para sí al sopesar el triunfo logrado el año anterior sobre el zarato de Moscovia y que tanto favorece la transmutación de su gran proyecto en realidad tangible.

Pues mientras la atención de todos se fijaban en Lepanto, donde la gran flota turca fue aniquilada, él, Sokullu, con su inteligencia logró, meses antes, una gran victoria para el sultán sin apenas hacer gasto de vidas o de oro: el 25 de mayo de 1571, tras derrotar al ejército de Rusia en el río Oká, las hordas de jinetes tártaros comandadas por el kan Devnet y reforzadas con un puñado de ingenieros y artilleros otomanos entraron a sangre y fuego en Moscú, sometiéndola a una terrible devastación y saqueo. El zar Iván IV huyó a uña de caballo, mientras que miles de sus soldados y más de cincuenta mil de sus súbditos, quedaron muertos entre las incendiadas casas e iglesias de la debelada Moscú.

Solo el bárbaro palacio del zar, el rojo Kremlin, y la recién construida Catedral de San Basilio pudieron resistir tras la muralla de piedra que las resguardaba. Pero el resto de la urbe fue consumida por las llamas y los tártaros de Crimea regresaron a su tierra arrastrando tras ellos a más de ochenta mil cautivos rusos.

¿Y quién ordenó al kan Devnet de Crimea que cabalgara contra Moscú? Él, Sokullu. ¿Quién le envió los cañones, los mosquetes, los artilleros, ingenieros y asesores turcos necesarios para superar las defensas y tropas dispuestas por el zar? Sokullu Mehmet Pachá. Pero

su victoria, lograda a tan escaso precio, quedó opacada por la espantosa derrota de Lepanto. ¡Dios maldiga a los infieles!

Pero él nunca se rinde. Nunca. Por eso está allí, inclinado sobre el mapa de su sueño y preparando la que debe ser la campaña definitiva que lo haga realidad. Pues ha ordenado al kan una nueva campaña contra Moscú, que debe concluir con un triunfo incontestable. Pues los tártaros, vasallos del Imperio, ya no se conformarán con saquear y quemar la capital del zarato de Moscú, sino que depondrán a su soberano, ese bárbaro de Iván IV, y lo sustituirán por un nuevo zar que pagará tributo al kan de los tártaros y que, por supuesto, también será un fiel vasallo del sultán de Constantinopla.

Para conseguir tal fin, esta vez no solo ha enviado a Crimea cañones, armas de fuego, artilleros, ingenieros y un puñado de oficiales, sino también un regimiento entero de jenízaros y un millar de *timariots*[*] turcos que se sumarán a la horda de cien mil jinetes tártaros que someterán definitivamente a Rusia y recuperarán para el islam Kazán y Astracán; y, con ellas, la posibilidad, al fin transmutada en certeza, de que podrá construir su gran canal y otorgar así al sultán, la primacía mundial.

—¿Mi señor?

Abstraído como estaba, Sokullu Mehmet Pachá se gira, un tanto sobresaltado y repentinamente airado con su primer secretario, Togrul, por sacarlo de su sueño de dominio global. Pero como buen antiguo jenízaro, se disciplina de inmediato y embrida su mal genio antes de descargarlo sobre aquel leal servidor.

—¿Qué ocurre, Togrul?

Su secretario vuelve a inclinarse y luego señala en dirección a la entrada de las estancias privadas del primer visir.

—Don José Nasí solicita ser admitido en vuestra presencia.

Sokullu se acaricia la barba y se concede un momento de reflexión antes de contestar. Que el banquero se presente así, sin haberlo acordado antes, puede ser fuente de problemas o de bendiciones; y a menudo, la experiencia así lo demuestra, uno no puede distinguir los primeros de las segundas.

—Hazlo pasar de inmediato —ordena al fin, mientras pone su mente alerta y dispuesta para recibir a su aliado que, a la par, es el hombre al que más teme.

Don José Nasí viene vestido con un caftán dorado y carmesí de *kemha*, la riquísima tela de brocado de seda y oro que solo pueden vestir el sultán y aquellos a los que este concede su *Hi'lat*, la gracia de su favor. El caftán está ceñido por un portentoso *kusak*, un cinturón de fino cuero repujado en el que destellan multitud de gemas traídas desde los sultanatos indios de Golconda y Bijapur. Bajo la brillante tela que sujeta el cinto, se le adivina una túnica ligera de Dïvä, seda satinada tejida en los talleres persas de Isfahán y que ha sido teñida con carísimo e intenso tinte carmesí de cochinilla; mientras que su entrecana cabeza aparece envuelta por un *kavuk mücevveze*, un rico turbante blanco de seda cruda, y sus pies están calzados con *yemeni* de cuero rojo altaneramente salpicados con perlas pescadas en Ormuz. Todo en él es, como siempre, esplendor y poder. Pues pocos hombres pueden permitirse vestir con prendas como aquellas que, tirando por lo bajo, valdrán sus buenos tres mil ducados y que, sin embargo constituyen una modesta fracción del fantástico guardarropa del hombre más rico del mundo.

—No esperaba vuestra visita —dice Sokullu al judío sefardí cuando terminan los saludos y fórmulas cortesanas.

Prudentemente, ordenan a todos los presentes que los dejen solos en la espaciosa sala decorada con tapices de Tabriz, paneles de madera ricamente tallada por los ebanistas de Trebisonda y muebles de ébano y teca de Macasar adornados con incrustaciones de nácar y marfil procedentes del sultanato de Aceh, en Sumatra.

—Tengo noticias para vos. Noticias importantes —le aclara Nasí en un tono sombrío que alarma a Sokullu.

—¿Acaso ese perro corsario de Ulug Alí Pachá ha derrotado a la flota de la Liga Santa?

—No, que yo sepa y suelo saber mucho, ese renegado calabrés al que el sultán ha nombrado *Kapudan Pachá* para nuestro disgusto, sigue con su flota amarrada en los puertos del sur del Peloponeso. Así que podéis tranquilizaros a ese respecto —lo calma el sefardí

provocando un gesto de alivio en el rostro del primer visir que de inmediato se borra—. Pero lo que tengo que contaros puede ser mucho peor y mucho más peligroso para nosotros que la noticia de una victoria de nuestro enemigo en la corte del sultán.

Y ante esa revelación, Sokullu se tensa y sus grandes manos de viejo soldado, se crispan como si pidieran con urgencia una espada con la que afrontar el invisible enemigo que le anuncian las malas nuevas que le trae el judío.

—Escuchadme ahora, primer visir del imperio. Uno de mis hombres en Corfú ha localizado al enemigo de vuestro yerno: José de Monteagudo.

—¡Me habíais asustado! ¿Qué clase de mala noticia es esa? —exclama el gran visir—. ¡Mehmet se alegrará con esta nueva!

—Sin duda, pero no deis rienda suelta a vuestra satisfacción, pues mi hombre en Corfú, en un segundo informe, redactado a partir del testimonio de un traidor caballero del séquito del marqués de Santa Cruz, me ha puesto al corriente de una noticia mucho menos alentadora. Atended: don Álvaro de Bazán, el capitán general de las galeras de Nápoles y a la sazón, el hombre a quien don Juan de Austria ha destacado para ir organizando la nueva jornada de guerra por mar y tierra que pretende desencadenar contra nuestro imperio, ha tenido noticia de algo que pone en riesgo nuestros hermosos planes.

Sokullu se tensa. ¿Qué sabe este maldito judío que él no sepa todavía al respecto de los planes de la flota cristiana?

—Comenzaré por anunciaros una fatalidad: el bajel del emisario que el embajador Marco Antonio Barbaro envió al Senado de Venecia con nuestra propuesta de paz y alianza naufragó en las costas del país de Mani; y, aunque sobrevivió, fue hecho prisionero o, por mejor decir, prisionera, pues resultó ser una mujer.

«Esta sí que es una mala nueva», se atribula Sokullu y de inmediato se dispone a tratar de atemperar sus nefastos y posibles efectos.

—Daré orden inmediata a todos los agás y comandantes de los distritos, ciudades y fortalezas de Morea[*] de que envíen fuerzas a

liberarla —se apresura a decir Sokullu.

—Aguardad un poco, primer visir. Aún tengo cosas inquietantes que decir —replica Nasí levantando una mano repleta de anillos—. No solo naufragó el bajel que llevaba a la mujer que hacía de emisario secreto, sino que también lo hizo una saetía. ¿Y quién la mandaba? Pedro Paolo Arcuri.

—¡Así que los rumores eran ciertos y estaba en Constantinopla! ¿Sabéis si entró en tratos con su antiguo paisano, Ulug Alí? ¡Si tenéis la más mínima prueba de eso, iré de inmediato a hablar con el sultán y, por Alá, que la vida de ese corsario tiñoso habrá llegado a su fin!

Pero Nasí niega con la cabeza, enfriando el rencoroso entusiasmo de su aliado.

—No, no he conseguido averiguar nada cierto sobre si el escurridizo *Occulti* del rey de España se comunicó o no con Ulug; pero sí he averiguado que, de algún modo, se enteró de nuestra propuesta a Venecia y que navegó a todo trapo para abordar el bajel de la agente veneciana y apoderarse del documento secreto y del collar de Roxolana. ¿Imagináis lo que puede pasar si ese documento es puesto bajo la mirada de ojos enemigos? Peor aún, ¿imagináis cómo reaccionaría el sultán si se entera de que lo estamos manipulando y que proponemos pactos a Venecia a sus espaldas? En ese caso, mi querido Sokullu, no será Ulug Alí quien acabe empalado, sino nosotros.

Sokullu comprende en toda su magnitud la dimensión del peligro y toma asiento para que no se note el súbito temblor de su rodilla derecha. Para disimular aún más su repentino miedo, indica con un ademán a Nasí que haga otro tanto y que se siente a su lado.

Durante un largo instante que no puede ser medido por ningún reloj, pues el pánico no se somete a ninguna medida, sino que se apura, se traga y se digiere al ritmo que cada hombre le marca en el seno de su alma, ambos conspiradores permanecen absortos en sus negras reflexiones.

—¿Entiendo que el *Occulti* también sobrevivió? —se atreve al fin a inquirir Sokullu con la vana esperanza de que su aliado sefardí le

diga que no, que Pedro Paolo Arcuri pereció.

—Sí, sobrevivió, y también fue hecho prisionero por los maniotas —confirma Nasí—. Por eso no es buena idea que movilicéis a las guarniciones de Morea para que vayan a rescatar a esa mujer al servicio del embajador de Venecia. Pues recordad que Ulug Alí tiene su flota anclada en los puertos del sur de Morea y, por lo tanto, que podría enterarse y ordenar a su vez que llevaran ante él a los cautivos rescatados de los maniotas. Así que necesitamos un hombre de plena confianza que tome este problema en sus fuertes manos y nos permita poner de nuevo en el buen camino nuestro plan.

—Mi yerno Mehmet al-Rumi es ese hombre. —Ante esa afirmación el judío asiente y alienta a Sokullu a seguir—. La última vez que tuve noticia suya estaba saqueando las costas de Creta. Si le envío un mensaje urgente podría estar en Mani en cuatro o cinco días.

—Demasiado tiempo. Mis noticias son frescas, por así decir, pero no demasiado y don Álvaro de Bazán ya puso en marcha su propia misión de rescate, si me permitís el sarcasmo. ¿Cómo mantenéis el contacto con vuestro yerno?

—Como podréis comprender, no uso a los *ulaks* que cambian de caballo en cada *menzilane* de las carreteras imperiales, ni me sirvo de *tatarlar* a sueldo,[*] sino que dispongo de un dispositivo propio basado en palomas mensajeras y hombres a mi servicio que, mediante el uso de espejos y almenaras, transmite con rapidez los mensajes urgentes.

Don José Nasí asiente. Lo daba por hecho, pues él usa exactamente los mismos medios que su aliado. La información es poder, desde luego, pero ese poder sirve de poco si no se dispone de él a tiempo.

—Este asunto, Sokullu, se ha transformado en una carrera: si España se entera de nuestros planes con Venecia y obtiene las pruebas para probarlos, estaremos perdidos, pues todo quedará al descubierto y el sultán no soportará el oprobio de quedar ante el mundo como un necio manipulable que no se entera de las grandes

decisiones que se toman en su nombre. Y, peor aún si cabe, si no es España, sino ese perro de Ulug Alí quien se apodera de la propuesta secreta y del collar de Roxolana y lo pone todo en conocimiento del sultán, Selim montará igualmente en cólera; otorgará todo el poder al *Kapudan Pachá* y ordenará nuestra inmediata ejecución por tratar de pactar con Venecia antes de tener su consentimiento. Así que dependemos de vuestro yerno y me temo que, para nuestra desgracia, este llegará demasiado tarde.

Silencio. Los dos poderosos se quedan callados y mirándose fijamente: evalúan si no ha llegado el momento de traicionar al otro ante el sultán para descargar en él la culpa y así salvarse uno mismo o, por el contrario, si seguir apostando por mantenerse unidos y tratar de salvar el éxito de su plan contra toda esperanza.

—Quizá… —comienza a apuntar Sokullu—, quizá podamos conseguir que la *haseki sultan* Nurbanu calme la ira de nuestro soberano cuando se entere de todo.

—No me gustaría confiar en tal cosa si mi cuello depende de ella —replica, fatalista, pragmático, el banquero.

Y regresa el incómodo silencio y con él, los oscuros, inquietantes pensamientos. «¿Cómo será sentir una estaca destrozándote las entrañas?». Esa pregunta, inoportuna, terrible, se cuela entonces en la mente de Sokullu. Él, por supuesto, ha ordenado el empalamiento de cientos, quizá de miles de hombres y mujeres, pero ahora, ahora está cerca, muy cerca, de sufrir ese mismo destino; y el miedo, uno que creía que nunca conocería, se impone a todo lo demás: a su tristeza por el suicidio de su hija, al odio que siente por Ulug Alí, a la ambición, a sus sueños de gloria… A todo.

En la estancia hay una ventana con forma de hermoso arco geminado. Sokullu, sintiendo que empalidece y que necesita algo de aire fresco, se pone en pie y da unos pasos hacia ella; mientras, sigue preguntándose que sentirá cuando el cuchillo sin punta del verdugo le abra el ano y qué clase de insoportable dolor experimentará cuando le metan por él la punta de la estaca que, una vez alzado, lo dejará empalado. Cuando alcanza la ventana,

trata de serenarse contemplando los jardines y más allá de ellos, el azul del Cuerno de Oro.

Pero no hay serenidad posible cuando sabes que una estaca te está esperando para romperte por dentro lentamente, muy lentamente. «Terminar así…», se dice en el opresivo silencio, mientras sus ojos no ven realmente nada: ni las calmas aguas del Cuerno de Oro, ni los jardines, ni la luz del día. Al cabo, imponiendo su voluntad al pánico negro que lo oprime, se gira y mira a José Nasí, y tiene la absoluta convicción de que ni todo el oro del mundo podrá salvar al judío de la muerte si el sultán se entera de todo. Pues una cosa es manipular a Selim para que crea que es él quien toma las decisiones y otra muy distinta que sea plenamente consciente de ello. El sultán es un borracho, un necio, es cierto, pero también es un hombre iracundo al que le excita la crueldad y que no dudará en usarla contra quienes creía sus amigos.

—Enviad mensaje urgente a Mehmet al-Rumi. Roguemos a Dios para que sea él, y no los españoles o Ulug Alí, quien se apodere de la veneciana y del *Oculti* —termina por decir Nasí con un hilo de voz.

Y en ese momento, una paloma se posa en el alféizar de la geminada ventana. Sokullu, ansioso, se gira de nuevo hacia ella y toma entre sus manos al ave y comprueba que lleva un tubito de plata atado con un hilo de seda a la pata derecha. Lo suelta, extrae el diminuto papel que contiene y, al leerlo, murmura una oración y sonríe.

—Dios está con nosotros —informa—. Mi yerno tiene asediada la torre en donde esos salvajes del país de Mani tienen cautivos a la veneciana y al agente de los *Occulti*.

José Nasí cierra un instante los ojos, suspira aliviado, y deja entonces que la fortuna, esa diosa traviesa que tan favorable le ha sido siempre, contemple la mejor de sus sonrisas.

El ambiente cambia de inmediato en la lujosa sala. Cuando dos hombres poderosos han tenido que lidiar con la idea de su caída en desgracia, que implica, sin lugar a dudas, su empalamiento, y creen salir airosos del trance, entonces recuperan una seguridad, un valor, que quizá sean excesivos, pero que necesitan para recomponerse y poder mirarse de nuevo a los ojos sin avergonzarse por su cobardía.

Es hora, pues, de aparentar que todo sigue bajo su control y volver a los grandes problemas que los ocupan.

—Volvamos con Ulug, mi querido amigo. Lo tenemos con su lamentable gran flota anclada en algún punto entre Navarino y Modón, aguardando noticias sobre los movimientos de la flota de la Liga Santa; esta, a su vez y en su mayor parte, se está concentrando en Corfú en espera de que ese jovenzuelo pretencioso de don Juan de Austria deje Mesina y parta para emprender una nueva jornada contra nuestra armada. ¿Creéis por ventura que el perro tiñoso de Ulug Alí logrará una victoria sobre don Juan de Austria en las próximas semanas? —termina por preguntar Sokullu.

No es baladí la pregunta: una victoria del *Kapudan Pachá*, su mayor rival en la corte del sultán, debilitaría su propia posición; además, le interesa conocer la siempre bien informada opinión del sefardí.

—Creo sinceramente, esforzado primer visir, que las posibilidades están equilibradas. Considero que nuestro gran almirante —añade el banquero con un deje de sorna— no está aún en condiciones de obtener esa hipotética victoria sobre los cristianos, pero también creo que puede que no tarde mucho en lograrla.

Sokullu enarca la ceja derecha y anima a Nasí a continuar.

—Por supuesto, aunque sois prudente y no habéis querido revelármelo, sabéis que la gran y nueva flota de nuestro nuevo y heroico *Kapudan Pachá* ya no duda, digámoslo así, entre echar el ancla en la inexpugnable Modón o hacerlo en la más débil pero también más tentadora Navarino. Es en el abrigo que proporciona la ensenada de esta última plaza donde hace aguada y acecha a los cristianos que, a su vez, se verán atraídos por la aparente debilidad de la posición de nuestra armada en tan poco fortificado lugar.

—Veo que sabéis más de lo que suponía —le corta Sokullu, un tanto molesto con la suficiencia del judío.

—No os precipitéis en vuestro disgusto, mi señor primer visir. Tened paciencia con este pobre hebreo —lo aquieta Nasí con una de sus sonrisas falsamente amables, en las que, si uno se detiene un tanto a sopesarlas, se ve brillar el peligro amenazante de una espada recién afilada—. Recordad que ahora somos aliados y que

sería bueno que siguiésemos siéndolo por el bien del imperio… y del nuestro, por supuesto.

El judío lleva razón, bien que lo sabe Sokullu. Pero desde que pusieron en marcha su conjura que debe hacer cambiar de opinión al sultán y moverlo a una paz por separado con Venecia que destruya la Liga Santa, el primer visir tiene los nervios destrozados. Pues jugar con la voluntad de un sultán de la casa de Osmán, por muy borracho y necio que este sea, es lo más parecido que uno pueda encontrar a caminar por el borde de un abismo sin fondo.

—Nuestro juego es demasiado complejo, Nasí: no queremos una gran victoria de ese perro corsario, pero tampoco deseamos una nueva derrota de nuestra armada que nos debilite en exceso y fortalezca aún más a España, alentando así a Venecia a desoír nuestra secreta propuesta de paz y alianza.

—Ciertamente, es un equilibrio difícil de alcanzar —conviene el hebreo—, pero lo lograremos. Pues aunque Ulug Alí cuenta con doscientos cincuenta nuevos barcos, un millar de cañones y más de setenta mil soldados y marineros, sus galeras han sido construidas con madera que no se secó correctamente, sus cañones fueron fundidos a toda prisa, su pólvora fue molida sin excesivo cuidado, sus marineros son gente sin experiencia y sus soldados, en su mayor parte, hombres reclutados apresuradamente o a la fuerza y faltos de veteranos que los encuadren y les transmitan disciplina y espíritu de combate.

El banquero, que ha extendido un dedo con cada parte de la enumeración hasta dejar la mano abierta, se toma un respiro ante la mirada algo irónica del primer visir.

—En definitiva, Ulug Alí logró un milagro: armar una gran flota en apenas unos meses, pero esa flota es más una sombra amenazadora que una realidad incontestable. Ulug ha podido sustituir barcos y hombres, desde luego, pero esos barcos y esos hombres no son ni la mitad de buenos de los que perecieron en Lepanto. Así que permanecerá a la defensiva, buscando que sus hombres cobren experiencia, mientras que los cristianos, sabedores de todo esto, apostarán por la ofensiva.

—Y ahí es donde entra en escena nuestro pequeño plan —apunta Sokullu.

—En efecto. Si Venecia acepta nuestra secreta oferta, se ocupará de que esa ofensiva sea un desastre y no lleve a ninguna parte. ¿Y qué tendremos, entonces?

Sokullu se permite una sonrisa satisfecha antes de contestar:

—Un empate.

—¡En efecto! Y un empate, unas tablas, favorece en extremo nuestro plan. —Y empieza a cerrar los dedos de la mano a medida que habla—. Ulug se quedará sin su gran victoria y, por ende, no logrará el prestigio necesario para desplazaros en el favor del Sultán. España se verá frustrada en su intento de rentabilizar Lepanto propinándonos un golpe mortal o arrancándonos el control sobre Berbería. Y Venecia, medrosa, ya no dudará más y se plegará a nosotros. Entonces, España se quedará sola y el comercio volverá a llenar las arcas del tesoro del sultán y, de paso, mi bolsa. Todos saldremos ganando. —Tiene la mano cerrada en un puño—. El imperio y nuestro sacro señor, el sultán Selim; vos, gran primer visir, exaltado seáis; la sultana Nurbanu y hasta la Serenísima, ambiciosa y asustada República de Venecia. ¡Todos ganaremos! —Y eleva con fuerza el puño.

—Alá así lo quiera —conviene Sokullu, prudente, otorgando a Dios la última palabra—. Pero, mirad, don José, os mostraré ahora un nuevo acicate que estimulará la codicia de los venecianos y sus deseos de pactar en secreto y por separado con el sultán —añade con orgullo, señalando al banquero el gran plano que muestra el proyecto de su gran canal.

Los dos hombres se inclinan entonces sobre la gran mesa de caoba roja y observan el plano. Sokullu le explica a Nasí los detalles de su proyecto y el judío advierte que aquel proyecto colosal de ingeniería y dominio mundial es algo que alienta y fortalece en extremo al primer visir. Aparentemente es una locura, pero si se lograra llevar a buen término… El grueso de las riquezas del orbe pasarían por Constantinopla, como en los viejos y buenos tiempos ¿Y quiénes manejan el dinero en la capital del imperio? Él y los suyos, por ese orden, desde luego.

Así que Nasí opta por no enfriar el entusiasmo del primer visir y deja que se explaye con la descripción de lo que, a todas luces, constituye su más querido proyecto imperial.

—Desde que Portugal consolidó sus rutas oceánicas y España descubrió y conquistó los reinos e imperios de las Indias occidentales, los venecianos, al igual que nosotros, hemos visto menguar nuestros ingresos. Pero cuando el canal se construya, seremos de nuevo dueños de las mejores rutas de comercio con China y la India. ¡Y entonces, imaginadlo, las especias, las sedas, los lujos del Oriente afluirán a nosotros como un río imparable de prosperidad! Y cuando eso suceda, Venecia tendrá en Constantinopla su mejor, ¿qué digo?, su único mercado; y nosotros tendremos en la Serenísima a un muy bien dispuesto vasallo, que, además, encadenará a nuestros intereses el comercio de todas las naciones de la cristiandad.

José Nasí asiente. «Grandes planes los de Sokullu…», piensa. Bueno, ahora que le han sido revelados, los hace también suyos; y mientras se lleven a buen término, serán aliados. Luego, quién sabe…

Abandona sus pensamientos y vuelve a escuchar a Sokullu:

—… ahora mismo, mientras que el *Kapudan Pachá* Ulug Alí pierde el tiempo con su flota de galeras mal construidas y soldados bisoños, yo he dado orden al kan de los tártaros de Crimea para que lance un nuevo ataque sobre Moscú. La gran horda ha sido reforzada con doscientos jenízaros, un millar de *timariots* y cuatro centenares de ingenieros y artilleros del Imperio. Su objetivo será conquistar Rusia y transformarla en un estado vasallo del sultán. Entonces, de inmediato, comenzaré la construcción del canal. ¿Con eso no quedarán acaso en nada las promesas de victoria de ese calabrés renegado que es Ulug Alí?

—Ciertamente, poderoso primer visir —conviene el sefardí.

Es el momento de una pausa. Ordenar y dirigir el mundo requiere sus pausas y ellos hacen una: Sokullu da una palmada y de inmediato, aparece una bellísima esclava rusa, un regalo del kan de Crimea, portando una bandeja de oro sobre la que hay una jarra y dos vasitos enjoyados que dispone sobre una mesita auxiliar que

coloca junto a los dos poderosos señores. Luego les sirve el contenido de la jarrita: un líquido denso y negro de aromáticos vapores; a continuación, con una profunda reverencia, se retira dejándolos de nuevo solos.

—Es café, ¿lo conocéis? —Nasí niega con la cabeza—. Lo traen los mercaderes de Yemen y me he aficionado a él. Despeja la mente, alerta el espíritu y fortalece el ánimo —informa Sokullu.

El judío aspira el aroma exótico y se lleva a los labios, con cuidadosa precaución, el líquido caliente y oscuro. El sabor es amargo, pero, a la par, extrañamente agradable.

—Me gusta... Quizá se pueda hacer dinero con este brebaje.

—¿No podéis pensar en otra cosa que no sea en acumular más oro? —le pincha Sokullu, ácido y divertido.

—¿Podéis vos dejar de acumular poder?

Los dos hombres ríen. Se reconocen como lo que realmente son: dos depredadores. Pero a veces, dos leones pueden hacerse aliados para dominar a la manada. Además, como dicen en Sefarad, la añorada tierra de origen de Nasí, «el oro y la espada no deben estorbarse». El judío sonríe mientras sorbe satisfecho el brebaje caliente. «Que Sokullu se encargue de la espada del sultán, yo me ocuparé de la bolsa», se dice a sí mismo.

Termina de beber y se pone en pie.

—Debo irme, poderoso primer visir —anuncia José Nasí, haciendo una reverencia a su aliado en la corte del sultán—. Debo visitar a Esther la *Kyra*. La vieja está investigando quien informó al agente español de los *Occulti* sobre nuestros planes; además, me dará noticias frescas sobre los progresos que la favorita del sultán, Nurbanu, está logrando con su esposo. Si todo va bien, para cuando Selim nos de su conformidad, todo estará atado y bien atado.

—Dios clemente y misericordioso así lo disponga. Podéis retiraros.

Cuando el judío se marcha, la esclava rusa vuelve a entrar para retirar la bandeja de oro con el juego de café. Sokullu siente una punzada de deseo y la toma por la blanca muñeca. Los ojos de la muchacha, apenas una chiquilla, se dilatan de pavor. Son verdes, como los de su hija…

La suelta.

—Puedes irte. No temas, niña, nadie te hará daño mientras estés bajo mi protección —dice Sokullu maldiciéndose por su debilidad, pues siente ya que los ojos se le humedecen.

Y eso es todo: una chica que se fuerza a sonreír y reprime unas lágrimas, y un hombre viejo que nunca podrá volver a mirar a unos ojos verdes sin verterlas.

—Ahora te toca a ti, Mehmet al-Rumi —murmura—. Tienes que sacarme de la trampa mortal en la que me he metido y, de paso, cobrarte venganza. La tuya y la mía.

Murmura mientras se seca los ojos y camina de nuevo hacia la ventana geminada para asegurarse de que el mundo, pese a la muerte de Ísmihan, sigue existiendo. Al pasar junto a la mesa de caoba roja donde está el plano de su canal, ni siquiera le dedica una mirada.

* Un *timariot* era un soldado noble que recibía una extensa propiedad o *timar* a cambio de servir al sultán como jinete. Por lo general, un *timariot* estaba provisto de caballo y armas y no acudía solo a la llamada del sultán, sino que llevaba consigo un pequeño grupo de auxiliares que le servían de criados y de tropa de apoyo. En definitiva, los *timariots* servían como *sipahis*, esto es, como caballeros y constituían aproximadamente el 50 % de los efectivos de un ejército otomano.

* Denominación habitual en esa época para el Peloponeso.

* Los *ulaks* eran mensajeros o correos a caballo al servicio del sultán y de la administración imperial otomana. Cambiaban de caballo en los *menzilanes* o postas imperiales, y podían recorrer hasta 160 kilómetros al día. Los *tatarlars* eran jinetes tártaros famosos por su rapidez y habilidad con los caballos que, también con continuos relevos de montura, competían con los *ulaks* en rapidez.

10

Equilibrios sobre la muerte

Amanece. Monteagudo se agacha tras un merlón de las almenas contra el que, de inmediato, impacta una bala de mosquete.

—¡Hijos de puta, que bien tiran esos turcos del demonio! —maldice a su lado Gregor de Gordon.

—Por eso tendrás que darte prisa con el arco cretense —le recuerda Monteagudo con su habitual tono sereno e impasible.

Tres nuevos impactos hacen saltar esquirlas de piedra de las almenas de la torre de los Morfakidis y un guerrero maniota devuelve fuego con su arcabuz.

—No creo que el plan funcione —apunta Andreas que, tras hacer otro disparo se posiciona al lado de sus compañeros.

—¡Yo tampoco! —grita María.

Haciendo oídos sordos de la orden que le dio Monteagudo, ha subido a las almenas y, encaramándose como un relámpago entre dos merlones, dispara su arcabuz y acierta con el tiro a un jenízaro que corría a cambiar de posición para enfilarlos mejor con su *tufek*, el pesado mosquete otomano.

—¡Bien por nuestra arcabucera! —exclama Gregor que alza su mano de plata y deja sitio a María para que se agazape a su lado y recargue su arma.

—Pues yo, por el contrario, creo que el plan sí saldrá bien.

Todos se vuelven hacia Miguel el Moro que les sonríe con su guapa cara de pillo con barba rubia y ojos azules como el cielo de granada.

—¡No te jode, te conviene que así sea, pues vas a ser tú quien se juegue el pellejo poniéndolo en marcha! —le espeta el escocés con una sarcástica sonrisa.

—Es el único lo suficientemente ligero como para intentarlo —explica Monteagudo para que quede claro por qué no es él quien asume el riesgo.

—Y el único que sabe andar sobre una cuerda —añade Miguel, que, por lo visto, está orgulloso de sus habilidades como funambulista y contento de jugarse la vida haciendo gala de ellas.

—¿Tienes ya encordado el arco cretense y preparadas las tres flechas con punta barbada y astil reforzado? —pregunta el capitán.

—¡Listo! —anuncia el escocés.

Empuña un arco compuesto recurvado de buena envergadura y ciento veinte libras de potencia, provisto de flechas que el herrero del pueblo ha preparado en la pequeña forja de la torre para dotarlas de puntas capaces de clavarse profundamente en la madera y quedarse allí firmemente ancladas.

—A mi señal, disparan los cuatro arcabuces de la derecha y, tras ellos, los cuatro de la izquierda —recuerda Monteagudo a su tropa y, a continuación, se vuelve hacia el escocés—: La secuencia de las dos andanadas deberían darte tiempo para apuntar y acertar tres veces con el arco —dice y se asegura de que todos tengan la mecha de sus arcabuces bien soplada y calada—. ¡Fuego!

Cuatro arcabuceros se alzan y disparan sobre los jenízaros y, al instante que sigue, mientras el humo aún carga el aire matutino, María, Miguel, Andreas y él mismo hacen fuego a su vez; y mientras la granizada de fuego y plomo se sucede en dos rápidas descargas, Gregor de Gordon se pone en pie, empulga la singular y pesada flecha y tensa y dispara el potente arco recurvado cretense.

¿Por qué él? Porque es el único que tiene la fuerza necesaria para tensar un arco de ciento veinte libras de potencia y que sabe dispararlo con suficiente tino. Pues en su patria, en Escocia, y en la de sus peores enemigos, Inglaterra, el arco sigue siendo un arma común que muchos aprenden a usar desde niños.

Gregor se prepara para soltar la flecha. Mano de plata con los metálicos dedos cerrados sobre la empuñadura y mano de carne escocesa tensando la cuerda, al siguiente parpadeo la flecha cretense vuela. ¿Adónde? Hacia la base de madera en forma de grada sobre la que se asienta la cruz dorada que corona la cúpula de

la pequeña iglesia situada a ciento diez pies de donde se encuentran.[*]

Y allí se clava profundamente.

Entonces se percibe que de su férreo astil pendía una delgada cuerda de buena seda de Morea. Resistente como una cadena de hierro y fina como un cordel, su extremo contrario Andreas, el más habilidoso con los nudos, se apresura a tensar con un juego de poleas para, seguidamente, anudarla a un merlón antes de que nadie pueda darse cuenta. Gregor ya ha clavado dos flechas más a una pulgada de la primera y de ellas también penden sogas de buena seda que, a su vez y de inmediato, son trenzadas con la primera, tensadas y atadas para formar una sola y resistente cuerda, sobre la que Miguel el Moro, que ha saltado sobre ella como una centella, ya está andando.

No va a ser fácil. La cuerda de seda trenzada es delgada y Miguel tendrá que hacer frente sobre ella a ciento diez pies de abismo y a un buen puñado de tiradores turcos que se lo pasarán en grande tratando de derribarlo de un buen disparo.

Y le disparan mosquetes y arcabuces jenízaros mientras ellos, por su parte y desde las almenas, devuelven el fuego. Miguel, sin dejar de sonreír, con esa chulería morisca que Dios le ha dado, sigue haciendo peligrosos ejercicios de estabilidad sobre la fina cuerda; colgados a la espalda lleva más cuerdas, ganchos, martillo y clavos, dos pistolas en el cinto y en las manos dos arcabuces cargados que, por lo visto, le sirven de improvisada pértiga de equilibrio.

Entre el humo y los fogonazos, mientras las pelotas de plomo silban entre ellos, los amigos de Miguel el Moro no le quitan el ojo y rezan para que no lo derriben de un tiro certero.

Pero hoy es su día; y si no lo era, ya se apresura él para correr como un gato sobre el alambre de seda y llegar al otro lado desoyendo las maldiciones otomanas y desdeñando los disparos como si fueran zumbidos de mosca cojonera.

Una vez en la cúpula, Miguel el Moro dispara uno de sus arcabuces tumbando a un turco que corría hacia la puerta de la iglesia. Se pone a cubierto en la coronación de la cúpula y se

arrodilla ante la cruz en cuya base, una junto a otras, se han clavado profundamente las tres flechas de punta barbada. Hace un nudo en torno a la gruesa base del símbolo y ancla en ella una cuerda más pesada y provista en su extremo de un peso de plomo que luego, haciéndola girar sobre su cabeza como un lazo, arroja con fuerza en dirección a la torre para que sus camaradas puedan atraparla. Lo logran y, tras hacer otro tanto con una segunda soga, Andreas improvisa con las tres sogas una precaria pasarela, por la que, sin darse respiro, pasa a todo correr mientras los disparos otomanos lo buscan y los de los maniotas y españoles lo cubren.

Ya son dos sobre la cúpula. María, aprovechando un descuido de Monteagudo, salta para ser la tercera. Este grita, alarmado y maldiciendo.

Y Mehmet la ve.

—¡Un *tufek*! ¡Dadme un *tufek*! —brama el tuerto.

Un torrente ardiente de deseos de venganza le corre por las venas. Pues la posibilidad de matar a la mujer que ama el hombre al que odia y responsabiliza del suicidio de su adorada Ísmihan, sin duda, le traería algún alivio a su torturada alma.

De inmediato le dan el *tufek* de llave de mecha: un mosquete turco capaz de disparar balas de una onza y media de peso y con tres veces más potencia y alcance que cualquier arcabuz.* Dispone la horquilla con la mano izquierda, deja caer sobre ella el largo y pesado cañón, cala la cuerda, y lamiéndose los labios, fija su puntería sobre la ágil figura de María, concentrando toda su pericia como tirador y desplazando un poco hacia abajo el cañón para compensar la coz que dará el mosquete al disparar.

Aprieta muy despacio el gatillo.

El estampido es ensordecedor y cuando se disipa la negra nube que lo envuelve, Mehmet grita de alegría. Pues María ha caído y cuelga, sujeta solo con una mano, de la precaria pasarela.

Pero no está herida. El disparo le pasó rozando, pero no la alcanzó; simplemente, la desequilibró.

Da lo mismo, va a morir igual. Si no la mata la caída de más de cincuenta pies,* lo harán los disparos que ahora, indefensa e

inmóvil, la van a destrozar.

Monteagudo salta sobre la pasarela y corre hacia ella. Es un hombre de anchos hombros y recias espaldas. ¿Cómo no va a tener las condenadas espaldas anchas si se pasó años remando en una jodida galera turca? Y la inestable pasarela amenaza con no soportar su peso sumado al de María. Pero cuando la persona que amas pende de una soga como si fuera un trofeo al que unos tiradores se proponen descolgar a disparos, no te pones a calcular cuánto peso soporta una cuerda.

Entonces, un mosquetero jenízaro enfila a Monteagudo con el pesado y largo cañón de su *tufek*. Es un hombre diestro y a esa distancia no puede fallar. No, no lo hará… pero tampoco disparará, pues Gregor de Gordon asoma entre dos merlones con su arco cretense y le endosa una larga flecha emplumada de negro en la garganta.

—¡Disparad! ¡Disparad sobre esos dos! ¡Los quiero muertos! —ruge con desesperación Mehmet a sus hombres.

Y una tormenta de proyectiles surca el aire, mientras Monteagudo sigue avanzando hacia María y Mehmet se apresura a recargar su mosquete.

Pero todo es humo y confusión: desde la torre, los maniotas, los españoles y Gregor de Gordon disparan sin cesar; y desde la cúpula de la iglesia, Miguel el Moro y Andreas hacen otro tanto, de modo que los jenízaros no pueden medir bien su puntería y sus disparos pasan silbando sobre la pareja.

—¡Ya te tengo, aguanta! —grita José a María, agachándose y cogiéndola por el antebrazo para izarla a pulso.

Por suerte, la muchacha es ligera y tiene pies de bailaora de *Graná*, así que en un santiamén está de nuevo corriendo por la escueta pasarela, mientras que Monteagudo la cubre haciendo fuego con sus pistolas.

—¡Lo van a conseguir! —exclama Miguel, exultante.

Como ya no hay mucho sitio en la pequeña cúpula y es tiempo de pasar a la segunda fase del plan, se descuelga por una cuerda que ha enlazado a la cruz hasta las ventanas del tambor y rompe una a patadas para colarse por ella.

—¡A la iglesia! —ordena entonces Mehmet entendiendo la estratagema.

A su orden, corren dos docenas de soldados esclavos que, pateando, golpeando, empujando las puertas de roble, las derriban y se precipitan al interior del templo cristiano.

Los recibe el disparo del arcabuz de Miguel el Moro que tumba limpiamente a uno de los jenízaros. Su capitán, Mehmet, salta dentro blandiendo su yatagán y maldiciendo. Miguel echa entonces mano de una de sus pistolas y hace fuego.

La bala no acierta al capitán jenízaro, pero sí abre un tremendo boquete en el pecho del hombre que gritaba a su lado. Y en ese momento, desde la rota ventana del tambor de la cúpula, cae Andreas riendo como un loco, disparando su arcabuz y, enseguida y sin pausa, su pistola de rueda, cuyo disparo se suma a la de la segunda arma de fuego del morisco.

—¿Por qué los peores planes son los que siempre salen bien? —pregunta Andreas a Miguel.

La granizada de tiros de arcabuz y pistola ha obligado a Mehmet y a los suyos a retroceder, y Monteagudo y María, uno tras otro, ya están cayendo a su vez al interior de la iglesia desde la ventana destrozada.

—¡Apilad bancos y cualquier otra cosa que sirva como barricada! —ordena Monteagudo, que sangra profusamente por un brazo, pues, al parecer, le ha rozado un tiro de arcabuz turco.

Y los cuatro, bajo el fuego jenízaro, amontonan en las destrozadas puertas de la iglesia una improvisada barricada.

Para ese entonces, dos maniotas y un arcabucero español han logrado pasar por la pasarela y se cuelan también dentro de la iglesia. No vendrán más, advierten, pues los turcos, recuperados de la sorpresa, han ocupado ya buenas posiciones de tiro y dado muerte a tres hombres que trataban de pasar tras ellos.

—¡No importa, somos suficientes como para batir las calles de la aldea desde aquí! —les dice Monteagudo apostándose en la barricada y haciendo fuego—. Desde este punto nuestros disparos se cruzan con los que se hacen desde la torre. Los turcos quedan en

medio y se verán obligados a retroceder hasta las afueras de la aldea —explica.

Y es cierto: apostados junto a Monteagudo, Miguel el Moro, Andreas, María y los dos maniotas disparan a discreción sobre los jenízaros, que, metidos de lleno en un devastador fuego cruzado, se ven obligados a retirarse al olivar cercano.

Ante aquello, desde la torre brotan maniotas como un vendaval de ira y pronto, la aldea está de nuevo en manos de los Morfakidis. De inmediato, se apresuran a vaciar de víveres las casas para reforzar así la defensa de la torre y la iglesia que, firmemente de nuevo en sus manos, se convierten en los dos puntos fuertes desde los que impedirán a los otomanos cualquier intento de retomar el pueblo.

—¡Excelente plan, mi capitán! En teoría era una perfecta porquería, pero como decimos los maniotas, «una buena locura se puede convertir en una afilada espada» —felicita Andreas a Monteagudo con una buena dosis de ironía y una palmada de camarada en la espalda.

Monteagudo se permite una sonrisa satisfecha. María le está vendando el brazo. A su lado, Miguel el Moro, con su guapa cara de gandul del Albaicín, hace otro tanto con la que le ha abierto una astilla de madera en la pierna izquierda.

—¡No habríais quedado ni uno solo vivo si no fuera por mi arco! —ruge en ese momento Gregor de Gordon al entrar en la iglesia junto con los arcabuceros españoles.

Y su bravata no está lejos de la verdad. Pues el escocés ha demostrado ser un arquero diestro en extremo y el arco cretense, por su parte, ha resultado ser un arma formidable, a la altura de los mejores arcos largos ingleses y de los temibles arcos recurvados otomanos.

—¡Siete jenízaros he flechado! ¡Siete he dejado tendidos y emplumados! —muge como un toro satisfecho.

Arrebata a un maniota una bota de vino y se la empina, echando un largo trago rojo.

En el olivar, Mehmet se lame las heridas. Literalmente, pues, a falta de agua, así se está limpiando la que se ha hecho en el dorso de la mano con la astilla que un tiro de arcabuz maniota arrancó de la destrozada puerta de la iglesia. La sangre le enrojece los labios y la lengua, pero la herida queda limpia y, con un jirón del pernil de su pantalón, se la venda.

Se permite luego un instante para evaluar la situación: han sido expulsados de la aldea por el contraataque de esos demonios que son Monteagudo y los suyos. Ahora, fortificados en la torre y la iglesia, serán un objetivo mucho más difícil de batir. Además, en la aldea está el único pozo disponible en un buen trecho de montaña en derredor. Sin agua, no podrán sostener el asedio; por ende, se impone organizar un nuevo ataque.

Sí, pero ¿cómo? Ha perdido catorce hombres en el combate y tiene a otros doce seriamente heridos, y eso, sumado a las pérdidas del día anterior, mengua en extremo su fuerza operativa.

Mira a su alrededor: sus hombres están rotos, abatidos, sin ánimo para nuevos combates si antes no son reforzados. «¿Dónde estarán los malditos refuerzos que debían llegarles desde Modón?», se pregunta con rabia.

Entonces su vista se fija en la veneciana. La muchacha lo está mirando con intensidad, como si lo estudiara detenidamente. «¿Qué estará tramando?».

—Estás tan ocupado tratando de derrotar a tus enemigos que no ves a tus amigos —le espeta la chica que, subiendo por el olivar, hace un ademán al capitán jenízaro para que la siga.

Trepan así hasta lo más alto de la colina y luego se encaraman a una peña solitaria formada por un blanco afloramiento rocoso. Desde allí se ve el mar y en él, la islita donde Mehmet ancló su galera; y junto a ella, para sorpresa del capitán jenízaro, está anclando una segunda y gran galera corsaria otomana de dos fanales que lleva desplegado al viento su orgulloso estandarte verde, oro y carmesí: es el de Mohamed Bey, nieto del más célebre corsario de todos los tiempos, Hizir Barbarroja y yerno de Dragut, el más despiadado.

—¡Dios es grande! —exclama Mehmet al-Rumi.

Pues conoce bien a Mohamed Bey y con su ayuda, sin duda, ganará esta batalla y se cobrará las cabezas de Monteagudo y su zorra.

—¡Capitán, capitán! —gritan sorpresivamente y sin cesar sus hombres desde el campamento.

Ante la llamada insistente, Mehmet queda privado de inmediato de la alegría que le ha provocado ver la galera de Mohamed Bey. Ahora se teme lo peor. «¿Acaso no puede quedarse a mi lado la buena suerte?», se queja en el silencio de su frustración. «¿Qué fatalidad tendré que afrontar ahora?». Sea la que sea, tendrá que enfrentarla.

Al girarse en dirección a las posiciones que ocupan sus hombres, ve a uno de ellos que corre ladera arriba y que, alternativamente, agita los brazos y señalando al noroeste. ¿Qué significa aquello? No tardará en averiguarlo, pero por lo pronto una cosa está clara: por allí, por el noroeste debe de estar aproximándose el peligro.

O no, pero, por si acaso, Mehmet sigue con su ojo de glacial halcón clavado en la dirección del soldado que, mientras corre, sigue señalando insistentemente el soldado. Pronto descubre una nube que se alza sobre la cresta de los montes: la densa y alta polvareda que levanta una columna mixta formada por infantería y caballería que avanza en buen orden.

Mehmet afina aún más su mirada y, poco a poco, la diminuta y serpenteante hueste se le muestra con claridad.

—¡Son los refuerzos enviados desde Modón! —exclama sin dar crédito a su buena fortuna.

Pero a veces pasa. A veces, toda la suerte que echaste en falta, se agolpa en una sola jornada. Ahora, con los hombres de Mehmet Barbarroja y con los centenares de *levendat* y *sipahis*[*] que le envían desde Modón, podrá retomar la aldea maniota y matar a Monteagudo y a su concubina; bueno, mejor no matarlos, sino capturarlos, pues así podrá recrearse con la agonía lenta de sus enemigos.

A su lado, Angela Dominica percibe toda la maliciosa alegría, toda la ira, todo el deseo de venganza que bulle en la negra alma del hombre que se alza junto a ella; al contemplarlo tan fuerte, tan alto, tan implacable, siente un escalofrío. Sí, y algo más, algo que una buena chica no debería sentir, claro que ella nunca fue una buena chica.

Pero Mehmet no presta atención a la veneciana, sino que sigue observando el progreso de la columna que llega en su auxilio. Se aproximan a paso ligero hombres y caballos. Ya empiezan a definirse un tanto sus diminutas figuras: como poco suman setecientos, muchos más de los que esperaba; y ahora, bajo el sol que sigue escalando hacia el cénit de los cielos de fines de julio, puede al fin ver con cierta claridad sus banderas.

Se queda helado, pues al frente de la columna se ve un estandarte verde y rojo: el del *Kapudan Pachá* Ulug Alí, el peor enemigo político de su suegro Sokullu Mehmet Pachá y de don José Nasí.

—¡Maldita sea mi negra suerte!

Ante el exabrupto Angela Dominica se pone en alerta y mira en la dirección en que lo está haciendo el cíclope.

—Son turcos, ¿por qué te alarmas?

—Porque los manda alguien que, si se entera de quién eres y de que te propones hacer, te meterá una estaca por el culo para que salga por tu bonita garganta; y porque antes de que eso ocurra, cuando le confieses todo, pues se lo confesarás, se volverá hacia mí y ordenará que me arranquen la piel antes de que me empalen a tu lado —le suelta a bocajarro.

Angela Dominica percibe que no le miente ni exagera, ni lo ve temblar de miedo, sino que esboza una sonrisa de fatalista desafío.

Ella no tiene tanto aplomo, desde luego. Así que, aunque lleva sin pisar una iglesia desde que tenía diez años, se pone a rezar como si le fuera la vida en ello; pero, claro, medita, probablemente se le vaya.

—Quédate aquí, mandaré dos hombres para que te guarden, ¿me oyes? No quiero que te presentes ante mí hasta que te llame —

le dice Mehmet mientras salta de la roca que le servía de atalaya y echa a correr peña y colina abajo.

—¿Adónde vas? —se atreve a preguntar ella, pues está alarmada.

—¡Se me ha ocurrido una idea! —responde él a gritos, sin dejar de correr y sin mirar atrás.

—¿Una idea? —musita ella.

Su pregunta, claro está, se queda sin respuesta. Pero por alguna razón, Angela Dominica tiene la certeza de que las ideas de Mehmet al-Rumi siempre tienen relación con una misma cosa: la muerte.

Mientras, en la aldea de los Morfakidis, se trabaja con denuedo llevando trigo, aceite, vino, lentejas y cualesquiera otros víveres a la torre. Todo es actividad y alerta. Pues mientras mujeres, niños y ancianos trabajan, los hombres, ceñudos, empuñan sus *kopis*, sus largos y curvos cuchillos, y mantienen cargados y listos para disparar sus *kariafilia*, sus rústicos arcabuces, mientras vigilan a los jenízaros de Mehmet que, a su vez y desde el cercano olivar, los hostigan con tiros de mosquete.

—¡Vienen soldados del sultán por el otro lado! —grita entonces uno de los maniotas apostados en las almenas de la pirgóspito de los Morfakidis.

Monteagudo y los suyos se quedan helados: ahora que las cosas iban enderezándose…

—¡Perra suerte la nuestra! —maldice Andreas.

Se había convencido de que el plan de Monteagudo había tenido éxito y que podrían vencer a los hombres de Mehmet al-Rumi, para luego, libres de ellos, correr a toda prisa para llegar a tiempo a su cita nocturna con la fusta.

Pero que un plan te salga bien, no quiere decir que el triunfo que te otorga dure mucho tiempo; y este, por lo visto, es de esos planes que, con educación, podríamos definir como efímeros y, sin ella, con un término más grueso y menos amable.

Y comienza el desastre.

Los maniotas abandonan sus reconquistadas posiciones en la aldea y se apresuran a correr de nuevo hacia su torre para atrincherarse en ella; y Andreas que ahora es su nuevo e indiscutible *kapetános* se pone a dar órdenes para aprestarse a la defensa.

—Volver a atrincherarnos en la torre no nos servirá de nada —le dice Monteagudo con esa calma suya que tan nerviosos pone a los enemigos y tanto refuerza a los amigos.

Andreas se detiene un momento y se vuelve para mirar a su amigo y capitán.

—¿Qué sugieres? —y dice «sugieres», pues mientras sea el *kapetános* de los Morfakidis no obedecerá órdenes de ningún hombre: solo a la supervivencia de su clan se debe.

Monteagudo lo sabe y se lo pone fácil.

—La columna de socorro turca viene desde el noroeste y tardará todavía una hora en llegar; mientras tanto, tenemos el control de la aldea. Y aunque Mehmet y sus jenízaros dominan los caminos que van al este, todavía nos quedan libres los campos y sendas que se encaminan al sur.

Andreas se queda perplejo: ¿qué le está proponiendo?

—Si yo fuera tú, Andreas, me llevaría a tu gente hacia el sur.

—No hay escapatoria por ese lado, José, ya lo sabes. Por ahí llegamos nosotros y solo hallaremos montañas escarpadas y áridas y acantilados vertiginosos que se precipitan a un mar bravío y campos hostiles. Y aun así, en caso de que llegáramos al punto de embarque concertado con la fusta que nos desembarcó, solo la mitad de los míos podrían apelotonarse en su cubierta y no estoy dispuesto a dejar a nadie atrás —concluye el maniota con gravedad.

—Yo tampoco pienso dejar a nadie atrás —replica Monteagudo, sereno y seguro—. Puede que los Grigorakis sean enemigos vuestros, pero, si no he entendido mal, vosotros dejáis de lado vuestras *vendettas* si un enemigo común invade la tierra de Mani.

—¿Estás sugiriendo que pida ayuda a esos endemoniados Grigorakis?

—No solo a ellos. No muy lejos se extiende la tierra de los Papadopoulou de Vatheia, aliados de nuestro rey Felipe. Y aunque no sienten mucho cariño ni por vosotros, los Morfakidis, ni por los

Grigorakis, menos aún la sienten por los turcos. Piénsalo, Andreas, sé sensato.

Agarra al maniota de los hombros.

—Ahora eres el *kapetános* de tu gente y debes dejar a un lado el jodido orgullo y pensar en la supervivencia de tu clan. Si sumas fuerzas con los otros clanes tendremos una oportunidad: al sur, donde la tierra se vuelve aún más quebrada y árida si cabe y además se estrecha, confinándose entre las dos lenguas de mar que han tallado la península de Mani. Podemos hacernos fuertes allí, a legua y media de la punta del cabo, con el apoyo de los Grigorakis y los Papadopoulou, y aguardar a que el marqués de Santa Cruz nos envíe galeras con cuyos cañones espantar a los turcos.

—Abandonar nuestra aldea… —murmura Andreas, dubitativo.

—Y poneros en manos de los Grigorakis y los Papadopoulou —añade Monteagudo, que no es de los que te lo ponen fácil cuando tienes que tomar una resolución difícil—. Será la única oportunidad que tendréis de sobrevivir. Piénsalo: en una hora, cuando Mehmet sume a sus hombres los que vienen desde Modón, tendréis que enfrentar a casi ochocientos turcos.

—Ocho a uno…

—Me temo que las cuentas no son esas —interviene Gregor de Gordon.

Señala a un pastorcillo que corre desde el sureste hacia ellos gritando como un poseso mientras los tiradores jenízaros dispuestos por Mehmet a las afueras de la aldea disparan sobre él y sobre su menguado y alarmado rebaño de cabras, abatiendo a alguna y levantando malignas nubecillas de polvo entre los pies del chiquillo.

—Es Mijali, el hijo de Costas. Se quedó fuera con las cabras y por lo que veo, sigue vivo —explica Andreas mientras el niño sigue esquivando, milagrosamente, los disparos turcos y penetra en el pueblo, al fin a cubierto, aunque con mucho miedo y tres cabras menos.

Y lo que dice es lo que temía Gregor de Gordon:

—¡Hay dos galeras turcas ancladas en el Canal del Muerto! —grita sin parar ni tomar aire.

—¿El Canal del Muerto? —parece entender María en la lengua franca que hablan los habitantes de aquel país.

—A una legua y media de aquí, al otro lado del olivar donde ahora se apostan Mehmet y sus jenízaros —aclara Andreas—. Abajo, en la costa y bajo unos acantilados, hay una playa y enfrente se halla un islote deshabitado. Es un buen lugar para fondear.

—Sí, y por lo visto los turcos también se han dado cuenta de sus bondades como fondeadero —dice con su habitual negra sorna el escocés.

—Dos galeras… Una, sin duda, será la de ese perro tuerto de Mehmet y la otra debe haberse presentado después. En cualquier caso, dos galeras significan que no serán ochocientos, sino un millar, más o menos, los enemigos contra los que tendremos que batallar —anuncia Miguel el Moro que, como buen hijo de sedero, siempre tuvo maña para los números.

—Tirando por lo bajo, aunque yo elevaría la cifra por encima de mil cien —concede Gregor, inmune a cualquier atisbo de optimismo matemático.

Y mientras sus amigos mantiene tan ligera conversación al borde del abismo, Andreas, el improvisado *kapetános* de los Morfakidis, toma su decisión.

—¡Nos vamos! —anuncia a gritos a su asombrada gente—. ¡Nos vamos, tenemos que salvar la vida! ¡Coged solo lo que podáis cargar con facilidad!

Y la aldea se pone en marcha: mujeres que gritan, lloran y se apresuran a tomar niños pequeños en brazos o a echarse a las espaldas pesadas bolsas con víveres o enseres; niños que corren de un lado para otro reuniendo lo que se les pide; ancianos llorosos que renquean y hombres furiosos que mascullan maldiciones y empuñan sus armas.

En ese momento confuso, Eleni, la huérfana sobrina de Andreas, sale de la torre de su clan ayudando al malherido Pedro Paolo Arcuri. El hombre, terriblemente mutilado por el hierro candente, apenas ve y casi no se sostiene en pie. Por eso lo guía Eleni que, al salir de la pirgóspito, se queda un tanto perpleja. Pues

a sus seis años, todo su mundo se reduce a aquella aldea que ahora, ante sus infantiles ojos, es un caos destinado al abandono.

—¿Qué pasa, niña? —le pregunta, con voz quebrada, el agente de los *Occulti* del rey de España al notar la vacilación de la chiquilla.

Eleni levanta el demudado rostro hacia la cara desfigurada y enfebrecida de Pedro Paolo y el hombre, piadoso, débil hasta el extremo, saca fuerzas para sonreírle con su boca medio desdentada y hacerle una caricia con la temblorosa mano.

—No lo sé… Todos corren y se ven muy tristes. Pero nadie nos hace caso, pues todos se apresuran.

Y al ver la inquietud asentada en el rostro del hombre desfigurado que se coge a su mano como si fuera su única salvación, Eleni se cree obligada a añadir algo más:

—¿Sabes? Eres feo, pero bueno. Así que no tengas miedo, no te soltaré de la mano.

Y como esas palabras infantiles son dichas con la sencillez, con la sinceridad que suele brotar de los labios de los niños cuando el mundo se derrumba en torno suyo, Pedro Paolo Arcuri, que en otra vida se llamó Gian Battista Ganguzza, siente una calidez que lo limpia por dentro y por la mente enfebrecida, confusa, se le pasa el pensamiento de que su vida no tenía que haber sido así: tan plena de sufrimiento, de mentiras y crueldades, sino que debería haber sido la de un sencillo muchacho calabrés que habría tenido que madurar, tranquilamente, junto a su amigo del alma, Giovanni Dionigi Galeni.

Pero las cosas no fueron bien y su vida fue como es ahora: torbellino, dolor y agonía. Pues todo se fue al infierno: los corsarios berberiscos atacaron su aldea y se los llevaron a los dos lejos de casa y los años de sufrimiento comenzaron y no parecen terminar. Y ellos, Gian Battista y Giovanni Dionigi, siguen sin recuperar sus nombres y llevan los de dos demonios sin piedad: Pedro Paolo Arcuri y Ulug Alí.

—No tengas miedo, eres bueno y cuidaré de ti, pase lo que pase —insiste la pequeña apretando la mano de Pedro Paolo y ofreciéndole una nueva y alentadora sonrisa.

Pues al verlo tan absorto, tan emocionado, piensa que está tan asustado como ella misma y que necesita que le digan cosas bonitas para recuperar el ánimo, como hacen con ella cuando, como ahora, está confusa.

—No te preocupes, niña, es solo que hacía años que nadie decía algo bueno de mí —replica Pedro Paolo con el rostro súbitamente relajado, pues, pese a la fiebre y al dolor, de un modo reparador se siente bien.

Y así muere: un disparo certero de *tufek* le destroza el pecho y le revienta el corazón.

Eleni, con la cara salpicada de sangre, se pone a chillar y echa a correr mientras las balas turcas silban por las diminutas y caóticas calles de la aldea: los jenízaros de Mehmet han retomado su ataque contra los Morfakidis en un nuevo intento por consumar su destrucción antes de que llegue el *Kapudan Pachá* Ulug Alí con los refuerzos.

—¡Ven aquí, Eleni, ven conmigo! —llama María en la lengua franca de los maniotas que ha empezado a chapurrear; y la niña, obediente, corre, descalza y ligera a los brazos de María para llorar su miedo, su angustia y su horror.

María la siente de nuevo muy suya, muy adentro, y tiene la necesidad de proteger a esta chiquilla; de alguna manera que no acierta a comprender, salvarla del horror será como salvar a aquella otra niña que anduvo sola y asustada, mendigando por las calles de Granada y que, aunque pocos lo sepan, sigue habitándola en lo más hondo de su alma.

Mientras, sobre un tejado, Mehmet sonríe satisfecho. Su puntería con el *tufek* es legendaria y ahora cuenta con otro disparo certero para seguir acrecentándola. Ha acertado en el pecho a Pedro Paolo Arcuri a ochenta pasos de distancia. Un buen y necesario disparo de mosquete, por cierto. Pues con él no solo le ha abierto un boquete en el pecho al *Occulti* del rey de España, sino que también logra algo precioso para su supervivencia y la de sus patronos constantinopolitanos, Sokullu y José Nasí: silenciar para siempre una de las dos bocas que pueden informar a Ulug Alí Pachá de la

enrevesada conjura puesta en marcha por la favorita del sultán, su banquero y amigo y el primer visir.

¿Y la otra boca? Bueno, por lo pronto, Mehmet se resiste a matar a Angela Dominica. ¿Por qué? No lo sabe y eso, no saberlo, quieras que no, lo inquieta. Pero está decidido: tratará de despistar a ese perro astuto de Ulug Alí haciéndola pasar por su concubina. Es una buena tapadera, o eso cree, pues no será el primero ni el último capitán jenízaro que guerree teniendo una esclava a su lado.

¿Saldrá bien? Ulug Alí es un jodido lobo y, como todo buen superviviente, desconfiado en extremo. Un hombre como él, que remó durante cuatro años en una galera y que luego ascendió desde la esclavitud al señorío de Argel y al puesto de gran almirante de las flotas del sultán de Constantinopla, no será fácil de engañar.

Por eso, Mehmet, mientras recarga su *tufek* y elige una nueva víctima a la que volar la cabeza, se recrimina, una vez más, no imponerse el matar sin más a la veneciana y acabar así con cualquier probabilidad de desastre.

—La necesitas viva para que lleve el maldito mensaje secreto y el collar de Roxolana a Venecia —vuelve a decir entre dientes para engañarse.

Pero por mucho que se mienta a sí mismo, sabe que podría recurrir a otras soluciones, sin poner en riesgo su vida y la de los poderosos que, con el corazón en un puño, aguardan sus noticias en los palacios de Constantinopla.

—¿Pero que están haciendo esos desgraciados?

La pregunta de Mehmet tiene respuesta, desde luego, pero no le gusta: ante su ojo, organizándose rápidamente, las gentes del clan de los Morfakidis están abandonando la aldea en dirección al cabo Matapán.

—¡Maldición! —grita.

Pero no le servirá de nada maldecir: no se trata de la huida desorientada y desorganizada de una aldea aterrorizada lo que está viendo, sino un repliegue táctico ejecutado con disciplina por el hombre que más odia, José de Monteagudo.

—¡Gregor y Miguel, veinte arcabuceros maniotas en la retaguardia! ¡Reforzados con los arcabuces de Juan Soto, Juan

Cobo, Lope de Zamora y Francisco de Cabra! —ordena Monteagudo.

El escocés y el morisco, encuadrando a los veinticuatro hombres en una desmañada manga de arcabuceros, cubren de fuego a los jenízaros de Mehmet que, apercibidos ya de las intenciones de los Morfakidis, se han lanzado hacia las calles de la aldea en una alocada carga recibiendo una tormenta de plomo.

—¡Y dale con correr gritando y arbolando aceros! —grita el escocés, desdeñoso, casi contrariado por la falta de buen seso de los soldados otomanos que caen como trigo recién segado ante las descargas de su improvisado grupo de arcabuceros maniotas.

Mientras Miguel el Moro restaura el buen orden de los tiradores de la retaguardia, Gregor, arbolando su *claymore*, se echa hacia delante como un vendaval, aferrando la empuñadura de la gran hoja con las dos manos, la de plata y la de carne y hueso; y al verlo tan furibundo, tan grande y rojo, con su extraña mano metálica destellando bajo el sol de la tarde, lo que queda del ímpetu jenízaro se derrumba y se transforma en retirada apresurada.

Ese desordenado repliegue otomano llega en el momento preciso: pues la vanguardia maniota, mandada por Andreas, ya abre paso a las mujeres, los niños y los ancianos, mientras que Monteagudo, con otra veintena de Morfakidis provistos de *kopis*, lanzas cortas, hacas, pistolas y cualquier otra cosa que les sirva para matar turcos, defiende los flancos de la columna de los refugiados; estos, dejando ya atrás las últimas casas de la aldea, se encaminan a lo más áspero de los montes que se alzan hacia el sur, en dirección al cabo donde los antiguos griegos situaban una de las bocas del Averno.

Y hacia allí van trescientas doce personas: hombres, mujeres y niños que ya no tienen casa, sino solo una posibilidad, una pequeña, de sobrevivir. ¿Y tras ellos? La asolación de la abominación, sin duda, pero antes se detendrá sobre las ruinas.

Mehmet al-Rumi ya tiene el control del pueblo. Por supuesto, sabe que en la aldea ya no está el collar de Roxolana, pero, por si acaso los Morfakidis han sido tan necios como para dejárselo atrás, entra

en la alta torre y la registra. Luego, concienzudo y justo antes de que la columna que comanda el *Kapudan Pachá* haga su entrada en el pueblo, ordena incendiarla.

Alta y negra es la columna de humo que se alza. Es un estandarte oscuro y bajo su negro flamear, hace su entrada Ulug Alí en las desoladas calles de la aldea de los Morfakidis, seguido por doscientos infantes *levandat*, trescientos jinetes *timariot* y doscientos jenízaros de Argel.

Lo espera Mehmet: serio, altivo y con la mano apoyada sobre la áurea empuñadura de su yatagán; a su alrededor, lo que queda de su tropa de jenízaros y corsarios de Berbería.

—Que Alá te bendiga y te colme de victorias, poderoso *Kapudan Pachá* —saluda Mehmet.

Ulug Alí le sonríe, porque aunque aquel tuerto endemoniado es el viudo yerno de su peor enemigo en la corte del sultán, el primer visir Sokullu Mehmet Pachá, siempre le han agradado los hombres duros e implacables; y este que tiene ante sí, ciertamente es el más valiente y despiadado de cuantos ha conocido en los últimos años. De hecho, tiene para sí, solo su añorado Dragut y él mismo lo superan en tales dones.

Pero Dragut está muerto: murió en Malta, siete años atrás, y los que afirman que vieron su fantasma entre los generales y oficiales que asistían al último consejo de guerra otomano que se celebró en Lepanto antes de partir a la batalla que terminó en desastre para el islam, son solo un puñado de viejas asustadas o de crédulos necios.

—Veo que no me esperabas —suelta Ulug a Mehmet, acompañando sus palabras con una aviesa sonrisa—. Pero yo también me quedé sorprendido al recibir tu mensaje de auxilio en Modón; y, como esos perros de la Liga Santa no se deciden a levar anclas en Corfú, me propuse hacer un poco de ejercicio y, ya de paso, darte una bonita sorpresa corsaria.

Mehmet admira a Ulug Alí. Lo conoció en Argel: con oro y con su protección, armó su galera roja, Soy Destrucción, dos ligeras galeotas y una atrevida fusta. Cuatro naves corsarias con las que hacer fortuna en Poniente y ofrecer así a su Ísmihan todo lo que ella

se merecía: lujo, esplendor y prestigio como la esposa de un poderoso señor de los corsarios de Poniente.

Pero Ísmihan yace ahora bajo la tierra y, con ella, sus sueños de convertirse en un famoso y rico arráez corsario. Con ese pesar en el corazón, Mehmet le devuelve la sonrisa al antiguo corsario que ahora, como bey de Argel, conquistador de Túnez y *Kapudan Pachá*, es, sin duda, uno de los hombres más poderosos del imperio, lo que es tanto como decir del mundo. Lo que no está nada mal para un muchacho campesino de Calabria que fue hecho esclavo y que, a fuerza de valor y crueldad, se ha labrado un camino sangriento hacia la gloria.

—Siempre es un placer encontrarme ante tu presencia, poderoso señor. Más aún cuando me encuentro librando una batalla. ¿Acaso podría tener mejor ayuda que la que puede prestarme tu espada?

Ulug se atusa la barba para disimular su sonrisa. Ni a él, ni a Mehmet al-Rumi se les dan bien las salutaciones untuosas. Los dos vienen de muy abajo y están más hechos a hablar con soldados y corsarios que con cortesanos. Por eso, precisamente, se le enciende la llama de la sospecha; para ir avivándola, en vez de contestar de inmediato, se da tiempo para pensar rascándose por debajo del turbante las calvas que le dejó la tiña.

—Ciertamente no hallarás mejor ayuda que la mía y, por lo que veo, la necesitas urgentemente —termina por decir mientras echa un vistazo en torno suyo.

¿Qué ve? Las calles de la miserable aldea colmadas con los cadáveres de los hombres de Mehmet, la torre ardiendo y, a lo lejos, perdiéndose ya por la cresta de una loma, la columna de refugiados maniotas avanzando tenazmente hacia el sur.

Es el momento decisivo y Mehmet lo sabe. Pues en el rostro de piedra de Ulug Alí bullen preguntas, sí, de esas que te obligan a sopesar varias posibilidades, ninguna buena, y que se encargan de avivar sospechas.

—¿Por qué estabas atacando con tanto empeño esta paupérrima aldea? Está demasiado escondida, es demasiado pobre para que valga la pena hacerlo y demasiado fuerte como para que

no tuvieras claro que te costaría muchos hombres coronar la empresa —inquiere el *Kapudan Pachá*, suspicaz—. En suma, Mehmet, no tiene sentido que estés aquí. O por mejor decir, solo un oculto designio o la más grande estupidez, puede explicar que trataras de tomar este lugar dejado de la mano de Alá. Y puesto que no eres un necio, estás ocultando algo.

«Ya está», piensa Mehmet, «el muy zorro no ha tardado ni un instante en percatarse de que aquí hay mucho más de lo que se ve».

—Como siempre, poderoso señor, veis más que la mayoría de los hombres. —Y aquí hace una reverencia—. Me encontraba saqueando las costas de Creta cuando recibí noticia de que estabais reuniendo la gran armada del sultán en Navarino y, siguiendo vuestras órdenes al respecto, puse rumbo hacia allí. Entonces, no lejos del cabo Matapán, nos cruzamos con una saetía y como no se detuvo cuando se lo ordené y su proceder me pareció sospechoso, la perseguí. Pero Alá dispuso que el siroco soplara con fuerza y la saetía encalló y se fue a pique, y nosotros hubiésemos hecho otro tanto si no hubiésemos tenido a Alá de nuestra parte. Con mucha dificultad y apuro, logramos resguardarnos en el Canal del Muerto, a pocas millas de aquí; y como el proceder de la saetía me seguía inquietando, decidí dar una batida por tierra para ver si había habido algún superviviente del naufragio.

—¿Y lo hallaste?

—Solo hubo un superviviente, poderoso *Kapudan Pachá* de las flotas del sultán. Pero antes de que yo pudiera hallarlo, lo habían hecho los maniotas de esta aldea y cuando les ordené entregármelo para interrogarlo, se negaron diciendo que era un hombre del rey de España y que pretendían cobrar rescate por él. —Escupe al suelo para denotar su disgusto por la reacción de los maniotas—. Ofrecí entonces oro a esos perros cristianos y lo rechazaron. Por eso, poderoso Ulug Alí Pachá, ataqué la aldea de estos infieles.

—Pero resultó un hueso demasiado duro de roer...

—No puedo negarlo. Esa maldita torre que está ardiendo era imbatible cuando la llenaban esos perros rabiosos. Poseen muchos arcabuces y algún que otro mosquete, y desde las gruesas paredes

de la fortificación hacían fuego sin cesar sobre nosotros. Por eso solicité refuerzos.

—Y por eso estoy aquí —conviene Ulug, pero un brillo en sus oscuros ojos delata que aún no está del todo conforme con la historia que ha oído.

Durante un largo momento que va creciendo en tensión, Ulug y Mehmet se miden de nuevo con la mirada: dos ojos oscuros sondean un ojo azul pálido o lo que es lo mismo, el fuego oscuro se mide con el hielo claro. Es un duelo, ambos lo saben y ninguno cede.

—¿Por qué has ordenado quemar la torre? Nadie la defendía ya.

—En esta tierra salvaje, poderoso *Kapudan Pachá*, privar a una aldea de su torre es infligirle un severo castigo, pues se la priva de defensa frente a sus vecinos que, casi siempre, son también sus más implacables enemigos. Por eso mandé quemarla: para darles una merecida y dura lección por no entregarme el cautivo y por hacerme tanta resistencia.

Ulug asiente. Las explicaciones de Mehmet son lógicas y sólidas y las da con aplomo. Pero aun así…

—¿Y el cautivo? ¿Qué sabes del hombre del rey de España que llegó a la costa como náufrago y fue tomado prisionero por los maniotas de esta aldea?

Esa era la pregunta clave que Mehmet aguardaba desde el principio. En vez de responder con palabras, lo hace con un gesto, señalando el cuerpo sin vida de Pedro Paolo Arcuri, que yace a escasos metros de la pirgóspito de los Morfakidis.

Ulug Alí tira de las riendas de su espléndido caballo berberisco y acerca el tordo animal de largas crines y garbosa cola al cadáver; con un seco ademán ordena a uno de sus hombres que le dé la vuelta, pues está caído de bruces.

Y, entonces, al ver el rostro del muerto, Ulug se queda impactado.

—Gian Batttista… —murmura, y en su tono se entremezcla el asombro con una inesperada pena que alerta a Mehmet.

Ulug echa entonces pie a tierra y, para sorpresa de todos, se arrodilla junto al muerto y le cierra su único ojo antes de besarlo en la frente.

Cuando se levanta, tiene los ojos húmedos. ¿Lágrimas? ¡Imposible! Aunque lo imposible, recuérdalo, pasa a todas horas.

Pero sean lágrimas o el efecto del humo negro del incendio de la torre irritándole los ojos, lo que importa es que, junto con la pena, hay un chispazo de ira y esa chispa salta hacia Mehmet.

—¿Quién mató a este hombre?

Mehmet percibe el dolor, la tensión, la furia preparada a estallar, y hace lo que siempre hace cuando enfrenta todo eso: aguardarlo a pie firme.

—Yo. Lo maté con un tiro de *tufek* cuando los maniotas pretendían llevárselo con ellos. Como te he dicho, era un hombre del rey de España y, por ende, un enemigo de nuestro santo califa y sultán —concluye con temple de acero y una pizca de desafío, mientras las llamas arrecian consumiendo la torre y una ráfaga de viento hace flamear el humo negro.

Ulug Alí trata de controlarse. Tiene ganas de dejar fluir la ira que le arde en el pecho… y de matar a alguien. Sí, de matar. Pues su amigo, quizá el único que tuvo, que tendrá, está muerto. Cierto es que también era su enemigo, uno al que no odió sino que respetó; pero lo que ahora le duele, lo que ahora le importa, no es lo que ha sido al final, sino lo que fue al principio. Cuando eran niños y jugaban juntos por las calles de Castelle, allá lejos, en Calabria.

—¿Y las señales de tortura? —pregunta tratando de dirigir su necesidad de matar hacia alguien que le sirva de chivo expiatorio.

—Fueron los maniotas de esta aldea los que le infringieron las mutilaciones que ves en su rostro y en su cuerpo, mi señor. Oíamos sus gritos de dolor desde el olivar donde estábamos apostados. Lo quemaron con hierros candentes y con uno de ellos le vaciaron el ojo —explica.

Hace una pausa para que Ulug Alí pueda imaginarse la horrenda escena.

—Yo trataba de acertar con mi disparo al guerrero maniota que se lo llevaba de la torre, pero fallé y le acerté a él… Mi intención era capturarlo vivo, como podrás comprender.

Miente con seguridad, pero, como ve que Ulug aún se resiste a aceptar su versión, añade:

—Poderoso señor, jamás lo hubiera matado a propósito. Mi deseo era apoderarme de él y después de perder tantos hombres para lograrlo, no hubiera tenido sentido dispararle. Pero Alá, exaltado sea, dispuso otro destino para este hombre. ¿Lo conocías?

Su pregunta solo tiene un propósito, que es desequilibrar a Ulug. Pues para Mehmet, buen observador, no hay ya duda: Ulug conocía y, más extraño todavía, quería al hombre mutilado y marchito que yace en el suelo con el pecho abierto por una pesada bala de *tufek*.

Ulug toma aire. Sigue tratando de dominarse. Jamás hubiera esperado que ver muerto a Gian Battista le pudiera generar una pena tan honda, pero está muerto… Y lo torturaron. ¿Cuántas veces no sufrieron juntos la tortura del látigo en galeras? ¿Cuántas veces fueron apaleados juntos por el inmisericorde cómitre? Incontables veces. En una ocasión, una que no olvidará jamás, Gian Battista se dejó romper la boca a patadas con tal de protegerle del látigo. No, nunca lo olvidará: la fiebre lo consumía y le impedía remar, pero el cómitre no le mostraba la más mínima piedad y lo hubiera matado a golpes si Gian Battista no hubiera salido en su defensa llevándose de paso toda la ira del cómitre.

Pero ahora está muerto… Sí, y murió con otro nombre, Pedro Paolo Arcuri; y solo él, Ulug Alí, puede rezar por su alma, aunque tenga que hacerlo invocando a Alá y no al Cristo al que rezaban juntos de niños.

Desolado, un último pensamiento abrasador le fustiga la mente: con la muerte de Gian Battista, ya no queda nadie que pueda llamarlo por su verdadero nombre. Ahora, pues, su pasado, su ser más profundo, Giovanni Dionigi, está también, definitivamente muerto.

Y para asombro de todos, Ulug Alí se postra y ora por un amigo, su único amigo. Aquel que se ha llevado para siempre, sus verdaderos nombres y sus recuerdos infantiles a la tumba.

Mehmet se siente incómodo al contemplar todo aquello. Sabe que el alma y el corazón se le fueron muriendo poco a poco desde que, siendo un niño, se lo llevaron a la fuerza de su aldea natal, allá

lejos, en las fronteras de Serbia y Bosnia y a fuerza de golpes, disciplina y soledad lo forjaron como Mehmet al-Rumi, el jenízaro.

Durante unos años, los que iluminó Ísmihan, creyó que Ako, el niño que fue, el que permanecía latente, dormido en lo más hondo y bueno que le quedaba, podría despertar, crecer y volver así a tener sentimientos, alma, bondad… Pero Ísmihan se quitó la vida colgándose de una viga y con ella murió toda esperanza de ser algo más que una fiera vengativa.

Pero Dios así lo ha dispuesto. Lo acepta y ahora, al ver a Ulug rezando por un hombre con el rostro desfigurado, no quiere seguir pensando en cosas que le hagan más daño del que ya puede soportar sin quebrarse. Así que aparta la mirada y se entretiene buscando la cumbre del pico San Elías que, allá lejos, alzándose sobre el terrible Taigeto, ignora por completo el dolor de todos los hombres.

Ulug termina de rezar. En su rostro todo vuelve a ser piedra. Sin decir una palabra, sin mirar atrás, monta en su pequeño caballo berberisco y solo entonces dirige sus negros ojos hacia Mehmet.

—¡Vamos a empalar hasta al último de esos perros maniotas! ¡Hasta el último! —Y se dirige a los soldados—: ¡Diez sequíes de oro por cada vida de hombre, cinco por cada mujer y dos por cada niño! —anuncia y los que le rodean de inmediato estallan en júbilo guerrero—. No quiero ni un jodido cautivo maniota, ¿entendido? ¡Los quiero muertos o empalados! ¡A todos!

Y con el último grito desenvaina un *kilif* de resplandeciente y larga hoja y señala en dirección hacia donde huyen los Morfakidis.

Y los *sipahis* que con él llegaron salen al galope tras los fugitivos.

Es el momento de decir más cosas y Mehmet lo aprovecha.

—Justo antes de tu llegada, poderoso señor, mis hombres me informaron de que una segunda galera corsaria, la que manda tu cuñado Mohamed Bey, el nieto de Barbarroja, buscó amarre en el Canal del Muerto. Pensaba solicitarle ayuda. Pero ahora, sois vos quien está al mando —termina acentuando su posición de subordinado con una nueva reverencia.

Ulug Alí se atusa la barba y en su mente de halcón dibuja un plan que acorrale a los maniotas sobre los que quiere descargar la ira que ha hecho nacer la inesperada e insoportable aflicción que experimenta.

—Vuelve a tu galera, Mehmet al-Rumi, y transmite mis órdenes a Mohamed Bey: zarpareis los dos de inmediato para el cabo Matapán y desembarcareis tropas en las calas que lo flanquean para hostigar desde la retaguardia a los maniotas. Y recuerda: no quiero prisioneros. Matad a cuantos se resistan y al resto, empaladlos.

—¿También a los niños? —pregunta Mehmet y se sorprende de hacerlo.

—Sí, también a ellos y hacedlo antes de proceder de idéntica manera con sus padres para que puedan ver su agonía antes de que llegue la suya.

Y tras decir aquello, con el rostro sombrío, Ulug Alí espolea a su nervioso caballo bereber y trota tras su caballería seguido por la infantería.

* A unos 30 metros de distancia. Un arco cretense de este periodo tenía una potencia que podía pasar de las 120 libras y lanzaba flechas a más de 500 metros; a 30 metros, una flecha provista de la adecuada punta y astil reforzado podía atravesar una buena armadura.

* La bala pesa unos 43 gramos de peso. El *tufek* o mosquete otomano del siglo XVI era un arma pesada y excelente, generalmente superior en potencia y precisión a los españoles o a los de cualquier otra potencia cristiana.

* Unos 14 metros.

* Los *levendat* o leventes eran tropas de leva que servían como infantería, mientras que los *sipahis* eran jinetes. De estos últimos los había de dos clases: los *timariots* o jinetes feudatarios del sultán, antes mencionados, y los *sipahis* de la puerta, que, junto con los jenízaros, artilleros e ingenieros, constituían el ejército permanente y profesional y que se encuadraban en seis regimientos cuyos integrantes eran denominados *Alti Bôlûk*.

11

Las torres de Vatheia

Les cierran el paso. Cuarenta hombres armados con *kopis* de curvada y rotunda hoja; rústicos *kariafilia* de mecha y chispa, algún que otro mosquete turco o veneciano y una buena dosis de furia juntándosele en los ojos. Son los Grigorakis, los vecinos y enemigos jurados de los Morfakidis y no están dispuestos a dejarles pasar en dirección a Vatheia, la gran aldea fortificada de los Papadopoulou, el poderoso *genos* maniota aliado del rey de España.

Han llegado ante los Grigorakis precedidos por dos chiquillos que portan ramas verdes en señal de paz y que solo han logrado llevarse un pescozón propinado por el *kapetános* del clan vecino. Tras los chiquillos espantados, están ellos: Andreas, Monteagudo, Gregor de Gordon y Miguel el Moro, que tratan de aparentar que los hombres iracundos y peligrosos que tienen enfrente no les causan la más mínima inquietud, y de paso evalúan su fuerza y disposición.

—Allí y allí.

Con descaro y con su mano de plata, Gregor de Gordon señala dos peñas que los flanquean, con la intención manifiesta de que los Grigorakis sepan que no los van a engañar con un puñado de campesinos mal emboscados.

Monteagudo mira en ambas direcciones y, por mucho que se esfuerza, no distingue nada que no sea rocas, arbustos y tierra reseca. Pero el escocés tiene buen ojo para las emboscadas y si señala esas dos peñas, es porque en ellas se ha apostado una horda de guerreros del clan de los Grigorakis.

—Gregor tiene razón —interviene Andreas, que regresa del breve parlamento que ha mantenido con el *kapetános* de sus hostiles vecinos—. Ahí, escondidos pero con las armas prestas, hay otros treinta o cuarenta Grigorakis.

—Contemos ochenta, entonces —conviene Monteagudo echando una nueva mirada de reojo a los cuarenta ceñudos maniotas que les cierran el paso—. ¿No se avienen a razones?

La pregunta es ociosa, desde luego, pues ya sabe la respuesta, pero a veces hay que preguntar. Andreas, no obstante, se lo piensa antes de contestar.

—¿Razones? De esas hay pocas por aquí. Les he dicho que traemos detrás nuestro a un millar de turcos con ganas de matar y que no harán distingos entre Morfakidis y Grigorakis, pero tienen la cabeza más dura que las rocas de sus miserables campos.

—¡Pues rompamos unas cuantas de esas cabezas! —sugiere Gregor de Gordon con su habitual entusiasmo destructivo.

Se vuelven a mirarlo los tres: Andreas, Miguel el Moro y Monteagudo. Gregor, entonces, se encoge de hombros, como queriendo dar a entender que no tiene la culpa de proponer siempre lo más acertado y expeditivo.

—Si nos ponemos a combatir ahora, nos retrasaremos y, como puedes ver por la altura de esa nube de polvo que se ve al norte, la caballería turca ya galopa tras nosotros —señala Monteagudo.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Sentarnos a conversar con esos Grigorakis del demonio?

—Gregor tiene razón —desliza con tacto Miguel el Moro.

Detrás de ellos, apelotonados, inquietos por la alta nube de polvo que levantan los caballos turcos y que se les aproxima más y más, están las gentes del clan de los Morfakidis. Un clan que, por lo visto, está destinado a ser exterminado.

Monteagudo mira a Andreas y su amigo griego le sostiene la mirada. No hay esperanza en sus ojos. Monteagudo busca entonces a María. La ve entre las mujeres y los niños, con Eleni de la mano y el arcabuz presto a que le soplen mecha. En menos de veinte minutos los *sipahis* turcos estarán hostigándolos y tras ellos, como águilas hambrientas, llegarán los infantes y los jenízaros. Y, entonces, todos morirán.

A no ser que los Grigorakis les dejen pasar y se sumen a ellos. Monteagudo siente en el pecho, bajo el arnés, el collar fabuloso que le entregó Pedro Paolo Arcuri para su custodia. Según le dijo,

perteneció a la mítica Roxolana, la *haseki sultan* de Solimán el Magnífico. ¿Será verdad? El *Occulti* estaba con fiebre y desorientado, pero era un hombre duro como el mejor acero y llevaba años sirviendo como espía del rey de España. Según le confesó, aquel collar era la prueba que la agente veneciana mostraría al gobierno veneciano de que el sultán Selim sería generoso con la Serenísima si se apartaba de la Liga Santa. Era, por lo tanto, la única cosa tangible que podría mostrar a don Álvaro de Bazán de que sus informes sobre una posible traición de Venecia eran fundados.

Pero las cosas pintan mal, muy mal. Los Grigorakis, airados, se niegan a permitir el paso y entre las mucha razones que alegan para su hostilidad está la negativa que los Morfakidis les dieron a compartir el botín que, según se decía, habían hecho a los dos misteriosos náufragos que apresaron junto al cabo Matapán.

Y toma una resolución. No está seguro, pero de eso se trata, de aventurarse para salvar la vida cuando se tiene por perdida.

—Vamos a enseñarles el maldito collar —anuncia a Andreas, que se le queda mirando con su fea cara quemada repleta de asombro y la boca abierta.

Pero Monteagudo no se detiene a mirarlo, sino que, a grandes pasos, se va en dirección a los Grigorakis y el *kapetános* de estos últimos, un hombre de cabellos rubios y piel tan tostada por el sol que parece cuero gastado, le sale al paso con su arcabuz arbolado y presto.

De inmediato le dan alcance Gregor de Gordon y Miguel el Moro y, tras ellos, maldiciendo, Andreas. María, con la responsabilidad de cuidar de Eleni, se queda atrás, pero como no se fía, suelta la mano de la niña y prende la mecha de su arcabuz.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunta Andreas dándole alcance.

—Confía en mí.

Es la única respuesta que obtiene y, como nunca le ha fallado, Andreas opta por hacer caso a su capitán.

A dos pasos del ceñudo *kapetános* de los Grigorakis se detienen. El arnés milanés de Monteagudo recoge fulgores solares, al costado lleva envainada la espada de su padre y en el fajín, asomando las empuñaduras de plata, las dos pistolas alemanas. En

cierta manera, tiene el aspecto de un personaje de novela de caballería, pero sus intensos ojos negros no dejan lugar a dudas de que él, José de Monteagudo y Lope de Torices, es un ser muy alejado de cualquier cuento o cantar.

—Traduce lo que voy a decir —dice a Andreas.

Con parsimonia, para que nadie se altere, se saca como puede el paño de fieltro que envuelve el collar de Roxolana y los rubíes de sangre brillan con fulgores que obligan a los hombres a entrecerrar sus asombrados ojos. Pues las gemas son grandes como huevos de paloma y de una pureza sin igual, y el oro, bebiéndose el sol, lo replica en mil dorados resplandores.

Ciego de ambición el *kapetános* de los Grigorakis da un paso adelante con la mano tendida y Monteagudo, en un relámpago que nadie pudo ver, desenvaina la toledana con la marca del perrillo y le pone la punta aguda en la garganta a la par que sonríe como dando a entender que tanto le da abrirle el gaznate como no hacerlo.

No necesita traducción. El *kapetános* lo entiende a la primera y retira la mano avariciosa dando un paso atrás. Sus hombres, airados, estallan en gritos y amenazas, arbolan *kopis* y arcabuces, blanden lanzas cortas, alzan hachas, pero todo se reduce a eso: a bravatas. Pues quien quiere matar, no pierde el tiempo en aspavientos.

—Dile que tendrán un tercio del collar si entran en razón y nos ayudan a luchar contra los turcos.

Andreas, que no está muy conforme, obedece; pero el *kapetános* de los Grigorakis no solo no parece convencido, sino que se desgañita en una larga y furibunda perorata que mancha de espumilla las comisuras de sus labios.

Monteagudo no cambia el gesto siquiera. Sigue allí, con el collar en una mano y la espada en la otra, y en la cara impasible su sonrisa de «tanto me da rebanarte el pescuezo como dejarte vivo, tú decides».

—¿Qué dice, Andreas?

—Que quiere el collar entero o no hay trato. Que estas son sus tierras y que los turcos se conformarán con matarnos a nosotros y que a ellos los dejarán tranquilos.

—Dile que es el imbécil más grande que he conocido. Díselo así y añade que no lo mato ahora mismo porque no tengo por costumbre matar a tarados e idiotas, porque eso es pecado para un buen cristiano.

Andreas lo mira sorprendido, pensando que su capitán, después de todo, tiene más sentido del humor de lo que imaginaba. Pero no, Monteagudo no está bromeando e insiste, con un gesto de la cabeza, en que traduzca sus palabras.

Al *kapetános* de los vecinos de los Morfakidis no le gustan las palabras de Monteagudo; a sus hombres, tampoco. La algarabía, la furia de los Grigorakis alcanza nuevas cimas y desenmascara a los que debían permanecer escondidos, emboscados entre las peñas, pero que, atraídos por los gritos, asoman las cabezas entre las oscuras rocas.

—Bueno, al menos tus insultos nos han permitido verificar desde dónde nos acechan esos perros —se consuela Andreas que ya está echando mano del *kopis* y de una de sus pistolas. Pues la pelea se va a desencadenar de un momento a otro.

—No empuñes las armas —dice Monteagudo sin alterarse lo más mínimo—. Y eso va por todos —añade, pues conoce a sus hombres como si los hubiera parido.

Y acierta: Gregor, Mano de Plata, así lo acaban de bautizar los Morfakidis, ya estaba ajustando sus metálicos dedos en torno a la empuñadura de su descomunal *claymore* y Miguel el Moro tenía esa expresión suya de muchacho granadino dispuesto a dejar mal sabor de boca en lo que de boca le quede a sus enemigos.

La tensión es insoportable: todos los Grigorakis gritan, agitan las armas y soplan mecha. Todos, en fin, sienten esa punzada insoportable que precede al combate y que provoca que se desee con toda el alma perder el control y se dé por fin la primera cuchillada o el primer tiro.

Y entonces, Monteagudo alza el collar bien alto. Resplandores rojo y oro sobre su cabeza y todos callan y se lo quedan mirando.

—Hay que darse prisa —le advierte Andreas, que acaba de echar una rápida mirada al norte y comprueba que los *sipahis* turcos no tardarán ni diez minutos en cargar sobre su gente.

—Repítele que le daré un tercio del collar o tres palmos de acero en la garganta. Puede elegir. Dile que, si no acepta, lo mataré y que luego los turcos acabarán con todos: con nosotros y también con ellos. Dile que eso confirmará a todos los clanes del país de Mani que él, el *kapetános* de los Grigorakis es el necio más grande de toda Grecia.

Andreas se relame los labios resecos. Luego, encomendándose a la *Theotokos*, la Virgen como trono del niño Jesús, se lo suelta al jefe de los Grigorakis.

El hombre se queda pasmado y duda entre lanzarse sobre Monteagudo, echar espuma por la boca o aceptar lo inevitable. ¿Y qué es lo inevitable? Que aquel español revestido de acero milanés le atraviese la garganta con su espada brillante. Pues la punta, de eso no hay duda, la tiene de nuevo, y vete tú a saber cómo lo ha hecho el condenado, a un palmo de la garganta. Sí, a un puñetero palmo y, oh, fatalidad, el capitán del rey de España parece de esos que no amenazan en vano y cuando un hombre así te dice que te va a matar y te lo dice despacito, bajito, con los ojos negros impasibles, la mano firme y una sonrisa despreocupada, lo mejor es aceptar que el tercio de un tesoro es mejor que un tercio de hoja toledana metiéndose por tu garganta y saliendo por tu nuca.

El *kapetános* levanta la mano y sus hombres, obedientes, dejan de gritar; con los ojos echando fuego y su rostro de cuero viejo contraído en una mueca de ira que va mudando a aceptación, pronuncia una sola palabra: *¡Irníni!*, esto es, «paz».

Monteagudo asiente y echando el collar al aire, hace destellar su acero en un golpe imposible en zigzag que parte fulgores rojos y dorados y que deja enganchado en la punta de su espada un tercio de la gran joya y, en su mano siniestra, los otros dos apresados.

—Cógela, es tu parte —dice y el *kapetános* de los Grigorakis no necesita traducción, sino que, alargando la mano derecha, toma su porción del collar de Roxolana y, girándose, la muestra en triunfo a sus hombres.

Y así es como se firma la paz entre los Morfakidis y los Grigorakis, y como suman fuerzas contra los turcos. Paz que llega a tiempo, pues trescientos *sipahis* y *timariots* se les vienen ya encima.

Pero no hay carga de caballería que pueda mantenerse frente a una línea de arcabuceros apoyados por hombres que sostienen aceros; y si a eso sumáis que el terreno es quebrado y poco propicio para caballos lanzados juntos al galope, el resultado está cantado: a voces, apresurándose, Andreas y el *kapetános* de los Grigorakis forman en dos mangas de arcabuces a cincuenta hombres y otros tantos, *kopis* y lanzas en mano, les dan apoyo; y por si fuera poco, corriendo de un lado a otro, Monteagudo, Miguel el Moro y Gregor Mano de Plata encuadran bien a los maniotas y preparan un buen recibimiento a los turcos, mientras mujeres, niños y ancianos de los Morfakidis corren en dirección a la aldea grigorakis para ponerse a salvo e iniciar desde ella una nueva retirada hasta la fuerte Vatheia.

—¡Fuego! —ordena Monteagudo y nadie se pregunta por qué es el quien da las órdenes y no los *kapetános* de los dos clanes maniotas.

Y cincuenta arcabuces disparan casi al unísono mandando una barrera de muerte que detiene en seco la desmañada carga de caballería otomana.

Ruedan caballos, caen hombres al suelo heridos o muertos y aquí y allá, algún que otro jinete se queda colgando del estribo o desplomado sobre el cuello de su montura.

Un buen arcabucero puede cargar su arma y tenerla lista para disparar en poco más de un minuto. Pero los maniotas no son tan buenos como los hombres de los tercios y ese tiempo puede doblarse. Afortunadamente, los hombres que estaban apostados en las cercanas peñas, llevaban con ellos media docena de mosquetes; su fuego, más preciso y pesado que el de los arcabuces, convence a los *sipahis* de que la mejor idea que se les puede meter en la cabeza es la de replegarse y esperar a la infantería.

Es el momento de que ellos también corran: primero hacia la aldea grigorakis primero y después hacia Vatheia. Pues, coronando la cresta por la que bajaron al galope los *sipahis* turcos, ya se siluetean los *levandats* y los jenízaros de la infantería otomana, y su número es suficiente argumento para que nadie, ni el más terco de los Grigorakis, discuta la orden de Monteagudo de evacuar su aldea y refugiarse en la formidable Vatheia: la aldea de los Papadopoulou,

encaramada sobre una reseca colina a legua y media del áspero e impracticable terreno de la punta del cabo Matapán.

La tarde es águilas marinas y sol muriendo entre olas que rompen furiosamente contra las poderosas rocas cuando las gentes de los dos clanes se agolpan sobre los acantilados de la costa. En la retaguardia, peleando, disparando, están los hombres del rey de España y los mejores de entre los dos clanes dirigidos por sus respectivos *kapetános*. Los turcos, acosándolos, no les han dado tregua, pero el terreno es tan duro, tan difícil, y la península de Mani es allí tan estrecha que la acometida otomana es rechazada.

Monteagudo, agotado pero contento por el trabajo bien hecho, busca a Andreas y cuando lo encuentra, lo ve junto a María y Eleni.

María se gira hacia su hombre y le sonríe, tiene el rostro agotado y una sonrisa como nunca antes luciera; y cuando él la abraza, al oído le dice algo que él no esperaba oír:

—Ya tengo certeza, amado mío: estoy preñada. No quise decírtelo antes, pero la muerte nos cerca y quiero que lo sepas.

Él se queda sin saber qué responder, ni que hacer ni respirar, pues hasta el aire se le olvida. Pero cuando ella se retira y lo mira con esos ojos verdes que avergonzarían a las esmeraldas de Nueva Granada, una lenta sonrisa aflora a sus labios agrietados y cuando Andreas, que en ese momento alza en brazos a su sobrina, se fija en ellos, en Monteagudo y María, no tiene duda alguna de que Mani ha alcanzado su cénit como patria de los locos más perfectos.

El mar bate con fuerza por levante y por poniente y al sur se estrella contra los farallones del cabo Matapán. Entre el ronco bramar marino, sobre una roca caliza, Ulug Alí, *Kapudan Pachá* de las galeras del sultán, observa a los seis centenares largos de personas que sus hombres acosan.

—Sin duda pretendéis llegar a Vatheia, pero allí hay poca agua y se os acabará pronto, y luego os iréis rindiendo… —murmura—. Pero no será la piedad, sino una estaca afilada, la que os estará aguardando.

Sus palabras, dichas en dialecto de Calabria, no las entienden sus oficiales, pero no les hace falta para saber que ha dicho: les basta con ver su rostro de piedra; pues si las piedras fueran seres animados y albergaran rencor y crueldad, serían como Ulug Alí Pachá.

—¡Ya se ven las dos galeras! ¡Vienen por levante, bajando del norte y doblando el cabo! —anuncia el joven berberisco de ojos de águila al que ha ordenado encaramarse, a modo de vigía, en lo alto de un peñón blanco y desnudo de toda vida.

Ulug se gira en la dirección que marca el muchacho y, al poco, ve las dos naves: la ágil y roja de Mehmet al-Rumi y la gran nave negra de Mohamed Bey, el nieto de Barbarroja.

—La noche se nos echa encima. Pero las dos galeras quedarán apostadas en la cala que queda a poniente del cabo, a menos de una legua de Vatheia. Que alguien baje allí y les haga señales, y que les transmita que desembarquen tropas para atacar desde la retaguardia a esos malditos.

Al momento, nadie se retrasa en obedecer sus órdenes, se corre a cumplirlas.

Y sobre todos, chillan las gaviotas y en sus graznidos hay algo de siniestro, como si ya paladearan los ojos de los muertos.

Mientras, en la cubierta de su galera, Mehmet al-Rumi imparte las últimas órdenes. Al poco, tras doblar el cabo, desde una diminuta cala cercana a la estela que deja su nave, un hombre de Ulug les hace señales con un espejo para que pongan proa a la escueta playa y se apresten a desembarcar en ella.

Al poco, con la proa de su roja galera abriendo un surco de espuma blanca justo antes de besar la arena que duerme bajo las olas, sobre sus cabezas, en las acantiladas costas, se ven cientos de pequeñas figuras que se apresuran en dirección a la cercana Vatheia. Son las de las gentes de los dos clanes maniotas y entre ellas, sin duda, estarán también las de Monteagudo y los suyos.

Mehmet sonríe con un rictus de crueldad y, apartando su solitario ojo de los hombres, mujeres y niños acosados sobre las rocas contra las que bate el mar, mira a poniente y comprueba que el sol muere dejando su sangre y su oro en el horizonte.

—Mañana, cuando llegue el nuevo día, subiré a buscarte —dice para sí—. Te mataré, Monteagudo, y luego empalaré a tu puta.

Es el momento de echar el ancla. Mehmet levanta la mano y a su señal, con toda la palamenta calada, los galeotes se esfuerzan por frenar la estela y retener la galera; mientras, cuatro hombres van soltando anclas y un grupo de marineros bota el esquife para que su capitán y un puñado de mosqueteros puedan llegar a tierra sin arrojarse al agua y transportar así, en seco, las armas de fuego y la pólvora.

El resto de los combatientes de Mehmet, aullando como demonios, va saltando a las someras aguas y, con cuatro o cinco brazadas, hacen pie y caminando, salen del mar a la playa para tomar posiciones.

Con la última luz, cuando Mehmet y sus hombres ya se están desplegando, aparece la gran galera verde de Mohamed Bey. Es un barco espléndido, mucho más grande que la galera de Mehmet y abarrotado de esclavos remeros, marinos y soldados. En total, la abarrotada galera de dos fanales del nieto de Barbarroja es propulsada por doscientos veinte esclavos cristianos sujetos al remo, tripulada por sesenta marinos diestros y defendida por doscientos soldados de los que ochenta son jenízaros de Argel y el resto escopeteros argelinos, egipcios y turcos.

La hermosa nave, con la carroza entoldada de seda y oro y los bruñidos cañones de bronce que arrancan chispas a la última luz, termina por echar anclas y proceder al desembarco. Pronto, el temible corsario, nieto del mítico Barbarroja, se aproxima a Mehmet.

Es un hombre bajo, fornido, con los ojos del color de las avellanas, una nariz algo chata y labios gruesos. Lleva la barba teñida de aleña para hacer honor al nombre de su dinastía corsaria, los Barbarroja, y se viste con la fastuosidad de un príncipe del mar. Al costado lleva un pesado alfanje berberisco y las empuñaduras doradas de una daga y de dos pistolas le asoman del ancho *kusak*, el rico cinturón de cuero repujado que, cuajado de oscuros granates y hebilla de oro, da fe de su desmesurada riqueza.

—Me dijeron que te habían matado en Lepanto —comienza a decir Mohamed Bey cuando aún está a cuatro pasos de Mehmet—.

Luego, que te habían cosido a puñaladas en Hungría y después que te dieron muerte en los países del norte donde los cristianos tienen todos los días los pies metidos en agua. Pero todas esas noticias resultaron falsas…

En ese momento el nieto de Barbarroja esboza una aviesa sonrisa.

—Entonces renació mi esperanza. Habían visto tu roja galera navegando con el siroco empujándola contra el cabo Matapán y me dije: «¿se habrá apiadado al fin Alá de la tierra y habrá dispuesto la muerte de ese lobo furioso?». Pero veo que Alá se complace en que sigas asolando los mares y los países.

Concluye con un falso deje de desilusión y quedándose con los brazos en jarra y a un palmo de Mehmet.

El cíclope no se inmuta. Le devuelve la sonrisa afilada y, como saca casi dos palmos de altura a Mohamed Bey, se regodea irguiendo aún más si cabe su recta espalda.

—Siento mucho desilusionarte, Mohamed. Sé que no me perdonas haber cobrado más presas en unos meses de piratería que tú en toda una vida dedicada al corso. Pero Alá se complace en atemperar la vanidad de los orgullosos con las acciones de hombres piadosos y humildes como yo.

Mohamed Bey ensancha y torna sincera su sonrisa, para a continuación girarse un poco hacia sus hombres que, ceñudos, clavan sus violentos ojos en los de Mehmet.

—¿Habéis oído, muchachos? ¡Ja, Mehmet al-Rumi un hombre humilde y piadoso!

Y aquello debe ser el permiso para romper tensiones y echarse a reír, pues todos, a la par, como gente bien adiestrada, estallan en carcajadas.

Y mientras las risotadas resuenan y los hombres de Mehmet se suman a ellas, los dos capitanes corsarios se palmean los hombros y se besan efusivamente.

—¿Cuándo empezamos a matar hombres y a cautivar niños y doncellas? —pregunta Mohamed, jovial y brutal.

—No habrá cautivos. Ni niños, ni doncellas. El *Kapudan Pachá* los quiere a todos muertos.

Mohamed se queda sorprendido y, como si no diera crédito a lo que acaba de oír, se atusa la luenga barba teñida de aleña y clava sus ojos color avellana en el azul pálido que tienen delante.

—¿Qué clase de tontería ha ordenado mi cuñado? —termina por preguntar al comprobar, por la seriedad de Mehmet, que no es chanza lo que escuchó.

Ulug Alí y Mohamed Bey son cuñados. En su momento, cuando el viejo Dragut aún vivía, les concedió a ambos la mano de las dos hijas que tenía. Mehmet sabe que los dos hombres se toleran, pero que no se estiman en exceso; y que si en Argel no hay problemas entre ambos, es más por la voluntad del sultán y por el amor que se tienen sus respectivas esposas, que por deseo de aquellos dos perros rabiosos.

Pues Mohamed, pese a sus bromas y su aspecto de hombre un tanto despreocupado, es una persona ambiciosa que considera que debería ser él, el nieto de Barbarroja, y no el renegado de Ulug Alí quien debiera regir Argel y ser el *Kapudan Pachá*.

—Ulug Alí Pachá quiere venganza.

—¿Venganza?

—Halló en la aldea maniota que tomamos el cadáver de un hombre mutilado y, por lo visto, era alguien muy querido para él.

—Ese zorro del mar no tiene amigos, ni parientes, ni alma siquiera… ¿Por qué iba a dolerle la muerte de un hombre del que nada sabemos? —medita en voz alta Mohamed, extrañado y buscando quizá algo que en el futuro pueda usar contra su cuñado.

—Yo también me quedé sorprendido, pero su pena era sincera. Sea quien sea el hombre que halló muerto y con señales de tortura, Ulug Alí se llenó de rabia y pena y ahora clama venganza.

—¡Pues qué le vamos a hacer! —se lamenta teatralmente Mohamed—. Si solo quiere muertos, muertos tendrá. Al fin y al cabo, es el *Kapudan Pachá*… al menos por el momento.

Unos minutos más tarde, formados en una larga, estrecha y sinuosa columna de marcha y ascendiendo penosamente por una empinada senda, doscientos veinte corsarios suben desde el mar en busca de sangre maniota. Es una tropa formada por hombres que solo tienen una cosa en común: el hábito del saqueo y la matanza.

Por lo demás, tienen orígenes, costumbres y ropajes tan dispares que nadie lograría conjugarlos: antiguos jenízaros, berberiscos, moriscos exiliados, egipcios, renegados de todas las naciones de Europa, turcos, circasianos y hasta algún que otro *zanj*[*] que, libre y convertido al islam, aporta su musculosa figura de ébano al exotismo de la singular banda de guerreros del mar.

Y mientras trepan los altos farallones que se precipitan al mar de Laconia desde la montañosa península de Mani, en las crestas rocosas, por encima de las cabezas de los corsarios y buscando los tortuosos senderos que llevan a Vatheia, los maniotas y los hombres de Monteagudo se apresuran, envueltos en la luz azul que precede al crepúsculo, mientras los persiguen, como perros de presa, las tropas de Ulug Alí.

Resuenan disparos que en los montes despiertan ecos lúgubres que asfixian la senda por la que marchan los fugitivos, y desde el cercano mar asciende el rugido de olas que tantean, codiciosas, las desgastadas rocas. Entonces, en una revuelta del camino que deja atrás una árida escarpadura, se les muestra Vatheia.

Doce son las altas torres maniotas que advierten, como admonitorios dedos de piedra, pues aquella es tierra brava que no se deja conquistar y hogar de orgullosas familias; entre ellas, la del clan de los Papadopoulou, uno de los más ricos y poderosos del país de Mani.

Monteagudo, sorprendido al ver con la última luz la silueta de tantas fuertes torres, se detiene y a su lado, igualmente asombrados, van quedando detenidos Miguel el Moro, Gregor de Gordon y María que, siempre llevando de la mano a la pequeña Eleni, se aparta un rebelde mechón de pelo negro de los ojos verdes para dar rienda suelta a la visión de aquella inesperada maravilla. Al poco, llegan, con los arcabuces calientes de tanto disparar, los cuatro arcabuceros españoles: Juan Cobo, Juan Soto, Francisco de Cabra y Lope de Zamora; por último, viniendo de combatir en retaguardia, se les aproxima Andreas que se coloca junto a Monteagudo y les señala la alta y árida colina rocosa donde se encarama Vatheia, la de las doce torres.[*]

—¿Es magnífica, verdad? —dice Andreas en cuanto recupera el aliento.

Monteagudo se gira hacia él: su amigo maniota tiene el rostro colmado de quemaduras desde que, casi tres años atrás, se lo abrasó una explosión en el interior de una cueva de las Alpujarras. Pero ahora, agotado tras días de combate y con la inmensa responsabilidad de salvar a su gente, a las quemaduras se suma algo más profundo, más severo si cabe: el profundo pesar de quien se sabe responsable de la vida de muchos y aún no sabe cómo cumplir con su empeño.

José de Monteagudo conoce bien esas «marcas», esas «cicatrices»: las luce desde que, a su pesar, fue nombrado capitán tras Lepanto.

¿Dónde estará Lope de Figueroa? ¿Seguirá en España reclutando gente? ¿Habrá llegado al fin a Sicilia? ¿Estará en Mesina disponiéndose a embarcarse para Corfú? Le llegaron buenas noticias desde España: la fama de Lope era tal que, sin esfuerzo alguno, había podido reclutar a miles de hombres y ahora su tercio, el de Granada, aunque ahora todos lo llaman «de la Liga», era el más numeroso y mejor provisto de cuantos servían en los ejércitos del rey Felipe. Pero aparte de eso, Monteagudo nada más sabe y aunque supiera mucho más, eso no mitigaría la nostalgia por su amigo, su hermano de armas.

—Creía que cada aldea contaba solo con una torre —comenta a Andreas tratando de evadirse de su deseo por reencontrarse con Lope.

—Solo las aldeas muy pobres, como la nuestra o como la de los Grigorakis, cuentan con una sola torre. De hecho, en Mani hay más de cien clanes y la mayoría de ellos viven en aldeas que cuentan con dos, tres, cuatro y hasta seis o siete torres —explica sin apartar los ojos de la formidable Vatheia—. Pero hay tres grandes y ricas aldeas, las más poderosas de entre todas con diferencia: Vatheia, que tenéis ante vosotros y que cuenta con doce torres; Kita, que suma treinta, y Areopoli, que posee cincuenta, todas ellas fuertes y altas, y que es la aldea a la que consideramos como a nuestra capital; si los maniotas pudiésemos tener algo parecido a una capital, claro. En

cualquier caso, en Areopoli habita el clan de los Mabromichalis**,** el más numeroso de todos los *genos* maniotas.

Monteagudo asiente. No entiende cómo es posible que una extensión de tierra tan pequeña, una que solo representa una menguada porción del reino de Granada que, a su vez, no es sino menos de una décima parte de España, esté tan dividida y a la par, tan fortificada como lo está Mani.*

Pequeña y árida: todo en aquella península que se adentra en el mar de Laconia, está seco y reseco. Ante ellos, desafiante, rica en torres, está Vatheia, y es cierto que luce bien, pero en torno suya todo son despeñaderos, escarpadas lomas cubiertas de arbustos miserables y algunos precarios olivares dispuestos en bancales. Pues solo las cabras y los hombres de guerra pueden prosperar en Mani.

En cualquier caso, desde su formidable posición, Vatheia controla una extensa área de mar y los caminos que llegan a ella desde el abrupto interior del sur de Mani; esa posición dominante es la que, sin duda, ha hecho su fortuna. Si se puede llamar fortuna a haber reunido sobre una desangelada peña a tres o cuatro centenares de locos parapetados tras una docena de torres que dominan unos puñados de casas de piedra gris pálida que se dispersan a los lados de estrechas y miserables calles privadas de plaza y que parecen reunirse de forma descuidada en torno a tres diminutas iglesias –San Andrés, San Nicolás y una iglesia consagrada a la Virgen–, que, humildes y encaladas, parecen el único rasgo amable que se permite el bravío lugar.*

—¿Poseen agua? —pregunta entonces Juan Cobo, que siente como la lengua se le pega al paladar tras horas de marchar bajo el sol inclemente de fines de julio.

—Un manantial no muy alegre, pero que se basta para proveer los abrevaderos de las cabras y para que las mujeres laven la ropa, y un par de pozos que permiten tener buena agua de boca. Suficiente para ellos, pero no sé si alcanzará para todos si se deciden a acogernos.

—Tendrán que hacerlo —afirma Monteagudo—. Nos lo deben, pues desde Lepanto, aceptan el oro del rey de España; y si eso no

les basta, los tentaremos con un tercio del collar de Roxolana y con el oro que para ellos nos entregó don Álvaro de Bazán.

Entonces, la noche deja de perder el tiempo y se les echa encima. La repentina oscuridad despierta cigarras y grillos en los montes yermos y detrás de ellos, en retaguardia, comienzan a ser visibles los esporádicos fogonazos de mosquete y arcabuz de los que allí combaten para protegerles las espaldas. En las doce torres de Vatheia, se encienden almenaras y antorchas, y ellos, sumidos en la oscuridad, aún no saben si esas llamas son advertencia o bienvenida; y a continuación, como para no dejar solas a las llamas que desafían la negrura, las campanas de las tres iglesias de Vatheia se lanzan en un toque apremiante de alarma.

Campanas y antorchas en la oscuridad que pinta de noche rocas y mar, mientras casi seiscientos Morfakidis y Grigorakis se afanan por subir hasta las doce torres que tienen ya por única posibilidad de salvación.

Sí, pero las gentes que se guarecen en ellas pueden destrozarlos cuando quieran, pues el ascenso es penoso y bastaría que empujaran unas rocas o que descargaran sobre ellos sus armas de fuego desde lo alto de los escarpados senderos que suben hasta la gran aldea, para que fueran barridos como el rocío por el primer sol de una mañana de verano.

Pero no lo hacen: sin duda, sus gentes, alarmadas por los disparos lejanos, han enviado ya escuchas y vigías a las crestas de sus montes y desde ellos, habrán visto la larga columna de refugiados y los contingentes de tropas otomanas que los acosan.

También han visto las dos galeras corsarias, la rápida y roja y la enorme y negra, anclar al pie de sus acantilados, y por todo ello, claro está, los Papadopoulou y sus clanes afines están alarmados y dispuestos a recibir aliados.

Esta vez no se producen tensos encuentros entre los *kapetános* de los *genos* maniotas; es más, cuando el de los Papadopoulou se entera de que un capitán del rey de España ha sido enviado por don Álvaro de Bazán, se muestra entusiasmado. Pues hasta entonces, tan solo habían recibido un puñado de arcabuces y mosquetes y buenas palabras, amén de algunos ducados de oro, así que ahora,

tener ante él a un oficial español, aunque solo venga al mando de una menguada tropa, le parece toda una prueba de estima por parte de su poderoso aliado de Poniente.

Un aliado que, por si fuera poco, entra en Vatheia repartiendo oro: quinientos buenos ducados; y una maravilla: un puñado de rubíes, grandes como huevos de paloma, rojos como la sangre de un pichón, engarzados a una rica cadena. Solo es un tercio del mítico collar de Roxolana, pero aun así, valdrá sus buenos veinte mil ducados, más oro del que nunca se propusieron contar los Papadopoulou.

Con ellos, los tres clanes maniotas suman poco más de trescientos combatientes: desde jovenzuelos de catorce años, a viejos de setenta. Pues en Mani, todo hombre empuña un *kopis* o arbola un arcabuz, en cuanto levanta cinco pies del suelo y hasta que lo entierran bajo él.

—Tres a uno, con suerte —dice Gregor de Gordon tras pasar revista a la fuerza disponible y compararla con la que traen los turcos—. Pero con eso y esta peña inconquistable, resistiremos aquí hasta el Día del Juicio Final. Aunque espero que, mientras Cristo baja de nuevo de los cielos, encontremos algo de beber por aquí… —concluye el escocés con una salvaje carcajada.

Tras encogerse de hombros, hace un guiño a una moza maniota que, sin necesidad de traducción, le entiende y le alarga una bota de buen vino de Mesenia que Gregor se empina durante un rato tan largo que todos, sin darse cuenta y en silencio, comienzan a contar.

Y se extravían contando. Pues el escocés, que no parece necesitar respirar, casi apura la bota. Luego, secándose la boca con la manga, les echa a todos una de sus miradas de loco que, a la luz de las antorchas, parece la de un rojo demonio. Por si no bastara con ello, levanta su mano de plata y con la otra va girando las ruedas dentadas, produciendo en el proceso un desagradable chasquido metálico; consigue al fin trabarlas con los pasadores que ajustan las pequeñas bisagras que permiten el movimiento de los metálicos dedos que ahora, uno tras otro, se han ido cerrando hasta formar un puño argénteo que arrebata resplandores a las llamas. Ante semejante visión, un grupo de niños maniotas sale en

espantada y el gigante escocés, logrado su propósito, estalla en estentóreas carcajadas.

Esa noche nadie duerme. Todo es actividad. Pues Monteagudo, asistido por los tres *kapetános* maniotas, fortifica, aún más si cabe, la fuerte posición de Vatheia: coloca barreras en los accesos, cava zanjas y acumula rocas en las pendientes para lanzarlas cuesta abajo cuando llegue el momento; dispone víveres, municiones y pólvora en las almenas de las doce torres donde se apostarán los mejores tiradores y, por último, organiza al resto de combatientes para que todos ocupen sus puestos cuando la luz traiga la nueva y decisiva batalla.

* Así eran llamados los esclavos negros en el Imperio otomano.

* Actualmente, Vatheia cuenta con más de 70 torres, pero la mayoría fueron erigidas durante los siglos XVIII y XIX, y solo una docena pueden ser tenidas por torres elevadas en el XVI.

* En su extensión máxima, Mani no pasa de los 2000 km^2; sin embargo, posee más de 800 torres-casas, varias docenas de torres de batalla y siete castillos. Eso la convierte, probablemente, en la región más fortificada de Europa; puesto que estaba dividida entre unos 130 clanes rivales y contaba con fortalezas turcas y venecianas, también en la más dividida o fraccionada.

* Hoy son cuatro las iglesias de Vatheia.

12

La carga de los locos

Ulug Alí no quiere dormir. Después de todo, por muy *Kapudan Pachá* que sea de las flotas del sultán, sigue siendo, ante todo, un jodido calabrés y eso significa que sabe velar a sus muertos; y entre los pocos que le quedan está Gian Battista, que murió llamándose Pedro Paolo Arcuri y al que dio sepultura en una aldea maniota sin nombre.

Los muertos importan mucho. Los necios, medita, no se percatan de cuán importantes son y viven creyendo que uno lucha, pelea, sobrevive por los vivos, por los que dependen de él. Pero no, no es así: uno lucha por sus muertos. Pues los muertos no dependen de ti, sino que se limitan a esperarte, a observar, a juzgarte. Así que no puedes fallarles. Fallar a tus muertos es el mayor fracaso que puedas sufrir y él no va a permitirlo.

Por eso no duerme, sino que va de un lado a otro revisando los puestos de guardia, repartiendo oro y amenazas, según el caso, para enardecer a sus hombres y prepararlos para la orgía de sangre que traerá la mañana.

Cuando todo ha sido revisado, Ulug Alí regresa con sus muertos: con su madre, a la que nunca volvió a ver, pero que siempre se sintió orgullosa de él; con su padre, al que nunca quiso decepcionar; con su hijo, muerto de un tiro de arcabuz en la flor de la vida, allá, en Lepanto; y con su único amigo, Gian Battista.

—Solo me quedáis vosotros… —murmura en calabrés para que sus guardias no puedan saber que se le escapa de los labios y el corazón.

¿Y qué se le escapa? Una amargura profunda, afilada e insufrible que demanda, tozuda, una cosa para poder calmarse: que la ira que ha provocado su aflicción sea liberada y le traiga la

liberación, la paz negra; aquella que habita en los mataderos y tan bien conoce, y que ahora tanto desea poseer de nuevo.

La luz quiebra aquella mañana de inicios de agosto de 1572 y va perfilando las doce torres de Vatheia; tras siluetearlas, revela la enorme peña de caliza donde se alza la gran aldea. Y Ulug Alí, subido de nuevo a su nervioso y brioso caballo bereber, desenvaina la espada y grita la orden que todos aguardan:

—¡A degüello y sin piedad!

Pues a los muertos, recuérdalo, no se les puede decepcionar, sino que se les alimenta con otras vidas, para así no tener que olvidarlos.

Los ven venir: un millar de soldados otomanos, leventes, jenízaros y corsarios que suben por las empinadas laderas, saltan entre los arbustos y las rocas, progresan en largas hileras por las escuetas sendas y tientan la plaza asediada por todos los flancos a la par.

Disparos de arcabuz y de mosquete, campanas que se lanzan al viento en toque de alarma y guerreros maniotas que, esgrimiendo sus brutales *kopis* o arbolando sus arcabuces, salen al encuentro del enemigo. Pues allí, en la abrupta ladera, son ellos los que mandan: las gentes de la montaña.

Y entre esas gentes, rugiendo como un toro, va Gregor de Gordon y, a su lado, mandando a su gente, Andreas el Griego es espanto; con ellos, gritando en castellano y en árabe farfullado, Miguel el Moro encuadra a los soldados de la compañía; y delante de todos, sin gritar, sin más amenaza que la de sus negros ojos, José de Monteagudo, espada en mano, salta pendiente abajo y no respira aire, sino deseo de dar muerte.

¿Que por qué no aguardan en las torres de Vatheia? Porque la aldea está colmada de mujeres, niños y ancianos, y en sus torres no todos podrán guarecerse. Así que toca hacer todo el daño que se pueda a los turcos para desalentarlos y menguarlos, para que lleguen sin aliento a Vatheia y se desanimen allí al tener que batirse con las piedras de las altas torres tras hacerlo con los locos que las construyeron.

Es una mañana de roja batalla hecha de caos, rocas y sol de justicia. Una lucha de fieras a medio camino entre el mar y los cielos, sobre la ladera empinada de un cerro reseco que se bebe la sangre de maniotas, españoles y turcos con la perversa ansiedad que los viejos atribuyen en sus cuentos a los brucolacos.*

Monteagudo nunca ha estado en un combate similar: sin líneas, sin retaguardia ni vanguardia, sin flancos… sin nada más que piedras sueltas bajo los pies, un sol inclemente sobre la cabeza y un torbellino confuso de enemigos que disparan y acuchillan en un intento frenético por empujarlos cuesta arriba.

Pero no los empujan: los maniotas son posesos enardecidos y el humo, la sangre y el trueno de los disparos va calentando la jornada y torna la mañana en una pesadilla en la que nadie, ni defensores ni atacantes, progresa.

Desde abajo, rodeado por sus oficiales, Ulug Alí contempla la anárquica batalla. Sabe que, antes o después, el número se impondrá, pero su paciencia es escasa y, volviéndose hacia Mehmet al-Rumi, cruza con él una larga mirada y sopesa bien lo que va a ordenar.

—Esto es un desastre. La gente no combate bien. Están desordenados en exceso —comenta y espera a que le den razones para tal desaguisado.

—El terreno es muy quebrado y las tres sendas que suben hasta Vatheia, son estrechas y están demasiado separadas entre sí; no permiten que nuestros hombres confluyan sobre el enemigo y le hagan sentir nuestra superioridad numérica —apunta uno de sus capitanes.

—¿Y tú, Mehmet, que harías?

Mehmet sabe lo que viene y no lo quiere evitar.

—Tus oficiales están dirigiendo mal a los hombres y estamos perdiendo el tiempo y las fuerzas en un combate que deberíamos haber ganado hace una hora.

Ulug Alí asiente y luego, mirando uno por uno a sus oficiales, termina por concentrarse de nuevo en Mehmet.

—Toma el mando. Tómalo y llévanos a Vatheia.

Y la batalla cambia. Pues Mehmet, llevando hacia delante a sus veteranos jenízaros, reorganiza a los atacantes y los ordena en líneas sueltas, sí, pero conectadas entre sí. El orden, como siempre, trae consigo al implacable avance y la fuerza otomana, ahora sí, empuja cuesta arriba a los defensores. Antes de que el sol toque el mediodía, Monteagudo y los suyos están peleando en las estrechas calles de Vatheia, mientras que centenares de mujeres, niños y ancianos se apelotonan en las torres o buscan asilo en las tres iglesias.

Mala idea. Pues los turcos no respetan los templos y pronto, desde el interior de las severas iglesias encaladas, llegan gritos de horror y matanza; y las llamas, que parecían estar aguardando el momento, brotan con fuerza inusitada, se alzan en Vatheia asolando casas y lamiendo las paredes de las iglesias hasta que una de las pequeñas cúpulas, la de San Andrés, se derrumba con gran estrépito.

Ulug Alí está satisfecho. El combate dura ya cinco horas, pero el condenado tuerto de Mehmet ha logrado lo que parecía imposible: arrinconar en la miserable aldea a los locos maniotas. Ahora, a pie, pues no hay caballo que suba por las pendientes que llevan a Vatheia, hace su entrada en la gran aldea donde se sigue peleando con frenética furia.

Pues, al cabo, los defensores se han atrincherado en las doce torres y desde ellas disparan sin cesar contra las tropas del sultán que, para ese entonces, saquean, queman, asolan casas y ciñen con feroces asaltos, las últimas posiciones enemigas.

—¿Habéis capturado a alguno de esos desgraciados con vida? —pregunta nada más pisar la primera calle de Vatheia.

Le contestan que sí: que una muchacha de dieciséis años, un anciano y tres o cuatro hombres heridos, tienen aún vida suficiente como para ser empalados.

Y las estacas que traían con ellos son preparadas y el cuchillo sin punta que el verdugo usa para preparar el ano de las víctimas

hace su trabajo; y pronto el demoniaco suplicio se consuma y cinco estacas se alzan para horror de los que resisten en las torres.

—¡Hijos de puta! —maldice Andreas al contemplar cómo se retuercen en las estacas sus desgraciados compatriotas.

A su lado, María, que no bajó a combatir porque los vómitos y las náuseas no la dejaron y porque Eleni no paraba de llorar en cuanto le soltaba la mano, no puede quitar los ojos de la chica que ha sido empalada y cuyos alaridos, pese al ensordecedor ruido del combate, saturado de disparos, juramentos y gritos, le llegan con desoladora claridad.

Agarrada a su pierna, sin poder ver nada, está Eleni y en el vientre, aunque realmente no puede sentirlo, María imagina que la nueva vida que lleva con ella se mueve, como buscando un lugar donde ocultarse.

¿Pero quién puede ocultarse del horror cuando este sabe dónde estás? Los turcos son como hormigas: pululan por las calles mientras queman las casas, disparan contra las torres y se burlan de quienes aguardan seguir el destino de los que ya han sido empalados.

Detrás suyo, sin que María lo sepa, José la mira y toma una decisión: salvarla. Y sabe cómo.

Desciende a las entrañas de la torre, donde está dispuesto el polvorín de los maniotas; mientras baja estrechos escalones, hace señas a Gregor de Gordon, a Miguel el Moro y a los españoles que le quedan: Juan Cobo, Juan de Soto, Lope de Zamora y Francisco de Cabra. Andreas, que se da cuenta de que su capitán algo trama, no se despega de ellos.

—Tenemos que distraer a los turcos —dice en cuanto los tiene aparte.

—Es una buena idea —apunta Andreas, pero Monteagudo, al mirarlo fijamente, niega lentamente con la cabeza.

—Lo es, pero tú no vas a participar de ella —le espeta en un tono tranquilo pero tan firme como los cimientos entre los que se hallan.

—¿Qué dices?

—Que tú te quedas aquí, al cuidado de Eleni, María y tu gente.

—¡Al infierno con eso!

—No vamos a discutir, Andreas, no hay tiempo. Te necesito aquí.

Y no añade nada más, excepto otra de esas miradas suyas con las que es imposible lidiar.

El plan es una mierda, pero, bueno, casi todos suelen serlo. A veces funcionan y a veces no, pero nunca huelen bien y este no es una excepción: han subido a la segunda planta un barril de pólvora y lo han prensado bien tras meterle dentro clavos de hierro y pelotas de plomo; lo atan a una larga soga y le endosan a continuación una buena mecha de tres palmos que Miguel el Moro, al que siempre entusiasmaron los fuegos artificiales, acerca la llama prendida en un serpentín.

—¿Preparados? —pregunta Monteagudo.

Como todos asienten, desenvaina la espada y de una patada, abre la puerta de la torre sita en el segundo piso y, de inmediato, ya con la mecha prendida, Miguel y Gregor descuelgan el barril.

Al verlo, algunos turcos hacen fuego de mosquete y quiere Dios, pues a veces quiere esas cosas, que ninguno acierte en el barril antes de que toque el suelo. Cuando lo hace, Juan de Soto ya tiene la pértiga preparada y, con ella empuñada y asomándose por la escueta puerta, la clava bajo el tonel y lo empuja con saña mientras las pelotas de plomo impactan junto a su cabeza.

Y el barril rueda calle abajo dando tumbos; y los turcos, al verlo, comprenden lo que se les viene encima y comienzan a correr.

Y todo salta por los aires: la casa contra la que choca el tonel, los turcos que corrían y el jodido mundo entero que, de repente, atronadoramente, parece lleno de metralla y ruina.

Y mientras la tierra tiembla, Monteagudo y los suyos ya están con los pies en el suelo, avanzando calle abajo, disparando arcabuces y pistolas. ¿Hacia dónde van con tanto ímpetu suicida? Hacia donde suponen que está Ulug Alí. Pues, por Cristo y las victorias que concede, se proponen matarlo.

Ulug los ve venir: siete hombres que, amparados por la desolación que ha esparcido la explosión, se abren paso con disciplinada fiereza

en dirección a su persona; pero su «persona», a la que para ese entonces le han traído el caballo, no se inmuta. Pues eso, lo de inmutarse, no conviene a un hombre que tiene por fama tener un corazón de piedra y el alma vendida al diablo hace mucho tiempo y a bajo precio.

Pero aunque el diablo se la compró barata, el alma condenada de Ulug sabe apreciar el valor cuando lo ve; y allí, en aquel maldito rincón perdido de Mani, siete hombres derrochan valor para llegar hasta él y matarlo.

Gregor de Gordon lleva los dedos de su mano de plata bien cerrados en torno a la empuñadura de su vieja *claymore* escocesa. El espadón, manejado a dos manos, es un ciclón de acero que, acompañado por las espadas de Monteagudo y Miguel el Moro, da espacio y tiempo a los arcabuces de Juan Cobo, Juan de Soto, Francisco de Cabra y Lope de Zamora para que vayan matando con tino.

Desde luego, jamás se abrirían paso solo con eso: con la sorpresa de un barril de pólvora cebado con clavos y plomo y un ataque suicida y repentino. Pero ahora, tras la conmoción, revelan otra desagradable sorpresa para el enemigo: Juan de Soto se descuelga un saco que llevaba atado al hombro derecho, extrae de él una mecha corta, le prende fuego con la de su arcabuz y luego, aferrando su arma con una mano, con la otra hace girar el saco sobre su cabeza y lo arroja con maestría sobre los turcos que preceden al *Kapudan Pachá*.

El saco gira en el aire y al caer, un jenízaro, más rápido que el resto, se abalanza sobre él para apagar la mecha.

Y salta por los aires, pues la mecha tocó la pólvora trufada de azufre y engordada con trigo, salitre, pedazos de metal y vete tú a saber que más sustancias.

El efecto de la nueva explosión es devastador y abre en torno a los suicidas un arco de muerte y horror por el que pasan saltando sobre los agonizantes o pisoteando a los muertos.

Ulug, que se las ha visto y deseado para refrenar a su asustado caballo, empieza a pensar que quizá, solo quizá, los locos logren su objetivo: matarlo.

Pero llega Mehmet. Estaba en el otro extremo de la aldea, organizando el asalto a una de las torres, cuando el pueblo retumbó con la gran explosión provocada por aquel barril; ahora, tras cruzar la aldea a toda prisa a la cabeza de un puñado de sus veteranos, se interpone entre el *Kapudan Pachá* y los locos.

Los locos no se detienen. La espada escocesa está tinta desde la punta hasta la empuñadura y Monteagudo y Miguel el Moro tienen tanta muerte prendida de sus espadas que nunca lograrán saber a cuantos se llevaron por delante aquel día; y los cuatro arcabuceros, con las caras tiznadas de pólvora y humo, con los ojos enrojecidos y las manos que ya no saben si cargar y disparar, si apuñalar con las dagas, si esgrimir espada o, simplemente, si abrirse paso a puñetazos, están por completo enajenados.

Así, presa de la locura del combate, muere Lope de Zamora al recibir la estocada diestra de Mehmet; Juan de Soto, que acudía a su defensa, se lleva también un feo tajo del revés, y no se va con san Pedro si su capitán, que algo sabe de mover acero, no hubiera parado la siguiente estocada del tuerto.

No hay lugar ni tiempo para duelos, pues Miguel el Moro pide su turno y arroja la bola prensada de pólvora que llevaba colgada a la espalda y que aliñada con azúcar, salitre, vinagre, sosa y betún, se estampa contra el suelo tres pasos por detrás de Mehmet; y al hacerlo, así es la puta alquimia, estalla haciendo saltar por los aires al jenízaro y a unos cuantos más.

Es el último empujón. Ulug ha perdido el control del caballo que, espantado por tanta explosión y griterío, ya es una bestia empavorecida que ni ve, ni oye, sino que solo patea, relincha y pugna por galopar hacia el abismo.

Ante el éxito de lo que parece imposible, grupos de maniotas surgen de las asediadas torres; y el pánico, al que nunca se espera pero que siempre llega, se apodera de los otomanos y quiebra sus líneas.

Para ese entonces, Ulug Alí se ve al borde de la pendiente del cerro donde se alza Vatheia: si no domina a su caballo se va para abajo y se rompe el cuello.

Detrás suyo, en el suelo, con varias quemaduras y heridas abiertas y con la boca torcida en una agonía, Mehmet pugna por levantarse; un poco más allá, entre el acre humo de la pólvora y los aullidos de los moribundos, Monteagudo se permite una sonrisa.

—¡Somos unos magníficos locos, capitán, unos gloriosos locos! —aúlla a su lado el escocés.

Mientras, Miguel el Moro, el día no da para tanta sorpresa, tiene un histérico ataque de risa, Juan de Soto se sujeta el brazo herido y Juan Cobo, al que las piernas ya le fallan, se deja caer al suelo y se agarra la cabeza como si ya no le entrara en ella tanta locura.

* En las tradiciones campesinas griegas el brucolaco (en griego, *Vrykolakas*) es un muerto viviente que, como los vampiros de Rumanía y de diversas regiones de Europa del Este y los Balcanes, puede alimentarse de sangre humana.

13

Todo estalla

Vatheia vuelve a ser suya; o lo que queda de ella, que no es mucho. Pero mucho o poco, no quedan turcos vivos en sus calles. De los otros, rebosan los muertos y también las llamas, las casas derruidas y los lamentos de heridos, y se oye el solitario toque de una campana: la que se entretiene en mover el viento que, llegando ahora desde el norte, se complace en barrer un arruinado campanario arrancando tristes y broncíneas lamentaciones.

Monte abajo, entre piedras y matorrales ásperos y secos, Ulug Alí y sus hombres se lamen las heridas y recomponen un tanto sus filas.

Han sufrido muchas bajas, pero lo peor para Ulug ha sido la humillación. Lo colma de rabia, sí, pero también cimenta aún más si cabe su determinación de borrar a Vatheia por completo de este mundo y a las gentes que en ella viven o buscan refugio.

A Mehmet, por su parte, sus hombres lo han llevado bajo un solitario ciprés que, empeñado en hacerse notar, crece donde ningún árbol hubiera podido hacerlo. Allí recibe los primeros cuidados para las quemaduras y heridas que tiene en un hombro y en la pierna derecha; como son graves, el galeno que lo atiende insiste en que se preparen unas parihuelas y lo bajen a la galera.

Mehmet está tan dolorido, tan falto de sangre y tan agotado, que se deja llevar sin más reparo que incongruentes maldiciones y protestas.

La tarde cae y Angela Dominica, desde la cubierta de la galera roja, ve llegar a la esquiva playa la hilera de jenízaros que, prendiendo ya las primeras antorchas, baja por un estrecho y empinado sendero al herido Mehmet tendido en una improvisada camilla. Cuando lo suben a bordo, la fiebre es ya su señora; cuando

ve a Angela, la confunde con Ísmihan y le aferra las manos como lo haría un niño que despertara de la más negra pesadilla o que retornara a casa cuando ya se creía por completo perdido.

—Ahora, amada mía, volvemos a estar juntos. Bendita sea mi muerte porque me ha franqueado la puerta que llevaba hasta ti —murmura Mehmet.

Su rostro, tan duro, tan propicio para infundir miedo, adopta una expresión que conmueve a la veneciana.

Pues aunque sabe que las palabras del capitán jenízaro no están destinadas a ella, sino a una mujer muerta, no puede impedir que le lleguen muy hondo. Y cuando Mehmet termina de recibir los cuidados médicos que precisaba, nadie ve nada extraño en que sea ella, la única mujer a bordo, la que se quede junto a su camastro, escuchando los delirios enfebrecidos del herido y aliviándole con paños de agua fría, mientras le estrecha una mano llena de cicatrices y que ahora parece la de un niño. Ella sabe que es una mano que ha matado más hombres de los que ella ha engañado; y es que Angela, creedlo, ha engañado a muchos.

Y así los sorprende un nuevo amanecer y cuando Mehmet la enfoca con su ojo azul hielo, ella le sonríe y le aprieta la mano como para ayudarlo a salir de ese lugar indefinible a donde te lleva la fiebre cuando te acerca a dos pasos de la muerte.

Mehmet tardó tres días en saber que aquella mujer no era Ísmihan. Tres días de fiebre, de curas, de palabras extraviadas en su deseo de estar muerto y así, por fin, volver con ella. Pero Dios no lo quiso así y lo dejó vivir. La fiebre se atemperó un poco y la ilusión se desvaneció como hace el amanecer: dejando solo el recuerdo de su luz pura.

Mientras, en Vatheia se siguió combatiendo. Pero los turcos, tras el descalabro sufrido, habían perdido empuje y sus ataques no lograban expugnar las torres. Ulug, airado, ordenó lo imposible: desmontar los dos cañones de crujía de las galeras y subirlos hasta una posición dispuesta para bombardear desde ella la aldea.

Los hombres siempre logran lo imposible si un demonio empuña el látigo y Ulug, ya lo sabéis, es Satanás atizando con el flagelo.

Así que ahora, dos cañones y cuatro falconetes están emplazados y prestos para reducir a añicos las torres de Vatheia.

—¡Fuego! —ruge Ulug y los artilleros, casi a la par, disparan los dos cañones de treinta y seis libras y los falconetes de seis.

Tempestad de hierro y tras el humo ven que los proyectiles han acertado de lleno provocando considerables daños en la torre más próxima.

Ulug, impaciente, furioso, ordena cargar y disparar de nuevo; y así, vez tras vez, los cañones van derruyendo, impacto tras impacto, la torre maniota en la que sus defensores y las gentes indefensas pretenden protegerse sufre el infierno a base de metralla, pánico y dolor.

Pues ¿quién hubiera podido creer que se pudieran emplazar cañones en aquel lugar en el que hasta las águilas se lo piensan dos veces antes de posarse?

Pero allí están y allí siguen: cañonazo a cañonazo y tras veintiséis descargas artilleras, la torre está lo suficientemente «ablandada» como para que Ulug se anime a ordenar un asalto y, tras superar una desesperada resistencia, logre apoderarse de la humeante ruina que ahora es la pirgóspito.

—Once. Quedan once torres. —Es lo único que dice Ulug, satisfecho, cuando ve a sus hombres arrastrar hasta él a los escasos supervivientes maniotas.

No les concede piedad, por supuesto, sino que ordena que sean empalados de inmediato sin atender a su sexo o su edad. Y el horror, una vez más, toma imagen y sonido para que todos puedan verlo y oírlo encarnado en un bosque de estacas donde hombres, mujeres y niños sufren la agonía más espantosa.

María lo ve todo desde la torre en que se halla. «Seremos las siguientes», piensa: la torre y ella. Pues ahora los turcos están moviendo sus cañones y falconetes para enfilar la pirgóspito donde ellos están y se repetirá lo que ha visto en las últimas horas: el

bombardeo inclemente, la ruina y el horror que siguió a la caída de la torre.

La mente es un mal bicho. De verdad, creedme, sé de lo que hablo: te obliga a pensar cosas que no deberías imaginar y así, como si fuera ácido, te va devorando la voluntad, la esperanza, el alma incluso.

Ahora, María lucha con su mente que, una y otra vez, la imagina siendo preparada para el empalamiento: clavada e izada, se ve sintiendo como la pequeña vida que apenas empieza a germinar en su vientre es brutalmente destrozada junto a sus entrañas por la puntiaguda madera.

Entonces, el pánico se agolpa en la garganta y quiere llorar o gritar; o quizá desea hacerlo con tal de que su mente deje de torturarla con tales ideas y visiones.

—Tengo mucho miedo.

María se gira hacia la niña que ha hablado, Eleni, que con sus inmensos ojos de chiquilla de seis años tiene el rostro demudado. María, que ha entendido lo que ha dicho, la atrae hacia sí y la envuelve con un abrazo para poder mentirle mejor.

—No tengas miedo, Eleni. No nos pasará nada malo.

Y al poco, retumban de nuevo los cañones y la torre tiembla hasta los cimientos al recibir los impactos.

Ulug contempla a los empalados. La mayoría de ellos siguen vivos y eso le recuerda que tiene que premiar a su verdugo. Pues él, Ulug, es un hombre justo.

—¡Abd al-Aziz! —llama y, de inmediato, el verdugo argelino acude presto, con la cabeza inclinada, aguardando lo que su señor tenga a bien decir.

No es necesario decir nada. Ulug le arroja una bolsita repleta de monedas de oro y el verdugo, con los brazos encostrados en sangre hasta los codos, da las gracias y corre de vuelta con sus ayudantes para seguir cumpliendo con su trabajo.

Y prosigue el bombardeo. Bala de cañón tras bala de cañón, la torre donde se guarecen Monteagudo y los suyos se va

desmoronando.

José de Monteagudo no descansa. Desde que cosecharon su increíble éxito con el barril de pólvora, los turcos no les han dado tregua y los tres días largos que han pasado han sido horas interminables de disparar arcabuces y de ir arriba y abajo por toda la torre tratando de levantar el ánimo de los desesperados defensores.

En el fondo nadie se engaña: van a morir como ya lo han hecho los que defendían la torre que cayó ante sus ojos; la mayoría solamente ruega a Dios que la muerte se los lleve antes que los turcos, pues estos últimos, ya lo han visto, solo les reservan una cruel agonía.

Monteagudo no llora y no deja traslucir su miedo, pero nunca había estado tan asustado. Pues ahora sabe que hay algo más importante que su vida o la de sus hombres: la de María y la del hijo no nacido que lleva consigo y que nunca verá la luz de este mundo.

¿Impotencia? Más de la que imagináis, pero hombres como él transforman la impotencia en rabia y la rabia en combate. Así que es un torbellino de valor y resistencia que motiva a los españoles y a los maniotas a seguir resistiendo.

Cae la noche y la torre, aunque está muy dañada, aguanta; sí, colmada de muertos, de heridos y sentenciada a caer con la nueva luz del día, pero resiste.

Esa noche, la última, José y María se abrazan en un rincón repleto de escombros y se quedan allí, en silencio, velando al hijo que nunca acunarán en sus brazos. A tres pasos de ellos, sobre otro montón de cascajo, Andreas relata cuentos a Eleni; tanto arte tiene su engaño que la niña cree que al día siguiente, con la mañana, los ángeles y los santos vendrán a liberarlos y le traerán un regalo.

Pero los ángeles y los santos siempre tienen algo mejor que hacer y el amanecer llega sin que aparezcan.

Monteagudo, que no suelta a María de la mano, se asoma por una tronera y ve como los artilleros preparan sus cañones. A esa distancia las descargas de artillería serán devastadoras. ¿Cuánto tiempo les queda? Siete u ocho descargas más, sopesa, antes de

mirar a levante y sondear los infinitos rosados con que está prendiéndose el horizonte.

—Todo ha valido la pena.

Monteagudo se gira para mirar a María. ¿Qué ha dicho?

—Todo ha valido la pena, José. Todo. Los años de abandono y mendicidad, los de bailaora de taberna, los de hambre… todos valieron la pena a cambio de estos dos últimos que he pasado contigo.

Y al escuchar aquello, José, al fin, se rompe y llora como un niño.

María lo abraza y llora con él. No hay nada más hermoso ni preciso que llorar con quien amas cuando todo se derrumba. Porque cuando te hundes abrazado al único ser que realmente importa, el mundo puede irse al infierno que tú seguirás agarrado a un trocito de cielo.

Y retumban los cañones y el impacto los hace tambalear, pero no se sueltan, sino que siguen allí, abrazados, compartiendo amor y lágrimas.

Gregor de Gordon se pone trabajosamente en pie. Es un hombre muy grande; ser un gigante, a veces, es un engorro: los techos suelen estar pensados para gente normal y él, cuando se olvida de su estatura, suele darse con las jodidas vigas en la cabeza.

—Te has dado diez veces con las vigas y aún no has aprendido a agachar la testa, escocés. ¿Es que en tu país no os enseñan a aprender? —Le endiña Andreas con malicioso regocijo.

Gregor lo mira con su mejor cara de loco y le devuelve la sonrisa lentamente.

—Nos enseñan, griego del demonio, vaya que si nos enseñan, pero no aprendemos. Un buen escocés no aprende a dejar de golpearse la cabeza con una viga, sino que aburre a la viga hasta que esta, desesperada, se aparta.

Y sueltan una carcajada que atrae a Miguel el Moro y a los tres arcabuceros. Es momento de chanzas y risas, pues es momento de morir y todos lo saben.

Y el bombardeo suma descargas: dos, tres, cuatro… La torre va menguando, sus gruesos muros de piedra van cediendo y el piso superior, en la quinta descarga, se desmorona llevándose por delante a no pocos maniotas que quedan sepultados por el derrumbe o lanzados al vacío.

Ulug Alí aprueba lo que está viendo: una o dos descargas más y ordenará el asalto. ¿Luego? Un breve combate y más desgraciados para engrosar el sombrío bosque de estacas y empalados que ha plantado ante los últimos defensores de Vatheia.

—¡Fuego! —brama el calabrés y, como el sudor le empapa la cabeza, se quita el turbante y se rasca las heridas que le dejó la tiña muchos tiempo atrás.

El humo y el polvo se dispersan y la torre, pese a todo, sigue aguantando. Ulug no se inquieta: ordena volver a cargar y a aprestar las piezas artilleras.

Los artilleros se apresuran, pero disponer un cañón de treinta y seis libras no es tarea ni fácil ni rápida.

—Este será el último disparo —murmura Monteagudo sin dejar de abrazar a María.

Se miran a los ojos y se dan el último beso rogando a Dios que la nueva descarga los alcance de lleno y se los lleve juntos al otro mundo.

Y rugen los cañones y, a su alrededor, todo estalla.

segunda parte

LA JORNADA DE NAVARINO

14

De milagros y batallas

Corfú. Don Juan de Austria no termina de acostumbrarse a ser una leyenda, un santo guerrero, el General de Cristo. ¿Cómo puede habituarse a esas cosas un hombre de veinticinco años? Pero lo haga o no, es eso para toda la cristiandad. Así que ahora, cada vez que habla con alguien, se cree obligado a pensar mucho lo que dice, a no prometer demasiado, a no defraudar nunca; y todo eso es mortalmente complicado.

Pero siempre quiso ser un héroe y ahora que lo ha conseguido, no va a quejarse de serlo. Por eso, en la carroza de su nueva galera de tres fanales, asistido solo por su sobrino y amigo Alejandro Farnesio medita en la jornada de guerra que tiene ante sí; y entretiene los ojos con el perfil de la costa de Corfú que, a cada momento, se va aclarando y que cuando doblan una punta de tierra, les revela su abrigado puerto en el que ya hay ancladas ciento veinticinco galeras, seis galeazas, veinte naos gruesas y docenas más de ligeras fragatas, saetías, bergantines… Un bosque de mástiles: un mundo de madera, cáñamo, esparto y metal que flota sobre unas aguas azul imposible a la sombra de una vieja fortaleza veneciana y de una villa griega famosa por su trigo y por su próspero comercio.

Don Juan se ajusta la gorra valona y ordena a continuación que la escuadra que trae anuncie su llegada con los correspondientes cañonazos y algarabía precisas para la entrada en el puerto de todo un General de Cristo que, por si fuera poco, es el hijo natural del emperador Carlos V y hermano –bastardo, pero hermano– del rey más poderoso del planeta: Felipe II.

Horas más tarde, la flota se ha reunido casi por completo y la gran armada que don Juan va a capitanear suma ya ciento noventa

y cuatro galeras españolas, venecianas y pontificias, ocho galeazas venecianas, cuarenta y cinco naos gruesas y varias decenas de naves ligeras. Sobre esas trescientas cubiertas se amontonan ochenta mil hombres: veinticinco mil soldados, de los que veinte mil son del rey de España, trece mil marinos y cuarenta y dos mil remeros.

Y contándolo todo con la minuciosa habilidad de un comerciante, está Jacob el Sevillano que, esa noche en su casa, recibe a un caballero traidor que a cambio de oro entrega un detallado informe y promete, por si fuera poco, atraerse a uno de los pilotos que sirven en La Real de don Juan de Austria.

Jacob el Sevillano tiene mucho oro. Todo el que le facilita el hombre más rico del mundo, don José Nasí, y lo entrega generosamente al traidor que, dos horas más tarde, ocupa su puesto en la mesa dispuesta para la cena del General de Cristo y sus principales capitanes y consejeros.

Es una cena muy animada, pues don Juan debe ser puesto al día de muchas novedades: de los movimientos de la gran flota de Ulug Alí; de los empeños venecianos por arrastrar a don Álvaro de Bazán y a Gil de Andrade a buscar una batalla decisiva aún antes de que el vástago imperial llegara a Corfú; de la falta de víveres y del interés de los venecianos en que la armada solo se aprovisionara de trigo y vino en Corfú y Zante, colonias suyas, y, de ese modo, llenar aún más la bolsa de la Serenísima; y, también, de los desacuerdos constantes entre los aliados y del enfado de los venecianos al saber que el rey de España había decidido dejar en Mesina cuarenta galeras y cinco mil soldados de los tercios dispuestos para repeler un posible ataque francés a Italia.

Los temas se suceden y, en la confianza generada entre aquel pequeño círculo de veteranos que sirven a un mismo rey, las copas de vino se llenan varias veces; y el traidor, que ha anotado mentalmente hasta la última palabra pronunciada, se permite, incluso, proponer un brindis por la victoria.

Cuando alza su copa, don Álvaro de Bazán, presente en la cena, no puede evitar preguntarse que habrá sido de los hombres que envió al país de Mani. La fusta que debía recogerlos nunca los

embarcó y han pasado tantos días que ya alberga pocas esperanzas. Sin embargo, el capitán Monteagudo no es de esos que se dejan matar sin cumplir lo que se les ordena.

El vino no le sabe bien y, cuando la cena termina, se queda aparte con don Juan, Alejandro Farnesio, Juan de Cardona y Gil de Andrade. Los venecianos y Marco Antonio Colonna no están presentes y las lenguas, por lo tanto y en teoría, pueden hablar sin traba ni precaución alguna.

—Venecia anda en tratos secretos con el sultán —dice sin más el marqués de Santa Cruz.

Como don Juan lo anima a hablar, lo cuenta todo o al menos, todo lo que sabe, que no es mucho y que seguirá siendo poco, si Monteagudo y los suyos no regresan de Mani.

—Venecia nunca ha dejado de tener tratos con el sultán. Eso lo sabemos, señor marqués —responde don Juan—, pero con lo que me ofrecéis como prueba poco puedo hacer. Los venecianos lo negarán todo, claro está, y si yo insisto lo único que lograremos es que estorben, aún más si cabe, nuestros movimientos y que aseguren así el fracaso de la jornada. De esta guisa prepararán su salida de la Liga Santa.

La exposición del hijo del emperador Carlos es tan serena, tan precisa, tan clara en lo que acontece y en lo que puede acontecer, que a don Álvaro de Bazán no le queda duda alguna de que los años, los muy zorros, siempre mienten: aquel joven que cuenta veinticinco es, en verdad, el más viejo de todos los presentes.

—Mi tío, don Juan, tiene razón —interviene el joven príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, atrayendo la atención de los presentes.

Es un hombre de mediana estatura, delgado pero atlético, de piel aceitunada y ojos negros, de movimientos controlados pero vibrantes, en los que se expresa una energía desmesurada a la par que su férrea voluntad y su mesura.

Se impone un silencio denso que invitan a la reflexión.

—La cuestión no es si Venecia está en tratos secretos con el sultán, sino si esos tratos darán suficiente fruto como para inducirla a consumar la traición que baraja contra nosotros —concluye Farnesio tras la larga pausa que ha hecho.

—Los venecianos no paran de propagar la especie de que es nuestro rey quien está causando la disolución de la Liga con sus demoras y su empeño porque el esfuerzo militar de los aliados debe pasar a centrarse en Berbería —se lamenta don Álvaro—. Esos condenados ven mala voluntad en todas partes: que si los cinco mil soldados que el rey mandó dejar en Sicilia son una prueba de nuestra falta de compromiso con la Liga Santa; que si nuestra intención de atacar Argel es prueba manifiesta de nuestro egoísmo y de nuestra despreocupación por los intereses generales de la cristiandad… Tengo para mí, señores, que todas esas protestas son solo los preparativos necesarios, llamémosles así, para justificar su futura defección.

Don Juan de Austria asiente a las palabras de Bazán.

—No andáis descaminado, señor marqués. Pero mientras yo siga siendo el General de Cristo, como me llaman, haré lo imposible por mantener esta Liga Santa. Y si eso me obliga a cerrar los ojos ante las intrigas venecianas, pues los cerraré.

—¿Y si la traición de Venecia se consuma mientras estamos en plena jornada contra los turcos? —desliza Juan de Cardona.

Don Juan se vuelve hacia él y le sonríe con serenidad antes de volver hablar.

—No, Venecia no hará eso. Si así procediera sería la guerra entre la Serenísima y España; y eso, señores, no puede permitírselo.

—Los venecianos son capaces de eso y de mucho más. Esos mercaderes endiablados venderían a su madre si el beneficio valiera la pena —afirma, tozudo, don Álvaro.

—Venecia solo tiene intereses, señor marqués, y esos intereses están ahora en un callejón sin salida: si sigue guerreando contra el turco, su comercio, que es tanto como decir su existencia, está comprometido. La Serenísima República fue a la guerra cuando constató que el sultán solo le daba dos alternativas: sumisión o destrucción. Por eso, si ahora el Gran Turco se mostrara comprensivo con los intereses comerciales de Venecia… —explica don Juan de Austria dejando en el aire lo que sigue.

—… se precipitaría a besarle las manos —concluye Farnesio.

Como nieto también del emperador Carlos, bisnieto del papa Paulo III y sobrino del rey Felipe, se ha criado, por así decir, con las complejidades de la política internacional.

—Y hasta le besarían los pies y no le harían tampoco ascos a lamerle otras partes menos nobles —agrega, implacable, don Álvaro de Bazán.

Si algo aprendió el marqués en años de combatir por todo el Mediterráneo fue a cultivar una sana desconfianza contra todo lo que viniera o fuera hacia Venecia.

—En efecto, pero lo que nuestros *Occulti* en Constantinopla nos trasmiten es que el sultán sigue empeñado en castigar severamente a Venecia —añade don Juan—. Mientras que eso sea así, no tenemos nada que temer por parte de la Serenísima, pues se verá obligada a continuar la guerra y, sobre todo, seguirá necesitada de nuestra alianza y buena voluntad.

—Por eso mismo, excelencia, estoy inquieto: la noticia que tengo es que uno de los principales *Occulti* de nuestro rey en Constantinopla, Pedro Paolo Arcuri, navegaba a todo trapo para alertarnos sobre una posible conjura que haría cambiar al sultán de posición frente a Venecia, favoreciendo así que esta última nos abandone y deje solos ante el Imperio de los turcos —insiste don Álvaro.

Al decirlo, apoya sus pesadas manos sobre la mesa y tensa su poderoso cuello de toro. Pues, hombre de acción como es, le cuesta contenerse ante lo que para él es cuestión tasada: Venecia va a traicionarlos.

Don Juan sonríe. Valora mucho a don Álvaro y sabe que no hay hombre más diestro que él sobre las aguas del mar, pero hay más de una forma de batallar y él, como General de Cristo, debe tenerlas todas en cuenta: sin las galeras y galeazas de Venecia, sin su oro y sus bastimentos, la Liga Santa no podría enfrentarse a los turcos. Venecia necesita a España, pero también esta última necesita a la Serenísima. Por eso, hasta que no tenga una prueba concluyente sobre las negociaciones y tratos secretos entre el sultán y la República de San Marcos, una que exhibir ante toda la cristiandad y que obligue a los venecianos a retractarse, nada podrá hacer. ¿Pues

de que servirían sus protestas? De nada. Venecia se limitaría a negarlo todo y el ambiente entre los aliados, ya de por sí tenso y desconfiado, se enrarecería aún más si cabe.

—Traedme una prueba, señor marqués. Una que pueda arrojar al multiforme rostro del Senado de Venecia y obligaré a esos mercaderes avariciosos a romper definitivamente cualquier trato con el sultán y a centrarse en ganar esta guerra.

Y mientras habla, don Juan clava la mirada en los imperiosos ojos del marqués de Santa Cruz.

—Pero si no podéis darme sino sospechas y conjeturas, nada podré hacer.

Eso es todo. Don Álvaro de Bazán se despide y con él se van Cardona, Andrade y los demás, dejando a tío y sobrino solos.

—Creo que don Álvaro tiene razón —comenta Alejandro Farnesio, que, aunque sobrino de don Juan, es dos años mayor que él y ha visto mucho más mundo y por lo tanto, mucha más traición.

—Yo también lo creo, Alejandro. Pero, a veces, creer no sirve de nada; o peor aún: a veces, creer es lo más peligroso que puedes hacer.

Don Juan lleva razón, sin duda. La Liga Santa es una alianza inestable que el papa Pío V forjó a base de carisma y empeño. Sí, los que poseía un hombre que, habiendo nacido en una pobre familia campesina, que vivió sus primeros años como simple pastor y los siguientes como un hombre santo y de humildad infinita, termina siendo el sucesor de san Pedro y, por ende, uno de los grandes poderes de este mundo.

Pero Pío V murió el primero de mayo, cuatro meses atrás. Y en Roma, donde cerró sus ascéticos ojos el santo padre, el nuevo papa, Gregorio XIII, que podrá ser un hombre culto, un hábil político y un hombre habituado a palacios y reyes, carece del carisma que se le concede a un asceta, a un místico que lleva el fuego del Señor prendido en los ojos y los labios para poder mover, así, a las naciones a someterse a la voluntad de Cristo. Y puesto que los dos aliados principales, España y Venecia, recelan de continuo el uno del otro y solo se avinieron a sumar esfuerzos contra el Gran Turco por la insistencia y los desvelos del difunto papa, ahora, sin su presencia

alentadora y carismática, los desacuerdos y desconfianzas han alcanzado un punto álgido que amenaza con hacer naufragar la cruzada contra el Imperio del sultán Selim.

En meditar sobre ese tipo de cosas se extravían las mentes de tío y sobrino. Durante un buen rato se quedan allí, solos, en silencio. Luego, don Juan se pone en pie y baja de la carroza al puente. La noche es hermosa y convoca infinitos luceros. A su lado, Alejandro Farnesio, que antes que sobrino es amigo y alma gemela, camina sin apenas hacer ruido.

Delante de ellos, a unos pocos pasos, uno de los caballeros del séquito de don Álvaro de Bazán se ha retrasado hablando con el piloto mayor de la galera de don Juan de Austria. Al pasar junto al noble y al piloto, los dos hombres guardan apresurado silencio y ofrecen a los dos príncipes una profunda reverencia; cuando, prosiguiendo su paseo, don Juan de Austria y Alejandro Farnesio llegan hasta los cañones, ambos se detienen y contemplan el puerto por largo rato sin cambiar palabra alguna.

—¿Sabes, Alejandro? A veces pienso que Lepanto fue un milagro y eso me da miedo —confiesa al fin don Juan en un susurro.

—¿Miedo?

—Sí, miedo. Pues un milagro es algo extraordinario. Algo que no puede suceder y que, sin embargo, sucede. Por eso, un milagro puede darte la victoria en una batalla, pero no en una guerra. Las guerras, al contrario que las batallas, necesitan de la constancia de la fortuna y a «esa» no se la retiene con milagros, sino con habilidad y medios suficientes. Quizá, Alejandro, yo no tenga esa habilidad; y si Venecia nos traiciona, si abandona la Liga Santa y pacta con el turco por separado, tampoco tendré los medios.

—Si eso sucede, si Venecia hace defección, la cristiandad entera la maldecirá; y nuestro hermano y tío, el rey Felipe, se revolverá contra ella. Además, recuerda que el rey cuenta con medios más que suficientes para sostener por sí solo, sin el concurso veneciano, esta cruzada. Si la Serenísima nos traiciona, seguiremos luchando solos hasta alzarnos con la victoria.

Don Juan no confía en eso último. Es cierto que su hermano, el rey Felipe, es el hombre más poderoso del orbe. Sus reinos y

posesiones se extienden por las Indias Occidentales, por el norte de África, por media Europa y por los más lejanos archipiélagos de Asia, y sus ejércitos son invencibles. Pero también es cierto que, aunque recauda fuertes tributos y hasta sus arcas llegan todos los años tesoros inmensos provenientes de las Indias, sus finanzas siempre se hallan al borde de la bancarrota, cuando no directamente metidas de lleno en ella. Así que a Felipe no le faltan tierras, ni soldados, sino oro, y este último, bien es sabido, es la «sangre» de todo reino o imperio. Pero es que, además de la escasez de oro para sostener tantas guerras y tantas lejanas y amenazadas provincias y fronteras, hay otra cosa, profunda y oscura, que a don Juan de Austria le duele en el alma como una herida abierta: su hermano recela de él.

—Mi hermano, el rey, nunca me entregará los medios necesarios para que podamos alzarnos con la victoria definitiva sobre el Gran Turco —confiesa con infinita tristeza, mientras sus ojos se llenan de la melancolía de la luz de los astros reflejados en las oscuras aguas de un mar arropado de noche.

Farnesio aguarda antes de contestar. También en su familia, su madre Margarita, hija bastarda del emperador Carlos, y su padre Octavio Farnesio, príncipe de Parma y Piacenza, sufrieron esa desconfianza, ese recelo continuo que habita al rey. Felipe es un monarca excepcional: laborioso, prudente, inteligente, entregado por completo a su deber de regir y gobernar con justicia y acierto; pero también es un hombre terriblemente desconfiado y, ¿por qué no reconocerlo?, celoso del éxito de su hermano bastardo.

—Debería haberte concedido el reino de Albania… —deja caer Alejandro con un susurro y sin mirar a su tío, y sin que este aparte los ojos de los luceros cuya luz baila en las tranquilas y oscuras olas —. El difunto papa Pío V te ofreció la corona y los albaneses rebeldes al poder turco te suplicaron que la llevaras sobre tu cabeza para encabezarlos en su lucha. Un reino de Albania habría sido una espina en el costado del sultán y un poderoso vasallo y aliado para España. Pues con las dos orillas del canal de Otranto en nuestras manos, la de Apulia en el reino de Nápoles y la de Albania bajo tu dominio, Venecia hubiera tenido que avenirse por completo a nuestros intereses; y los griegos, estimulados por el ejemplo de los

albaneses, se habrían levantado también en masa contra los turcos. ¿Lo imaginas? El Mediterráneo todo habría sido puesto bajo la égida de España.

«Todo eso es cierto», piensa don Juan, pero ¿de qué sirve lamentarse por tan gran oportunidad perdida?

—También los griegos rebeldes de Epiro me ofrecieron la corona, ¿puedes creerlo, Alejandro? Si Felipe hubiera consentido habríamos visto alzarse, aquí, en levante, a un gran reino cristiano contra los infieles turcos…

Se lamenta, porque, después de todo y aunque no sirva de nada, es necesario hacerlo para que el corazón no se te pudra de rabia ante la incomprensible injusticia sufrida.

—¿Por qué crees que el rey se negó a apoyarte cuando el papa le instaba a hacerlo? —pregunta al cabo Farnesio, aunque ya tiene la respuesta, pues ama a su tío y amigo y sabe que verbalizar el dolor es conveniente para sanarlo.

—El rey se alegró con la noticia de la victoria en Lepanto como nunca antes lo había hecho. Don Lope de Figueroa, a quién envié a Madrid para que le relatara nuestra gesta, así me lo dijo en una de sus cartas: me contó que el rey me alabó por encima de toda medida y que pidió, una y otra vez, que le relataran la batalla; y al escuchar, de continuo, pedía detalles sobre mi participación personal, exaltándose con cada lance y desbordando de orgullo fraternal y alegría. Pero a la alegría sucedió la desconfianza, pues muchos son los cortesanos que le susurran al oído que un bastardo como yo puede tener… ¿cómo decirlo?, ah, sí, ¡demasiadas aspiraciones, eso es! ¿Acaso el ofrecimiento de las coronas de Albania y Grecia no vino a confirmar lo que decían esas malas lenguas cortesanas?

—¡Madrid es un nido de víboras!

—¿Qué corte no lo es? —responde don Juan con una sonrisa irónica en sus labios.

—Pero el rey confía en ti como en nadie, Juan. Eres su capitán, y es a ti y solo a ti, a quién ha confiado esta guerra en la que empeña la mayor parte de sus naves y soldados.

Don Juan sabe que esto último también es cierto. Conoce, ama a su hermano, y sabe que el rey también lo quiere a él; y que, aunque todos los malditos cortesanos del mundo vertieran veneno en sus oídos, jamás lograrían que dejara de quererlo y apreciarlo.

¿Entonces? Lo sabe, en el fondo es algo muy sencillo, muy humano: a su hermano, al rey Felipe, le gustaría ser don Juan de Austria. Le gustaría ser un caballero, el General de Cristo que llevara bien alto el estandarte de la cristiandad y que blandiera el montante en mitad de la rugiente batalla. Eso es lo que, en secreto, desea Felipe, pero como es hombre sabio y no se engaña, también sabe que eso nunca sucederá y que no ocurrirá: no porque no pueda ponerse al frente de una armada, que podría hacerlo, sino porque no es un soldado, sino un chupatintas. Sí, uno muy importante, el más importante de cuantos escribientes han pisado la tierra y el más poderoso, pero un secretario.

¿Es eso rencor? ¿Piensa don Juan todo esto porque está airado contra su hermano por haberle negado las coronas de Albania y Grecia? Sí, justo por eso lo piensa y por eso también se sabe débil, pequeño, mezquino, ingrato en grado sumo. Pues se lo debe todo a Felipe. Todo. No, no debería pensar esas cosas sobre su hermano…

—El rey es más sabio que nosotros, Alejandro. Quizá tenga destinada para mí otra corona más importante que las de Albania y Grecia. Quizá vea más lejos que nosotros y comprenda que yo, al contrario que él, soy bueno para combatir, pero no para regir.

Alejandro comprende y asiente, y en la intimidad que generan las sombras se permite un gesto de camaradería, que solo la noche y el silencio les concede: apoya su fuerte mano en el hombro de su tío y amigo y lo presiona con fuerza.

—¡Mira, Alejandro, el Oriente comienza a encenderse! —exclama súbitamente don Juan de Austria—. Llega el nuevo día y a mi mando tengo la más grande armada y los mejores hombres de guerra de toda la tierra. ¿No es eso lo más hermoso que pueda tener un hombre como yo? —pregunta en un tono que es vibrante y gozoso.

Sí, hay gozo en sus palabras; y en sus ojos de príncipe bastardo, lágrimas que Alejandro Farnesio finge no ver.

15

La sombra de Dios

Selim, el segundo de su nombre, es la sombra de Dios. Sí, y el Señor del Horizonte, Santo Califa, Gran Sultán, Gran Kan, César de los Romanos y muchas otras cosas que no recuerda cuando, como ahora, está agradablemente borracho y tendido sobre cojines de seda y brocado, sin poder fijar los ojos en ninguna parte y sintiendo que su cuerpo y su espíritu pueden flotar sin que la realidad los gobierne.

Pero ebrio o no, siempre hay algo que no olvida: él decide quién vive y quién muere, y también dictamina el destino de las naciones. Lo demás, el gobierno, los impuestos, los gastos e ingresos, los preparativos militares, la construcción de puentes y carreteras, los equilibrios entre religiones... el día a día de su imperio, lo deja en otras manos; pero lo esencial, la vida y la muerte y el destino de las potencias, eso nunca lo delega y él, Selim, decidió dos años atrás que Venecia debía someterse o morir.

Por eso, pese a los ruegos de su amada Nurbanu, se mantiene firme en su inicial resolución; y por eso le desagrada tanto que su primer visir, Sokullu Mehmet Pachá, y su mejor amigo, el banquero judío José Nasí, también sean tan insistentes en su deseo de lograr una paz por separado con Venecia.

No, no dará su brazo a torcer. ¿Tozudo? Puede, pero un sultán debe serlo, pues ¿acaso no sería una marioneta si no lo fuera?

En verdad, el único en quien ahora realmente confía es Ulug Alí, su *Kapudan Pachá*; un hombre tan testarudo como él y que, como buen renegado que es, no se muestra remilgado con el vino… Sí, le gusta el muladí[*] y por eso lo nombró almirante de su flota; y también por eso, aunque Nurbanu insiste en que debe retirarle su favor, no lo hace.

Nurbanu. ¿La ama? La desea, que no es lo mismo pero es igual. O al menos para un hombre como él. ¿Y qué clase de hombre es? Nadie lo sabe y nadie lo sabrá, pero es un hombre cansado. ¿Podría ser de otra forma con la vida que llevó hasta ser proclamado sultán? Ser príncipe en Constantinopla es pensar, desde que tienes uso de razón, que algún día, si no eres elegido heredero, tu hermano, aquel que sí haya sido designado para suceder a tu padre, ordenará tu muerte en cuanto sea proclamado nuevo sultán. ¿Se puede crecer con esa espada colgando sobre tu cabeza? Se puede, pero deja huellas: el miedo constante, la desconfianza de todos y a todas hora, la sensación de que no eres sino una herramienta en manos poderosas; manos como las de tu padre, para quien solo eres una posibilidad, un mero cálculo político, un mero engranaje dinástico, y no un hijo al que abrazar, al que amar, al que desearle futuro... Pues un sultán, ahora lo sabe, solo se debe a sí mismo y al imperio.

¿El resultado? Un hombre amargado, cansado de tanto miedo, de tanta noche despertándose sobresaltado al oír pasos furtivos que, de inmediato, cree que son los de los asesinos que su padre o su hermano han enviado para eliminarle discretamente.

Por todo eso, Selim ama el vino. Pues le permite olvidar los años de su infancia y juventud: los del miedo y la zozobra. Así que se revuelve en los cojines en busca de la jarra, pero no la encuentra…

Con dificultad, enfoca la mirada y, tras una breve inspección, ve la jarra de oro apoyada sobre una mesita de ébano incrustada de marfil y plata. Se arrastra hacia ella sobre los cojines y las alfombras, pues ponerse en pie sería vano, y alarga la mano temblorosa.

—Yo te lo serviré, amado mío.

Selim se sobresalta al escuchar la voz dulce de Nurbanu. No la esperaba ni debería estar allí… Aunque, claro, está tan borracho que puede que haya olvidado el haberla llamado.

En cualquier caso, ella le sirve una generosa copa de vino de Chipre y luego, tentadora, desnuda excepto por las perlas y gemas que la adornan, se tumba a su lado y se le ofrece.

Y Selim, un hombre cansado, comienza a pensar, caricia tras caricia, beso tras beso, que quizá no sea tan tozudo como pensaba.

Lejos de allí, en la camareta del capitán de la galera roja, Mehmet al-Rumi se revuelve en sueños. Inquieto, levanta las manos como si acariciara un rostro y el sueño es tan vivo, tan real, que sus dedos se solazan en las hermosas facciones que acarician, y cree sentir que el divino rostro se inclina sobre él y le besa la frente.

Entonces abre el ojo y ve a Angela Dominica. La veneciana le sonríe y él se siente infinitamente turbado. ¿Ha sido su rostro el que acarició en sueños o el de Ísmihan? Se siente sucio, como si hubiera traicionado a su amor y le hubiera sido infiel; ante su gesto adusto, contrariado pero aún enfebrecido, Angela Dominica deja de sonreír y hace ademán de retirarse.

Pero él la detiene tomándola de la muñeca.

—Gracias por cuidarme —susurra, pues está tan débil que pronunciar una sola palabra le supone un gran esfuerzo.

—La llamabas en sueños… —responde ella y en sus ojos brilla algo que Mehmet no sabe interpretar—. No tienes que darme las gracias. Soy tu cautiva, ¿recuerdas? Una cautiva vive para servir.

Mehmet se permite una tenue sonrisa y niega con la mano vendada.

—Tú, veneciana, nunca serás cautiva de nadie. Eres como yo: una depredadora. Has cuidado de mí… eso es cierto, pero todo en ti tiene un propósito. Si es limpio, lo averiguaré y te compensaré por tus cuidados; y si es malvado, también me enteraré. Pues Mehmet al-Rumi, debes saberlo, nunca contrae deudas; si las tiene, las paga de inmediato o acaba con el acreedor para que dejen de existir.

—Te gusta dar miedo, ¿verdad? —le espeta ella, desconcertándolo—. He reflexionado sobre eso y he llegado a la conclusión de que quieres dar miedo porque eres tú quien realmente lo tiene.

—¡Yo no tengo miedo de nada ni de nadie, veneciana!

—Lo tienes de ti mismo. Tienes miedo de que alguien llegue a donde te ocultas. ¿Y sabes dónde te escondes? En lo más hondo de tu ser: en tus recuerdos, en lo que deseabas y nunca tuviste. Sí, y en la esperanza que perdiste, pero sin la que no puedes ni sabes vivir —dice la mujer.

En sus grandes ojos dorados danza un fuego que no se puede definir y por el que a Angela Dominica se le escapan cosas que siente pero que no comprende, ni quiere comprender.

Mehmet no contesta. Cierra el ojo glacial y pide a la fiebre que se lo lleve de nuevo a la inconsciencia. Mientras regresa a lo nebuloso de su alma, se repite que debe matar a esta mujer en cuanto cumpla su misión, pues ya sabe demasiado sobre él; y eso, que le remueva el alma, lo hace vulnerable, pues Mehmet solo puede permitirse ser una cosa: fuerte.

Pero tan fuerte como es sucumbe al deseo de hundirse de nuevo en la fiebre y hurtarse así de este mundo que ya únicamente habita para la venganza y el dolor.

Angela Dominica no se retira de la cabecera del lecho de Mehmet; por enésima vez, mientras contempla el rostro duro y perlado de sudor del capitán jenízaro, se pregunta qué diablos le está pasando, algo que a su vez implica interrogarse sobre por qué se siente tan atraída, tan fascinada, por un hombre al que debería odiar y desearle la más negra de las muertes.

«Eres una estúpida», se recrimina, «deberías matarlo y luego abandonar esta galera y correr hasta Venecia para cumplir lo que te fue ordenado. Es un hombre… Solo un hombre más y has tenido muchos. Y además, Angela, este es demasiado peligroso para que te convenga. Mátalo. Sí, mátalo».

A la vez que dice esas cosas para sí, toma una almohada y se dispone a asfixiar con ella al desvalido Mehmet.

—Duerme para siempre —dice Angela Dominica apretando los dientes.

Y coloca la almohada sobre la nariz y la boca del jenízaro.

Mientras Angela Dominica comienza a asfixiar a Mehmet al-Rumi, en la torre maniota de Vatheia, donde se hallan atrincherados José de Monteagudo y los suyos, todo estalla.

Y es que el impacto de los proyectiles disparados por los poderosos cañones turcos de treinta y seis libras termina por

reventar los muros de la torre maniota donde Monteagudo y María siguen abrazados.

Saltan por los aires y caen golpeándose contra el muro que tiene detrás suyo, quedando sepultados por el polvo, la confusión y los gritos y lamentaciones de los heridos que, de inmediato, colman aquel piso de la pirgóspito.

Pero María y José están vivos, sí, aunque no van a tardar en lamentarlo. Con dificultad, ayudando a María, José tira de ella hasta el hueco que ha quedado abierto en la pared por la explosión y mira por el mismo en dirección a las posiciones otomanas: afuera, a ochenta o noventa pasos, disponiéndose delante de las piezas de artillería, los soldados del sultán se están agrupando para lanzar un asalto general que, esta vez sí, será también un asalto final.

Son centenares de *levendat* y jenízaros armados hasta los dientes, deseosos de cobrarse sangre y esta vez nada los podrá detener.

—Pégame un tiro, José.

Al oír eso, se vuelve sobresaltado, con los ojos dilatados como los de un caballo a punto de salir desbocado. Pero ella está tranquila, muy serena.

—Dispárame. No permitas que me tomen cautiva y que me sometan al suplicio del empalamiento. No me dejes morir así y que tenga que hacerlo sintiendo como matan dentro de mi vientre a nuestro hijo.

Hay tanta serenidad y determinación, tanta aceptación y desesperanza en la voz de María que Monteagudo se echa las manos a la cabeza, como si la idea no pudiera caberle dentro. Luego, como dándose por vencido, se le escapa un sollozo, mitad de impotencia y mitad de dolor imposible ya de retener; lenta y torpemente, se saca de la faja la pistola alemana que le queda y, sin decir nada, ni mirar a su mujer, la carga y se dispone a usarla.

Afuera, los turcos estallan en alaridos de guerra y resuenan ya los primeros disparos: unos son de los defensores que han sobrevivido a la última descarga artillera y otros de los tiradores otomanos que los hostigan cubriendo el inmediato avance de sus

camaradas que, en cuanto se dé la orden, se lanzarán hacia delante como lobos hambrientos.

Pero todo eso pertenece a otro mundo. El suyo, el de María y el que todavía él habita, solo los contiene a ellos tres: a una pareja que llega al final de sus días y a una nueva vida que nunca los podrá contar.

Y ya está: la pistola, cebada y lista para disparar cobra vida en su mano y Monteagudo apoya el cañón en la sien de María y acciona el mecanismo de disparo.

Afuera, junto a las piezas artilleras, Ulug Alí da la orden de asalto a la torre. El *Kapudan Pachá* ofrece una magnífica estampa: lleva su turbante de seda cruda y su caftán rojo y oro, monta de nuevo el nervioso caballo bereber y sostiene el alfanje apuntando al enemigo, mientras que el tambor toca paso de carga y los soldados, en disciplinadas filas, inician su carga de infantería entre el retumbar de los falconetes y los mosquetes que cubren su avance.

Por su parte, desde la derruida torre maniota disparan sobre los infantes turcos y desde las pigóspitos vecinas tratan de apoyar a sus camaradas con sus tiros de arcabuz, pero está claro que la defensa se ha derrumbado y que se trata de la última resistencia antes del final; y este, Alá así lo ha dispuesto, será una matanza y después, para los que no tengan la suerte de perecer en ella, una estaca afilada.

Mientras la ruina se consuma, en el interior de la torre Gregor de Gordon se santigua y luego, mirando de reojo a Andreas y a Miguel el Moro, se permite una sonrisa antes del final.

—¿No os parece una muerte magnífica para un noble escocés? —pregunta con una ironía desafiante acentuando cada palabra.

—Aún no estamos muertos —replica, tozudo, el maniota, dejando traslucir su enfado con el destino.

—Bueno, Andreas, no nos falta mucho para estarlo —apunta Miguel el Moro, siempre conciliador.

—Pues yo apuesto a que antes de contar veinte la palmamos —insiste Gregor.

A la vez que dice aquello, se acerca al hueco descomunal que ha causado una de las balas de a treinta y seis lanzadas por las

piezas turcas; aferra un arrancado sillar que debe pesar sus buenas doscientas libras, lo alza como si fuera una canica y lo asoma por el agujero en espera de dejarlo caer sobre los primeros infieles que haya debajo.

No tardan mucho en estar ahí. El escocés, ignorando los disparos que silban a su alrededor, arroja la descomunal piedra tallada que, tres pisos más abajo, aplasta a dos corsarios argelinos que han tenido el mal tino de ofrecer sus cabezas para el impacto.

Andreas, algo más animado por la desafiante actitud de su amigo norteño, ha ido contando para ver si Gregor gana su apuesta:

—Veinte, diecinueve, dieciocho, diecisiete, dieciséis... —y mientras lo hace, asoma el arcabuz y lo descarga sobre jenízaro que, alcanzado de lleno en el pecho, gira dos veces sobre sí mismo antes de caer al suelo.

—Quince, catorce, trece… —retoma ahora la cuenta Miguel el Moro, que se suma a la macabra apuesta y, también contando, empuja la escala que han apoyado los turcos y por la que ya suben tres de ellos; sin el apoyo del muro, se quedan en precario equilibrio sobre la escalera de mano antes de caer de espaldas y partirse los huesos.

—Doce, once, diez… —sigue Gregor.

Mientras los números prosiguen su cuenta atrás, nuevas escalas se apoyan y por debajo suyo, en la segunda planta, los turcos irrumpen como una avalancha de muerte tras echar abajo la estrecha puerta de la torre.

Entonces, atraído por la algarabía de los turcos y por la matanza que han iniciado en la planta de abajo, el escocés se descuelga la *claymore*, ajusta en torno a su empuñadura los articulados dedos de plata y se precipita escalera abajo mientras sigue contando:

—Siete, seis, cinco, cuatro…

E irrumpe entre los asaltantes que, enfrascados en matar ancianos, mujeres y niños, no contaban con el ataque de un oso rojo.

Y el oso rojo escocés mata a cada segundo:

—Tres, dos, uno…

Y muere. O no. Porque el disparo que le destinaba un turco, se lo lleva el pecho de Andreas que salta a tiempo de interponerse entre el mosquete otomano y su amigo; propulsado brutalmente por el proyectil, se golpea contra un muro y cae al suelo.

—Cero —murmura Andreas que ha quedado sentado, despatarrado y con el pecho abierto en una espantosa herida.

—¡Hijos del demonio! —estalla un conmocionado Gregor de Gordon y su furia es el puño de Dios.

Y ante ese puño, nada se sostiene: hombres que son partidos en dos por el espadón escocés; brazos amputados, cabezas cercenadas y un terror primigenio e imparable, que obliga a los turcos a retroceder, a saltar desde el segundo piso a la calle colmada de escombros, a morir pidiendo clemencia.

¿Clemencia? Gregor y Miguel el Moro, que para ese entonces está con ellos y tan enfurecido como el escocés, no la conceden y tampoco la dan Juan de Soto, Juan Cobo y Francisco de Cabra que, a puñaladas, rechazan a los otomanos.

Es un combate salvaje en el que el entrecano Juan de Soto se deja la vida prendida de un *kilif* jenízaro y Gregor y Miguel reciben varias heridas; pero también se impone la furia que, verdad, despeja de enemigos el segundo piso de la torre.

Entonces, corriendo hacia su amigo, Gregor se agacha junto a Andreas que le sonríe con una divertida sonrisa.

—Es la primera vez que ganas una maldita apuesta, escocés —dice con sangre en los labios.

Gregor, aunque abre la boca para replicarle con una buena chanza, nunca lo hace.

Pues Andreas ha muerto.

El escocés niega con su pelirroja y gran cabeza y siente unas garras que le estrujan el corazón, la garganta, incluso la puta alma, y se pone a llorar. Como un niño, como un hombre, como llora quien pierde a su mejor amigo.

Miguel el Moro no sabe qué hacer ni qué decir, por lo que se queda quieto, junto a Gregor; como persisten el silencio, el vacío, la infinita y la repentina soledad que los asfixia y aísla, extiende la mano y le cierra los ojos a su amigo griego.

Afuera, Ulug Alí contempla, asombrado, como sus hombres son expulsados del interior de la torre. Algunos de ellos están tan espantados que prefieren saltar al vacío antes que arrostrar al enemigo y otros, en fin, corren como ratas en busca de su agujero.

No olvidará lo que ha visto: los castigará a su debido tiempo. Pero ahora no hay tiempo para eso, pues debe reorganizar a su hueste y lanzarla de nuevo al asalto.

Entonces, un hombre grita con insistencia y, al volverse Ulug hacia él, ve como señala a un *ulak*, un correo, que, habiendo dejado su agotado caballo al pie de la empinada ladera, corre hacia ellos portando su cartera de fieltro encerado.

Y debe de haber algo en la forma de correr del *ulak* que hace que todos se concentren en él y se olviden del asalto a la torre. Ulug siente una extraña comezón que le sube por la espalda y se remueve incómodo en su caballo mientras el correo, perdiendo en la carrera su último aliento y quedando desfondado, se le aproxima, con la cabeza gacha, a dos pasos de él en señal de respeto.

—¡Habla! —ordena Ulug, molesto, casi dejándose llevar por un frustrante sentimiento de anticipada contrariedad.

Pero el *ulak* no dice nada sino que se limita a descolgarse la cartera de fieltro encerado y a extraer de ella un documento sellado que entrega al *Kapudan Pachá*.

Ulug Alí lo toma, rompe el sello y lee el contenido; en su semblante, mientras lee, se asientan la rabia y algo más.

—Don Juan de Austria ha zarpado de Mesina con el grueso de las galeras y tropas españolas y ha puesto rumbo a Corfú. Puede que ya haya llegado allí y que esté reuniendo a la totalidad de su armada para emprender la campaña que preparan contra nosotros. En cualquier caso, debo volver de inmediato con la flota a Navarino —dice, más para sí que para los capitanes y funcionarios que lo rodean.

—¿Y la toma y destrucción de Vatheia? —se atreve a preguntar uno de sus oficiales.

Ulug se gira para clavarle los ojos intensos de un calabrés obligado a dejar a medias una *vendetta* y el oficial, sintiendo de

repente que lo está tentando la muerte, agacha los ojos y pide amparo a Alá.

—A Gian Battista deberá bastarle con esos —dice, sin que nadie pueda saber de qué está hablando, y señala con la mano derecha a las decenas de empalados que, a escasos pasos, siguen transitando su horrísona agonía.

Y eso es todo: Ulug Alí es un hombre realista y solo un pragmático sobrevive a un pasado como el suyo. Además, la venganza es un placer y un soldado se debe antes al deber.

Pronto se imparten las órdenes y los soldados, al oír los toques de tambor que ordenan retirada, se vuelven sorprendidos y también, ¿para qué negarlo?, un tanto aliviados. Pues aunque los maniotas de la torre estaban acorralados y a punto de ser desbordados, son gente que pelea hasta la muerte llevándose a cuantos puedan por delante.

—¡Desmontad los cañones y devolvedlos a las galeras! —grita en ese momento uno de los oficiales.

—¡Cuatrocientos escopeteros, arcabuceros y mosqueteros cubriendo el repliegue! —ordena otro.

Pero Ulug ya no oye nada de eso. Pues escoltado por cien *sipahis* y por los cincuenta hombres de su guardia personal, cabalga ya por las montañas de Mani en dirección a la escueta playa donde están ancladas las galeras de Mehmet al-Rumi y de Mohamed Bey. Embarcará en la del segundo, la más grande, y pondrá rumbo a Navarino a todo lo que den el viento y la palamenta de la nave.

¿Por qué tanta prisa? Porque don Juan de Austria llega y ese hombre, por joven que sea, ha demostrado ser el martillo del dios de la guerra y, sin duda, descargará su nuevo golpe cuando nadie lo espere.

Ulug lo sabe y quiere, por encima de su deseo de vengar la muerte de su amigo, obtener sobre el General de Cristo una victoria que sacie otra venganza, una más precisa si cabe: la debida a su hijo. Sí, su primogénito amado muerto en Lepanto por mor de don Juan de Austria.

En la torre medio derruida José de Monteagudo no le vuela la cabeza a su mujer: los disparos han cesado repentinamente y, con ellos, el bramido ronco del combate y el asalto.

María abre los ojos verdes y ve el rostro pálido de su hombre. Los dos se quedan así, mirándose fijamente, y luego, sin decir nada, se abrazan y lloran.

No dejaron de hacerlo en todo el día: Andreas había muerto y Eleni, su sobrina, estaba conmocionada. ¿Cómo era posible que su tío, el mago, también se hubiera ido? Pero este jodido mundo es el muro inclemente contra el que se estrella todos los días lo posible. Y María, que había preferido morir y llevarse con ella a su hijo no nato, tiene ahora que vivir con más fuerza que nunca, pues, sin haberla parido, tiene una niña consigo.

Y siguen las lágrimas: por Juan de Soto, por este y por aquel, por el uno y por el otro, y por el de más allá… Pues los muertos, hombres, mujeres y niños, son muchos y la ruina muy grande.

Al atardecer, con la última luz, los turcos terminaron su repliegue. Entonces, los supervivientes pudieron acercarse al bosque de estacas.

Algunos de los desgraciados empalados seguían vivos y no pocos de ellos, todavía conscientes, les pedían que pusieran fin a su agonía. Así lo hicieron y la pena dejó la luz del día y se mezcló con las sombras.

Todo era llanto en Vatheia y los supervivientes de los tres clanes maniotas que habían luchado juntos y con tanto denuedo contra los turcos, ya no se veían entre sí como enemigos, ni como vecinos, sino como hermanos. Pues nada une más que la pérdida y la batalla.

Y Monteagudo, de pie junto a Gregor de Gordon, Miguel el Moro y los dos arcabuceros, Juan Cobo y Francisco de Cabra, despiden a sus amigos muertos, Juan de Soto y Andreas el Griego, antes de meterlos en las dos tumbas que para ellos han cavado.

Cuando cubren con tierra a Andreas, amontonan piedras sobre su tumba. Piedras del país de Mani, al que tanto echaba de menos. Piedras blancas, fuertes, sin tacha, como el corazón del más fiero de los maniotas, el más fiel de los camaradas: Andreas el Griego, soldado del rey de España y *kapetános* de su pueblo.

Una vez terminaron de apilar piedras blancas, clavaron entre ellas una cruz y rezaron una oración antes de que un pope de larga barba blanca enviara el alma del maniota a los cielos donde reina el valor. Y cuando todo terminó y la noche ocultó las lágrimas, Gregor de Gordon tomó la espada de su amigo griego y caminó con ella hasta el borde de un acantilado; entonces la hizo girar sobre su cabeza y la arrojó lejos, al abismo, allí donde solo el espíritu de Andreas pudiera volver a empuñarla.

Abandonaron Vatheia antes de que saliera el sol. Eran cinco hombres, una mujer y una niña. Eran los suyos y Monteagudo, que caminaba en vanguardia, moriría por cada uno de ellos sin pensárselo.

Su paso era ligero: no llevaban con ellos ni una sola porción del collar de Roxolana, que habían entregado la tercera parte a las gentes de Vatehia, sino que tan solo portaban las palabras que antes de morir les revelara Pedro Paolo Arcuri, el *Occulti* del rey de España. Debían llevarlas cuanto antes a conocimiento de don Álvaro de Bazán y de don Juan de Austria, y ponerlos sobre aviso. De esa manera, se consolaban, no serían en vano las muertes de aquellos que participaron en aquella infausta empresa en la que se estaba jugando el destino de los imperios.

—Con un poco de suerte, llegaremos a Kalamata en tres días. Allí, en el golfo de Mesenia, deberíamos hallar alguna nave a la que pagar pasaje hasta Corfú —asevera Monteagudo a los demás sin dejar de apretar el paso.

—¿Por qué no vamos a Porto Cagio? —pregunta Gregor; mientras lo hace, percatándose de que Eleni no puede seguir el paso vivo al que marchan, la toma por la cintura y se la sube sobre los hombros.

—¡Venecianos! —responde Monteagudo y con esa sola palabra no hace falta nada más que deba comprender un soldado del rey de España.

Pues, aunque son aliados de Venecia y combaten junto a la Serenísima desde hace dos años, de todos es sabido que un

veneciano y su palabra valen tanto como el silencioso pedo de una mosca.

Esa noche, en las montañosas fronteras de Mani con Mesenia, se atreven a encender una hoguera y a su luz, muy juntos, se miran a los ojos; y la vida, siempre tan fuerte, se les va asentando sobre la pena que traen con ellos y les impone, de nuevo, una palabra reparadora, una sonrisa amable, el inexplicable deseo de seguir juntos y vivos que hace que, después de todo, merezca la pena seguir adelante.

Así se quedan dormidos. Juntos. Pues, aunque no comparten la misma sangre, son una familia de lazos fuertes.

Ulug Alí no duerme. ¿Alguna vez lo hace? Ni siquiera él puede afirmarlo, pero allí está, en la carroza de la gran galera de dos fanales de Mohamed Bey, el nieto del mítico Barbarroja.

Clava sus ojos oscuros en la fosforescencia nocturna de las aguas del golfo de Mesenia y, forzando la vista, cree distinguir dos luces en la lejanía: al norte y al este, en las fronteras de Mani, la luz tenue de una hoguera, y al sur y al oeste, en Mesenia, las luces de los molinos y casas de Corón.

El mar le sienta bien. Es su elemento, el único lugar en el que pudo hacerse fuerte y en donde su nuevo nombre, Ulug Alí, quedará realmente anotado para los tiempos futuros.

Por detrás de la gran galera verde, con buen viento de levante en las velas, la galera roja de Mehmet al-Rumi abre un surco oscuro entre las fosforescentes olas del golfo de Laconia. El capitán jenízaro, pese a la fiebre, se ha empeñado en que lo suban a cubierta y allí, en la noche, con Angela Dominica a su vera, otea las estrellas y se fortifica con el aire limpio y fresco que le arroja la mar contra su rostro esculpido en hielo perlado de fiebre.

—No iremos a Navarino —anuncia a Angela sin volverse a mirarla—. O no todavía, al menos; antes de eso te llevaré a Venecia.

Angela no termina de creérselo. Se muerde los labios y busca razones para no dejarse llevar por la idea de que puede que aquella pesadilla llegue pronto a término y recupere así su libertad.

—¿Y qué dirá Ulug Alí? —se atreve a preguntar.

—Se acerca una tempestad. Nos alcanzará antes de que amanezca —anuncia el jenízaro como si con eso contestara a la pregunta de la muchacha.

Angela se vuelve a mirar a un lado y otro, pero la luna reina y las estrellas son visibles. No hay signo alguno de que una tormenta se les aproxime.

—Cuando sople el viento del sur, nos apartaremos de la estela de la galera verde de Mohamed Bey y pondremos rumbo a Venecia. Allí, yo te serviré para lograr lo que debería haber conseguido el collar de Roxolana: convencer a tu Senado de que la propuesta que mi suegro, don José Nasí y la favorita del sultán le hacen en nombre de este último, es fiable. Luego, volveré con Ulug y le contaré que los vientos me llevaron lejos y que mi nave sufrió daños que me obligaron a fondear en una isla apartada para así poder repararlos.

Angela Dominica no está muy segura de que lo que dice Mehmet al-Rumi sea tenido por cierto cuando lo cuente al desconfiado Ulug Alí y se sorprende al percatarse de que le preocupan las posibles funestas consecuencias para Mehmet de la desconfianza de Ulug Alí. ¿Qué diablos le está pasando? Nunca había sentido tanto desconcierto, tanto vértigo en las entrañas.

—Anoche estuve a punto de matarte —confiesa de repente y, al instante, se arrepiente de haberlo hecho.

Pero Mehmet tampoco se vuelve entonces a mirarla. Permanece quieto, sondeando la mar y la noche, como si en ellas también pudiera tantear su propia negra alma y su torturada mente.

—Lo sé. ¿Y sabes qué? Recé para que lo hicieras.

Al escuchar aquello, Angela Dominica da un paso atrás, como si una mano invisible la hubiera golpeado y se queda muy quieta, sin apartar los ojos espantados de la severa figura de Mehmet. Luego, algo brilla en el rostro anguloso del jenízaro y su alma de mujer se conmueve al comprender que se trata de una lágrima que, cediendo a un irracional impulso, se adelanta a besar.

Mehmet siente el beso en la mejilla como si lo acariciara un soplo de brisa. La muchacha da un paso atrás en cuanto lo roza con

los labios y luego, llorando como una chiquilla, se apresura a volver al interior de la galera dejándolo solo.

Entonces, rápida, llega la primera nube rasgando el disco de la luna y un golpe de viento lleva hasta la cara de Mehmet una gota de lluvia.

—¿Así que solo era esto? —se dice el jenízaro dibujando una ácida sonrisa—. Una gota de lluvia, solo eso. Ya decía yo que un monstruo como yo no podía llorar.

Se fustiga, cruel consigo mismo.

—Pobre niña. En el fondo, Angela Dominica, no eres tan mala como crees —se dice para sí con una triste sonrisa—. Yo, por el contrario, soy peor de lo que nunca llegarás a comprender.

Y con la última desconsoladora palabra, un rayo rasga el levante y el primer trueno retumba; y su sombra, hasta entonces proyectada por la claridad nocturna, queda disuelta en la negrura que consigo trae la tempestad.

* En el contexto del siglo XVI, se reservaba esta palabra, que significa converso, para los renegados cristianos que se pasaban al islam, tras haber sido tomados cautivos, con el propósito de ser liberados.

16

El león, el santo y el dragón

Corfú y Venecia, agosto-septiembre de 1572. Don Álvaro de Bazán es un hombre formidable. ¿Qué otra cosa vas a ser si con solo dieciséis años el emperador Carlos te nombra capitán de galeras del reino de Nápoles y luego te pasas treinta años batallando sin parar contra turcos y corsarios?

Ahora pasea impacientemente de un lado para otro mientras aguarda al capitán José de Monteagudo que, en secreto, le ha dado aviso de que está en Corfú, a donde ha llegado en una nave epirota que zarpó hace unos días desde Kalamata, en el golfo de Mesenia.

«¿Qué misterios, qué enredos y conjuras habrá en todo esto?», se pregunta esperando una respuesta; y mientras espera va dando grandes pasos y su cuerpo pesado de hombre recio de cuarenta y seis años hace rechinar las tablas de la cámara donde más seguro se siente: en la de su galera, La Loba.

Se oye entonces el golpeteo de los remos de un esquife tentando las aguas mansas del puerto y al poco, el bote se amura y un hombre de pies firmes sube a bordo. Una galera es una vieja chismosa: si uno la conoce bien y le presta atención, su madera lo cuenta todo; y lo que ahora cuenta la muy cotilla es que el capitán Monteagudo ha llegado, al fin, y que viene solo.

Bazán se asoma a la antecámara y con una seña indica a su secretario personal que de paso al visitante y que lo deje a solas con él. Luego, de regreso a la estancia, toma asiento en la silla de nogal con respaldar de águila con las alas extendidas que le regalara su madre, doña Ana de Mendoza, cuando lo nombraron capitán general de las galeras de España. Le tiene especial cariño al mueble, pues al poco murió su madre; y eso, ya se sabe, no se olvida.

Y allí, sentado con el águila guardándole las espaldas, lo encuentra José de Monteagudo y Lope de Torices, capitán de una de las más de cincuenta compañías con las que ahora cuenta el tercio del maestre don Lope de Figueroa.

No trae buena cara. Y no son solo las cicatrices, que de esas ya tenía bastantes, sino el semblante agotado, casi consumido. «Este hombre ha atravesado los infiernos antes de llegar hasta mí», piensa don Álvaro; y al comprenderlo, presuroso, se levanta y acude a estrecharle las manos. Pues, por muy capitán general de galeras que seas, ni una pizca de polvo valdrás sino reconoces y honras el valor y el esfuerzo de los hombres que te sirven.

—No contaba ya con vuestro regreso, señor capitán. Pero veo que traéis razones más que de sobra para justificarlo —se excusa don Álvaro y, sin soltarlo, lo conduce a la silla de águila y lo obliga a sentarse en ella para luego tomar asiento enfrente.

Monteagudo está agotado, ciertamente. No hace ni tres horas que arribaron a Corfú y no se ha tomado tiempo ni para asearse ni comer, sino para asegurarse de que los suyos reciben alimento y descanso.

Además, le preocupa mucho María. La joven está muy delgada, pues los días de combate, de marcha a través de los montes de Mani, de sobresaltada navegación a través de mares infectados de galeras turcas y de continuos vómitos y náuseas, le han pasado factura.

—Señor marqués, las razones de mi demora puedo enumerarlas en batallas, camaradas muertos y heridas sufridas —dice al fin.

Don Álvaro asiente con su gran y señorial cabeza. Le gusta este hombre; otros tendrán mejor verbo, mejor planta, mejor linaje, pero este tiene la determinación, el valor y el temple que pocos oseen.

—Sabía que os enviaba al peligro, capitán, pero veo que ese peligro era más grande de lo que jamás hubiésemos imaginado.

—Mani bullía de turcos, mi señor capitán general. Sabían, al igual que vos, que allí, en la torre de los Morfakidis, se hallaban dos cautivos de singular valor y no consideraron el gasto de hombres y sangre que les sería necesario para poder apoderarse de ellos.

—¿Y lo lograron?

Por primera vez, don Álvaro deja traslucir su deseo, su premura por saber.

Monteagudo se toma su tiempo en responder. En su cabeza, una tras otra, se suceden las jornadas, las mudanzas de fortuna, las batallas, las muertes que ahora deben quedar comprimidas en una escueta respuesta.

—La espía veneciana escapó y se llevó con ella los papeles secretos que portaba.

Y ante esa revelación, don Álvaro se deja caer hacia atrás y agría el gesto.

—En cuanto al *Occulti* de nuestro señor, el rey, pude liberarlo y hablar con él.

Al escuchar aquello, don Álvaro se reanima de inmediato y expectante, se vuelve a echar hacia delante en su asiento.

—Pero no pude traerlo conmigo, pues murió al ser alcanzado por un disparo de mosquete cuando nos disponíamos a huir de los turcos.

«Todo está pues perdido», piensa don Álvaro al escuchar aquello. O casi todo.

—¿Y que os reveló el *Occulti*?

—Que Venecia anda en tratos secretos con la corte del sultán y que sopesa la conveniencia de hacer fracasar esta jornada, y luego, con la excusa de tal derrota, abandonar la Liga Santa —sigue explicándose Monteagudo, pero lo que dice ya lo sabía don Álvaro—. El hombre había sido torturado salvajemente y la fiebre lo consumía, pero añadió que tenía la certeza de que en Constantinopla se había puesto en marcha una conjura para convencer al sultán de que ofreciera buenas condiciones para que Venecia obtuviera una paz ventajosa por separado. La sultana Nurbanu, el primer visir y el banquero judío, don José Nasí, están detrás de esa secreta empresa. Y en cuanto a la espía veneciana a la que nuestro *Occulti* perseguía y que naufragó con él junto al cabo Matapán, llevaba consigo no solo la propuesta de acuerdo, sino una prueba palpable de que el compromiso era serio y de que los conjurados lograrían que el sultán consintiera en lo que acabo de deciros.

—¿Una prueba palpable? —pregunta don Álvaro completamente asombrado y tenso. Pues ahora, todo lo que acaba de oír es nuevo para él y sumamente inquietante.

Y entonces, Monteagudo suelta la bolsa que lleva sujeta bajo el tahalí y la arroja sobre la mesa.

Don Álvaro la recoge, la abre y comprueba que está vacía. Sorprendido y un tanto disgustado, mira al capitán enarcando una de sus gruesas cejas de lobo de mar; ante ese gesto, Monteagudo añade algo más:

—Es la bolsa donde la veneciana llevaba el collar de Roxolana. La gran joya que el sultán Solimán el Magnífico regaló a su favorita y que esta, a su vez, entregó a su hijo, el actual sultán Selim, para que se lo regalara a su propia favorita, Nurbanu. La joya debía ser mostrada al Senado de Venecia y a su dogo, y de esta manera, convencerlos de que la propuesta iba en serio y que la sultana y sus poderosos aliados, Sokullu y Nasí, estaban comprometidos en convencer al sultán de que fuera generoso con la Serenísima.

Don Álvaro pasa la bolsa vacía entre sus dedos maravillado y a un tiempo contrariado por no tener también lo que debía contener. «Mostrado en triunfo ante don Juan de Austria, hubiera sido un poderoso argumento contra la traicionera Venecia», se lamenta.

—¿Y qué pasó con el collar?

—Me vi obligado a partirlo en tres trozos para sobrevivir.

—¿Sobrevivir?

Don Álvaro enarca su otra ceja mientras se acomoda en su asiento y con un gesto de la mano anima a Monteagudo, de pronto silencioso.

—Los maniotas son gente dura y codiciosa, señor. Tanto, que solo se dejan convencer por cosas como el oro y las gemas. Entregué un tercio a los Grigorakis para que nos dieran paso por su territorio y se sumaran a nosotros en la batalla que teníamos que librar contra las tropas de Ulug Alí; luego tuve que entregar otra parte a los de Vatheia por darnos refugio y la tercera porción la cedí a los Morfakidis en compensación por la destrucción de su aldea y la muerte de la mayor parte de sus miembros. Ya sabéis que eran la gente de mi camarada, Andreas el Griego, que murió peleando a mi

lado y defendiendo a su gente, pues Ulug Alí se empeñó en darles muerte a todos… —duda un instante— a todos los Morfakidis. Hombres, mujeres y niños. Parecía un perro rabioso y ordenó que empalaran a todos sin excepción.

A don Álvaro no se le salen los ojos porque los tiene acostumbrados a las sorpresas. Pero esta, vive Dios, es grande de veras.

—¿Ulug Alí Pachá habéis dicho?

—Sí, el mismísimo *Kapudan Pachá* del sultán. Llegó a la aldea de los Morfakidis al frente de setecientos hombres y a ellos sumó los de dos capitanes corsarios cuyos nombres reconoceréis también: Mehmet al-Rumi, el tuerto del demonio, y Mohamed Bey Barbarroja.

—¡Por Santiago Matamoros! —exclama el Marqués sin poder contenerse—. ¡Ahora entiendo que tengáis ese aspecto, pues en verdad habéis atravesado el maldito infierno!

—A fe mía, señor marqués, que ese hombre, Ulug Alí, buscaba en Mani algo más que dos cautivos valiosos y un collar magnífico, por portentosamente caro que fuese.

Monteagudo ensombrece el rostro agotado.

—No sé cuál era la causa de su deseo brutal de matar, pero su maniaco propósito era acabar con cuantos maniotas cayeran en sus manos y, de paso, con nosotros. En cuanto a los otros dos, Mehmet y Mohamed, os diré que conozco bien al primero y que nada bueno puede estar pasando si él está complicado en este asunto.

Don Álvaro asiente. Tiene buenos y numerosos informes sobre la mayoría de los capitanes corsarios de Berbería y Levante, y todos ellos dicen lo mismo: que el tal Mehmet al-Rumi es un espléndido hijo de puta, amén del viudo yerno del primer visir Sokullu Mehmet Pachá; y por si todo lo anterior fuera poco, también le han llegado rumores de que sirve a don José Nasí, el banquero y amigo judío del sultán Selim. Así que todo encaja. Sí, y de la peor manera posible para España.

—¿Y la cautiva veneciana?

—Eso es lo que más me preocupa, señor marqués, pues la tiene Mehmet al-Rumi. Y eso, vive Dios, significa que nos ronda el diablo.

Y el diablo navega ya con rumbo a Venecia por el Adriático. Ya no tiene fiebre y su cuerpo de hierro está un tanto consumido, pero sus manos fuertes vuelven a acunar ese poder que habita entre los dedos de los que en vez de aire, respiran guerra.

Y ahora, en el puente de su galera, mira hacia el norte en busca del discreto fondeadero que les ha revelado Angela Dominica: la arenosa y desierta lengua de tierra del Alberoni, al sur de Porto di Lido, el más importante de los canales que dan acceso a la laguna donde se halla Venecia.

—Las dunas y los cañaverales ocultarán la galera tanto desde el lado del mar como desde el de la laguna —señala Angela.

El roce de su cuerpo vuelve a alterarlo y, nuevamente, se maldice por ello y se tensa. Ella nota la incomodidad del hombre y, cediendo a un impulso que le genera una sensual y traviesa sensación de triunfo, se arrima más a él para seguir turbándolo. Y añade:

—Yo fondearía en esa pequeña ensenada. Al norte, por las dunas, llegaríamos a las torres artilladas que guardan el acceso al canal del Porto di Lido. Por eso te aconsejé fondear aquí, pues ninguna galera que no lleve como estandarte el León de San Marcos puede entrar en la laguna sin haber sido previamente revisada y autorizada para ello.

La explicación delata su orgullo veneciano a la par que el secreto gozo que experimenta poniendo nervioso a Mehmet con el contacto de su incitante cuerpo.

—El cabrón de Kara Hodgia lo hizo —afirma Mehmet.

Y al hacerlo denota su creciente malestar, pues ha traído a su memoria al maligno cura renegado con el que se vio obligado a navegar: ambos afrontaron la empresa de entrar en secreto en el puerto de Mesina para espiar los preparativos y fuerzas de don Juan de Austria justo antes de que la armada cristiana partiera para batallar en Lepanto.

Pero molesto y turbado como está, lo que dice es tan cierto como que el sol sale aunque no quieras: un año atrás, justo antes de Lepanto, el maldito cura renegado fue capaz de sortear las

defensas venecianas y mostrar su pabellón a la vista de las torres y campanarios de la plaza de San Marcos.

Angela lo recuerda bien, pues aquello provocó el pánico en Venecia. Pero en el año transcurrido desde entonces, las cosas han cambiado mucho en la ciudad: ahora, para prevenir que algo así pueda volver a ocurrir, el Senado dispuso tender una cadena en el Porto di Lido para impedir el paso de las galeras enemigas, así como ordenó erigir nuevos puestos de guardia y nuevas torres vigía.

—Ahora sería imposible hacer lo que ese cura del demonio hizo: todos los accesos a la laguna están vigilados y fortificados. Así que debemos dejar aquí la galera y tomar una pequeña barca de pesca con la que poder pasar inadvertidos.

—¿Hasta que me traiciones y me entregues al Senado? —la provoca Mehmet girándose hacia ella y mirándola fijamente mientras deja bailar en los afilados labios una sonrisa retadora.

Angela le sostiene la mirada y, por primera vez, el ojo azul hielo no logra imponerse a sus ojos color miel.

—Debes confiar en mí. Para eso has venido hasta aquí, ¿no es cierto?

Y cierto es. Aquel viaje no tendría razón de ser si no confiara en esta extraña mujer que tantas cosas conmueve en su negra alma.

Poco después, los hombres de Mehmet botan el esquife y los conducen a la arenosa playa de la diminuta ensenada ceñida de cañaverales y sepultada por la melancólica algarabía de gaviotas y demás aves acuáticas que colman aquellos desolados lugares de los bordes exteriores de la gran laguna veneciana y que, espantadas por los hombres, alzan ruidosamente el vuelo.

Mehmet, al pisar la blanda arena, mira en torno suyo: es un lugar deprimente, hecho de barro, arena y cañas y en el que el mar se aquieta, como si no quisiera convertirse en laguna; y la tierra, también medrosa, se disuelve lentamente, sin alcanzar horizonte y como si pasara de ser cosa sólida a convertirse en olas, viento y sal. Lo cierto, percibe, es que, allí anclada, su galera roja no será visible ni desde el lado del mar Adriático, ni desde el del interior de la laguna. Solo quien venga por tierra, atravesando aquella desolada lengua arenosa, podría tropezar con ella. Angela Dominica insiste en

que solo al norte, a cinco millas de allí, hay gente y que esos pobladores son simples pescadores que rara vez se aventuran por aquellos lares; mientras que los soldados, los que guardan Porto di Lido, están aún más lejos y nunca abandonan sus torres de vigilancia, ni las baterías artilleras que guardan la entrada del canal.

—¡Volved a la galera! —grita a los hombres que los han llevado hasta la desolada playa—. Si todo va bien, regresaré mañana con el crepúsculo y os haré señales desde este mismo lugar para que me recojáis —dice, pero al ver la duda reflejada en el rostro curtido de aquellos salvajes marinos, agrega—: Si no regreso, repartid entre vosotros hasta la última moneda de plata que llevo a bordo y preguntad por mí en el infierno. ¡Y no temáis cuando os llegue el turno, pues hablaré bien de vosotros a Satanás!

Las palabras de Mehmet provocan entre sus hombres unas nerviosas risas y con ellas se alejan remando para regresar a la galera, dejándolos solos en la miserable costa.

—Tus hombres te temen tanto como te admiran; te seguirían a la boca del dragón, pero no te quieren —apunta la veneciana.

Él se gira para mirarla y vuelve a sorprenderse pensando lo hermosa que es y el temple tan acerado que tiene aquella mujer misteriosa a la que el viento revuelve los cabellos castaños que ahora, con esta luz, semejan oro viejo surcado por cobre y fuego.

—¿Y quién busca que lo quieran? ¡Ja, mejor me ha ido infundiendo terror que alentando buenos sentimientos! Además, esos lobos son malos como el diablo y uno no puede mandarlos sin meterles dentro un poco de respeto; y a ese, al «respeto», no se le atrae con besos y abrazos, sino con el látigo y el acero.

Y diciendo aquello, sin esperarla, se da la vuelta y echa a andar metiéndose entre las cañas.

Angela Dominica menea la cabeza y escupe a la arena dorada. «¿Quién se cree que es este necio?». Puede que con esa cara suya y ese ojo de hielo meta mucho miedo, pero ella es Angela Dominica, *Occulti* de la Serenísima y ningún hombre ha demostrado jamás ser más listo o más audaz que ella.

—¿Adónde crees que vas? —pregunta al jenízaro echando a correr tras él—. ¡Esta tierra es como un laberinto y tú no eres un

jodido minotauro, sino un maldito cíclope! ¿Pero acaso no ves que te vas derecho a las arenas movedizas de un condenado pantano?

Derecho se iba y de no haber sido por ella, que conoce aquellas tierras de mudanza, mar y viento como la palma de su mano, Mehmet al-Rumi, por muy capitán jenízaro que sea, se habría perdido para siempre.

Pero Angela lo guía y cuatro horas más tarde, agachados entre las cañas, a través de ellas tienen a la vista el estrecho canal del Porto di Lido: dos arenosas lenguas de tierra, la del Lido de Venecia al norte y la que se proyecta desde el sur, conocida como Pellestrina, entre las cuales serpentea un estrecho canal, uno de los tres accesos, de hecho el más importante, de los que comunican el mar abierto con la laguna de Venecia.

Mehmet, con su ojo de capitán corsario, se da cuenta de lo formidable que es aquel lugar: la navegación está estorbada por bancos de arena que, mudando de continuo por mor de las corrientes, harán encallar a cualquier galera que no sea guiada por un piloto experto y conocedor de aquellas traicioneras aguas; además, esas, sembradas como están de islotes bajos y arenosos, desorientarán a cualquier navegante extraño. Tanto es así que hasta los naturales tienen que extremar las precauciones y para impedir naufragios, clavan postes solitarios, los *pricole*, que sobresalen sobre las someras aguas y que marcan el peligroso y acuático camino que debe seguirse para atravesar con seguridad la angosta comunicación entre el mar y la laguna.

Y si esas dificultades naturales no fueran ya suficiente valladar, los venecianos se han ocupado en añadir defensas formidables: a cada lado del canal, sobre los arenosos extremos del Lido de Venecia y Pellestrina, se han erigido dos poderosas torres vigía artilladas que, a sus pétreos pies, también cuentan con el auxilio de más piezas artilleras dispuestas en baterías fortificadas; desde ellas los defensores pueden, fácilmente, volar por los aires a cuanta galera enemiga se atreva a adentrarse en el canal sin el permiso de la Serenísima República.

Pero no solo las dos torres vigilan. Pues más allá de ellas, el capitán jenízaro observa que en el tramo del acuático paso conocido

como el canal de San Nicolás, se está levantando el poderoso fuerte de San Andrés: una potente y moderna fortaleza diseñada por el genial ingeniero Sanmicheli.

Para rematar el inexpugnable bastión, los venecianos han tendido en el lugar más angosto del canal una cadena de hierro que cierra el paso y que les permite detener a cuantas naves pretenden pasar para someterlas a su inspección antes de entrar o salir de la laguna.

—Ha llegado el momento de robar una barca —susurra ella interrumpiendo la larga inspección de las defensas venecianas que hace el tuerto.

Mehmet no la mira, pero asiente.

—¿La robas tú o lo hago yo?

—Ya robaba cuando tú aún no sabías limpiarte el jenízaro culo —le espeta ella con acidez y descaro.

Y, aunque Angela nunca lo sabrá, a la boca de Mehmet acude una sonrisa al escuchar aquello.

—Pues date prisa, hábil y precoz ladrona —replica con sorna.

—¿No vas a acompañarme? —pregunta ella extrañada por tanta confianza.

—¿A robar? No, esas cosas siempre necesitan de poca gente y, por lo que dices, tu destreza podría verse lastrada por la torpeza de alguien como yo.

—Entonces, ¿de verdad te fías de mí?

Angela está realmente asombrada y se muerde el labio inferior en un inconsciente gesto juvenil que provoca un extraño calambre en las entrañas de Mehmet.

—Pudiste matarme y no lo hiciste —responde Mehmet—. ¿Qué otra prueba de confianza puedo querer? Además, me necesitas. No traes contigo el collar de Roxolana y esos viejos senadores pomposos y vestidos con togas negras no creerán ni una palabra de las que digas si no te presentas conmigo ante ellos.

Con eso basta. Angela Dominica lo deja allí tendido entre las cañas, vigilando a los soldados venecianos que guardan las torres y los cañones, y se va para el miserable pueblo de pescadores que amarra sus barcas a menos de dos millas de donde se encuentran.

Es de noche cuando regresa. Lo hace en silencio, tratando de no alertar a Mehmet y de darle así un buen susto. Estúpida pretensión que casi le cuesta la vida, pues, cuando se aproxima al refugio del jenízaro extremando el sigilo, una mano la sujeta con fuerza tapándole la boca y una daga se le posa en la garganta, mientras una voz ronca le susurra al oído provocando en ella tal sobresalto que casi se le suelta la vejiga:

—¿Acaso estás cansada de vivir, mujer? ¡No vuelvas a hacer eso! ¿No eres consciente de que podría haberte dado muerte pensando que eras un soldado veneciano?

En la severa reprimenda que recibe, Angela Dominica encuentra algo que le gusta: Mehmet se ha preocupado por ella.

Diez minutos más tarde, están a bordo de la barca que la joven ha robado y, con golpes suaves de remos, pasan inadvertidos bajo las torres de vigilancia. Pues la noche es señora y la barca, diminuta en la inmensa negrura de las sombras, es imposible de ver. Más difícil es sortear la cadena, situada a medio metro encima de la superficie, pero se echan al agua y, después de mucho forcejear, consiguen meter la proa de la pequeña embarcación bajo el colgante hierro y luego, poco a poco, van pasando el resto de la embarcación y regresan a su diminuta cubierta.

Y reman con cuidado por el traicionero canal. Aquí y allá, ven solitarias torres y aldehuelas emergiendo sobre las dunas y la triste vegetación y, de tanto en tanto, adivinan, más que ven, alguna góndola, alguna barca de pescadores; y entre las cañas y las orillas arenosas creen escuchar no solo el rumor de los millares de aves acuáticas que tienen por hogar aquellos parajes, sino también menguados rebaños de cabras que ramonean los miserables pastos que logran prosperar pese a la arena, el viento y la sal.

Pronto dejan atrás el canal y navegan por las aguas abiertas de la laguna; al poco, ven el perfil difuso de la isla de San Lázaro, desde donde llega el sonido melancólico de las campanas de su monasterio llamando a completas.

—Es la llamada a la última oración de la jornada para los monjes —señala Angela Dominica y aclara—: En esa isla solo habitan frailes y enfermos.

Mehmet mira, ceñudo, la silueta apenas esbozada del monasterio y, como siempre que escucha campanas, se ve obligado a empujar de nuevo, adentro, a lo más profundo de su ser, a Ako, el niño serbio y cristiano que fue, para que no lo turbe en exceso.

—Y esa otra es la isla de la Giudecca —dice Angela.

Mehmet se da cuenta de que se ha perdido durante mucho tiempo en sus pensamientos y recuerdos y que mientras tanto, han avanzado un buen trecho por las aguas de la laguna.

—¿Falta mucho para llegar a la ciudad? —pregunta el jenízaro tratando de disimular su turbación.

—¿Que si falta mucho? ¡Venecia no solo es una ciudad, sino que es todo esto que ves! ¡Agua, islas y viento!

Y al contestar le sale ese salvaje orgullo veneciano que caracteriza a los hijos de la república que, casi mil años atrás, surgió entre las desoladas islas de aquella remota laguna que ahora es el centro de uno de los imperios más ricos y poderosos del Mediterráneo.

Mientras Angela Dominica se vanagloria, ambos costean por su lado meridional la isla de la Giudecca. Y la veneciana, anticipando el asombro que, sin que Mehmet lo sepa, pronto va a experimentar, tiene el rostro encendido de emoción y secreto regocijo. Pues ama a su tierra, se siente orgullosa de ser veneciana. Creció en las calles y canales de la Serenísima como una ladronzuela que, de tanto en tanto, recogía alguna moneda extra haciendo recados a las putas del barrio de La Carampana, al otro lado del Rialto, en el *sestiere* o distrito de san Polo, y siempre tuvo por suyos los magníficos monumentos y edificios que dan esplendor a la Serenísima; pero también consideró que los arsenales y astilleros, con sus centenares de galeras y galeazas, sus fábricas de cañones y sus molinos de pólvora, también le pertenecían a ella.

Mientras Angela Dominica se exalta con la cercanía de su amada Venecia, Mehmet se inquieta cada vez más. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que afrontaron el paso del canal del Porto di Lido? Mira al cielo para averiguarlo y se sorprende al comprobar que el lucero del alba ya se retira y que, a oriente, los rosáceos dedos de la

aurora tantean ya el hundido horizonte y arrojan sobre la laguna la promesa de una luz que aún se ayunta con las tinieblas.

—¡Mira! —exclama Angela Dominica sobresaltando al jenízaro, que, al verla erguirse y tensarse, se lleva la mano a la empuñadura de su yatagán.

Pero Angela no señala ningún peligro, sino una maravilla que apresa el corazón de la muchacha y que deja sin palabras a Mehmet en cuanto su ojo se posa en ella.

Pues del bajo horizonte de la laguna emergen dos altas y formidables columnas: la una coronada por un león alado, símbolo de San Marcos Evangelista, patrón de la ciudad, y la otra por un santo guerrero, san Teodoro, que fue el primer protector de Venecia y que se muestra dando muerte a un dragón. Son las dos columnas de la puerta San Marcos que comunica el mar con la plaza donde se alza la catedral y que forman un portal protector cuyos dos formidables pilares, dos antiguas columnas de granito gris, fueron traídas desde oriente en el siglo XIII como parte del botín allí logrado por los venecianos en las tierras con las que labraron la fortuna de su república.

—Cuentan que esas columnas y las esculturas que las coronan son antiquísimas. Hay quien dice que fueron labradas en los días de Alejandro Magno, quien afirma que en los de los antiguos romanos e, incluso, no falta quien se empeña en atribuir la labor del león a los siglos en que Ciro, Darío y Jerjes mandaron sobre los persas.

Angela Dominica se deja llevar por su pasión al describir a Mehmet lo que está viendo.

—En cualquier caso, lo que es cierto sin dejar duda alguna, es que mis antepasados las trasportaron desde levante con gran esfuerzo. Miden cuarenta y tres pies de altura[*] y pesan tanto que, durante décadas, no supieron cómo ponerlas en pie. Al cabo, lo lograron y ahora se alzan como símbolos de que Venecia está protegida por los cielos y como señal de que nuestro poder se extiende sobre el mar y por los siglos, y de que seguirá haciéndolo así hasta la consumación de los tiempos —explica Angela Dominica.

No ha terminado de hablar cuando ya se perfila también, escapando de las sombras, la aún más alta y maciza silueta del Campanile: el campanario de la catedral de San Marcos y, al poco, deslumbrante, se ve la fachada del Palacio Ducal completando un conjunto monumental que parece ensueño más que obra de los hombres.

Pero Mehmet está fascinado con la columna de San Marcos: el alado león de bronce apoya sus garras sobre un broncíneo libro y la pátina verdosa del metal comienza a despertar con los primeros susurros del amanecer. ¿Quién realizó aquella maravilla? Nadie lo sabe. La escultura, más antigua que Venecia, fue traída de Oriente y luego los venecianos añadieron las alas y el evangelio sobre el que apoya las zarpas, para luego subirla al granito sirio de la columna.

A su vera, la otra columna sostiene a un marmóreo san Teodoro que empuña la lanza con agresiva santidad para atravesar con ella al estilizado cocodrilo que hace las veces de maligno dragón. La escultura fue también modificada por los venecianos que le sumaron una nueva cabeza, la lanza, el saurio y una armadura bizantina, por lo que el santo de mármol le recuerda a Mehmet las estatuas y mosaicos de la vieja Constantinopla.

—¡Y ahí tienes la Biblioteca Marciana! —apunta ahora, entusiasmada, Angela.

Y al hacerlo obliga a Mehmet a dejar de mirar a las columnas y a fijarse en un elegante edificio de mármol blanco y doble columnata, que hace monumental pareja con el Palacio Ducal que ahora, con la nueva luz vespertina que se va sumando en su fachada a las logias de sus mármoles rosados y blancos, luce en toda su gloria; y, paulatinamente, muestra pétreos encajes y tracerías, como queriendo decir que el gran edificio no es de este mundo, sino que está hecho de sustancia inmaterial, como de ensueño, para así poder flotar, ingrávido, sobre el relampagueante azul del mar.

—Amarraremos la barca en la *Riva* de los Eslavonios —dice entonces Angela, señalando a su maravillado compañero un muelle engalanado con postes pintados a franjas.

Son muchos los pescadores, comerciantes y viajeros que han tenido la misma idea que ellos y que se les van sumando conforme

despierta la mañana.

Mehmet ha ocultado sus ropas bajo un robado y raído manto de pescador, sustraído por Angela Dominica junto con la barca, mientras que ella, por su parte, se ha remetido los rebeldes y castaños cabellos bajo una gorra sucia, por lo que, ataviada con ropas holgadas y bastas, pasa por ser un muchacho de la laguna que llega a la ciudad a vender su pescado.

Así que nadie les presta atención y cuando dejan la barca, Venecia los abraza y disuelve en su activa muchedumbre de gentes que vienen y van, que compran y venden, que sueñan y maldicen, que ríen y que discuten en sus calles y canales, en sus puentes e iglesias, en sus mercados y palacios, en sus monasterios y recoletas plazuelas ora delimitadas por edificios, ora abiertas al mar o desembocando en un diminuto canal.

Al cabo, tras cruzar un pequeño puente paralelo y cercano al de Rialto, llegan a la puerta de una taberna de mala fama, El Perro del Mar. Angela Dominica se acerca al tabernero, un hombre viejo y gordo, calvo y medio desdentado, al que hace una señal y entrega algo bajo la atenta mirada de Mehmet al-Rumi, que permanece detrás, algo apartado y vigilante.

—Aguardaremos aquí —informa Angela al capitán jenízaro.

Mehmet, alerta ante cualquier peligro, mantiene su cuerpo de hierro en tensión y el yatagán dispuesto a ser desenvainado, aunque oculto bajo el sucio manto de pescador.

—No temas —le tranquiliza la muchacha.

Ha percibido la creciente desconfianza del tuerto y teme que se transforme en cólera que derive en una orgía de sangre y que convierta la taberna, con sus putas, clientes y gordo tabernero, en un matadero.

—Relájate —insiste con un susurro mientras todos los presentes los miran con creciente interés—. Será un largo rato el que pasaremos aquí. ¿Bebes vino o cumples la ley de tu profeta?

A la par que le pregunta con descaro apresado en un disimulado susurro, se quita la sucia gorra, soltándose los claros cabellos castaños, y le dedica un guiño. De pronto, le estampa un inesperado beso que coge por sorpresa a Mehmet y que tiene como propósito

que los que miran se echen a reír y piensen que solo se trata de una puta disfrazada de chico y su atribulado cliente al que, por lo visto, le gustan los disfraces.

Y mientras Mehmet trata de encajar aquello, Angela lo conduce a la mesa más próxima, lo sienta, se sube a sus rodillas y le susurra al oído que la deje hacer o que pronto tendrán encima a la guardia de la ciudad.

Quien casi se les echa encima es el gordo tabernero calvo que casi tropieza con ellos, visiblemente nervioso, y que pone sobre la sucia mesa una jarra de buen vino de Mantua junto con una generosa porción de queso de Parma y un grueso pan de cebada.

Mehmet rechaza el vino y Angela, que sigue mostrándose muy cariñosa y que, de tanto en tanto, estalla en carcajadas, como si su acompañante le estuviera diciendo cosas picantes y divertidas en vez de mirarla con la cara congelada en un gesto incómodo, pide agua para él. Con ella, Mehmet da buen pasar al queso y al pan.

Mientras come, contempla con asombro creciente a la mujer que tiene sobre las rodillas y ella, sintiendo que en el azul pálido de aquel ojo implacable ya no habitan solo la determinación, la amenaza y la muerte, esboza una sonrisa que él no sabe interpretar, pero que no puede impedir corresponder con una timidez que llevaba mucho tiempo sepultada en lo más profundo de su ser.

Entonces, ella acaricia el rostro del jenízaro con su mano. Una mano cálida, de dedos elegantes y diestros, y con ellos dibuja sobre su nariz, ss labios y su mandíbula angulosa, fuerte y áspera.

Y él, ante aquellos cálidos y etéreos dedos, siente un escalofrío y luego un súbito mareo que lo alarma, pues comienza a sentir extrañamente pesados los miembros.

—¿Qué me está pasando? —pregunta y su voz le suena torpe y confusa.

Pero ella sigue sonriéndole y de inmediato, como si fuera el estallido de un turbión otoñal, la puerta de la taberna se abre de una patada para dejar pasar a un grupo de guardias que apuntan a Mehmet con sus medias picas.

El tuerto trata de levantarse y desenvainar su oculto yatagán y de decir algo. Sí, ¿pero qué? Nada puede hablar, pues la lengua,

hinchada, se le pega al paladar, mientras que Angela, levantándose de sus rodillas y apartándose, como para dejarle más sitio a las picas que, sin duda, lo van a atravesar de inmediato, sigue sonriéndole. Y ahora, al fin, Mehmet descifra su sonrisa: la de una leona cazadora que ha logrado atrapar a su presa.

¿Pueden sonreír las fieras traicioneras? Sin duda. Esta, disfrazada de mujer bella, sonríe del mismo modo en que ya lo había hecho cuando, a su lado, contemplaban juntos y unidos por el mismo embeleso al león alado y al santo matador de dragones.

Mehmet sacude la cabeza, tratando de sacudirse así el sopor que lo paraliza, pero al hacerlo la punta de una de las picas que lo tientan le abre la piel de la garganta haciendo manar de ella un hilillo de roja sangre. «Sangre... eso es todo. Sangre veneciana», piensa Mehmet. Y recuerda así que Angela Dominica solo se debe a Venecia, recriminándose haberlo olvidado y haberse dejado manipular como un necio sin remedio.

—Debiste elegir el vino, jenízaro, pues aquí, en Venecia, el agua siempre trae problemas —dice Angela, mirándolo fijamente y sin dejar de sonreír, como si supiera en que está pensando Mehmet antes de caer y derrumbarse.

Y eso es todo. Pues a Mehmet se le cierra el ojo y cae estrepitosamente al suelo derribando silla y mesa y quedándose inconsciente, justo cuando la primera pica apoya su moharra de afilado acero en su expuesto e indefenso corazón.

* Las columnas miden 12 metros y sobre esa altura se erigieron el León Alado de San Marcos y la imagen de san Teodoro alanceando al dragón.

17

La arena del reloj

Septiembre de 1572.

Don Juan de Austria, el General de Cristo, al fin ha logrado zarpar de Corfú. No ha sido fácil: problemas de abastecimiento, disputas entre venecianos y españoles, interminables debates y discusiones sobre el objetivo inicial de la jornada… Pero ya están en el bendito mar y son una fuerza formidable: doscientas once galeras, cuatro galeotas, seis galeazas, sesenta naos gruesas de transporte y decenas de rápidos y pequeños bajeles como saetías, bergantines, fustas y fragatas. Y en todas esas naves, repartidos, apelotonados, cuarenta mil hombres de guerra y marineros y casi cuarenta y cinco mil remeros, la mayoría de ellos cautivos turcos y penados cristianos condenados al remo y el resto buenas boyas.[*]

El viento es bueno y cuando ve venir a su sobrino, Alejandro Farnesio, le dedica una sonrisa satisfecha. Pues aquello, la mar y la guerra, le devuelven la energía que es propia de un hombre de su edad: veinticinco años.

Llevan con ellos más de mil quinientos bocas de fuego: cañones de crujía, falconetes, sacres, pedreros, culebrinas, matacapitanes… y los mejores soldados de la tierra, más de veinte mil veteranos de los tercios; por todo ello, buscan, imperiosamente, la batalla.

Pues llevan rumbo a Navarino, al sur y al este de Corfú, en la costa occidental de la península de Mesenia, una de las tres que conforman el meridión del Peloponeso y la única cuyas playas baña el mar que separa Grecia de Italia. Pues a don Juan le han llegado informes dobles de que allí, en aquella bahía mesenia, bajo la sombra de un arruinado castillo veneciano y de una inacabada fortaleza otomana, se ha concentrado la flota turca comandada por el *Kapudan Pachá* otomano, Ulug Alí.

Farnesio, príncipe de Parma, informa al bastardo imperial:

—La flota va con buen orden. Don Álvaro de Bazán navega en cabeza del ala derecha, mientras que los venecianos de Sorzano van bien dispuestos en el ala izquierda; aquí, en el centro, nuestras galeras y las del veneciano Foscarini van a la par y en buena disposición, siguiendo la estela de la vanguardia encabezada por el general de las galeras de Malta, Pedro Justiniano.

—¿Y la escuadra de refuerzo?

—Desde la cofia del palo mayor se ven sus velas comandadas por don Juan de Cardona que nos sigue de cerca. Así que la armada al completo va a todo trapo siguiendo el orden que mandaste llevar —responde Alejandro colocándose a su lado.

—Si todo va bien, con este viento hinchando nuestras velas, deberíamos sorprender a ese diablo tiñoso de Ulug Alí y aparecer en Navarino situándonos a su retaguardia. Así le cortaremos la retirada a su inexpugnable refugio de Modón y le obligaremos a combatir —dice don Juan, pero en un tono de voz que parece más para sí que para Alejandro.

Pues han repasado diez veces el plan y sería vano recordárselo.

Pero, vano o no, no puede quitárselo de la cabeza y su único deseo es que el viento y la habilidad de los pilotos les permita surcar el mar como una lanza y surgir de las olas para clavarse en Navarino e impedir así que Ulug se refugie tras los cuatrocientos cañones de la fortaleza de Modón, la más formidable de toda Grecia.

—Tal y como ordenaste, he dado orden a los pilotos de que midan la velocidad para acompasar la navegación y poner proa a Navarino justo cuando rebasemos el punto donde nos informaron que ancló la flota turca.

—Son hombres diestros nuestros pilotos. Si Dios quiere, nos llevarán justo a retaguardia de los turcos, sorprendiéndolos —comenta don Juan—. Pues, sin duda esperan que bajemos costeando Mesenia y no que aparezcamos desde el mar abierto para tomares la retaguardia y darles batalla antes de que calen toda su palamenta para poner proa en dirección a su guarida de Modón.

Y mientras hablan, los pilotos supervisan a los marinos que se preparan a medir la velocidad de la galera aprestando una corredera

y una ampolleta náutica. Esta última es una suerte de pequeño reloj de arena que, en combinación con la corredera, permite medir en nudos la velocidad de una galera; de esa forma, pueden situar su posición y decidir cuándo virar para avistar tierra de nuevo en el punto escogido por el General de Cristo: Navarino.

Un marino de larga barba cana y ojos enmarcados por tantas arrugas que apenas si dejan verlos, prepara la corredera que tiene enrollada un cabo anudado a intervalos regulares con la medida exacta de la centésima veinteava parte de una milla náutica: para entendernos, la centésima veinteava parte de un minuto de grado de arco de meridiano en la superficie terrestre.

A una orden del segundo piloto, el marino encargado arroja la corredera al agua por el lado de popa, dejando que se le escape la mitad para que la cuerda se estabilice en el agua. Logrado este propósito, avisa a gritos al piloto mayor que, a su vez, vigila al marino encargado de la ampolleta ordenándole que de la vuelta al sencillo artilugio de vidrio. La ampolleta, dividida en dos botellitas de cristal, deja entonces fluir la arena fina que contiene, pasando desde el recipiente superior al inferior, para medir así treinta segundos: esto es, la centésima veinteava parte de una hora. De suerte que, como la corredera dispone sus nudos a razón de una centésima veinteava parte de una milla, la equilibrada relación entre ampolleta y corredera permite medir la velocidad en nudos y millas por hora.

Comprobada la ampolleta, el marino vuelve a darle la vuelta y cuando la arena regresa a la botellita superior mira, expectante y demasiado nervioso, al piloto mayor que le devuelve la mirada con una extraña intensidad y una ira contenida, como si le disgustara el poco aplomo del hombre.

—¿Preparado? —pregunta entonces el piloto mayor a su segundo que, a su vez, manda al viejo marino de la corredera.

—¡Listo! —contesta.

Y entonces, a una señal del piloto mayor, su segundo toca el hombro del marino encargado de la corredera y este, raudo, suelta la soga anudada que empieza a correr desenrollándose sobre las olas y cuando el primer nudo resuena, el hombre grita:

—¡Marca!

Y, al otro lado, el joven marino de la ampolleta al que vigila el piloto mayor, le da la vuelta de inmediato a la ampolleta de vidrio y la arena, rápida, cae de nuevo. Pero antes de marcar treinta segundos, con un movimiento rápido que impide que se viertan los últimos granos de arena en la botella inferior de la ampolleta, el marino detiene la cuenta antes de tiempo y gira la ampolleta, gritando otra vez:

—¡Marca!

Y a su clamor, el viejo marino que maneja la corredera, agarra con fuerza la soga y, supervisado por el segundo piloto, mide la fracción entre nudos que se había deslizado hasta que se su compañero de la ampolleta grita un tercer «¡Marca!» y, a su vez, canta la medida obtenida:

—¡Cuatro nudos y tres cuartos! —ruge con la voz cascada por años de sol y frío en el mar.

El piloto mayor de La Real se permite entonces un rápido intercambio de miradas con su nervioso ayudante y luego se retira a hacer cálculos. Pues con esa medida de velocidad, cuatro nudos y tres cuartos, puede estimar la posición de la armada combinando el dato con la longitud y la información del derrotero que está usando y que describe de manera minuciosa la costa de Mesenia. De esta guisa, se podría haber estimado correctamente cuándo se debería haber virado hacia levante para alcanzar así la bahía de Navarino justo por detrás de donde están anclados los turcos.

Sí, con el cálculo bien hecho se podría haber estimado con precisión el rumbo a fijar para obligar al enemigo a dar batalla en posición desventajosa. Se podría haber conseguido…

Don Juan de Austria y Alejandro Farnesio ven correr hacia ellos al piloto mayor. Es un hombre viejo, al que le duelen mucho los huesos, pues son ya treinta años en el mar los que lleva pasados y ansía un buen retiro. Pero, claro, «un buen retiro» cuesta mucho oro y él, como buen hombre de mar, nunca ha sido ahorrador; y por eso se acaba de jugar el cuello alterando la medida de la ampolleta: para proveerse de oro. Mucho oro que le ha pagado un discreto caballero español que, a su vez, lo ha recibido del agente en Corfú de don José Nasí.

—Si su excelencia, el generalísimo de la Liga Santa, tiene a bien escucharme... —se presenta al fin el viejo piloto mayor de La Real ante los príncipes con una reverencia.

—Acércate —le insta Farnesio mientras don Juan espera el informe.

—Navegamos a cuatro nudos y tres cuartos. A esta velocidad, llegaremos a mediodía a Navarino y lo haremos justo por detrás de donde los informes señalan que está anclada la flota otomana —dice de corrido el viejo piloto.

Él mismo se sorprende de que pueda mentir con tanta soltura.

Don Juan se deja llevar por un entusiasmo juvenil y levanta las manos en triunfo: su plan se está cumpliendo y en unas horas obligará a dar batalla a los turcos. El milagro de Lepanto volverá a repetirse y él, una vez más, será el héroe de la cristiandad.

Mientras la alegría lo embarga y comienza a impartir órdenes para que la armada se prepare para el combate que se librará en unas horas, don Juan no puede evitar pensar en una sola cosa: ¿podrá su hermano, el rey, negarle de nuevo las coronas de Albania y Grecia? No, esta vez no podrá. Al cabo, él, quien fuera el pequeño «Jerónimo», el niño que creció sin saber que era hijo de un emperador, el bastardo, el príncipe al que se regatea el tratamiento que se le debe, también será rey.

Y mientras don Juan de Austria no puede contener ni su entusiasmo, ni su deseo de revancha contra el destino al que lo han condenado su bastardía y la desconfianza y la envidia de su hermano, en la cubierta de La Loba, la galera capitana de don Álvaro de Bazán, los ciento treinta hombres de la compañía del capitán don José de Monteagudo y Lope de Torices se apretujan entreteniendo su tiempo en limpiar arreos y armas, jugar a las cartas, contar viejas historias o, simplemente, dormitar bajo un sol de septiembre que se muestra ligero y clemente.

Y por primera vez desde que fue nombrado capitán, Monteagudo solo manda hombres. Pues la más rebelde de sus soldados, María la Bailaora, ha consentido en quedarse en Corfú.

No le quedó más remedio. José se mantuvo firme en su resolución y como su oposición no hubiera bastado, sumó a ella las súplicas de Eleni que, aterrorizada ante la idea de quedarse sola, se aferró a María como si en ello le fuera la vida. Y probablemente le iba en ello: la opción que le quedaba a la pequeña era quedarse al cuidado de unas monjas que no parecían muy bien dispuestas, ya que les sobraban las huérfanas, o permanecer junto a las mujeres de los soldados de la compañía que aguardarían en Corfú el regreso de la flota. Posibilidad esta última que tampoco parecía prometedora para una niña que apenas si hablaba tres o cuatro palabras en español y solo dos o tres más en veneciano.

Además, María no llevaba bien su embarazo: las náuseas y vómitos se sucedían y su vientre, ya visiblemente hinchado, le estorbaba y provocaba dolores de espalda.

La Bailaora se quedó atrás y su imagen, con Eleni de una mano y diciéndole adiós con la otra, se le viene a Monteagudo una y otra vez a la memoria.

Ahora, en la siniestra de la galera, contempla, junto a Gregor de Gordon y Miguel el Moro, como, allá lejos, en el centro de la imponente armada, la galera capitana de don Juan de Austria toma la delantera y hace señales de que se dispone a establecer nuevo rumbo.

—Deben de haber medido con la corredera y la ampolleta —supone Miguel el Moro, a quien la navegación le fascina y que, por eso, interroga a menudo a los pilotos y al cómitre sobre todas las cuestiones relativas al arte de marear.

—¿Dónde diablos estaremos? —pregunta Gregor; habiendo nacido frente a las tormentosas costas de Escocia, aquellos mares sureños le parecen espejos azules que se reflejan hasta el infinito.

—Debemos de estar a la altura de Navarino —afirma Monteagudo—. De no ser así, don Juan no estaría transmitiendo la orden de aprestarnos a virar hacia levante.

Y en efecto, mediante banderas y cañonazos, desde La Real se está impartiendo esa orden y, para asegurarse de que se cumpla, rápidas fragatas y esquifes surcan las olas yendo de un lado a otro de la extensa formación naval que, con sus casi cuatrocientas velas

de todos los tamaños y formas, semeja un Leviatán de tela, madera, metal y viento.

—Entonces, en unas horas, estaremos frente a los turcos —concluye Miguel.

Monteagudo asiente y se le tensa la mano de la espada al rogar en silencio que Dios le disponga encontrarse de nuevo frente al tuerto.

Mehmet al-Rumi se despierta en una celda, pero tarda en librarse del pesado aturdimiento que lo embarga; cuando recupera el pleno sentido y su cuerpo le obedece por completo, se percata de que no está encadenado ni maniatado, sino tendido sobre un suelo duro pero limpio. Se ve atrapado entre cuatro paredes de piedra en las que se dispone un solitario ventanuco por el que se filtra una luz escasa y mezquina.

En silencio, maldice a la veneciana, pero luego, sin poder impedirlo, se echa a reír, muy quedo y agriamente. ¿Qué otra cosa podía esperar de ella?

—Eres un maldito necio, Mehmet. Un completo estúpido que se dejó enredar por una cara bonita —se recrimina.

Y sí, por eso se dejó enredar: por la cara bonita de una diablesa que fingió ser una mujer vulnerable.

Se sienta en el suelo rumiando su rabia y, aunque no lo reconoce, también su decepción. No sabe la hora que es, pues la luz que entra por el ventanuco es tan escasa que impide saberlo.

Entonces se oyen pasos y la puerta de la celda chirría cuando retiran el pesado cerrojo de hierro que la bloquea. Mehmet, presto, se pone en pie y se tensa dispuesto a aprovechar la más mínima oportunidad de escapar. Pero la cegadora luz de una antorcha, le obliga a cerrar el ojo y a retroceder, y cuando aclara su visión ante sí tiene a Angela Dominica.

—¡Demonio de mujer! —exclama echándose hacia delante con las manos extendidas como garras.

Pero la larga hoja de una partesana se le posa de inmediato en el pecho haciéndolo retroceder, y Angela sonríe como si aquello

fuera lo más divertido y gozoso que pudiera pasarle.

—Tienes menos seso que un macaco de Berbería —le espeta la muchacha al tiempo que hace una señal al guardia para que baje la afilada y tremenda hoja.

Mehmet se relame los labios y en su rostro anguloso se ayuntan la rabia y el desconcierto.

—¿Acaso creías que podía llevarte ante el Senado así como así? Piénsalo: soy solo una entre los centenarios *Occulti* que trabajan para la Serenísima. Una, además, que creció al cuidado de una puta y que se ganó la vida como una ladronzuela. ¿Qué querías, que me presentara contigo ante los senadores y les dijera «soy Angela Dominica y os traigo a este asesino tuerto para que os convenza de poner en juego el destino de Venecia fiándoos de su palabra»? ¡Necio! Tuve que ponerte bajo custodia y luego someterme a examen. ¡Y te aseguro que no me ha sido fácil salir con bien de esa prueba y, a la par, velar por que no te cortasen la jodida cabeza!

Ante aquella catarata de palabras, revelaciones y reproches incluso Mehmet al-Rumi, el hombre que nunca retrocede ante el acero y el plomo, da un paso atrás.

Desde allí, iluminado por la antorcha, vigilado por el guardia de la partesana y fulminado por los ojos dorados de la muchacha, se siente un poco tonto y atribulado.

—Y ahora, jenízaro, vamos al Senado. Pues esta mujer-demonio de la que tanto desconfías ha logrado que seas recibido y escuchado.

Don Juan de Austria está nervioso. ¿Cómo no estarlo cuando llevas a toda vela a ochenta y cinco mil hombres a la batalla? Una batalla que espera ganar. Pero eso, «esperar ganar» una batalla, es como jugar al quinque[*] y confiar en sacar el cinco con los cinco dados.

En cualquier caso, los dados ya están rodando sobre el tapete azul del mar y si el piloto mayor ha acertado con su cálculo de la velocidad y, en base a ella, ha estimado correctamente la posición de la flota, en breve verán aparecer ante ellos las escarpadas costas de la árida isla de Esfacteria, que cierra el acceso a la bahía, y tras

ellas, las alturas que rodean Navarino por todos lados, excepto por el suroeste. Bajo esas montañas y colinas grises y ocres, resecas y cubiertas, aquí y allá, por olivares y pinares, deben estar fondeadas, ajenas a la destrucción que sobre ellas caerá desde el dilatado mar, las galeras de la gran flota turca comandada por el renegado Ulug Alí Pachá.

—¡Tierra y velas a levante! —gritan desde la gavia del palo mayor de La Real.

Don Juan, instintivamente, se echa hacia delante, como si con esos pocos centímetros que gana pudiera ver con más claridad lo que sus ojos ansiosos aún no pueden percibir.

—¡Vamos a cogerlos! —murmura a su lado Alejandro Farnesio.

El príncipe de Parma, presa de una emoción tan fuerte como la de su tío, fuerza al máximo sus penetrantes ojos oscuros buscando las rocosas costas de la isla de Esfacteria y, tras ellas, las cimas más pronunciadas que resguardan la bahía de Navarino.

Y el infinito azul del horizonte se descorre como una cortina y muestra con claridad primero Esfacteria y luego las cumbres de los montes que rodean las aguas de la ensenada de Navarino; y en ellas, atestándolas de cubiertas, velas y remos, cientos de naves turcas: galeras, galeotas, fustas, fragatas, saetías…

La flota del *Kapudan Pachá*, Ulug Alí.

—¡Por todos los infiernos! —exclama don Juan al tiempo que propina un rabioso puñetazo al pasamanos de la amura.

Pues han llegado a Navarino, es cierto, y la flota turca está allí, anclada en la espaciosa ensenada; pero en vez de llegar a su retaguardia y cortarle así el paso hacia Modón, obligándola a dar batalla, han salido del mar justo delante de ella.

Ulug Alí, en su galera de tres fanales, se permite una sonrisa: los necios cristianos han errado en sus cálculos y se le presentan llegando desde el noroeste y no desde el suroeste. Así que solo tiene que dar la orden de poner vela a Modón y colocarse allí a cubierto, bajo las negras bocas de los cuatrocientos cañones que la guardan.

Cierto es que no sabe que su buena fortuna no se la debe a la torpeza de los pilotos de la flota de la Liga Santa, sino a los espías y traidores que paga el oro de uno de sus acérrimos enemigos en la corte del sultán, don José Nasí, pero aunque lo supiera tampoco le importaría. Porque lo que ahora interesa es que los cristianos han errado en el primer ataque de una campaña que, al fin, se ha iniciado; y lo ha hecho dándole a él la ocasión de esquivar ese primer golpe y tomar la iniciativa. Y eso, la iniciativa, en la guerra lo es todo.

—¡A toda vela hacia Modón! ¡Si es necesario, calad también toda la palamenta! —ordena.

Y sus palabras son transmitidas a toda la flota.

—¡Bogad, bogad, malditos, tenemos que darles alcance! —ruge don Juan de Austria en La Real.

Su sobrino Farnesio corre por cubierta a dar la orden de abrir fuego a los cañones de la nave y, tras ellos, a los de toda galera que pueda hacer fuego sobre los turcos.

Pueden hacer fuego, pero para lo que les va a aprovechar el gasto de pólvora… Pues están demasiado lejos para que el cañoneo sea efectivo y el viento, como si fuera un equidistante juez, favorece tanto a cristianos como a musulmanes. Así que más de seiscientas naves, cristianas y turcas, saltan sobre las olas con rumbo a Modón, persiguiéndose pero manteniendo la distancia.

—¡El piloto de La Real erró! —se lamenta Miguel el Moro que acaba de perder un poco de su fe de converso en la habilidad marinera de los pilotos de la Liga Santa.

—¡Los alcanzaremos y obligaremos a esos cabrones infieles a dar batalla! ¡Malditos cobardes con turbante! ¡Volved proa y hacednos frente si os atrevéis! —brama Gregor de Gordon a su lado y estampando su puño de plata contra la madera de La Loba, la galera capitana de don Álvaro de Bazán.

Don Álvaro, por cierto, no quita el ojo a la flota turca y concluye que ese día, contra todo lo que esperaban, no habrá batalla: las

naves otomanas se resguardarán en Modón antes de que les den alcance; y Modón, bien lo sabe él, es inexpugnable.

—Algo está condenadamente mal en todo esto… —murmura para sí el capitán general de las galeras de Nápoles.

Pues tiene mucha mar a las espaldas y se malicia que un piloto tan experto como el que sirve en la galera de don Juan de Austria no debería haber errado con un cálculo tan sencillo. Y es que la mar tiene buen viento desde hace días. Un viento constante. Y las corrientes, en esta parte de la Grecia, son bien conocidas.

—¡Vive Dios que aquí hay negra traición y que Venecia tiene que estar metida en ella! —termina por rugir.

No se percata de ello, pero a su lado un caballero vestido de paño rojo se pone un poco nervioso y baja la mirada, mientras reza para que su traidor compañero en La Real no sea descubierto y sometido a tormento.

* Una «buena boya» era un remero libre que elegía la boga como profesión y cobraba un buen salario. A menudo, dirigían los bancos de remo y vigilaban a los condenados y esclavos.

* En este momento, segunda mitad del siglo XVI, el quinque o quinquenario era el juego de dados más popular entre soldados y marineros. La jugada suprema era sacar un cinco con cada uno de los cinco dados que se arrojaban a la par.

18

El precipicio y el león

Mehmet jamás sabrá donde estuvo preso: el Palacio Ducal es una maravilla, desde luego, pero también un laberinto por el que camina tras su particular Ariadna y bajo la atenta vigilancia de guardias armados.

Pasillos sombríos, escaleras y salas se suceden y, de tanto en tanto, por una ventana apuntada, el jenízaro puede ver una porción de Venecia y también, con cada vez más frecuencia, el destello de zafiro de la laguna que la alberga y guarda.

Pues la Sala del Senado, la gran estancia donde se reúnen el dogo, sus principales consejeros y los ciento veinte senadores de la Serenísima nombrados por los miembros del Consejo Mayor de la ciudad, se halla en el lado oriental del gran palacio ducal y da a la reluciente laguna de San Marcos.

Desde donde ahora se halla, Mehmet puede atisbar, discretamente, el interior de la gran sala y le impresiona lo que ve: ciento veintitrés hombres poderosos parecen estar debatiendo acaloradamente en ella. Es una sala magnífica, orientada de oriente a occidente, rectangular y de altos techos de madera labrada con profundos casetones que albergan pinturas de Tintoretto y sus discípulos.[*]

Las paredes, soberbias, son también de rica madera de nogal y están talladas con motivos vegetales, geométricos y alegóricos, dejando sitio en su parte superior a deslumbrantes pinturas en las que se representan las virtudes, los héroes antiguos, las viejas victorias… quedando también espacio para los retratos de los *duces* o dogos, como dice el pueblo, que rigieron a Venecia antes de que el actual fuera elegido.

El *dux* o dogo actual se llama Alvise I Mocenigo y preside el Senado desde un trono majestuoso y ricamente tallado, cubierto por un baldaquino dorado que sujeta un deslumbrante dosel de seda púrpura bordada en oro. El solio del dogo de Venecia y su espléndido baldaquino se alzan sobre una trabajada tarima de nogal en la que hay sitio para que dos sillas, más sobrias, den asiento a dos consejeros cuya misión es asistir al dogo, sí, pero también controlarlo estrechamente y supervisar todas sus acciones y decisiones.

Mehmet puede posar un instante la mirada en el dogo. El hombre, de fuerte complexión, rostro pálido surcado por algunas arrugas, mirada inquisitiva y manos cargadas de anillos que se apoyan en los brazos de su trono ducal y transmiten una sensación de serena fortaleza, luce una espesa barba gris y lleva cubierta la cabeza por el característico *corno ducale*, el gorro con el que los *duces* de Venecia se cubren los cabellos. Algunos mechones rebeldes y oscuros de estos últimos se le escapan, rompiendo un tanto la imagen de severa dignidad y llevando a los ojos de quienes lo contemplan la idea de que Alvise I es un hombre astuto y poderoso, sin duda, pero dotado también de las poco valoradas virtudes del escepticismo, el sarcasmo y la ironía. Cualidades que el pesado y espléndido manto de armiño y áureo brocado que cubre su ducal figura parece empeñado en ocultar.

Alvise I mira a la abarrotada sala senatorial con expectante curiosidad. Pero el animado estruendo de cruzadas discusiones en el que se han enquistado los ciento veinte hombres que colman la sala es intimidante. Son hombres ricos, poderosos, maduros o directamente viejos. Son los hombres que gobiernan Venecia, y eso es como decir los mares Adriático, Jónico, Egeo y de Creta, y, hasta hace solo dos años, buena parte del Mediterráneo oriental. Pues, al contrario que otras naciones, la Serenísima no marca sus fronteras sobre montañas, ríos o valles, sino sobre las olas de los mares.

Angela Dominica toca suavemente el hombro de Mehmet y le hace una seña con los ojos que indica que aún no es el momento de pasar a aquella gran sala que, por lo visto, es el escenario de un trascendental debate.

Sí, pero no va a poder enterarse de que se discute allí. El jenízaro, a regañadientes, obedece, no sin antes echar una última mirada a la enorme estancia rectangular en la que, dispuestos en largos bancos de nogal, están sentados los ciento veinte senadores de la Serenísima discutiendo a voz en cuello, bajo la atenta, sarcástica y divertida mirada del dogo, que, por lo visto, disfruta viendo como los orgullosos senadores que preside se enfrentan entre sí en vez de llevarle la contraria.

Al disponerse a abandonar el lugar desde donde atisbaba la tumultuosa sesión del Senado veneciano y girarse hacia Angela Dominica, Mehmet ve como el hermoso rostro de la joven es alcanzado por el mágico hálito del arco iris, por mor de la luz que se filtra a través de los emplomados y coloreados vidrios de las altas ventanas góticas de la Sala del Senado, a cuyo través pueden entreverse los azules del mar y de los cielos.

Mehmet es un guerrero, un soldado, un corsario, que es tanto como decir un ser despiadado. Pero es uno que ha vivido y visto mucho, y que siempre ha conservado lugar para la maravilla y el asombro que el mundo causa a todo hombre despierto. Y quizá sea así, porque en algún lugar remoto de su alma y de su mente sigue quedando un diminuto resto del pastorcillo serbio que fue hasta que, con nueve años, se lo llevaron de su casa y lo convirtieron en jenízaro.

En cualquier caso, a Mehmet el alma se le conmueve ante tanto asombro: el que le ha causado la espléndida Sala del Senado de Venecia y, sobre todo, el que le causa el rostro de Angela Dominica bañado de cambiante luz, de tal suerte que se le asemeja el de un ángel.

Pero los ángeles, recuerda, pueden ser rojos o azules, buenos o malos, protectores o seductores. Así que endurece el gesto y se apresura a seguir a la muchacha que tanto lo turba y desorienta.

No tardan mucho en llegar a su verdadero destino: la Sala del Consejo de los Diez. El lugar del Palacio Ducal donde se reúnen los diez hombres que tienen en sus manos la vida y la muerte de sus conciudadanos; pues controlan a espías, informantes y delatores y, si lo creen necesario, pueden actuar al margen del Senado, del dogo

y hasta de la ley. Es una sala mucho más pequeña que la del Senado y mucho más sobria y oscura; y está bien que así sea, pues allí se reúnen los diez hombres encargados de velar por la seguridad de la Serenísima República de Venecia.

Diez hombres sin piedad que, sin el esplendor y la pompa de los senadores, se dedican a espiar a los poderosos, a evaluar los riesgos que acechan a la ciudad y a actuar en consecuencia. A ellos se deben los *Occulti* venecianos como Angela Dominica y los embajadores como Marco Antonio Barbaro. ¿Pues acaso no son una misma cosa espías y embajadores? En definitiva y a la par, los Diez son inquisidores, jueces y verdugos; y para hombres así es suficiente con una pequeña sala oscura y austera. Y es que para quien realmente ostenta el verdadero poder, el boato es solo una fruslería.

Mehmet, al entrar en la sombría estancia, percibe una extraña tensión, una amenaza silente que emana de los diez hombres viejos y pálidos que, vestidos de negro de los pies a la cabeza, lo miran con atención, pero sin simpatía. Y no es extraño que el jenízaro perciba la amenaza: en las batallas y en los mares habita el peligro, es cierto, pero lo hace en forma visible; mientras que allí, en aquella sala sin brillo, la amenaza se oculta bajo seda oscura y oro, como lo hacen las víboras bajo las hojas caídas al suelo de un bosque en otoño.

Los guardias sitúan a Angela Dominica y Mehmet en el centro de la pequeña sala, frente a los diez. Unas ventanas, sin engalanamiento de vidrios coloreados, prestan su luz y el silencio que exige toda cosa oculta y peligrosa, parece agazaparse entre ellas, como si buscara las sombras de los vanos.

—Puedes hablar —dice con voz alta y timbrada uno de los diez.

No tiene que especificar «quién» tiene que hacerlo: Angela Dominica esperaba aquel permiso para comenzar a exponer las palabras traídas a Venecia desde Constantinopla por las que se ha venido jugando la vida en los últimos meses.

—Excelentísimos señores del Consejo de los Diez. Mi nombre es Angela Dominica y fui enviada a Constantinopla para asistir a su excelencia, el embajador Marco Antonio Barbaro, en los discretos

asuntos que le fueron encomendados por este Consejo y por el Senado.

Mientras Angela habla, uno de los diez hombres viejos que miran a la muchacha, con amplia papada y ojos tan negros como el abismo, se remueve un poco en su asiento. Mehmet clava su ojo en él y el anguloso rostro pálido y arrugado le devuelve la mirada con hostilidad.

—Su excelencia, Marco Antonio Barbaro —continúa Angela Dominica—, se ha esforzado mucho en estos últimos meses para conseguir que la causa de nuestra República vuelva a ser contemplada con simpatía por los poderosos del Imperio del Gran turco. Ha conseguido notables éxitos en tal empresa, pues ha logrado atraerse el favor del primer visir, Sokullu Mehmet Pachá, y del amigo y banquero del sultán, don José Nasí, y a través suyo el de la favorita del sultán, la *haseki sultan* Nurbanu…

Angela expone aquello con la seguridad de que todo aquello impresionará a los diez hombres despiadados que le clavan sus ojos enmarcados de arrugas y maldad, pero le interrumpe uno de los consejeros:

—Ya sabemos todo eso, mujer. Así que ve directamente al asunto que nos ha convocado aquí.

Se trata de un hombre con un obeso y pálido rostro, semejante a un sapo cruel e impaciente y que, secándose el sudor de la frente con un pañuelo de encaje, le dedica una mirada severa, como reprochándole que les haga perder el tiempo.

Angela logra controlar la decepción que siente: al fin y al cabo, piensa, sus noticias, esas por las que se jugó la vida, no impresionan a nadie. Pero manteniéndose serena, aguarda un poco, reordena sus ideas y sigue con su explicación.

—Lo sé, excelentísimos señores, pero quizá no sepáis lo que os revelaré a continuación.

Y aquí, como si le agradara contrariar al impaciente gordo que la ha interrumpido, se permite una nueva pausa antes de continuar.

—El primer visir del imperio, Sokullu Mehmet Pachá, don José Nasí y la sultana Nurbanu ofrecen un tratado de paz a Venecia. Uno que salvaguardará los intereses de la Serenísima en Levante y le

abrirá de nuevo los puertos del imperio de los turcos. Uno que no implicará más cesiones ni mayores tributos; uno que nos facilitará salir de la guerra sin perder nuestro prestigio y, ante todo, uno que nos permitirá regresar a la prosperidad.

Al terminar de decir aquello, Angela Dominica extrae el documento secreto cuyo contenido tuvo que revelar a Mehmet y, dando tres pasos, lo deja extendido sobre la mesa de uno de los Diez.

La mano arrugada y blanca toma el papel y unos ojos claros y duros lo leen sin cambiar la severa expresión. Luego, sin decir nada, pasa el documento a su vecino y así, uno tras otro, los Diez leen el papel por el que Angela casi pierde la vida.

—¿Y quién o qué dará testimonio de que esto es algo más que tinta sobre papel? —pregunta al fin el más viejo y arrugado de los Diez.

Angela Dominica se esperaba aquella pregunta y abre la boca para contestar, pero antes de que pueda hacerlo otro miembro del Consejo de los Diez la interrumpe:

—Se menciona el collar de Roxolana como prenda, pero, según se nos ha asegurado, tan portentosa joya se ha perdido…

Al concluir la frase, al consejero que ha impedido contestar a Angela le acude una maliciosa sonrisa a su desdentada boca.

—Aunque, claro, según sabemos, Angela Dominica, creciste en las calles de la ciudad como ladronzuela. No te lo habrás quedado tú…

La capciosa insinuación es una acusación en potencia y eso, que uno de los Diez le acuse a uno, suele ser anticipo de dolor y ruina.

—A nuestro servicio están los torturadores más diestros del orbe —apunta un tercer consejero.

Es un hombre de unos sesenta años y de extrema delgadez que parece confirmar que la insidiosa sugerencia de su compañero del Consejo es el preámbulo al horror.

Angela Dominica trata de no dejarse llevar por el pánico. Desde que tiene uso de razón ha oído en las calles de Venecia historias terribles sobre los miembros del Consejo de los Diez y ahora, ante ellos, sabe que esas historias son ciertas. Nerviosa, pero haciendo

uso de toda su voluntad, trata de dominar el súbito temblor que se le ha instalado en la rodilla derecha, viéndose también obligada a hacer otro esfuerzo titánico para no rehuir la mirada de aquellos viejos odiosos y crueles que la examinan como si evaluaran cuánto dolor podrán dispensarle antes de dar la orden de que la cuelguen.

—La muchacha ha dicho la verdad. El collar se lo arrebataron los maniotas que la apresaron cuando su bajel naufragó en el cabo Matapán, en el país de Mani.

Los diez pálidos, viejos y duros rostros se vuelven hacia Mehmet que, despreciando las normas más básicas exigibles a un cautivo presentado ante el temible Consejo de los Diez, ha hablado sin que le dieran permiso para ello. Pero el jenízaro no se arredra ante las reprobadoras miradas de los viejos, sino que da un paso adelante para situarse junto a la *Occulti* veneciana que, al notar su cercanía, se siente extraña y reparadoramente reconfortada.

—Nadie te dio permiso para hablar —le reprocha a Mehmet el gordo y pálido miembro de los Diez que interrumpió al principio a Angela.

—Ningún veneciano me tiene que dar permiso para hablar —replica con severo desafío.

Se toma unos instantes para que la mirada gélida de su único ojo cale entre aquellos hombres y se permite incluso el lujo de esbozar una ligerísima y feroz sonrisa que reprime antes de hablar:

—Soy Mehmet al-Rumi, capitán de la decimoséptima *orta* de los jenízaros del sultán, señor de una flota corsaria de Argel, yerno del primer visir del imperio, Sokullu Mehmet Pachá, y hombre de confianza de don José Nasí, duque de Naxos y señor de Tiberíades. Soy el hombre que liberó a vuestra espía de manos de los maniotas y de los soldados del rey de España. ¿Habéis escuchado bien? Seguid haciéndolo, pues ahora os revelaré que, en secreto, sin que el *Kapudan Pachá* Ulug Alí pudiera tener conocimiento de ello, he traído hasta aquí a esta mujer para que pueda trasladaros una oferta de paz tan generosa como nunca hubieseis podido pretender y menos aún soñar.

Y aquí se detiene y deja que el asombro primero, la indignación después y a la postre la curiosidad se entremezclen y recorran por

completo a los miembros del Consejo de los Diez.

—A un hombre así, a uno como yo, no se le da permiso para hablar, sino que se le escucha con respeto y atención —concluye afilando la voz y endureciendo el tono hasta llevarlo al desprecio más absoluto.

Son palabras duras dirigidas a diez hombres acostumbrados a decidir sobre la vida y la muerte de centenares de miles. Hombres que se han habituado a estar por encima de la ley, a actuar en la sombra y sin atender a más razón que a su libre e implacable entender; hombres, en fin, orgullosos, crueles, habituados a imponer su voluntad y a que les hablen con miedo, con servil precaución y no a que los desafíen o les digan la arisca, irreductible, cortante verdad.

Así que en los diez pares de ojos que ahora se han clavado en su solitario glóbulo ocular azul hielo, hay mucha rabia, mucha indignación, muchas ganas de ordenar a los guardias que se lleven al «puerco» de turco que tienen delante a recibir las atenciones del más diestro de los torturadores que tienen a su servicio.

Y tienen muchos y muy buenos… pero se van a quedar con las ganas. Pues Mehmet está allí, alto, desafiante y los está retando. Sí, los desafía a que hagan aquello que tantas ganas tienen de hacer: mandarlo a la más terrible cámara de tortura.

Sí, pero eso, al cabo, sería como declarar a la favorita del sultán y a los dos consejeros más cercanos de este último –esto es, los tres poderes que manejan en la sombra al más potente imperio de la tierra– que ellos, los Diez de Venecia, les escupen a la cara y los retan a proseguir la guerra hasta que las banderas otomanas ondeen sobre San Marcos y ellos, los temibles Diez de Venecia, estén bien clavados en puntiagudas estacas con una excelente vista al azul de la laguna.

Así que se quedan allí, con mucha rabia y mucha frustración, pero controlándose y meditando sobre el infausto destino de todo hombre sabio en este perro mundo; y que no es otro que comerse, masticando lentamente, el jodido orgullo y hacerlo mientras se ejecuta lo que conviene.

Y lo que les conviene, lo que conviene a la Serenísima, es salir cuanto antes de la guerra que la está arruinando: la guerra contra el

sultán.

—¿Das entonces fe de lo que nuestra agente, Angela Dominica, ha transmitido y de lo que se afirma en este documento?

Quien ahora habla es un hombre de cabellos y barba tan blancos como el resplandor sobre el mar y ojos tan grises como el invierno. Mehmet se gira hacia él para poder enfocarlo mejor con su penetrante ojo.

—Escuchadme bien, ancianos: yo soy la prueba de las buenas voluntades de mi señor, el primer visir Sokullu Mehmet Pachá, de don José Nasí y de la favorita del sultán. Yo —remarca con seguridad y desafío—. Como hombre de guerra debería estar ahora junto al *Kapudan Pachá* Ulug Alí, combatiendo a su lado contra vuestras galeras y las del rey de España; y, sin embargo, contra mi deseo, estoy aquí. Decidme, ¿por qué un hombre como yo se arriesgaría a ser decapitado por vosotros, los venecianos, los enemigos del sultán? Pues porque he jurado servir al padre de mi llorada esposa, el primer visir Sokullu Mehmet Pachá, y a su aliado, don José Nasí, y ambos quieren la paz con vosotros. Con Venecia.

Y aquí, Mehmet hace que el tiempo deje de fluir. Pues se da tiempo más que de sobra para intimidar, mirada a mirada, a cada uno de los Diez.

—Sí, y ambos también, con el auxilio de una veneciana, la *haseki sultan* Nurbanu, tienen la influencia y la habilidad para lograr que el sultán Selim se avenga, al cabo, a firmar lo que ellos ya han firmado y os ofrecen.

Al llegar a este punto, con un gesto de hartazgo cargado de desprecio, señala con la barbilla al documento secreto que permanece abandonado en la mesa que ocupan los miembros del Consejo de los Diez.

—Deberíais aceptar de inmediato lo que se os ha ofrecido en ese papel que fue escrito con tinta invisible. Y si fueseis sensatos y no una cuadrilla de viejos malignos que se excitan haciendo pasar miedo a una muchacha, deberíais proponer de inmediato a vuestro dogo y a vuestro pomposo Senado que se apresuren a aceptar la propuesta.

Entonces, el jenízaro, acentuando su desdén hacia los diez ancianos, hace una nueva pausa; a su vera, Angela Dominica respira con un poco más de agitación de la debida, mientras su rodilla derecha sigue temblando espasmódicamente, tanto que ha terminado por contagiar a la izquierda.

—Y ahora, venecianos, yo, Mehmet al-Rumi, capitán de la decimoséptima *orta* de los jenízaros del sultán y capitán de una escuadra corsaria, os diré una última cosa. Si Sokullu Mehmet Pachá y don José Nasí no reciben vuestro apoyo, si Venecia no se muestra de acuerdo con sus propuestas de paz por separado, el partido de la guerra, que dirige el *Kapudan Pachá*, logrará triunfar en la corte otomana; y el sultán no solo no os ofrecerá la paz, como ahora pretenden mis patrones, sino que seguirá el consejo de Ulug Alí: continuar la guerra hasta que el estandarte del sultán ondee sobre las columnas y torres de la plaza de San Marcos y hasta que España sea expulsada del Mediterráneo.

Y aquí, el jenízaro vuelve a clavar su gélido ojo en todos y cada uno de los miembros del Consejo de los Diez que, claramente, se están poniendo nerviosos al imaginar el aciago futuro que parecen estar anunciándoles.

—No diré más. Podéis enviarme al verdugo o liberarme, pero meditad antes lo que eso realmente representaría: que podéis escoger entre una paz ventajosa o una guerra sin cuartel. Y a eso he venido a vuestra ciudad: a obligaros a escoger.

En ese momento, cuando Mehmet calla, el silencio es algo que puede tocarse en la austera sala del Consejo de los Diez. La decena de hombres implacables, los que en la sombra juzgan y condenan a sus conciudadanos, los que tantas veces deciden lo que debe hacer el Senado y sancionar el dogo, no se atreven ahora a decir nada. Pues sienten que el hombre que tienen delante es una espada afilada y que, si tratan de tocarla, se cortarán las manos con ella; y si no se someten a su acero, caerá sobre sus cabezas.

¿Una posible paz ventajosa o una segura guerra sin cuartel? Esa es la cuestión que les ha sido planteada y no es fácil decidir al respecto. Pues el documento que tienen ante sí no está firmado por el sultán, sino que tan solo es el compromiso de sus principales

consejeros de que podrán convencer al sultán si Venecia hace señales claras de que quiere abandonar la Liga Santa y someterse a la generosa clemencia del sultán. Es pues, una posibilidad. ¿Lograrán los consejeros del sultán convencerlo para hacerla realidad?

Pero si no aceptan…

Esos hombres poderosos, Sokullu Mehmet Pachá y don José Nasí, perderán su influencia sobre el sultán y el nuevo dueño de la política del Imperio turco será el terrible Ulug Alí. Un hombre cruel en extremo, ambicioso, tenaz y con un propósito cierto: guerrear sin freno ni medida hasta que Venecia sea una provincia del Imperio otomano y que España sea derrotada y humillada.

Cuando estás en un acantilado, al filo de un precipicio, con el mar a tus pies y un león se te aproxima, lo mejor es saltar. Puede que no calcules bien y que las aguas, en vez de acogerte, guarden rocas afiladas bajo ellas contra las que te hagas trizas, pero puede también que sean profundas y te salves. De lo que nunca sales bien es de las fauces y garras de un león.

Ahora, los Diez están al filo de un precipicio, al borde del acantilado, y el mar que los aguarda abajo es la posibilidad, o no, de una paz ventajosa; pero si no aceptan la propuesta, si no saltan al vacío desde el «acantilado», el «león» Ulug Alí, el belicoso *Kapudan Pachá*, los hará trizas.

Pues antes o después, bien lo saben, los turcos, con sus mayores recursos, se impondrán en la larga guerra que les aguarda y que tan rápidamente está arruinando a la Serenísima República.

Angela Dominica mira de reojo a Mehmet. El muy cabrón no demuestra la más mínima impaciencia, la más pequeña tensión, el más nimio temor. Por el contrario, una vez manifestado lo que quería decir, parece por completo ajeno a lo que allí se decida; si le preocupa que los Diez opten por ordenar su tortura o ejecución, no lo demuestra, porque que si algo desprenden su rostro y su pose son desprecio y despreocupación ante los diez viejos terribles que tiene en frente.

«Admiro tu aplomo, tuerto del demonio», piensa para sí la *Occulti* veneciana; una vez más, siente esa extraña corriente

fluyendo desde sus entrañas hacia el condenado jenízaro.

—Tengo una galera aguardando mi regreso, así que no tengo más tiempo que perder con vosotros. Decidid de una vez, ancianos: ¿paz o guerra? O por mejor decir: ¿comenzaréis a dejar a España en la estacada y a preparar vuestra salida de la guerra para someteros a la benevolencia del sultán o preferís decir a vuestro Senado, a vuestro dogo y a vuestro pueblo que vayan preparándose para ser empalados y que sus cabezas sean dispuestas en altas torres de cráneos que sustituyan a vuestras patéticas columnas coronadas de santos?

Angela casi se encoge al escuchar aquello. «¿Qué hace este loco?». La veneciana agacha la cabeza, como temiendo un inminente golpe y, esquiva, lanza una rápida mirada a los Diez y lo que ve es a una decena de ancianos echando fuego por los ojos.

Sí, tanto que uno de ellos tiene en la comisura de los labios un poco de espumilla, como si fuera un perro rabioso; mientras que otro se retuerce las manos y un tercero parece a punto de sufrir un colapso, ya que tiene el pálido y arrugado rostro tan encarnado como una ciruela pasa.

Pero a Mehmet nada de aquello le turba, sino que, por el contrario, el condenado jenízaro se permite una sonrisa de puro desprecio; y sigue allí, ante los diez hombres poderosos que lo odian con todas sus fuerzas, erguido, alto, firme como una roca inconmovible ante la ira que bulle en los pechos de la decena de hombres más terribles y poderosos de Venecia. Pues parece que, en vez de estar ante aquel temible Consejo, lo estuviera ante diez perros despreciables que parecieran estar dudando entre ponerse a ladrar o meter el rabo entre las patas.

Y optan por el rabo: el más viejo se lleva la mano derecha a la frente, se retira una gota de sudor frío y enfoca a Mehmet al-Rumi con sus ojos medio velados por las cataratas.

—Venecia quiere la paz con el sultán —declara en un susurro entre dientes que Mehmet, haciendo un gesto, finge no oír—. ¡Venecia acepta la propuesta de una posible paz que le hacen el primer visir, Sokullu Mehmet Pachá, don José Nasí y la favorita del sultán! —repite.

Y al hacerlo, extendiendo sus palabras, alza la voz y trata de retener el odio y la rabia que le producen el verse ninguneado por el jenízaro. De modo que, al cabo y pese a haber elevado la voz, lo que dice, en vez de una declaración parece lo que realmente es: una rendición.

—Por lo que veo, no sois idiotas, sino hombres sabios como corresponde a vuestra edad —espeta Mehmet, permitiéndose, una vez más, pisotear el orgullo desmedido de los Diez—. Cuando vuestro Senado y vuestro dogo se convenzan, a su vez, de lo que vosotros ya os habéis convencido, enviaré mensaje urgente al primer visir y a don José Nasí de que todo va según lo convenido.

—¿Y la campaña de este año? —pregunta el más joven de los Diez, un hombre de unos cincuenta y tantos años, de cabellos entrecanos y un ojo vago—. No podemos retirarnos sin más de la guerra hasta que el sultán no sea convencido de ofrecernos una paz que nos permita romper con España con cierta seguridad.

—Eso ya ha sido previsto —replica Mehmet, con ofensiva displicencia—. Id a la guerra, pero que vuestras acciones la retrasen, la lastren y la conviertan en una pesadilla para ese don Juan de Austria. Mis patrones, el primer visir y don José Nasí, tienen espías que estorbarán los planes del hijo del cachorro español y vosotros, con disposiciones igualmente secretas, a partir de ahora haréis todo lo posible para hacer fracasar cualquier plan de batalla del bastardo.

—Pero en ese caso, Ulug Alí podría vencernos y, entonces, su prestigio crecería ante el sultán y podría hacer caer de sus puestos de influencia al primer visir y a don José Nasí…

Sí, ese es el peligro. Mehmet y sus poderosos patrones lo tienen en cuenta a cada instante y, ciertamente, sería harto peligroso que así sucediera.

—Ulug Alí sufrirá en su campo lo mismo que don Juan de Austria sufre ya en el suyo: la traición.

Y no dice más de lo que sabe y está decidido: que, sin que el *Kapudan Pachá* lo sepa, lo rondan las dificultades y habrá muchos que asisten a su consejo de guerra que, en secreto, velarán porque no obtenga ninguna gran victoria, sino que tan solo se sostenga. De esa manera, la campaña de este año discurrirá sin grandes

combates, en tablas, como podría decirse, y Venecia podrá acusar a España de no comprometerse por completo; mientras que por su parte, el primer visir y don José Nasí podrán susurrar al oído del sultán que Ulug Alí es un fracasado.

Pero añade por último:

—Todos saldremos ganando, si todos actuamos conforme a lo convenido.

Los Diez, ante esas palabras, cuchichean entre sí apresurada, nerviosamente, lanzando, de tanto en tanto, rápidas miradas a Mehmet.

—Tengo que irme —les apremia sin concederles el más mínimo respeto.

El anuncio del capitán jenízaro es tan cortante, tan imperioso, que todos se sobresaltan, callan y se lo quedan mirando. Pues el que había entrado en aquella severa sala como cautivo, ahora parece el señor de todos ellos.

Y ante el asombro, el embarazo, la indignación de los Diez, el jenízaro se da la vuelta y echa a andar sin más en dirección a la salida. Los guardias, tan asombrados como los consejeros, dudan un instante y luego, a toda prisa, corren a interponerse en el camino de Mehmet.

Pero el más viejo de los Diez, con un gesto cortante, les ordena que no se atrevan a ponerle una mano encima; y con una furibunda mirada, indica también a Angela Dominica que guíe al maldito otomano a donde el muy cabrón decida ir.

Mehmet decide quedarse mirando el mar. El azul está sembrado de rutilantes regalos del sol que parece complacerse en arrancar chispas blancas de las aguas calmas de la laguna. Mehmet mira aquella pequeña maravilla apoyado sobre un pasamanos de piedra y a su lado, Angela Dominica guarda silencio por largo rato.

—¿Por qué estabas tan seguro de que se plegarían a tus exigencias? —pregunta al fin la veneciana.

Mehmet no se gira para mirarla, sino que esboza una leve y sarcástica sonrisa.

—¿Qué vieron en mí? —pregunta como respuesta.

Angela, sorprendida al principio, se lo piensa y no se decide a responder.

—Yo te lo diré. Vieron al poder del sultán. Yo soy su encarnación —declara, sombrío y sin dejar de mirar al mar—. Te contaré una historia. Mi historia. Nací en una aldea serbia de las fronteras de Bosnia. Era un niño, uno muy feliz. Era pastor y mi aldea estaba oculta entre las montañas y no importaba a nadie. Pero aun así, el poder del sultán llegó a ella y me sacó de entre los brazos de mis padres para llevarme a Constantinopla y convertirme de simple pastor en lo que ahora ves.

En su tono se adivina que Mehmet no es feliz, ni está contento por haber dejado de ser un simple pastor y ser lo que ahora es: un capitán jenízaro, un señor del mar, un hombre poderoso al servicio del más poderoso de los imperios.

—Eso es lo que vieron: el poder del sultán capaz de llegar a todas partes y capaz de transformarlo todo. Sí, tan capaz de hacer todo eso que también puede llegar hasta aquí: hasta esta ciudad oculta en esta laguna y transformarla en escombros y cenizas. Por eso, veneciana, precisamente por eso se plegaron a mis exigencias.

Angela Dominica asiente lentamente. El jenízaro tiene razón. Triste, cansada, posa también sus ojos en el azul sembrado de destellos blancos y se quedan allí, juntos, mirando al mar y oyendo, de tanto en tanto, el llanto de las gaviotas.

Esa noche, el Senado y el dogo, convencidos por las mismas razones que obligaron a someterse al Consejo de los Diez, aceptaron las propuestas del primer visir y de don José Nasí. El plan urdido meses atrás en Constantinopla seguía en marcha.

A la mañana siguiente, muy temprano, Mehmet envió un mensaje cifrado para su suegro y el banquero. Luego, acompañado por Angela Dominica, embarcó en una rápida barca que cruzó la laguna y atravesó el canal del Porto di Lido para luego costear los arenales y cañaverales de aquel olvidado lugar.

Cuando llegaron a la cala donde debía de presentarse la galera roja a recoger a su capitán y señor, hicieron las señales convenidas; luego, nerviosa, Angela Dominica se decidió a hablar:

—El Consejo de los Diez ha decidido liberarme de mis obligaciones como *Occulti* —susurra, hurtando la mirada a Mehmet como si se avergonzara de lo que está diciendo—. Tengo oro y vuelvo a ser libre para ir donde quiera.

—Pues ve y sé feliz —replica el tuerto con un poco más de dureza de la que quería.

Ella se muerde el labio inferior y duda si seguir hablando.

—Déjame ir contigo —dice al fin y, al hacerlo, al fin se atreve a mirarlo de forma intensa y directa. Tanto que le revela hasta lo más íntimo.

El ojo azul hielo se la queda mirando largo rato y los ojos de color miel de la muchacha se humedecen, como si se esforzaran por no llorar.

—No. No vendrás conmigo.

—¿Por qué no? Hay cosas… cosas que siento por ti y que aún no sé explicar.

—Por eso no debes venir. Porque yo también siento esas cosas y porque, al contrario que tú, podría explicarlas. Pero no quiero hacerlo.

—No comprendo… —responde ella con una tristeza que es rendición.

—Mejor así. Comprenderlo todo es demasiado doloroso. Pero te diré una cosa: eres mejor de lo que crees, Angela Dominica, y yo soy mucho peor de lo que imaginas. Por eso, muchacha, no te dejaré subir a mi galera.

Entonces, Mehmet, el impasible jenízaro, no quiere detener a su mano que, leve, se posa un instante en la mejilla de la veneciana.

Y las lágrimas, al fin, se apoderan de los ojos de Angela Dominica. Es un llanto quedo, suave, casi liberador; y Mehmet, que nunca soportó ver llorar a los que ama, la atrae hacia sí y la abraza, sabiendo que se equivoca y que aquello le deparará noches de insomnio cuando el mar y la soledad lo envuelvan.

Entonces ella se rompe y su llanto se transforma en sollozos que le conmueven el pecho y la garganta.

¿Y por qué llora? Porque creció con hambre en las calles de Venecia, porque fue una ladrona, una recadera de putas, y porque luego se hizo mujer y se complació en servirse de los hombres para llevarlos a la ruina; y porque después continuó viviendo, mientras se tornaba en una espía traicionera al servicio de la más traidora de las repúblicas; y porque ahora, sin embargo, cuando menos lo esperaba y de quien menos podía esperarlo, se ha enamorado. Y ese «alguien» acaba de decirle que podría amarla, pero que por eso mismo la dejará atrás.

Permanecen abrazados. Él sin decir nada; ella, sin dejar de llorar. Es septiembre, pero corre viento del norte y la tarde es fría. Entonces, se escucha el golpeteo de remos y, al poco, desde detrás de una lengua de arena sembrada de cañas, surge la poderosa proa de la galera roja.

Mehmet deja de abrazarla y alza la mano bien alto; desde la gavia, el vigía lo ve y grita la orden de que acudan a recogerlo.

—No olvides lo que te he dicho, mujer.

Y, diciendo aquello, el jenízaro se mete en el agua pesada de la laguna y, echándose a nadar, da tres o cuatro brazadas hasta aferrarse a la borda de la barca que han soltado para recogerlo. Luego, izándose a bordo de la escueta embarcación, se pone ágilmente en pie y se vuelve a mirarla.

Angela Dominica alza la mano y le dice adiós. Se siente como una niña pequeña haciendo aquel gesto infantil. Pero sigue agitando la mano, mientras él, Mehmet, erguido, no le responde, aunque no deja de mirarla ni un instante, hasta que sube a bordo de la gran galera roja que, calando remos, se pierde entre bajíos, cañaverales y dunas.

Angela baja entonces la mano y, sin secarse las lágrimas, pronuncia las palabras que él debería haber oído y que nunca podrá ya decirle:

—Ciertamente, en el fondo yo también sigo siendo una niña.

Y con esas palabras y una triste sonrisa, se da la vuelta y regresa a Venecia. Pues Mehmet al-Rumi tenía razón: Angela

Dominica es mejor de lo que ella misma cree y sus lágrimas, que siguen rodando por sus mejillas y le mojan los labios mientras se abre paso entre las cañas, lo confirman.

* Esta sala ardió en 1577 y la actual fue construida para sustituirla.

19

Los molinos de Corón

Dieciocho de septiembre de 1572.

Modón es como la boca de un dragón: situada a pocas millas al sur de Navarino, la deshabitada isla de Sapienza dificulta la entrada a su abrigada ensenada, al fondo de la cual, se alza un imponente castillo atestado de cañones; este, peligrosamente anticipado por varios islotes que han sido artillados y fortificados con meticulosidad para controlar el canal de acceso a la bahía es, virtualmente, inexpugnable.

De modo que toda galera cristiana que trate de forzar la entrada a la ensenada, será, aun antes de que pueda disparar el primer cañonazo contra la armada turca fondeada bajo sus bastiones y murallas, bombardeada salvajemente e irremediablemente echada a pique.

¿Y desde el lado de tierra? Para eso, para atacarla por tierra, don Juan de Austria debería desembarcar a miles de sus hombres provistos de docenas de cañones e ir tomando, uno tras otro, los cinco fuertes y reductos artillados que, sobre cada una de las colinas y pequeñas montañas que circundan Modón, han erigido los turcos. Luego, tras semejantes agotadores combates y asaltos, aún quedaría la tarea de sitiar y asaltar la gran fortaleza de Modón, defendida por cuatrocientas bocas de fuego y veinte mil jenízaros, *levandat* y *sipahis* otomanos.

No es pues de extrañar que don Juan se esté devanando los sesos al tratar de encontrar un plan que permita sortear semejantes dificultades. Máxime cuando, desde hace días, los venecianos, a su vez, parecen empeñados en proponerle los más disparatados y suicidas planes y, sobre todo, en estorbar los que a él se le ocurren.

El ambiente en la armada de la Liga Santa es, por decirlo suavemente, tenso, irrespirable incluso, y se encamina de modo decidido hacia el enfrentamiento abierto entre los aliados; después, y si Dios no lo remedia, se irá derechito al más completo desastre. Pues en Modón, con sus más de doscientas galeras bien aseguradas bajo los artillados bastiones, Ulug Alí aguarda el más mínimo error, la más mínima desavenencia entre venecianos y españoles, para hacer una salida y obtener así su gran victoria.

Pero don Juan, pese a sus veinticinco años, es ya veterano de cuatro campañas y aunque a veces tiene la sensación de que el mundo al completo está en su contra, está logrando algo que quizá no sea apreciado, pero que es increíble: mantener en el mar, aprovisionados y dispuestos a combatir, a más de ochenta y cinco mil hombres y trescientos barcos de guerra.

Y ochenta y cinco mil hombres beben mucha agua. Sí, por eso, el Generalísimo de Cristo ha dispuesto que un grupo de desembarco navegue hasta los cercanos molinos de Corón y hagan allí aguada escoltados por la mitad de la armada.

No será fácil, bien lo sabe él; por eso, mientras vigila con la otra mitad a la flota turca fondeada en Modón, aguarda, impaciente, sus nuevas.

Serán noticias de batalla porque los otomanos, sabedores de que el agua es vital, la defenderán y el combate que se librará, será, sin duda, reñido.

Amanece. Monteagudo cierra los ojos y reza. Lo hace con frecuencia desde que dejó atrás a María y a su hijo no nato. Piensa en ellos a todas horas y a cada instante tiene la sensación de que no habrá reencuentro para ellos. Por eso, para conjurar semejante nefasta premonición, reza como no lo ha hecho desde niño.

De hecho, y eso lo conmueve profundamente, se ha dado cuenta de que ora más de lo que lo hacía cuando estaba encadenado al remo de La Piedra, la galera turca en donde bogó como esclavo durante tres años. Evidentemente, concluye, le preocupa más la suerte de los suyos, de María y de su futuro hijo,

de lo que le preocupó la suya; y por eso mismo cada día de separación, de no saber cómo se encuentran, es un día de agonía.

A su lado, en el esquife, le acompañan Miguel el Moro y Gregor de Gordon; tras ellos, apretujados, los veteranos Juan Cobo y Francisco de Cabra y una decena más de soldados de la compañía, amén de un bisoño recién llegado desde el reino de Murcia con el tiempo justo de subirse a bordo de La Loba, la nave capitana de don Álvaro de Bazán, y que responde al nombre de Eusebio de Vidal y Abellán.

Eusebio, que apenas si mide una vara, dos pies y nueve pulgadas,* va revestido con un viejo coselete y un morrión que le quedan grandes, carga con un buen arcabuz y lleva bien ceñidas una excelente espada que luce la marca del «perrillo»** y una daga de mano izquierda; son armas salidas de la forja del célebre Julián del Rey, el espadero moro que trabajó para el rey Boabdil y cuya fama fue tanta que, al pedir bautismo, fue apadrinado por el mismísimo don Fernando el Católico, Sus armas son tan buscadas que, sin duda, el menudo murciano se gastaría en ellas lo que le quedara de su menguada fortuna.

Monteagudo le dedica al joven Eusebio una rápida mirada de reojo y sonríe pese a los nervios, los rezos y la preocupación por María y el niño. Pues el bisoño murciano es tan menudo, tan arrojado y tan dispuesto a enfrentarse a todo el Imperio otomano él solo que uno no puede sino admirarse de que el mundo siga pariendo hombres como este; hombres que, después de todo, tanto se parecen a cómo eran él y Lope cuando pelearon en su primera desesperada batalla en Los Gelves.

Los Gelves… ¿Terminará esta nueva batalla tan desastrosamente como aquella? Dios quiera que no, pero la cosa pinta mal: tras ellos, formando una larguísima línea de batalla a resguardo de los cañones de Corón, se han dispuesto ochenta galeras españolas, venecianas, pontificias y maltesas, dando proa al fuerte turco para, llegado el caso, cubrir a las tropas de desembarco con sus cañones; o, si las galeras otomanas fondeadas en la cercana Modón decidieran hacer una salida para acudir en auxilio de los de

Corón, estar prestas a enzarzarse con ellas en batalla y retenerlas hasta que se sumase al combate don Juan de Austria con el resto de la flota cristiana.

Para mayor dificultad y peligro, desde el lado de tierra, atrincherados en el viejo castillo veneciano o agazapados en las huertas, olivares y matorrales que cubren las colinas, están los soldados turcos aguardándolos con escopeta, arcabuz y mosquete bien aprestados y el aceros recién afilado.

Así que Corón no parece el mejor de los destinos. ¿Que por qué van entonces a meterse en semejante avispero? Porque la gente tiene la mala costumbre de beber y el agua más accesible que tienen a mano está allí: en las pozas que se forman a los pies del monte de Corón al llegar hasta ellas el río que, incluso en pleno estío, baja, tumultuoso, regalando sus aguas puras. Así que van a por agua, desde luego, pero también, y de paso, a tirarle del rabo al demonio.

Pero al demonio no le gusta que le tiren del rabo y ha comenzado a disparar contra ellos los *bacaloska*, los grandes cañones turcos de hasta sesenta libras. Toda una salva furiosa que parte desde las baterías dispuestas en el viejo fuerte veneciano y que, tras dejar el castillo envuelto en humo, proyecta docenas de pesadas balas de cañón contra las barcas de desembarco.

Una de ellas cae a tres varas de la proa del esquife que ocupan Monteagudo y los suyos. El impacto levanta un chorro de agua que los salpica e impulsa una contraria ola que levanta la pequeña embarcación como si por debajo de ellos pasara el lomo curvado de una ballena.

Eusebio se persigna sin soltar el arcabuz, Miguel el Moro sonríe, desafiante, dedicando un corte de mangas a los artilleros turcos, y Gregor de Gordon se levanta, mantiene el equilibrio con dificultad, se abre de brazos, como retando a que le acierten en pleno pecho y se pone a cantar en su bárbara lengua escocesa una canción celta que ya era vieja cuando el mundo era joven:

Más pronto dio su carne al lobo que a la fiesta nupcial.

Antes fue alimento para el cuervo, que novio en el altar.
Fue a la batalla con el amanecer.
Sangre buscaba, reunidos los destellos de las armas,
como el trueno se alzó un estruendo de escudos.
Desde una posición elevada mató con una espada,
dispensando con ella aflicción de hierro a un jefe revestido de acero.

La voz ronca de Gregor resuena entre los estampidos de los cañones y los gritos de los hombres y, de alguna manera, aunque no entienden lo que dice, los refuerza al punto que más de uno se suma al escocés con su propio nativo cantar, en una confusión de canciones en la que todos los cantores tantean una misma cosa: al valor que se invoca cuando uno avanza, resuelto, hacia la muerte.

Pero la voz más poderosa es la de Gregor de Gordon que, ignorando los disparos de los *prangi* y de los *sakaloz*, esto es, de las piezas artilleras otomanas más ligeras, y de los mosquetes que comienzan a romper el aire en torno suyo, sigue entonando la vieja balada de guerra celta hasta que la quilla del esquife se clava en la arena y todos, a una, saltan al agua; y, con las olas batiendo sus cinturas y rodillas, corren a tomar posiciones bajo el fuego graneado que ya les hacen los tiradores turcos desde las posiciones que han ocupado para proteger las pozas e impedir así que los cristianos se aprovisionen de agua en ellas.

Ya no canta nadie. Todo es batalla.

Durante un brevísimo instante, antes de desplegar a sus ciento treinta hombres, Monteagudo examina con ojo diestro el paisaje: al norte de la cala donde han tomado tierra, se alza el viejo castillo que construyeron los venecianos, ahora ocupado por los turcos; imponente, se muestra desafiante sobre un espolón rocoso en forma de garfio que se adentra en el mar al que muestra paredes de roca que caen abismáticamente sobre las olas, precipitándose a ellas desde más de cien pies de altura,[*] dejando sobre su achatada cumbre sitio para los ciclópeos muros y los bastiones de la fortaleza

que, bajo el primer sol de la mañana, parecen dejar el gris pálido de la caliza y pasar al dorado viejo.

Delante suyo, a unos doscientos pies de donde ahora se hallan tratando de que no les vuelen la cabeza, tienen, abierta al pie de una alta colina aterrazada, la primera de las grandes pozas colmadas de agua potable que, alimentada por una sonora cascada que cae por el bancal superior, viene, saltando y corriendo, desde lo alto del monte; en su acuático discurrir, mueve las pesadas ruedas de los viejos molinos que se va encontrando en las terrazas talladas en la ladera y que ahora, para hacer frente al ataque cristiano, han sido convertidas por las tropas turcas en pequeñas fortalezas: unas excelentes posiciones de tiro desde las que batir a las tropas españolas que han desembarcado en la playa y que la colman de hombres aguerridos, esquifes y barcas, desde donde ya comienzan también a arrojarse los toneles vacíos que deben llenarse de agua dulce con la que abastecer a la armada del Generalísimo de Cristo.

—¡Adelante y a tomar ese molino! —ordena Monteagudo, que corre en la dirección que ha señalado su espada desenvainada y desde donde les disparan con cerradas descargas de mosquete y escopeta.

A su lado, pequeño pero arrojado, va Eusebio el Murciano; y mientras corre, con el arcabuz ya montado y dispuesto, salta sobre una roca, apunta el arma, abre la cazoleta, presiona el gatillo liberando el serpentín que lleva la mecha encendida hasta la pólvora prendiéndola con gran estruendo.

El disparo es certero y a treinta pasos, donde nadie, excepto Eusebio, lo había visto, un turco cae mortalmente herido, quedando despatarrado sobre el arbusto en que se había ocultado y desde el que se aprestaba a disparar su largo mosquete.

—¡Bien por ti, Eusebio, bien por ti! —lo felicita Monteagudo.

El capitán, sin dejar de correr, es consciente de que el muchacho le ha salvado la vida; pues a esa distancia, el mosquetero turco no habría fallado y todo indica que era a él, el capitán de la compañía, a quien estaba apuntando.

Eusebio, tímido, retiene una sonrisa, agacha la cabeza y trata de disimular su embarazo, recargando, lo más rápido que puede, su

pesado arcabuz, mientras que otros arcabuceros de la compañía, reforzados ya con algunas picas, lo van dejando atrás y entran en contacto con las tropas otomanas.

¿Contacto? Es todo un encontronazo, un choque brutal y bronco en extremo. Pues la pequeña playa está atestada de barcas que han desembarcado o todavía desembarcan, a soldados españoles, mientras que desde las alturas de la aterrazada colina de los molinos y las aguadas, llueve plomo y furia arrojados por centenares de tiradores turcos. A la par, desde el castillo avanzan no menos de un millar de leventes otomanos y desde el otro lado aparecen, vete tú a saber dónde estaban ocultos, más de un centenar de jinetes turcos blandiendo sus curvados sables, haciendo fuego con sus pistolas y dispuestos a barrer a los españoles con una inesperada carga de caballería que parece llevada a cabo por los mismísimos caballos de Neptuno envueltos en arena dorada y espuma marina.

Y mientras todo eso ocurre, los cañones –los turcos desde el viejo castillo y los cristianos desde las galeras alineadas frente a la playa– rugen sin parar, sembrando de explosiones las aguas del mar, la arena de la cala y las pozas y terrazas del monte de Corón.

Las tropas turcas suman tres mil infantes, la mayoría de ellos provistos de armas de fuego, y más de cien jinetes; las españolas pasan por poco del millar y se están desplegando en un amplio abanico cuyo propósito es cubrir a los cientos de grumetes, sirvientes, forzados y soldados que ruedan ya por la arena de la cala pesados barriles en dirección a la primera de las pozas para llenarlos con el bendito líquido que contienen.

Aquí y allá, yacen ya cadáveres y heridos que puntean, con el rojo de su sangre y con los vistosos colores de sus ropajes, el dorado de la playa. En verdad, son hombres desafortunados que tuvieron el mal tino de ponerse en medio de la siniestra y caprichosa senda del plomo y la metralla.

Todo es ordenada confusión de hombres de guerra, atronador bramido de cañones y seco estampido de ligeras armas de fuego; y sumergidos en todo eso, Monteagudo y los suyos, siempre en vanguardia, están ya ganando las orillas del primer depósito de

agua, para desde ellas, pugnar por subir hasta la primera terraza y apoderarse así del molino allí dispuesto para limpiarlo de enemigos.

Y ahora, un disparo entre muchos, sí, pero Monteagudo siente la bala de plomo rozándole el hombro. Instintivamente, agacha la cabeza y sin abandonar esa posición, encaja una estocada en el estómago del primer turco que se le echa encima y al que la hoja toledana con la punteada marca del «perrillo» atraviesa de parte a parte antes de ser extraída con violencia al poner el capitán español el pie derecho en el pecho del desgraciado y empujarlo, ferozmente, hacia atrás para así desclavar el acero.

Libre de nuevo, Monteagudo se libra de la muerte porque Miguel el Moro, a su vera, tiene el acierto de llevar lista la pistola de rueda y descerrajarle con ella un tiro en la boca abierta a un turco que se le echaba encima blandiendo un hacha de abordaje.

No hay tiempo para dar las gracias. Gregor de Gordon, empuñando la *claymore* con las dos manos, la de carne y la de plata, ya está entrando en el molino a cuya puerta ha propinado una brutal patada que la ha echado abajo y por la que se mete como una hiperbórea centella para dar comienzo a la carnicería.

A ella se suman, a todo correr, Francisco de Cabra, que entra disparando su arcabuz, y Juan Cobo que, optando por la daga vizcaína, esquiva un tiro y se echa hacia delante abriendo a su oponente desde el pubis al esternón para dejarlo con las tripas colgando. Un parpadeo más tarde, el menudo Eusebio, que ha corrido como un galgo para estar de nuevo metido en pleno infierno, se arroja dentro del molino y aunque Monteagudo, embarazado con un espadachín turco que se le opone, no puede verlo, oye el tiro de su arcabuz y el aullido de un enemigo al que, sin duda, ha alcanzado.

Para cuando José de Monteagudo despacha a su enemigo y se mete a su vez en el molino, la resistencia turca ha terminado y lo que queda es un matadero colmado de sangre, hombres que agonizan en el suelo y muertos en posiciones imposibles.

—¡Asegurad la posición! —ordena ahora y, conforme grita, se les suman más y más hombres de la compañía.

Desde allí, desde el molino y el amplio bancal que lo alberga, pueden cubrir a los que hacen aguada y que, tonel a tonel, van aprovisionándose de agua.

¿Y en la playa? La caballería turca cargaba sobre los españoles desembarcados. ¿Recuerdas, lector? Más de cien jinetes que galopaban como dioses sobre la arena y las someras aguas cargadas de resplandores de turquesa y sal. Sí, y de muerte.

Pues no hay caballería que pueda enfrentar una descarga de arcabuces españoles protegidos por picas; y eso, tal cual, es con lo que se han topado los *sipahis* otomanos.

¿Resultado? Caballos que ruedan heridos de muerte o que corcovean enloquecidos de terror, arrojando a sus jinetes y espantando a sus equinos compañeros de carga, mientras que bajo sus cascos quedan los ensangrentados cuerpos de los caballeros turcos.

Aquellos que sobreviven a la primera descarga tratan de reorganizar su línea de carga, pero los piqueros que han desembarcado junto a los arcabuceros se adelantan, presurosos, a ensartarlos con sus armas. La matanza se completa cuando los de los arcabuces, dispuestas de nuevo las armas de fuego, se echan a su vez hacia delante para disparar a bocajarro sobre lo que queda de la caballería enemiga, que parece hundirse como si se la tragara el Hades, entre el humo, la sangre, el relinchar de los caballos y los alaridos de muerte de sus jinetes.

Sí, y también parecen hundirse entre el ronco bramar de los cañones. Que no se te olviden los cañonazos. Pues los artilleros, tanto turcos como cristianos, no se dan tregua y siguen disparando sus piezas con demoniaco desenfreno, arrojando fuego, humo, hierro y muerte allá donde aciertan con sus disparos.

Y la batalla llega a su culmen: los españoles, pica, arcabuz y espada entre las manos, se apoderan de la segunda terraza en donde se disponen la segunda poza y el correspondiente molino transmutado en fortín; ya con dos aguadas bajo su control, los aguadores pueden llenar centenares de barriles que, a toda prisa y una vez repletos, son rodados ladera abajo y playa a través, hasta los esquifes y las barcas. Allí, zarandeados por las olas, son

amarrados o, simplemente, guiados con pértigas y ganchos hasta las galeras.

Mientras así proceden los españoles, los turcos, sumando más y más hombres al combate, siguen cañoneando a los desembarcados, lanzan cargas desesperadas de infantería para recuperar las pozas y los molinos, y aprietan los dientes de pura rabia cuando, vez tras vez, son rechazados. Pues es una reñida batalla la que, en brevísimo tiempo, se está librando.

Desde su conquistada posición, Monteagudo y su compañía hacen fuego sin cesar sobre las oleadas de otomanos que caen sobre ellos colina abajo arbolando sables y yataganes, blandiendo hachas y lanzas; o que, desde posiciones situadas tras rocas y matorrales o asomándose entre olivos y nogales, disparan sus largos mosquetes, tensan sus curvados arcos o arrojan antorchas en un desesperado intento por prender la reseca maleza y lograr así lo que sus ataques directos no consiguen: desalojar a los cristianos de las pozas.

Y es que ya han muerto doscientos sesenta y cinco soldados otomanos y más de quinientos han rodado por el suelo con heridas; mientras que los españoles, por su parte, han perdido a veinte hombres y cuentan con un centenar largo de heridos. La batalla, pues, se está inclinando, decisivamente, en favor de los cristianos.

Las crecidas pérdidas turcas, la disciplina española, la destreza hispánica con el arcabuz y la espada, y la mejor posición de tiro de los cañones de las galeras cristianas frente a las que ocupan las piezas otomanas emplazadas en los bastiones de la vieja fortaleza veneciana, terminan por imponer al pachá otomano que dirige la defensa de Corón la cruda realidad: que es hora de dejar de disputar el agua a los cristianos y retirar sus huestes tras las murallas y bastiones.

Desde allí, ya bien parapetados y con la salvaguarda de los cañones, los turcos se limitan a hacer fuego a distancia, sin mucho daño, mientras que los españoles, dueños por completo de las pozas y los molinos, terminan de aprovisionar de agua a la armada de don Juan de Austria.

Cuando, ya en la tarde, Monteagudo reembarca a su compañía, cuenta entre sus hombres ocho muertos y trece heridos. Cada vez que, piadosamente, cierra los ojos a uno de los ocho cadáveres, piensa en María y en el hijo que aún no han tenido y que, quizá, nunca pueda llegar a ver.

* El equivalente a 160 centímetros de estatura.

** La marca del «perrillo» era la de Julián del Rey, El Moro, y mostraba, punteado y relleno de cobre, a un perro que corre con el rabo levantado. El otro espadero célebre en la Toledo y la Europa del momento era Alonso de Sahagún el Viejo.

* Unos 30 metros de altura.

20

Las olas de la fortuna

María está nerviosa. Desde que José y la compañía zarparon de Corfú, no ha habido día en que, llevando a Eleni de la mano, no haya ido a misa. Allí, en la iglesia veneciana, se arrodilla y reza por el padre de la criatura que se le mueve ya en las entrañas.

El embarazo no está siendo fácil. Ha ido a un buen médico hebreo –pues allí, en Corfú, y pese a la orden de expulsión de los judíos que promulgara la Serenísima, viven tranquilos– y el galeno le ha recetado hierbas y tisanas, pero los vómitos y náuseas no la abandonan; mientras que su vientre, ya visiblemente hinchado en el quinto mes de embarazo, gravita pesadamente, la vuelve lenta y torpe y provoca dolores de espalda.

Por la tarde, siempre con la niña pegadita a ella, bajan a la playa y se entretienen mirando las olas y buscando cantarinas caracolas y piedras de colores.

A veces, cuando Eleni, complacida por su infantil victoria como buscadora, le ofrece una caracola, María la toma entre sus manos y contempla la pequeña maravilla en cuyo interior se atesoran el blanco nácar iridiscente y el eterno rumor de los mares. Entonces, con una teatralidad solemne, la lleva a su oído izquierdo, el del corazón, y finge que puede escuchar las voces de Gregor de Gordon, de Miguel el Moro y de José. En ese momento, indefectiblemente, la niña ríe y se consuela de la ausencia de los hombres a quienes ha aprendido a llamar «tíos» y a los que echa mucho de menos.

Pero María, cuando la chiquilla se vuelve hacia las aguas turquesas para buscar más tesoros marinos, derrama lágrimas, pues no hay caracola mágica que pueda meterle tan dentro la voz de quien ama como lo hacen su nostalgia y su anhelo por volver a tener a José entre sus brazos.

Es en ese momento, uno más entre un centenar, cuando vuelve a preguntarse si su hijo tendrá padre.

—¡Vuelve, por Dios, la Virgen y todos los santos! ¡Vuelve o tendré que irte a buscar! —susurra, ruega, se jura con todo su ser, mientras Eleni, con esa indestructible vitalidad que poseen los niños, corretea por la arena perseguida por la clara espuma de las olas.

Lejos de Corfú, en Venecia, otra mujer también mira al mar, sí, y también derrama lágrimas.

Su nombre es Angela Dominica y, en cuanto baja la guardia, los ojos se le enredan en el azul profundo de la laguna veneciana. ¿Qué le pasa? ¿Puede explicarlo alguien? Los hombres llevan intentándolo cientos de miles de años y se hicieron poetas y filósofos para lograrlo, pero siguen sin entenderlo.

Así que no le pidáis milagros a una pobre chica veneciana que creció como ladrona en las calles de Venecia y que lo único que ha sabido del amor es lo que le contaron las putas de Rialto y las damiselas de taberna.

El caso es que, una y otra vez, piensa en Mehmet al-Rumi y a su mente vienen también el sentir y el saber que las aguas del mar, antes o después, lo llevarían hasta él.

—Tengo urgencia de ti… —deja escapar a sus labios.

Y es cierto. Angela no sabe por qué, pero necesita a ese hombre tuerto y fiero que, aunque él no quiera saberlo, sigue queriendo amar.

En eso sigue pensando, presa de una melancolía que no quiere ni comprende pero que le cierra la garganta y le pesa en el pecho, cuando en uno de los muelles ve amarrada una nave gruesa de Candía. ¿Una corazonada? Sí, eso es lo que experimenta Angela y, como no cree en esas cosas, le hace caso de inmediato y aborda a un marinero con el curtido rostro picado de viruela, que le informa de que la nave cretense parte de inmediato para llevar paga y víveres a la armada de la Liga Santa que batalla en Modón.

¿Batalla? Si Mehmet está en algún lugar, ese sitio será una batalla y no puede haberla más grande que la que se está librando

entre la armada de la Liga Santa y la gran flota otomana.

¿Sabéis una cosa? Los marinos creen con firmeza que las mujeres a bordo traen mala suerte. Son gente supersticiosa en extremo y se niegan a levar anclas con una fémina a bordo. ¡Pero, ay, el oro! Ese, bien lo sabe Angela Dominica, acaba con supersticiones, convicciones, reglas y leyes, por lo que, tras repartirlo con generosidad, sube a la nave gruesa de Candía y ese mismo día zarpa con rumbo a Modón.

Seis días más tarde, amarran en el puerto de Corfú para hacer aguada y cargar trigo para la armada cristiana.

Mientras los estibadores griegos del puerto suben a bordo pesados serones repletos de cereal que vacían en las enormes vasijas dispuestas para tal fin en la bodega de la nave cretense, Angela se permite bajar a tierra y estirar las piernas. Los años al servicio de Venecia como espía la han convertido en una mujer extraordinariamente observadora y la han acostumbrado también a caminar siempre alerta.

Quizá por eso, sus penetrantes ojos dorados se fijan en una niña muy guapa que corre como un diablillo perseguida por una mujer morena y preñada cuyos ojos verdes esmeralda se enredan con los suyos.

21

Traidores y cañones

Modón, del diecinueve al veintiuno de septiembre de 1572.

Don Juan de Austria tiene ganas de una sola cosa: echar mano del espléndido montante que le regalara el santo y difunto papa Pío V y descargar su contundente hoja sobre Soranzo, Foscarini y el resto de los capitanes y nobles venecianos que tiene ante sí reunidos en consejo. ¿Consejo? ¡Aquello no es un maldito consejo, sino una casa de locos en la que basta que él diga «negro» para que los jodidos venecianos digan «blanco»! Pero ¿qué pretenden estos necios?

Primero se empeñaron en que era imperioso planear y ejecutar de inmediato un asalto directo contra Modón y luego, cuando él propuso el único plan factible –construir plataformas de combate dispuestas entre dos grandes galeras para situar sobre ellas largas líneas de cañones que, concentrando sus disparos, desafíen a las piezas turcas dispuestas para guardar la entrada a la ensenada de Modón y, así, abrir paso a las demás naves de la Liga para caer sobre las apelotonadas galeras turcas–, se negaron a formar parte del asalto. Cuando, furioso, insistió, se avinieron a regañadientes, pero señalaron que mejor sería efectuar antes un desembarco para bajar a tierra cañones con los que también hostigar desde aquel lado los bastiones otomanos. Exasperado, aceptó, pero entonces cambiaron de opinión y apostaron por levar anclas y poner rumbo a Navarino para someter a asedio a la ciudad y, una vez tomada, marchar sobre Modón y atacarla por tierra y por mar. Y ahora…

A su lado, don Álvaro de Bazán, recién llegado de Corón con las galeras repletas de agua dulce con la que aprovisionar a la armada, resopla como un toro cada vez que un veneciano pone un «pero» a los planes de batalla que don Juan plantea.

De hecho, el marqués de Santa Cruz casi se tiró encima de Foscarini, uno de los almirantes de la Serenísima, cuando el veneciano se desdijo, de inmediato, de su previo y tibio asentimiento al segundo plan esbozado por don Juan; solo la disimulada acción del príncipe de Parma, que bajo la mesa roza con el pie la bota de don Álvaro, impidió que allí mismo, ante su frustrado generalísimo, españoles y venecianos llegaran a las manos dando comienzo a una batalla no prevista, que pusiera fin al consejo y con él, a la Liga Santa al completo.

—¡Está bien, señores! —se impuso entonces don Juan; al fin, el silencio y el orden regresaron al tumultuoso consejo de guerra—. No daremos inicio al asalto con las plataformas artilleras dispuestas entre galeras, ni al desembarco de tropas, hasta que tentemos a combate a la flota turca. ¿De acuerdo?

Y echó a todos una mirada furibunda que se tornó fuego líquido al recaer sobre los venecianos.

—¿De acuerdo, señores? —insistió.

Los venecianos, finalmente, agacharon la cabeza y asintieron a regañadientes.

—¡Bien! Formaremos nuestra línea de batalla como acordamos y enviaremos por delante galeras sueltas que tienten al almirante enemigo, Ulug Alí, a salir de su refugio en la ensenada.

Nueva pausa para sondear reacciones y, en ella, el bastardo imperial se percató de lo que ya intuía: que don Álvaro sabía que aquello era una pérdida de tiempo. Pero si quería ganarse a los venecianos, él, el General de Cristo, tenía que actuar con tacto y mano izquierda: si los llevaba a un combate en aguas abiertas, y si ese combate demostraba su inutilidad, podría luego convencerlos de pasar al asalto general.

La siguiente hora han estado repasando los detalles del nuevo plan. Durante esa hora, una vez más, don Juan, en el silencio oculto de su mente, se ha preguntado por enésima vez qué les ha pasado a los venecianos: en julio, cuando lo aguardaban en Corfú, parecían ansiosos por combatir, salir a la mar a cañonear y abordar galeras turcas.

Ahora, apenas un mes más tarde, los malditos solo arrastran los pies y no dejan de poner toda suerte de impedimentos.

En Constantinopla, Sokullu Mehmet Pachá, primer visir del Imperio otomano y su discreto aliado, don José Nasí, amigo, confidente y banquero del sultán, beben café.

El hebreo se ha aficionado a la exótica bebida y hoy, particularmente, la paladea con delectación. Pues las nuevas que les llegan desde Modón son excelentes: Ulug Alí se ha visto forzado a encerrar su gran flota bajo la protección de los cañones de Modón, mientras que la armada cristiana, incapaz de forzar la entrada a la artillada ensenada, lleva días sin lograr otra cosa que agotar víveres y enzarzarse en discusiones estériles. Unas tablas, por así decir, perfectas.

Sí, las mismas tablas que ellos, los supremos jugadores, buscaban conseguir. Por supuesto, a ese resultado no son ajenos sus esfuerzos diplomáticos que ahora, gracias a los mensajes que Mehmet al-Rumi les ha enviado desde Venecia, saben fructíferos en grado sumo y que, a la luz de los acontecimientos que se están desarrollando en Modón, están dando pingües resultados. Pues, sin duda alguna, los almirantes y capitanes venecianos que, por lo visto, han comenzado a discutir rabiosamente cada plan planteado por don Juan de Austria, de tal suerte que los imposibilitan o lastran, deben de haber recibido, a su vez, las oportunas órdenes secretas de su Senado, aleccionándolos para que se mantengan en campaña, por supuesto, pero de mala gana y sin comprometerse en una gran batalla que pueda poner en riesgo sus galeras y, lo que debe ser más desconcertante para ellos, que pueda dañar en exceso a las de la flota otomana.

—Ese necio tiñoso de Ulug Alí debe de estar interrogándose sobre por qué los cristianos no tratan de forzar un asalto general a las fortificaciones del puerto de Modón —apunta Sokullu Mehmet Pachá, regodeándose al tiempo que toma otro dulce de la bandeja de oro que les ofrece la joven esclava rusa, que recibe una cálida sonrisa paternal del viejo primer visir.

Don José Nasí asiente; como es hombre sagaz y siempre atento a tomar nota de cualquier debilidad que le muestren amigos y enemigos, se percata del extraordinario parecido de los ojos de la esclava con los de la difunta y llorada hija de Sokullu: Ísmihan. «El viejo visir se está ablandando», piensa: que muestre por aquella muchacha tanta cortesía y cariño, es una prueba más de que la herida del suicidio de su hija no ha cerrado todavía… ni cerrará.

—Ciertamente, primer visir, el renegado debe de estar perplejo ante las dilaciones que retienen a sus enemigos fondeados ante la boca del canal de la isla de Sapiencia, que da acceso a la bahía de Modón. Pero, qué duda cabe, vanidoso como es, las estará atribuyendo a su habilidad como táctico.

—¡Ja, si el muy perro supiese que su habilidad táctica solo sería un bonito montón de mierda ante el empuje de don Juan de Austria si no hubiéramos minado nosotros su campo de traiciones!

Ante ese exabrupto, Nasí arruga un poco la nariz. Su exquisita educación se siente a veces un tanto turbada por los entusiasmados arranques cuartelarios del primer visir. Pero, al fin y al cabo, Sokullu, aunque ahora sea el segundo hombre del imperio, ante todo no deja de ser un jenízaro.

—Mi querido señor, lo que más debe congratularnos es que el sultán está a punto de sancionar nuestra propuesta a Venecia —apunta para devolver la conversación al sendero de lo que realmente interesa.

—Sin duda, don José, sin duda. Por lo que me decís que transmite la vieja Esther, la *haseki sultan* Nurbanu está a punto de embridar la esquiva voluntad de su santo esposo —concluye con afilada ironía.

Don José asiente y ensancha la sonrisa. Deja el vasito de oro enjoyado sobre la mesita de nácar y marfil, y abre las manos en un gesto de pícara satisfacción.

Justo en ese momento, el sultán Selim, «conquistador de provincias, destructor de ejércitos, temible en la tierra y en el mar», yace,

desnudo y desarmado, entre los muslos blancos y bien formados de Nurbanu.

La veneciana que llegara a Constantinopla como esclava y que se ha transformado en suprema señora cierra los ojos y sonríe mientras acompaña con su propio orgasmo el que experimenta ya su esposo. Pues no hay mayor excitación que la causada por el poder y ella, hoy, ha cambiado el destino del mundo y ha vuelto a hacer verdad los versos del viejo poeta árabe: «Han caído más imperios entre los muslos de una mujer que en los campos de batalla».

Un instante después, sensualmente arrebujada junto a su esposo y mientras la mano torpe de Selim le revuelve los largos cabellos dorados, se permite, con un gesto de irresistible picardía juvenil, morderle el lóbulo de la oreja haciéndolo reír.

«¡Insensato, no es el mordisco de una muchacha, sino el de una leona, el que recibes!», piensa Nurbanu, satisfecha y triunfante. Pues conoce lo que viene.

—¿Sabes, Nurbanu? —dice el sultán sin dejar de acariciarle los cabellos—. He pensado mucho en lo que me dijiste y voy a darte otra prueba más de amor y confianza…

Ella alza la cabeza y lo mira con ojos cargados de amor y expectación. Sí, pero tras ellos, muy ocultos, brillan la victoria y el acelerado ritmo del placer más íntimo: el de saberse dueña de este hombre que cree gobernar el mundo.

—Mi voluntad, señora, es seguir vuestro consejo y ofrecer una paz por separado a Venecia —concluye Selim con la mejor de sus sonrisas y creyendo neciamente en lo que dice: que es su voluntad la que ha decidido.

Nurbanu deja que unas falsas lágrimas de emoción le perlen las largas y espesas pestañas y luego, con un súbito e impostado temblor en los labios, besa a su hombre.

Sí, «a su hombre». Pues Selim, el segundo de su nombre, aunque nunca lo admita, le pertenece.

Mientras, ajenos a que la suerte de la guerra que sostienen entre sí el Imperio otomano y la Liga Santa se ha decidido ya en el harén

imperial de Constantinopla, los capitanes de España, Venecia, el papado y Malta están disponiendo en línea de batalla a sus galeras, justo delante del canal que separa las costas de Sapiencia de las de Mesenia y que comunica las turquesas aguas de la ensenada de Modón con las azul profundo del mar abierto.

El día es óptimo, con buen viento y buena mar, y don Juan, aunque no confía en ello, reza para que el *Kapudan Pachá* Ulug Alí se deje engañar y saque su flota de la ensenada para batallar.

Delante, sueltas y en actitud de provocar a los turcos, van las galeras capitanas de Marco Antonio Colonna, capitán general de las galeras del papa, del arrojado noble Quirino y de Pedro Justiniano, capitán general de la flota de Malta. Son tres buenas presas y deberían tentar tanto a los otomanos como para ordenar a una buena porción de sus naves salir en su busca.

Detrás de las tres grandes galeras de fanal que sirven de cebo, a una buena distancia, van las que conforman la línea de batalla y que, llegada la ocasión, acudirán en su rescate si los turcos muerden el anzuelo.

Pero Ulug Alí siempre fue un deplorable pez, así que no va a morder anzuelo alguno. Ante la visión de las tres galeras de fanal que se aproximan, aparentemente descuidadas, a la boca del canal de Sapiencia, se permite una sonrisa de suficiencia.

—¿De verdad creéis que voy a caer en tan infantil trampa? —murmura en voz baja.

Los cristianos, bien lo sabe él, días atrás perdieron su mejor oportunidad para lanzarse al ataque conforme la armada otomana se refugió en Modón. Si así hubieran actuado y no le hubieran dado tiempo, podrían haber triunfado y ocasionado a la flota del sultán un desastre tan tremendo o más que el que le infligieron en Lepanto.

Pero no fue así: las galeras cristianas que lo perseguían desde Navarino no intentaron forzar el canal tras las suyas, arrinconándolas así contra el fondo de la ensenada de Modón, sino que se quedaron detenidas atrás, incomprensible e inútilmente, ante la entrada de la bahía; y de ese modo dieron tiempo para ordenar la defensa:

desembarcaron tropas que reforzaron el fuerte de San Nicolás y los demás bastiones y puntos artillados de Modón, reforzados, además, con docenas de cañones descolgados desde las naves y rápidamente dispuestos junto a los que ya defendían una plaza que, ahora sí, es totalmente inexpugnable.

—¿Salimos a por ellas?

Es Mohamed Bey, nieto de Barbarroja, quien se atreve a preguntar y Ulug asiente: le disgusta aquel hombre orgulloso, rico y poderoso, pero no tanto como para enemistarse con él abiertamente.

—Ve, pero refuerza las tropas que llevas en tu galera con los jenízaros de Mehmet al-Rumi —contesta.

Bajo sus palabras, sin que nadie lo advierta, Ulug pone desconfianza y deseo de venganza.

Y es que Mehmet, cuando menos lo esperaban, en mitad de la pasada noche, forzó las líneas de naves cristianas y entró en la ensenada con su galera roja, en boga de combate, con los estandartes al viento, el fanal encendido y los cañones lanzando salvas de advertencia.

Ulug Alí recibió al capitán tuerto de madrugada. No se ha creído la historia que le contara –que la tempestad que se abatió sobre ellos cuando navegaban desde Mani a Navarino los había llevado lejos y causado daños que tuvo que reparar recalando en una solitaria isla–, pero ha fingido hacerlo para, cuando convenga, poder deshacerse de él con disimulo colocándolo en los lugares más expuestos de las batallas que se libren.

¿Y por qué quiere su muerte? Porque está seguro de que miente: al enterarse de que el jodido tuerto ya no lleva consigo a su supuesta concubina, aquella que lo acompañó en Mani y cuidó de él cuando se debatía entre la fiebre y la muerte, indagó, amenazó y repartió oro; y descubrió que la joven en cuestión es veneciana y que no era amante de Mehmet al-Rumi, sino que este la prendió en el país de los maniotas. ¿Conclusión? La mujer era la misma que tenían en su poder los maniotas del clan de los Morfakidis.

¿Dónde está ahora la muchacha veneciana? Ulug es demasiado astuto para preguntar a Mehmet el tuerto por ella de un modo

directo, pero también es lo suficientemente sabio como para saber que el yerno de su peor enemigo en la corte del sultán no es hombre de fiar y para intuir, por ende, que el asunto de la veneciana debe ser cosa de conjuras y espías que, en secreto, deben de estar operando en su contra.

Sí, en contra de sus intereses… Y sus «intereses» no son, ni mucho menos, los de Sokullu Mehmet Pachá, ni los del condenado banquero judío que tiene por discreto aliado y que se ufana de ser amigo del sultán.

Así que lo más inteligente, lo más prudente, es deshacerse con disimulo del yerno de Sokullu Mehmet Pachá y por ello le ordenó que desembarcara a su tripulación, desarmara su galera roja para disponer de sus cañones y estuviera presto a embarcarse con sus jenízaros en la nave que él, Ulug Alí Pachá, dispusiera.

Y ha dispuesto que embarque con el necio pomposo de Mohamed Bey Barbarroja. Pues va a mandarlo derechito a las fauces del león cristiano para que, con un poco de suerte, los despedace a ambos: al capitán jenízaro y al vanidoso corsario.

Unas fauces del león bien abiertas: doscientas galeras de guerra, con un millar de grandes bocas de fuego y veintidós mil hombres de guerra a punto para aprovechar el primer descuido de los turcos.

Y la gran galera de Mohamed Bey parece dispuesta a cometer ese «descuido»: seguida por otras nueve rápidas naves otomanas, avanza ya por el canal de Sapiencia para cañonear y abordar a las tres galeras cristianas que van en avanzada.

Mehmet lleva puesta la armadura completa. El alto yelmo está decorado en oro y coronado con plumas de águila que destacan, por su rudeza, con las que lucen sus hombres, de avestruz y grulla –más vistosas, sin duda, pero menos guerreras que las suyas–, mientras que el alpartaz de malla de acero que pende del casco y que le protege la nuca y los flancos del cuello está tan bruñido que su visión hace daño a los ojos, como también lo están las anillas y placas que, sobre lustrado cuero rojo, recubren su cuerpo.

A la espalda, preparado para ser encordado y flechado, porta el gran arco compuesto y una aljaba repleta de largas flechas de

pesada punta; y, remetidas bajo el cinturón de cuero adornado con oro y oscuros carbúnculos de rojo fuego, lleva dos pistolas fabricadas en Constantinopla por un diestro armero polaco allí exiliado. Al costado, como siempre, su fiel yatagán de acero de Damasco y una larga daga vizcaína que arrebató a uno de los arcabuceros españoles muertos dos meses atrás en Mani.

Mehmet es, pues, la viva estampa de la guerra tal y como la hacen los turcos y los otomanos la hacen como nadie; pues, no en vano y con la sola excepción de Lepanto, han dominado las olas del mar Blanco* desde hace sesenta años.

Y Lepanto, Alá así lo quiera, debe ser eso, una excepción. Por eso, en el pecho de Mehmet se entremezclan deseos y deberes: el deseo de batallar y vencer, pero también la esperanza de que el tiñoso bastardo de Ulug Alí no obtenga una victoria decisiva que le permita ascender a lo más alto del Imperio y destronar de sus puestos de influencia a su suegro, el primer visir del Imperio, y a su aliado don José Nasí. Deseos y deberes; estos últimos también se le revuelven y confunden en la mente y el ánimo: el deber de cumplir con la orden recibida de labios del *Kapudan Pachá* Ulug Alí y, por otro, el de velar porque sus encumbrados patrones, Sokullu y Nasí, sean bien servidos e informados puntualmente de cuanto suceda.

«El mundo es un lugar harto complicado», piensa mientras el viento y la corriente que se meten por el canal de Sapiencia son vencidos por los remos de la gran galera verde de Mohamed Bey Barbarroja, cuyos tambores y silbatos acaban de dar la orden a los esclavos remeros de que pasen a boga de arrancada, dirigiendo así el poderoso bajel, como si fuera una flecha bien disparada, sobre las aguas para salir a mar abierto a buscar presas.

«Las presas», las tres galeras cristianas de avanzada, ante el avance decidido de las galeras turcas dan media vuelta llevando tras ellas a las naves enemigas y conduciéndolas hacia la extensa línea de batalla dispuesta por don Juan de Austria; este, al ver a los bajeles musulmanes, siente que el pulso se le acelera. ¿Estará cayendo en la trampa el condenado Ulug Alí?

Quizá, solo quizá, pues alimentando aún más si cabe la bélica esperanza del imperial bastardo, su sobrino, el príncipe Alejandro Farnesio, lo alerta sobre una segunda y buena nueva: tras las diez galeras turcas que han salido a mar abierto van otras setenta galeras más.

—¡Los tenemos, por Cristo Redentor que los tenemos! —exclama, jubiloso, don Juan de Austria.

Pero entonces, desde lo alto de la gavia, el vigía enfría su gozo: pues el ala de la extensa línea de batalla cristiana donde forman las galeras venecianas comandadas por el almirante Soranzo, se está apartando demasiado del resto del cuerpo de batalla que deben formar las naves de la Liga Santa; y esa, sin duda, es la razón de que setenta galeras turcas, a todo lo que da su palamenta bien calada, boguen resueltamente para aprovechar el hueco que se les está ofreciendo y que permitirá a Ulug Alí cortarle a los venecianos los navíos más atrasados en la torpe maniobra que están desempeñando.

—¡Alá es grande! —exclama, jubiloso y en su galera, el viejo corsario calabrés ascendido a *Kapudan Pachá* de las flotas del sultán.

Quizá, después de todo, obtenga hoy su gran victoria.

—¡Aprestad cañones y apretad líneas! —ordena, por su parte, don Juan desde La Real en un intento desesperado por frenar el inminente desastre.

Y rugen en toda la extensa línea de tres millas de largo los cañones cristianos y responden, más concentrados, los otomanos.

Pero la torpeza veneciana, si de una torpeza se trata, parece estar dando una buena opción de victoria a Ulug Alí, que ordena, a grandes gritos que son repetidos de galera en galera, que más y más naves turcas acudan y pongan proa al hueco que se ha abierto en la formación de las naves de la Liga Santa; de este modo separarán a venecianos y españoles, envolviéndolos, y con un poco de suerte y mucha sangre los destruirán.

—Van a cortarnos en dos… —murmura Monteagudo, sin poder evitarlo, viendo cómo la derrota se dispone a caer sobre ellos.

Y entre su gente, apelotonada en la cubierta de La Loba y con las armas preparadas, se puede palpar algo que aún no se ve: el desastre que, en breve, se llevará a todos por delante.

Pero quien manda en La Loba es don Álvaro de Bazán y él es también quien comanda todo el ala derecha cristiana y eso, tenéis que saberlo, significa una cosa: que quien impera allí es el «rayo de la guerra». Y ha visto el peligro antes que nadie, sí, incluso antes que don Juan y también antes de que el mismísimo Ulug Alí venteara su oportunidad.

Y mientras ellos se daban cuenta, don Álvaro, dominador, ha ordenado con señales a las sesenta galeras que comanda que pasen a boga arrancada y que giren a siniestra para cortar a su vez la estela de unas galeras turcas que, con toda la palamenta calada y disparando gruesas descargas, ya avanzan sobre las venecianas.

Pero ahora, ante la ágil maniobra del marqués, las naves otomanas se van viendo amenazadas de ser separadas del lado de tierra y quedar, así y a su vez, cortadas y envueltas. De tal suerte que, prudentes, se ven obligadas a levantar y recoger remos y virar a toda prisa para regresar a la seguridad del canal y de la artillada ensenada del puerto de Modón.

—¡Por todos los infiernos! —maldice don Juan de Austria; pues todo, tanto la posibilidad de vencer como la de perder, ha quedado en nada.

En la galera de Mohamed Bey Barbarroja, Mehmet, frustrado, cree entrever, sobre la cubierta de la nave capitana de don Álvaro de Bazán, a Monteagudo.

—No puede ser… Ni siquiera el destino puede ser tan cabrón —masculla.

Y, ciertamente, no puede estar seguro de lo que su ojo ha creído ver. Pues la distancia es mucha y los hombres que bullen sobre la cubierta de La Loba se cuentan por centenares.

Pero aun así, un extraño latir en las palmas de las manos y una suave corriente que le surca la espina dorsal y le eriza la nuca, parecen decirle lo contrario. En cualquier caso, hoy, después de todo, no habrá batalla.

—¡Que Dios maldiga a los venecianos y los sepulte en los infiernos! —escucha don Juan de Austria mascullar a su lado a Alejandro Farnesio.

En verdad debería llevárselos y sepultarlos allí. Pero mientras se decide, él, su generalísimo, tendrá que lidiar con ellos y ahora, lo quieran o no, tendrán que aceptar su primer plan: entrar a fuego vivo y con todas las galeras, en la ensenada de Modón.

En su galera, Ulug Alí no muestra la más mínima señal de indignación o emoción: la guerra es esto. Planear una cosa y salir airoso de otra muy distinta. Su plan era engañar a los cristianos haciéndoles creer que mordía el anzuelo que le habían preparado. Luego, al ver cómo los venecianos, incomprensiblemente, maniobraban con una torpeza tal que dejaban un enorme hueco en la formación de batalla cristiana, trató de aprovechar la inesperada ocasión; y ahora, ante el diestro movimiento de ese perro viejo que es don Álvaro de Bazán, es él quien ha tenido que correr para ponerse de nuevo a salvo bajo los cañones de Modón.

Y un día que podía haber sido tan de fuego y sangre como fue el de Lepanto, concluye con vanas estelas de espuma dejadas atrás por las galeras y que van muriendo, abandonadas y sin gloria, frente a las costas de Mesenia.

* Así nombraban los otomanos al Mediterráneo.

22

Castillos en el aire

Don Juan de Austria vuelve a tenerlos a todos reunidos en la carroza de su galera. Allí, delante suyo y mirándolo atentamente, están Alejandro Farnesio, don Álvaro de Bazán, Andrade y los demás principales capitanes españoles; y compartiendo con ellos los bancos y sillas allí dispuestos, Soranzo, Foscarini y sus más destacados capitanes venecianos, así como los que manda Marco Antonio Colonna por orden del papa y los que capitanean las galeras de Malta.

La amplia lona de seda azul con la que se cubre la espléndida carroza, se agita un tanto sobre sus cabezas, pues el viento, que hoy llega del levante, es fuerte y tensa los cabos que la sujetan.

Como es su costumbre, don Juan mira a los ojos, uno por uno, a todos los asistentes al consejo antes de comenzar a hablar. Es su manera de aguardar al momento justo: el de concentrar en él toda la atención y mostrar que, por muy bastardo que sea, es el hijo de un emperador que dominó el mundo y que le metió en la sangre, la que corre por sus venas, el talento de saber mandar y batallar.

—La jornada de ayer demostró a las claras una cosa: los turcos nunca se dejarán tentar a dar batalla en mar abierta —declara con voz pausada, seria, sin dejar de barrer con la mirada a los presentes y deteniéndose, con especial severidad, en los rostros de los venecianos—. ¡Nunca! Y estamos a fines de septiembre. En unas semanas, dos o tres como mucho, tendremos mala mar y, con ella, o bien el peligro de irnos a pique por mor de las tormentas de otoño, o bien la imperiosa urgencia de poner proa a Corfú para dispersar la armada y dar por terminada la campaña.

Nueva pausa cargada de reproche e intensidad.

—¿Qué creéis que dirá entonces de nosotros la cristiandad? —pregunta remarcando cada sílaba—. Os lo diré. ¡La cristiandad toda se preguntará si nosotros somos los mismos héroes que vencieron en Lepanto y por cuya gloria repicaron las campanas de toda Europa, desde España a Suecia y desde Italia a Inglaterra! —exclama intensificando el reproche y tiñéndolo con rabia—. Y os daré la respuesta a esa pregunta que debería avergonzaros: si no vencemos, sin duda, dejaremos de ser los héroes que batallaron con tanto valor y que obtuvieron la más grande victoria sobre el mar rojo de fuego y sangre.

Son palabras que ponen nerviosos a muchos hombres, varios de los cuales nerviosos son venecianos; y algunos de ellos, Soranzo y Foscarini, bajan los ojos y esconden las manos. Pues son marinos y soldados valientes a los que les gustaría poder cumplir con las órdenes del General de Cristo y marchar resueltos a la batalla, en vez de pasarse horas, días enteros, estorbando sus planes.

Pero Venecia obliga y ellos, ante todo, se deben a su patria; y la Serenísima les ha dado una orden secreta: velar, en lo posible, para que no se obtenga ninguna victoria decisiva y para que tampoco se encaje una desastrosa derrota. En suma, deben de hacer lo que se pueda para que los días pasen sin que nada serio se consiga.

Pero don Juan se lo está poniendo difícil. Pues sus palabras son como un martillo poderoso que cae sobre acero listo para ser forjado; y su juvenil rostro, iluminado por la pasión propia de todo buen caballero, es el recordatorio perfecto de que ellos, los capitanes de Venecia, serán señalados por la cristiandad y por la historia por su tibieza, y que, si algún día todo se descubre, también serán condenados por su oculta, alambicada traición.

—Yo no quiero dejar de ser uno de los héroes de Lepanto. ¡No quiero! —grita don Juan.

Lo deja bien patente estampando el puño contra la mesa que tiene ante sí.

—Y vosotros, todos vosotros, tampoco lo queréis, ¿verdad?

La pregunta, esta vez, no puede ser eludida y todos, todos por igual, asienten.

—Bien, pues entonces hay que forzar la entrada al puerto de Modón y aniquilar en él a la flota otomana —concluye.

Su tono pasa a uno que parece decirles que aquello, entrar en el puerto bajo cientos de cañones y abordar cientos de galeras enemigas, es, después de todo, lo más apetecible y sencillo del mundo.

Silencio. De esos que pesan como plomo recién fundido y vuelto a solidificar. Silencio y miradas de reojo buscando quien se atreverá a decir algo en contra del General de Cristo.

—Si su excelencia tiene a bien escucharme —se atreve al fin a hablar Soranzo para expresar la opinión de Venecia.

Don Juan asiente, invitándole a exponer lo que considere, y el veneciano, tragando saliva, se levanta y habla:

—Son más de cuatrocientos cañones los que montan las baterías dispuestas en tierra por los otomanos y, por lo que sabemos, el almirante turco, Ulug Alí, las ha reforzado todavía más si cabe, desembarcando hombres y cañones de sus galeras. Sería pues un suicidio…

—¿No sabéis decir otra cosa? —lo interrumpe, exasperado, don Álvaro de Bazán poniéndose violentamente en pie sin aguardar al permiso de don Juan—. Esa cobardía vuestra ya la expusisteis hace dos días, pero lo que casi nos lleva al suicidio fue vuestra maldita torpeza que ayer casi nos cuesta la jornada. ¡Maldita sea, veneciano, los turcos habrían echado a pique la mitad de vuestras condenadas galeras si yo no hubiera bogado a arrancada en vuestro rescate!

La rabia del marqués de Santa Cruz es tanta que rocía de saliva al veneciano Soranzo, mientras las venas de su cuello de toro se remarcan y los nudillos de sus puños, cerrados en un gesto que es mitad de amenaza, mitad de impotencia, se le ponen blancos.

—¡Calmaos, buen marqués, calmaos! —interviene, conciliador, don Juan—. Soranzo tiene razón.

Y aquí los sorprende a todos y los hace callar de puro estupor.

—O la tendría si yo diese sin más la orden de forzar la entrada al puerto de Modón conforme lo planteé en el último consejo. Pero no será así, señores, sino que ahora os propongo lo siguiente: no solo dispondremos tres plataformas artilleras sobre tres pares de

grandes galeras, sino que a esa devastadora potencia de fuego, agregaremos la que aportarán nuestras seis galeazas que suman, bien lo sabéis, trescientos veinte grandes cañones. Con los apostados en las tres plataformas flotantes subirán la cifra final a cuatrocientas piezas gruesas.

Es una cifra imponente. Suficiente, es muy probable, para silenciar a cañonazos a las baterías turcas que defienden la entrada al canal de Sapiencia y el acceso al puerto de Modón. Sí, cuatrocientos cañones cristianos concentrando su fuego desde las seis galeazas venecianas y las tres plataformas artilleras flotantes bastarían para abrir paso a las doscientas galeras cristianas que navegarían a continuación, y a boga arrancada, por el canal de Sapiencia despejado a fuerza de cañonazos, para caer a continuación sobre las naves enemigas y destrozarlas por completo.

—¡Puede hacerse! —grita, imperioso, barriendo a los venecianos con el desafío de la mirada furibunda de sus pesados ojos.

Y vuelve la contienda entre aliados. Pues los venecianos, ofendidos por las maneras de don Álvaro, replican con rabia que, si se hallan en esta situación, es porque la campaña, en contra de su opinión y deseo, se inició tarde, muy tarde. Lo que debería haberse emprendido en mayo, con cinco meses de buen tiempo por delante, se retrasó hasta septiembre y ahora solo tienen las prisas por compañeras; y las prisas, ya se sabe, no son buenas.

—¿Y por qué os retrasasteis los hombres y galeras de España? —termina preguntando, venenoso, el veneciano Foscarini—. Os lo diré: ¡porque vuestro soberano estaba más preocupado por el cristianísimo rey de Francia que por el infiel sultán turco! —escupe.

Tiene razón, sí, pero no toda.

—¡Si mi señor, el rey Felipe, se preocupaba del rey de Francia, es porque ese cristianísimo monarca es fiel aliado del sultán! —replica don Álvaro que no tiene entre sus virtudes la de templar gaitas—. ¡Y por lo que se escucha por mercados y puertos, vuestra Serenísima República también está deseando pactar con el Gran Turco!

Aquello, claro está, casi acaba con el consejo. A don Juan le cuesta más aplacar los ánimos que a Atlas sujetar la bóveda de los

cielos, pero lo logra con buenas palabras y con el auxilio del siempre bien dispuesto príncipe de Parma, Alejandro Farnesio.

—Entiendo vuestras reticencias, señores, en verdad que tengo en buena prenda vuestros recelos ante mi plan —dice para seguir amainando la tormenta de pasiones que a todos embarga—. Pero pensad en una cosa: aunque es cierto que las piezas turcas dispuestas en la entrada a la ensenada son muchas, nosotros forzaremos a nuestras galeras a navegar en boga de combate, y de esta guisa serán muchos los cañonazos que no nos alcancen. Además, pensad que si en Lepanto pudimos encajar más de seis mil cañonazos sin que ello causara daño irreparable a nuestra armada, bien podremos soportar aquí, lanzándonos al asalto del puerto de Modón, otros seis mil —concluye con persuasiva razón y gallardía que, sin embargo, desatan nuevamente las encendidas discusiones entre venecianos y españoles.

Pero Marco Antonio Colonna, el almirante del papa, para sorpresa de todos, inclina la balanza en favor de Venecia.

—Mi señor don Juan de Austria, puede hacerse, es cierto, pero el riesgo es altísimo. Decís que podemos montar cuatrocientos cañones en las galeazas y plataformas artilleras flotantes con los que acallar a los de los turcos y forzar el paso, pero bien sabido es que la puntería de los cañones dispuestos en tierra es muy superior a la de los montados sobre galeras. Y en cuanto a los seis mil cañonazos que encajamos en Lepanto, vive Dios que así fue, pero allí, al contrario que aquí, los cañones enemigos disparaban sin tino, pues los movían las olas; mientas que aquí, bien situados y con el tiro ensayado, los seis mil tiros que nos endosen echarán a pique la mitad de nuestras galeras antes de que podamos forzar la entrada.

Es cierto, ¿quién podría negarlo? Nadie. Pero el almirante pontificio olvida, al decirlo, lo que realmente salvó la jornada de Lepanto: la osadía y la furia, y sin ellas, al contrario que en Lepanto, en Modón no habrá milagro.

Esa noche, solo, don Juan de Austria se permite unas lágrimas. Pues los héroes, aunque no lo creáis, también lloran. Don Juan lo hace mientras recita unas palabras que escribió tiempo atrás, y lo hace muy quedamente, ensimismado en su tristeza, sintiendo que la

derrota lo apresa ya con sus manos de frío hierro. ¿Qué palabras recita? ¿Cuándo las escribió? Son palabras escritas después del milagro de Lepanto cuando, tras creer que todo era posible, tuvo que aceptar que todo era tan imposible como antes. Pues los milagros, recordadlo, son una pausa gozosa que se inserta entre dos momentos de cruda realidad.

Leedlas ahora, quizás os hagan reflexionar sobre el destino de todo ser humano por alto que haya llegado:

«Paso los días construyendo castillos en el aire, pero al final a todos ellos, y también a mí, se los lleva el viento».

Y mientras don Juan recita versos y derrama lágrimas, en el vinoso ponto, en una nave gruesa de Candía, apoyada en el pasamanos de la amura, Angela Dominica clava sus ojos en las lejanas estrellas que acompañan su tercera jornada de travesía desde Corfú, mientras se mece al ritmo de las olas.

No lejos de ella, acurrucadas en un resguardado rincón de cubierta, pues la noche, pese a estar a últimos de septiembre, es bochornosa, están María y Eleni.

Angela no las conoce de nada, aunque la mujer morena y de ojos verdes le recuerda, extrañamente a uno de los arcabuceros españoles que combatieron en Mani contra Mehmet y los suyos. Pero qué tontería… Una mujer no puede ser soldado y, sin duda, lo que ella entrevió bajo una roja gorra valona y entre el humo de los disparos, fue a un guapo jovenzuelo.

En cualquier caso, se apiadó de la mujer que quería partir en busca del hombre que le plantó un niño en las entrañas. ¿Acaso no va ella en busca de otro hombre de guerra? Así es y por eso se siente extraña, irracionalmente unida a aquella embarazada que tanto arriesga y en cuyo favor habló al capitán de la nave gruesa.

Adormilada, con Eleni entre sus brazos, María se duerme rezando por José. Medio en vela, medio dormida, se sigue preguntando a quién le recuerda la joven y hermosa veneciana que abogó por que pudiera embarcar junto a ella con rumbo a Modón. Quizá la vio antes, sí, fugazmente, quizá… pero ¿dónde? No lo sabe,

aunque da igual. Lo que importa es que mañana, cuando se asiente el alba, estarán frente a Modón; y ella, al fin, podrá abrazar a su hombre.

Mehmet se despierta en mitad de la oscuridad. Ha presentido algo, algo peligroso… No sabe lo que es, pero intuye que la mañana traerá de nuevo ante sí al destino y «ese» siempre lleva tres cosas en la mano: sorpresa, mudanza y peligro. Sí, y nunca te deja escoger.

23

El cabrón del destino

Amanece. Angela Dominica no ha dormido. ¿Cómo podría hacerlo? Su plan, si puede llamarlo así, es tan bueno como una cagada de gaviota: aprovechar la reunión de la nave gruesa en la que navega con la flota cristiana para, mientras se estiba su carga de grano, vino, frutas pasas y carne salada desde su bodega a las cercanas galeras, perderse de vista y llegar a las playas situadas cerca de Modón; y luego, vete tú a saber cómo, entrar en la fortaleza otomana y buscar a Mehmet.

«Claro», se recrimina con sarcástica ironía, «entrarás preguntando por él: "¿Está aquí un capitán jenízaro tuerto y malencarado?". Y te responderán jovialmente: "Desde luego, pasa, pero antes dinos quien pregunta por él". Y tú responderás con una sonrisa: "Una moza veneciana, una antigua espía al servicio de la Serenísima que el capitán jenízaro en cuestión rechazó y dejó plantada en una playa perdida de la laguna veneciana". ¡Y ya está! Con eso, sin duda, bastará. ¡Ja! ¿Cómo puedes ser tan tonta, Angela Dominica?», vuelve a reprocharse.

Peor aún, lo que acaba de imaginar será solo el principio de sus tribulaciones. Pues aunque su plan es una porquería indigna de una veterana *Occulti*, lo peor vendrá después, cuando logre entrar en Modón y se presente ante Mehmet. Pues ¿qué le dirá, entonces? Y, sobre todo, ¿qué le dirá Mehmet a ella?

—¡Esto es una condenada locura! —se recrimina una vez más y esta vez, sin darse cuenta, lo hace en voz lo suficientemente alta como para atraer la atención de la mujer preñada y de la niña que, despertándose a su lado, la miran ya con ojos muy abiertos.

María está de acuerdo con aquella extraña y bella mujer: aquello, el ir embarcadas en aquella nave gruesa, es una locura.

¿qué hace arriesgando a su hijo no nacido de esta forma? Ahí delante, a una milla poco más o menos, está la flota cristiana y en ella, Dios así lo quiera, su José. Pero, al otro lado de la rugosa costa de Sapiencia, está la bahía de Modón y en ella, ancladas, doscientas o más galeras turcas que, en cualquier momento, pueden zarpar para llevar la destrucción a donde se encuentran.

Pero ya está hecho y aunque sabe que José le echará una buena regañina, también sabe que la abrazará con fuerza y que se sentirá muy dichoso de tenerla a su lado; y ese último pensamiento le pone tal sonrisa plena en los labios que Angela Dominica, al verla, la malinterpreta y, creyéndola dirigida a ella, se la devuelve sin mucha confianza pero con simpatía.

Pues Angela, por su parte, sigue pensando en el hombre que ha ido a buscar a Modón: ¿la recibirá? ¿Le permitirá estar a su lado o volverá a rechazarla? Y, sobre todo: ¿por qué se ha enamorado de un hombre que la aterrorizó como nunca antes nadie lo había hecho? Quizá porque, amén de meterle miedo en el cuerpo, también le salvó la vida. No, no fue eso… más bien cree que se ha enamorado del maldito jenízaro porque terminó haciendo lo que nadie había hecho hasta entonces: tocarle el alma herida y mostrarle las cicatrices de la suya.

Preguntas y reflexiones sin respuesta ni asiento, pero que prueban, a prueba de toda duda, que está loca. Desde luego, pero la culpa la tiene ese endiablado cosquilleo que no la deja dormir y que le pone continuamente en el pensamiento al condenado tuerto.

¿Es eso amor? Los poetas, a los que ha terminado por leer para saberlo, dicen que sí. Pero ¿quién puede creer a un petimetre con los dedos manchados de tinta? En cualquier caso, está allí y además de amor, si eso es lo que realmente siente, tiene otra cosa mucho más cierta metida bajo el pecho: orgullo herido. Pues ningún hombre, ni tan siquiera Mehmet al-Rumi, deja a Angela Dominica plantada en una playa.

El viento vuela entre sus cabellos castaños. Es una ráfaga fuerte y nueva que viene desde el noreste y que refrena a la nave gruesa de Candía en la que viajan.

Sí, y lleva aliento a las velas turcas. Pues desde las atalayas y posiciones adelantadas que los turcos tienen en Sapiencia, sus vigías han avistado a la gran nave mercante cretense cargada hasta los topes con mercancías destinadas a la armada cristiana y ya están dando la alarma.

Ulug Alí recibe el informe a los pocos minutos de que sus vigías avisten a la gran nave de Candía y decide aguar la fiesta a los cristianos. «¿Quieren recibir trigo y vino para saciar sus estómagos y gaznates? ¡Pues que coman viento y beban sal!».

—Ordenad a Mohamed Bey Barbarroja que se ponga a la cabeza de ochenta galeras y haga una salida contra la armada de don Juan. Quiero que les dé un buen susto y, de paso, que aprese esa nave candiota y que la traiga aquí, al puerto. ¿Entendido?

El hombre que escucha asiente y sale corriendo a llevar su orden.

—Cuando traigan la presa, mandaré empalar a toda la tripulación y a los pasajeros. ¡Los clavaremos de cara al mar, para que esos perros de la Liga Santa puedan verlos y se pongan a ladrar! —comenta a su séquito, torvo, maligno, satisfecho y un coro de risas oscuras acompaña su comentario.

En la cubierta de la galera verde de dos fanales de Mohamed Bey, Mehmet al-Rumi observa cómo corre hacia ellos el oficial que sirve de enlace entre el *Kapudan Pachá* y el cuerno derecho de la armada otomana que comanda el nieto del legendario Barbarroja.

A grandes pasos, ya revestido de hierro, se apresura a subir a la carroza para escuchar las nuevas junto a Mohamed Bey y llega a tiempo de ver el rostro encendido de orgullo del nieto del más célebre de los corsarios del Islam.

—¿Te lo puedes imaginar, Mehmet? ¡Nuestro glorioso *Kapudan Pachá* al fin nos da una orden que sirva para algo más que para limpiarnos el trasero con ella! —ruge acompañando las hirientes palabras con una estentórea carcajada.

Todo ello pone en apuros al oficial de Ulug Alí, que finge no haber oído nada y que, nervioso, pide permiso para regresar junto al

almirante.

—¡Ve con su excelencia y dile que yo, Mohamed Bey Barbarroja, le traerá esa nave candiota para que pueda clavar en estacas hasta al último de los cristianos que en ella se hallen!

Al bramar aquello pasa junto a un asombrado Mehmet al-Rumi; y, asomándose desde la carroza entoldada de seda, grita las órdenes:

—¡Contramaestre y cómitre, poned a los remos hasta el último esclavo! ¡Que boguen hasta que se les salgan los ojos! ¡Azotad hasta la muerte a cualquiera de ellos que baje el ritmo u os flagelaré a todos hasta que echéis el corazón por la boca!

Y así, a fuerza de amenaza y terror, la gran nave negra enfila como si fuera un gran dragón marino la salida del puerto seguida por docenas de galeras dispuestas a dar batalla.

Monteagudo vigila las escarpadas colinas que rodean la diminuta cala mientras sus hombres hacen aguada a un cuarto de legua por debajo y enfrente de la boca del canal de Sapiencia. El día anterior, los exploradores destacados en tierra, fueron a dar por casualidad con un buen manantial que les va a permitir aprovisionarse de agua con menos riesgo que en los molinos de Corón.

Eusebio ha dejado su coselete, su morrión y sus armas en la orilla de la poza que, a base de pico y pala, han cavado para dar remanso al agua y facilitar así el trabajo a los aguadores, y se mete muy despacio en la improvisada piscina. Va a recibir su primera clase de natación de Miguel el Moro que, alegre como un niño, lo anima, flotando en el centro de la poza, a entrar en el agua, mientras que el resto de la compañía se junta en las orillas dispuesta a disfrutar de un poco de descanso y chanza.

—¡Venga, Eusebio, que el agua no puede ser peor que los turcos que afrontaste en los molinos de Corón! —anima, jocoso, Francisco de Cabra.

Pero el murciano no parece tenerlo tan claro y va metiéndose en la poza como si lo hiciera en un lago de ácido, tanteando con el pie y con el rostro concentrado.

Ver en apuros a un buen camarada no es fácil de soportar. Gregor de Gordon es incapaz de hacerlo. Así que, rápido como una centella y sigiloso como un gato colosal, da cinco rápidos pasos, toma por el cogote al sorprendido Eusebio, lo alza como si fuera una pluma y lo lanza por los aires para hacerlo caer en el centro de la poza junto a su maestro de natación.

El murciano se hunde y resurge buscando aire como si en vez de haber estado sumergido tres segundos, llevara bajo las aguas calmas una hora. Miguel el Moro, riendo como un chiquillo, recuerda que es el maestro y consigue sujetar al atribulado Eusebio; este, a su vez, echando mano de la bendita honra que no deja a ningún buen hidalgo en manos del pánico, logra hacer caso de lo que le dice el morisco y así, tragando un poco de agua y arropado por las risas y burlas de la compañía, comienza a nadar lo suficiente como para no ahogarse.

Y resuena el disparo de un solitario cañón. La «voz» de un cañón es como la de una persona: si se presta atención y se la conoce bien, es tan fácil de distinguir como la de un amigo. Con su estampido, este «camarada» de alma de bronce les está dando la señal de don Juan de Austria de que deben apresurarse a embarcar para formar línea de batalla.

—¡Es la señal! —alerta Monteagudo y, mientras sus hombres se apresuran a recoger ropas y armas y a rodar toneles hacia las barcas, busca el motivo de la alarma y lo ve de inmediato.

Llegando desde el noroeste, con todo el trapo desplegado, viene una nave gruesa de Candía que, avistada por los vigías turcos destacados en la isla de Sapiencia y en la boca del canal, ha sido elegida como presa por una gran galera bastarda pintada de negro y adornada con vistosas sedas que, seguida por buena parte de la flota otomana, parece dispuesta a dar batalla.

Don Álvaro de Bazán también está en la escueta cala y, de un golpe de vista, se percata de lo que ocurre; sin dejar pasar un instante, va de un lado a otro dando grandes voces para que todos vuelvan a las galeras. Y es que don Juan de Austria ya está formando su línea de

batalla y al marqués de Santa Cruz se le asignó el mando del cuerno derecho con sus cincuenta y seis galeras.

Por eso, don Álvaro salta al primer esquife que tiene a mano y reembarca en La Loba, su galera capitana, y sin esperar a que toda su fuerza esté reunida o siquiera reembarcada pone rumbo, al enloquecido ritmo de boga arrancada, a la punta sur de la isla de la Sapiencia con el objetivo de cortar la desmañada línea de batalla turca que aún se está formando.

Se desata un estruendo de tambores, de toques de silbato de contramaestre y cómitre y de trallazos de látigos que reverberan en la cubierta de La Loba. Y entre el trueno de aquel caos ordenado, Monteagudo, que ha logrado llevar a su compañía a tiempo de reembarcar en La Loba, va de un lado a otro asegurándose de que todos tengan las armas prestas y el ánimo dispuesto. Todo apunta a que, hoy sí, habrá batalla.

Pues ya ven el estandarte de la nave capitana turca: el de Mohamed Bey Barbarroja, nieto del más terrible arráez corsario de Argel y del Levante, célebre por su crueldad con los cautivos y su apetito insaciable de riquezas.

En la nave gruesa de Candía, María tiene los ojos verdes espantados: a no más de una milla y media, veinte galeras turcas, encabezadas por una poderosa nave bastarda pintada de negro y entoldada de seda, han formado una media luna cuyos cuernos van a apresarlos en un cepo mortal. Sabe que cuando se cierre en torno a ellos, los destrozará con sus dientes afilados forjados en cañones de treinta y seis libras y trozos de abordaje colmados de jenízaros, berberiscos de Poniente y leventes de Levante.

Y, tras esas veinte galeras, surcan las olas otras ochenta haciendo que el azul intenso de las aguas profundas y el turquesa de las someras parezca estar bullendo de barcos de guerra.

—¡Mirad, vienen en nuestro auxilio! —grita a su lado uno de los marinos.

María, apretando fuerte la mano de la muy asustada Eleni, se gira y corre a mirar por la banda de siniestra y desde ella ve que, a

otras dos millas de donde se hallan, las galeras de la Liga Santa están formándose en batalla para ofrecer combate a los infieles.

En el cuerno derecho de la formación cristiana, yendo por delante de todas las naves que allí tratan de desplegarse con premura, María distingue el estandarte y las cazadoras hechuras de La Loba de don Álvaro de Bazán que, con toda la palamenta calada y bogando en arrancada, navega como una espada desenvainada que va directa al corazón expuesto de la formación otomana: la gran galera bastarda y negra que luce el estandarte de Mohamed Bey Barbarroja.

Y a María se le acelera el pulso, aún más si cabe, pues sabe que José y los suyos prestan servicio a bordo de la nave capitana de don Álvaro de Bazán.

Entonces, sin poner lógica ni razón alguna en lo que hace, levanta la mano y grita el nombre de su hombre, y Eleni, que ya va aprendiendo algo de español y que se ha contagiado de su locura, hace otro tanto. Y al hacerlo atraen la atención de la muchacha veneciana que, como ellas, está asomada a la escueta amura para ver el turbión de galeras, turcas y cristianas, que rodean a la nave candiota donde se hallan.

Parecen dispuestas a acometerse con furia: unas para cobrarse como presa la nave mercante y otras para impedirlo.

Don Álvaro de Bazán ve venir hacia él al capitán José de Monteagudo. Ambos son de Granada y ambos se entienden bien y son de pocas palabras. Por eso, amén del mando de su propia compañía, don Álvaro ha confiado al capitán granadino el de todos los infantes de marina que lleva a bordo La Loba: doscientos veinte hombres.

—¡Preparad los trozos de desembarco de inmediato, capitán! —le dice cuando Monteagudo aún está a seis pasos—. ¡En cuanto les sembremos la cubierta de pelotas y pedradas, vive Dios que los abordaremos!

¿Hacen falta más palabras? A Monteagudo siempre le sobran. El habla de otra manera: con la espada y los hechos. Así que saluda

con una ligera inclinación de cabeza y se vuelve para ir corriendo a preparar el abordaje.

Don Álvaro, que por el rabillo del ojo ve como Monteagudo se apresura a poner en marcha lo que ha dispuesto, sonríe satisfecho y luego brama más órdenes en torno suyo, a la par que desatiende, con desdén y bruscos ademanes, las tímidas llamadas a la prudencia que le hacen los caballeros de su séquito; estos le señalan, pues se ve que saben contar, que La Loba va muy por delante de las demás naves cristianas y que, a ese ritmo de boga, se meterá sola entre las veinte galeras que encabeza Mohamed Bey Barbarroja.

—¡Al infierno con vuestra jodida prudencia y demás cháchara de viejas! ¡Señores, tomaré como presa la galera de ese perro rabioso de Mohamed Bey Barbarroja o moriré en el intento!

—¡Pero señor marqués, es mucha la artillería que nos opondrán! Esa nave negra debe cargar, como poco, con doscientos ochenta hombres de guerra —le advierte, medroso, uno de sus caballeros.

Es uno que gusta de vestir con paño de Flandes teñido de rojo y que, ahora, cuando se trata de combatir y no de traicionar, se acaba de percatar de que, en el fondo de su alma, ni hay valor ni hay nada.

—¡Llevo toda esta maldita campaña sin manchar de sangre turca mi espada y a Santiago pongo por testigo, que hoy por completo en ella se baña! —replica el marqués.

Y al decirlo aparta al caballero rojo de un empujón y empuñan el gran montante para luego, a zancadas rápidas, irse a la proa y terminar allí de ponerse el arnés con el auxilio de sus pajes que, corriendo como pueden mientras La Loba salta sobre las olas, se las ven y las desean para servir a su señor sin perder el equilibrio y rodar por las tablas.

Y comienza el cañoneo.

Desde La Loba rugen sus cinco cañones de crujía y desde las naves otomanas responden sesenta piezas gruesas. Balas de hierro y piedra de treinta y seis, de cincuenta y de sesenta libras cruzan los cielos. Algunas, volando bajo, impactan sobre las aguas y levantan altas fuentes de espuma, pero otras, yendo altas, se meten entre los palos como avispas desatadas. Pero ninguna tiene la fortuna de

barrer la cubierta de La Loba mientras que un disparo de los cañones de esta última, sí acierta en barrer, de proa a popa, la cubierta de una galeota enemiga sembrándola de cuerpos destrozados y pintándola de sangre y entrañas desparramadas.

En la galera verde de Mohamed Bey Barbarroja, los arráeces y notables que rodean al señor del mar ven como la gran galera cristiana boga a arrancada en dirección hacia ellos sin importarle las descargas de artillería que, desde las veinte galeras turcas destacadas en las aguas turquesas de la punta sur de la isla de la Sapiencia, le están lanzando sin pausa ni tregua.

Mohamed Bey está exultante. Le gusta la guerra, le gusta la sangre y le gusta la fama. ¿Y puede haber mayor fama que la de vencer al marqués de Santa Cruz arrebatándole en sus narices una nave gruesa que trataba de defender? Pues no hay duda de que es su galera, la de don Álvaro de Bazán, terror cristiano de los mares, la que con rabia busca que no pueda cobrarse la presa.

Y rabia tendrá, la que le arrojarán a la cara él y sus hombres. Pues su gran galera verde entoldada de brillante seda, está abarrotada de soldados, corsarios y jenízaros y, sin duda, con ellos podrá cumplir sus dos objetivos: apoderarse de la nave gruesa de Candía que ya tiene a menos de un cuarto de milla, y tomar, como segunda y deslumbrante captura a la propia nave capitana del marqués.

Cierto es que sus arráeces menores lo atosigan con peticiones de prudencia y cautela. Alguno, incluso, le tira de la manga en un intento frenético por conseguir su atención. «¡Será perro!». Con furia se vuelve hacia el insensato y le propina un bofetón que tira al viejo corsario de espaldas sobre la cubierta de la carroza; luego, mirando a todos aquellos cobardes con gesto iracundo, les espeta lo que piensa salpicándolos de saliva:

—¡Escuchadme todos! ¡Mi galera no huye de ninguna otra nave por muy «loba» que sea! ¿Y sabéis por qué? ¡Porque está mal enseñada y es mucha pesadumbre mudar costumbre y usanza!

—¡Pero, señor, no viene sola la galera del marqués, sino que otras cincuenta más la siguen! —advierte un segundo consejero.

—¡Atended a razones, señor, podemos perder la nave! —suplica un tercero.

Pero Mohamed Bey Barbarroja escupe al suelo y busca con la mirada encendida al capitán jenízaro que ha embarcado con su tropa; y Mehmet al-Rumi, sereno, como siempre, le sostiene la mirada con su solitario ojo de hielo y le sonríe como un lobo haría si las fieras supieran sonreír.

Eso, quieras que no, reafirma el deseo de Mohamed Bey de combatir. Así que, satisfecho por el silencioso apoyo de Mehmet, se abre de brazos y se echa a reír como un loco, antes de ponerse a gritar órdenes de batalla. Luego, barriendo a los arráeces menores y consejeros con la mirada de fuego y la barba teñida de aleña bien erizada, les escupe su orgullo y desafío:

—Mi galera, señores, se puede perder, porque el perderse no es nada; pero no pienso huir de una galera cristiana, ¡porque quien muere peleando, muere con gloriosa fama! —Y ya nadie se atreve a replicarle—. ¡A las armas, pues, la lucha se nos echa encima! —proclama ya con el alfanje desenvainado.

Y es cierto, la gran galera verde ya está a punto de abordar la nave gruesa de Candía, mientras que La Loba sigue en boga arrancada y se aproxima a su rescate.

—¡Nos abordan! —grita el capitán de la nave gruesa de Candía.

Se podría haber ahorrado la advertencia: todos están con los ojos clavados en la enorme galera bastarda que va a darles espolón antes de que puedan decir amén.

Y apenas les da tiempo a pensar en decirlo, solo saltar por los aires y encomendarse a Cristo, la Virgen, los ángeles y los santos, cuando el espolón de la galera de Mohamed Bey Barbarroja se clava profundo en las entrañas de la nave gruesa; y la sacude como lo haría un león con un perro herido de muerte al que tuviera apresado entre sus dientes. A la par, los tres cañones de a treinta y seis libras de la crujía de la nave otomana desencadenan una orgía de sangre al barrer la cubierta cretense con una cerrada descarga a bocajarro.

María rueda por el suelo y se golpea el vientre con un cajón que guarda cabos. A su lado ha caído Eleni que, a su vez, se ha dado un buen golpe en la cabeza y está medio inconsciente.

Sin hacer caso del dolor que siente, María recoge y toma en brazos a la niña, y corre como puede hacia la popa para alejarse de los turcos que, gritando como demonios, ya han pasado al abordaje haciendo fuego con sus mosquetes y arcabuces y segando cabezas y cuerpos con sus *kilifs*, alfanjes y yataganes.

Monteagudo tiene a su vera al marqués de Santa Cruz que, ya con el arnés bien puesto y el montante preparado, cuenta los segundos que faltan para espolonear a la gran galera turca.

En torno a ellos, con los arcabuces preparados, las moharras de las medias picas recién afiladas y sus astas bien engrasadas, y con las dagas sueltas en las vainas o directamente empuñadas, están los hombres de la compañía.

Gregor de Gordon, justo por detrás de Monteagudo, tiene ya bien aferrada la empuñadura de su *claymore* con la mano de plata y su mano buena; a su vera, el menudo Eusebio sopla mecha y a la diestra Miguel el Moro, con su sonrisa de niño bueno, termina de repasar sus pistolas y de dar holgura a la espada en la vaina.

—¡Atención todos! —advierte Monteagudo a su gente para que todos se apresten a lo que nadie esperaba.

Y es que La Loba, siguiendo nueva orden de don Álvaro, no va a dar espolón, sino que, tras disparar sus cañones, virará a siniestra para que sus falconetes, pedreros, sacres y matacapitanes sieguen a su vez la cubierta enemiga; luego, con una nueva virada, esta vez por la banda de diestra, se amurará para dar inicio al abordaje.

Monteagudo se apresura a rezar su última oración por María y su hijo; mientras lo hace, se asegura de llevar bien puestas las pistolas alemanas y bien suelta la daga de mano izquierda. Entonces, ya a cuarenta varas de la nave turca que está apresando a la candiota, La Loba vira en redondo; en un fogonazo terrible, cuando se levanta el humo de los disparos de cañón, el capitán puede ver, corriendo hacia la popa de la nave gruesa recién

abordada por los turcos, a María llevando en brazos a Eleni y el corazón se le detiene en el pecho.

—¡Cristo bendito! —se le escapa ante la sorpresa.

Parpadea, como tratando de espantar un mal sueño. Pero, sus ojos, al volver a enfocar, siguen viendo lo mismo: a su María corriendo con Eleni mientras el infierno estalla a su alrededor.

Mehmet al-Rumi ha sido el primero en abordar la nave gruesa de Candía. Es una nave mercante y sus jenízaros matan, descuartizan o apresan a la mayor parte de la tripulación antes de que los marinos cretenses tengan tiempo de santiguarse; algunos, más sabios pero menos piadosos, saltan por la borda al mar y echan a nadar con la esperanza de que las galeras cristianas los recojan; otros, más valientes, pero menos sensatos, se apretujan en la popa y se aprestan a defenderse con lo que tienen a mano: hachas, garfios, cuchillos… lo que sea para morir dando la cara y no la espalda.

Entonces, Mehmet pierde el aliento y se detiene. Pues en la popa, asomando entre los escasos marineros candiotas que las defienden, ve a dos mujeres y una niña. No puede creerlo, pero son Angela Dominica y María la Bailaora las que entonces lo miran espantadas.

—¡Por san Elías! —jura el jenízaro olvidando por un momento que es musulmán desde hace muchos años.

Pero una vez más, el cabrón del destino se complace en jugársela y eso, quieras que no, saca a los santos del oscuro rincón donde los tienes olvidados. Delante suyo, juntas y sin que pueda explicárselo, están la mujer que ha logrado remover su el alma y la que más odia.

Angela Dominica nunca creyó en la fortuna. Ahora, mira tú por donde, no le queda más remedio que felicitarla. Pues si su intención era reunirse con Mehmet, acaba de darse cuenta de que lo tiene justo enfrente.

—¡Mehmet! —grita sin poder retener la lengua.

Y corre hacia delante para asombro de los marineros que, patética e inútilmente, pretendían guardarla junto a la mujer preñada y la niña griega.

Mehmet la ve correr hacia él y siente algo extraño, algo que no quiere sentir, maldita sea, porque sabe que luego, cuando el destino se la juegue de nuevo, le dolerá mucho y le romperá el corazón y el alma.

Y tanto que le dolerá. Pues el destino no quiere perderse la ocasión y antes de que Angela Dominica, bella, ligera, llegue hasta él, truenan los cañones de La Loba y todo retumba en un relámpago de muerte.

24

La hazaña de La Loba

Un grito, nada más.

—¡No!

Es lo único que acierta a gritar Monteagudo cuando la descarga artillera hace estallar la popa de la galera candiota en donde se refugiaban su mujer embarazada y la pequeña Eleni.

A veces, un solo grito, una sola palabra, resumen un dolor eterno que concentran, insoportablemente, en un solo segundo. Pues de eso, de que el dolor por la pérdida que acaba de sufrir será eterno, no le queda a José duda alguna.

Y mientras le faltan el aire y la vida, La Loba vira y las menudas piezas artilleras de su banda diestra abren a su vez fuego, mientras que su espolón y su quilla destrozan los remos de la banda que le ofrece la gran galera turca.

Todo es humo y desolación y, metido en ellos, Monteagudo está muerto. ¿Pues de que otra forma puedes estar cuando has visto saltar por los aires a la mujer que amas y al hijo que llevaba en sus entraña?

La Loba vira de nuevo y de nuevo retumban falconetes, sacres y matacapitanes y el humo negro de la pólvora no deja ver nada. Pero la madera de las dos galeras, al entrechocar entre sí por sus amuras, dice a todos que es la hora del abordaje y que la matanza ha llegado.

Y un golpe de risa espanta la humareda y Monteagudo, que aunque muerto, sigue vivo y maldiciendo la vida, ve por el rabillo del ojo cómo el corpachón enfundado en acero milanés de don Álvaro de Bazán le pasa al lado y, en un salto impropio para hombre de su

edad y peso, cae, montante arbolado, sobre la cubierta de la galera de dos fanales de Mohamed Bey Barbarroja. Tras él, como lobos hambrientos, saturando el aire con pelotas de plomo, los arcabuceros españoles ante cuya potencia de fuego, caen segadas, como espigas de trigo, las filas de enemigos.

Es un torbellino de hombres que pugnan por abrirle al otro las entrañas, por volarle los sesos o la cara a bocajarro, por empujarlo al mar para que se ahogue o para partirle el pecho a cuchilladas.

Pues Don Álvaro de Bazán quiere cumplir un juramento, el de bañar su montante en sangre turca, y se lo ha tomado en serio. La gran hoja se alza y cae, se alza y cae, y lo hace con tanta hambre, con tanta codicia, que pronto el acero es carmesí encendido.

A su diestra, alto como una torre, pelirrojo y salvaje, Gregor de Gordon hace cantar a su *claymore*. Canción de compás maligno que surca el aire y suena a destrucción en los oídos de los hombres alcanzados por el espadón escocés.

Y a la siniestra del marqués, un muerto viviente dispensa muerte. Pues Monteagudo, pálido como pesadilla de horrenda calavera, mata sin decir ni sentir nada, no ofrece más que aniquilación insaciable y bien dispensada.

Pues la mente y el alma se le han quedado vacías y yertas, y su mano diestra parece actuar por sí sola, estocada tras estocada.

Guardando las espaldas de los tres, está Miguel el Moro, que apresta pistolas de rueda acercadas a las caras enemigas antes de transmutarlas, como por arte de macabra magia, en estallidos de sangre, sesos y huesos; y también Eusebio el Murciano, que asoma la boca de su arcabuz por entre los costados de don Álvaro y Gregor de Gordon para poner fuego en la pólvora y llevarse, de un seco estampido, la cabeza de un jenízaro que se disponía a descargar su pesado alfanje sobre el marqués de Santa Cruz.

De nuevo recargadas, dos pistolas de rueda se disparan y golpean, como puños de plomo, los rostros de dos *levandat* que se interponían en el camino de Monteagudo. A su vera, Francisco de Cabra no va a la zaga de sus camaradas, sino que, resbalando con la mucha sangre ya derramada, tiene el tino y el equilibrio de disparar a un turco y, todavía patinando, arrojar de seguido el arcabuz a la

cara de otro, para luego, raudo como latido de corazón de halcón, echar mano de la daga y clavarla en los genitales de un tercero, frenarse en seco y recuperar el apoyo.

Peor suerte tiene Juan Cobo al que un turco grande y gordo le ha abierto la cabeza con un hacha de abordaje. El buen soldado, ciego y sintiéndose muerto, tantea, sin embargo, con una mano el cuello de quien lo ha despachado y con la otra, aferrado el puño de la daga, abre el vientre de su verdugo llevándoselo con él al otro mundo.

Mientras, en la nave gruesa de Candía, Mehmet se ha metido de lleno en la nube de pólvora y fuego que ocultó a Angela Dominica. No es un hombre dado a los anhelos ni a los rezos, pero, durante un instante, os lo aseguro, le tiemblan las manos, se le acelera el pulso e invoca a Alá, a su santo profeta, a Cristo, a la Virgen y a todos los santos.

En la oscuridad acre del humo de pólvora, choca con Angela Dominica y la abraza como si en ello le fuera la vida.

Puede que así sea. Pues ¿quién puede vivir sin motivos para hacerlo?

—¡Mehmet! —grita Angela que, aunque no puede verle el rostro, sabe quién es.

Y él dice su nombre y, solo con eso, acepta lo que siente y se lo dice a ella. Pues un nombre de mujer así pronunciado cuando creíste haberla perdido y, contra toda esperanza, la has reencontrado, es más puro y cierto que todos los versos.

Pero es difícil amar cuando estás en el infierno. Cuando eso te pasa, solo piensas en una cosa: en sacar de él a quien amas.

—¡Vamos! —exclama.

Deja de abrazarla y, cogida su mano, la lleva a la galera de Mohamed Bey para ponerla a salvo de la matanza y el espanto.

Pero si la cubierta de la nave gruesa de Candía es el infierno, la de la galera de dos fanales del nieto de Barbarroja debe de ser el supremo averno.

Los españoles de don Álvaro de Bazán ya están dentro y es tal la tempestad de pelotas de arcabuz y piedras de pedrero, matacapitanes y falconete que lo barren todo, que no hay allí refugio posible.

Trescientos hombres de guerra, ochenta de ellos jenízaros de Mehmet al Rumi, habían sido embarcados en la galera verde de Mohamed Bey Barbarroja. Ahora, el número es menor, pero la cifra sigue siendo mayor que la de los hombres de los tercios que pelean en La Loba por el marqués. Mohamed Bey siempre se llevó bien con las cifras y ha sacado sus cuentas, y por eso, dejando de pugnar por apoderarse de la nave candiota, está reuniendo a todos sus hombres para llevarlos contra los españoles.

Y mientras la pelea se vuelve vendaval, Mehmet, que no suelta a Angela, toma una decisión: violentamente, sin soltarla de la muñeca, la atrae hacia sí, la besa y luego, sin darle tiempo a respirar, la alza por los aires y la lanza al mar.

Pues sabe que la chica sabe nadar y que su suerte y la de todos los turcos de la galera verde está echada; y él, ahora, quiere que ella viva.

María se pone en pie. Una astilla que voló como metralla arrancada del palo mayor, le ha abierto el hombro izquierdo, pero aparte de eso, está entera y no da crédito de que así sea.

En el suelo, echa un ovillo, está Eleni; como la sangre y los pedazos de hombre todo lo colman en torno a ellas, por un momento María la cree muerta.

—¡Eleni!

Y la niña, con la cara tiznada por la pólvora y los ojos dilatados de una potrilla aterrorizada, se levanta y se abraza a sus piernas.

—¡Tenemos que salir de aquí! —dice María.

Qué razón tiene, qué fácil es concluir eso… y que difícil va a ser hacerlo, pues un turco espantoso que corre con los ojos en blanco y masticando opio, se dirige hacia ellas, alfanje en mano, soltando alaridos y saliva entre mascada y mascada.

Pero María sabe bailar y el último baile que aprendió, el que danzó por primera vez en Lepanto, se compone de tres pasos: esquivar, empuñar daga y clavarla hasta dejarle al enemigo bien destrozadas las entrañas.

El desgraciado agoniza encima suyo, sujetado por el cuerpo de la mujer que, con saña, le sigue clavando la hoja acerada, revolviéndosela en las entrañas para abrir paso a la vizcaína hasta el corazón; allí termina por llegar y, aunque el turco ya está muerto, su boca, espasmódicamente, sigue masticando la goma de amapola, hasta que María, deshaciendo el mortal abrazo, lo empuja a un lado.

—¡Corre! —grita ahora tirando de Eleni con todas sus fuerzas y esquivando combatientes, mientras silban por todos lados las pelotas de plomo y resuenan los tiros de pedrero y sacre.

Monteagudo sigue matando. Paso a paso, turco ensartado a turco desventrado, avanza junto a Bazán, seguidos ambos por sus hombres; ante su empuje y el fuego graneado, la defensa otomana se hunde.

Y cuando un restallido brutal de arcabuzazos derrumba ante ellos una pared de *levandat* y corsarios, Monteagudo cree estar soñando: pues, al otro lado, donde las maderas ya destrozadas de la galera verde y la nave candiota se entremezclan y confunden con humo de pólvora y muerte, vuelve a ver a su María corriendo con Eleni al lado.

—¡María! —clama con todas sus fuerzas

Y ella, pese al estruendo, oye su voz y alza la cabeza; y sus miradas, al fin, se encuentran.

Pero solo sus miradas. Pues no solo ella ha escuchado el grito de Monteagudo, sino que también lo ha hecho Mehmet al-Rumi que, percatándose de todo, reacciona antes que nadie y, desenvainado el yatagán, corre a segar la garganta de María.

—¡Maldito cobarde!

Y amén de maldecir, Monteagudo también corre.

Pues tras estamparle un cabezazo a un corsario berberisco que le cerraba el paso y aprovechar que Eusebio el Murciano le ha

volado el vientre a un jenízaro que pretendía detenerlo, el capitán salta como un ciervo de una cubierta a otra y, tomando nueva carrera e impulso, se lanza hacia delante para interponer su toledana en el camino de la de Damasco.

Pero la hoja con la marca del «perrillo» no llega a tiempo.

Ni falta que hace. Pues Mehmet no pretendía degollar a María, sino pararla en seco y, tomándola por el brazo, llevársela a rastras.

María se revuelve con todas sus fuerzas y Monteagudo, que saltó en falso, rueda a dos pasos de ella tan inútilmente como si lo hubiese hecho sobre la luna.

Pero Eleni, la pequeña maniota, recoge un puñal del suelo y aunque sus manos son menudas, su sangre se calentó en Mani y eso basta para abrirle un tajo en la pierna al capitán jenízaro.

—¡Diablo de niña! —chilla Mehmet como un águila furiosa.

Es solo un arañazo, pero el respingo que ha dado permite a María librarse de sus manos de acero. José, desde el suelo, ve lo que ha pasado y levantándose como un gato, salta, rueda y se yergue ante el jenízaro para interponerse.

Pero María se le viene encima, pues Mehmet ha acertado a ponerle la zancadilla y la mujer, preñada como está, no tiene el tino ni la agilidad para evitar el golpe que, recubierto como está su hombre de acero de la cabeza a los pies, la priva de aliento.

Mehmet retiene el suyo por completo y así, con aliento y rabia agolpándose en sus manos, alza el yatagán para ensartarlos.

Y lo hubiera hecho, si desde el suelo, su rival no hubiera acertado a endiñarle una patada en la rodilla que lo derriba y que le concede el tiempo necesario para poner detrás suya a María y desafiar a Mehmet.

—¡Y ahora, demonio, vamos a ajustar cuentas tú y yo!

Mehmet, echando un vistazo en torno suyo, ve que todo está terminado y que solo le queda una última pelea antes de pasar a la otra vida. Entonces, sonríe y asiente, satisfecho porque le ofrezcan tan buena muerte.

Y es que, mientras ellos batallaban, don Álvaro de Bazán ha acorralado al mismísimo Mohamed Bey Barbarroja y ahora, justo por encima de la cámara de remo donde penan encadenados los

esclavos, el marqués y el nieto del más célebre corsario cruzan aceros.

Cuatro hombres, dos duelos y mientras tanto, los españoles del tercio terminan su trabajo de destrucción y bélica gloria.

Primer duelo. El yatagán danza primero y, cortando el aire, busca el rostro de José que, echándose atrás, esquiva el acero y, como si fuera un resorte, echa el suyo adelante buscando la nuez de Adán del jenízaro; este, torciendo cintura y cuello, hace resbalar la templada hoja sobre las escamas de hierro del alpartaz de malla que pende de su yelmo.

Segundo duelo. Don Álvaro alza el montante hasta su hombro derecho y lo descarga sobre el izquierdo de Mohamed que, lento pero fuerte, interpone en el último momento la ancha hoja de su alfanje de Berbería. Y resuenan como infernal campana los dos hierros, que pasan a rechinar con horrísono canto cuando las hojas pesadas se besan larga e impúdicamente.

Primer duelo. Monteagudo finge una finta y, torciendo la punta de su espada con un golpe de muñeca, se echa hacia delante y cambia, como un halcón cayendo del cielo, la dirección de su ataque. Pero Mehmet, con la guardia alta, detiene la profunda estocada con un golpe descendente y, dando una patada a la hoja de su rival, abre camino a su propio ataque; este, llegando de inmediato, consiste en una estocada a la cara, seguida de un giro que la transforma en un golpe de revés que ansía cobrarse la cabeza de Monteagudo.

Final del segundo duelo. Mohamed Bey lanza un gran alarido y se echa hacia delante dando tajos con su alfanje a diestra y siniestra, en remolinos de acero que parecen incendiar el aire. Retrocede el marqués, pero en cuanto encuentra espacio, detiene con el montante el enfurecido ataque y, metiendo el hombro, empuja con fuerza al nieto de Barbarroja; ante el fuerte empellón, el pesado arráez corsario pierde pie y cae a la cámara de boga, donde queda despatarrado entre los hombres encadenados al remo.

Y no va a levantarse, pues los hombres entre los que ha ido a caer, son los que él, día tras día, ha ordenado azotar hasta hacerles perder el sentido. Sí, los mismos a los que ha maldecido a cada

instante y ha hecho pasar hambre, los mismos sobre los que se meó encima mientras lanzaba carcajadas y a los que castigó de mil demoniacas maneras, simplemente para divertirse o para aliviar su crueldad y mal genio.

Si caes despatarrado e indefenso entre hombres a los que has tratado tan inhumanamente, ya sabes lo que puedes esperar: que aquellos a los que privaste de su condición de hombres se tornen fieras que quieran devorarte.

Y eso, aunque no podáis creerlo, es lo que ocurre a Mohamed Bey Barbarroja: que sus esclavos, sus galeotes, lo despedazan con uñas y dientes hasta la muerte.

Don Álvaro, asomado desde arriba a la cámara de boga, jadeante y con el montante apoyado en la madera, contempla la escena. A su lado, un arcabucero, tentado por los veinte mil ducados que podría pedir por el rescate del nieto de Barbarroja, hace ademán de saltar a rescatarlo antes de que lo desgarren por completo, pero el marqués, interponiendo su hoja y meneando la cabeza, se lo impide.

Y así termina todo: con hombres enfurecidos matando a dentelladas a uno que se creyó con derecho a maltratarlos hasta lo indecible.

Final del primer duelo. La cabeza de Monteagudo sigue en su sitio porque no hay espada más rápida que la suya y como para que no quepa duda, las dos hojas, trabadas entre sí a una pulgada del cuello del granadino, se separan como dos rayos y el más raudo de ellos, forjado en Toledo, regresa para buscar el pecho de Mehmet, que a duras penas logra detenerlo.

Sí, pero a costa de dar un paso atrás y ese paso, para su mala fortuna, se apoya sobre la cabeza de un marinero candiota muerto.

Se va al suelo soltando el yatagán, que se le escapa de la mano, y el capitán, saltando sobre su ahora indefenso enemigo, ruge como una bestia y lanza su más rabiosa estocada contra el rostro de Mehmet al-Rumi que, inmune al miedo, aguarda la punta inmisericorde, con una sonrisa que, aunque José de Monteagudo interpreta como valeroso desafío, va dedicada a la mujer que pudo amar un instante antes de perderla para siempre.

Y Monteagudo no lo mata. ¿Por qué? ¿Acaso sabéis vosotros por qué hacéis todo lo que hacéis? A veces, confesadlo, se hacen cosas sin sentido y que nunca se comprenderán; a veces, y esto os lo digo yo, esas cosas sin sentido son aquellas de las que siempre os arrepentiréis… o no. Pues otras veces las acciones más irracionales son fuente de liberación, de orgullo incluso.

—No voy a matarte… —murmura Monteagudo, todavía confuso por lo que no ha hecho y que ahora, para su sorpresa, no se ve capaz de hacer.

—¡Mátame! —escupe con rabia Mehmet, que prefiere la muerte al deshonor.

—Eres mi cautivo —se limita a decirle el español comprendiendo que, después de todo, la cautividad será para el jenízaro peor castigo que la muerte.

—¡Maldito seas! ¿Acaso has olvidado todo el daño que te causé? —lo tienta Mehmet en un desesperado intento por enfurecerlo y que le clave al fin la espada—. ¡Te advierto que yo no olvido nunca el que tú me infligiste! —termina por gritar, exasperado porque la muerte no viene y en su lugar llegará la infamia del cautiverio.

—Bien está y recuérdalo, día tras día, cuando estés encadenado a un remo o te veas sacando escombro de una mina. Pues, vive Dios, eres mi esclavo y te venderé al peor patrón que pueda encontrar.

Tras sentenciarle de aquella manera, hace un rápido gesto con la cabeza y, raudos, Gregor de Gordon y Miguel el Moro se echan encima de Mehmet y lo amarran con buenos cabos.

Fue aquel un día de gloria para el marqués de Santa Cruz: él solo, adelantándose a todos y enfrentados los cañones de veinte galeras con la suya sola, había salvado a la nave gruesa de Candía y tomado como presa a la gran galera verde, entoldada de rica seda, de Mohamed Bey Barbarroja; y, además, montante arbolado, había derrotado en duelo singular al corsario, después de arrasarle el bajel con los cañones diestros de su «loba» y abordarlo a viva fuerza al frente de sus infantes del tercio embarcado.

Con la presa enorme amarrada tras su popa, La Loba navega a la vista de todos: de cristianos y turcos, de amigos y enemigos; y, poniendo proa a la galera de don Juan de Austria, arrastra sobre las azules olas los estandartes otomanos capturados para luego, frente a frente con el General de Cristo, entregarle la prueba de su gran hazaña.

Don Juan, al ver a don Álvaro, se echa a llorar. Pues es hombre que valora por encima de todo el valor y aquel hombre maduro, fuerte, bravo y hábil en la guerra sobre el cambiante mar, es, qué duda cabe, el más diestro y valiente. Y así, con el orgullo, la emoción y la alegría que se profesan entre sí los verdaderos héroes, los dos titanes se abrazan mientras resuenan las salvas de triunfo por tan señalada gesta.

25

He jurado matarte

Una hazaña es como una súbita llamarada: se alza imparable, enceguecedora, estimulante. Pero en su brillante naturaleza siempre está también presente la brevedad necesaria a todo instante que deslumbra.

Por eso, tras la euforia desatada en el campo cristiano por la hazaña de La Loba de don Álvaro de Bazán, la realidad, indetenible, regresa. Y la realidad es que la armada de la Liga Santa sigue inútilmente fondeada ante la inexpugnable Modón, bajo cuyos artillados bastiones continúan inalcanzables las galeras turcas hubieran; como si en vez de allí, estas hubieran echado el ancla en la luna.

Don Juan de Austria, impaciente como un león enjaulado, amagó un nuevo ataque por mar desplegando sus galeras ante el canal de acceso a la ensenada y a la boca del puerto de la plaza fuerte; pero Ulug Alí, que lo había previsto, había fortificado mientras tanto una escollera, un diminuto y escarpado islote, que entorpecía el acceso y que ahora, erizado de cañones, actuaría como un rompeolas de fuego frente al avance de los navíos cristianos.

Además, por si fuera poco, los turcos habían tenido también tiempo para emplazar otros cuarenta cañones pesados más en la entrada al puerto. De modo que si Modón ya podía tenerse por inexpugnable, ahora, con las nuevas bocas de fuego barriendo los accesos con sus cañonazos, era, sencillamente, intocable.

Pero un hombre que ha obrado milagros es un hombre que no se rinde fácilmente. Por eso, el General de Cristo, fracasado su último plan, dispuso ya de uno nuevo: atacarían por tierra desembarcando una fuerza que traspasase cañones pesados desde las galeras a una cala y, desde allí, los arrastraría después hasta las

alturas de Santa Veneranda, que dominaban por su lado más expuesto las murallas y bastiones de Modón.

Una vez emplazadas las piezas gruesas en aquellas montañitas, con la infantería desplegada en sus pendientes, impedirían a los turcos hacer aguada y podrían también batir las defensas otomanas por el lado en que eran más débiles; y es que por aquel sector carecían de terraplenes y los muros que se alzaban habían sido levantados tres siglos atrás por los venecianos y no habían sido pensados para sostenerse frente a los cañones.

A la par, desde el lado del mar, protegida por una vanguardia de bajeles de guerra, se abriría paso una plataforma flotante dispuesta entre dos galeras que montaría ocho cañones que, sumados a los diez dispuestos en la proa de las naves, harían un devastador fuego que se sumaría al de los cañones emplazados por el lado de tierra, demoliendo en poco tiempo las expuestas defensas y permitiendo así su asalto por las tropas cristianas apostadas en las alturas de Santa Veneranda.

Era un plan brillante y todo parecía dispuesto para su inmediata ejecución. Pues desde Zante, una de las islas venecianas del mar Jónico, llegaron dieciocho galeras con tropas de refuerzo y el tiempo, para sorpresa de todos, siguió siendo bueno.

Pero lo sorprendente, al igual que los milagros, dura poco: cuando ya todo parecía listo para el gran ataque, cuando navegaba ya la plataforma artillera dispuesta entre dos galeras y las tropas desembarcadas arrastraban sus cañones hacia la cumbre de Santa Veneranda, se desató un fuerte temporal que dispersó las galeras cristianas y las obligó a buscar refugio. Y se embarraron de tal manera las colinas en torno a Modón que los cañones empujados por los hombres de los tercios quedaron clavados en el lodo: muy a duras penas y a toda prisa, lograron sacarlos de allí, bajo el fuego de los mosqueteros y los escopeteros turcos, y reembarcarlos.

Llueve. María se toca el hinchado vientre. Le duele y, por si aquel dolor sordo no bastara para alarmarla, desde el día del abordaje turco de la nave gruesa de Candía ha comenzado a sangrar.

¿Perderá al niño? Eso la enloquece de miedo. Pues desde que el pequeño comenzó a moverse, lo siente tan suyo, tan vivo, como a su propio corazón. ¿Y quién puede vivir sin latido? Pero los golpes y caídas que sufrió durante el combate sostenido entre La Loba y la gran galera verde de Mohamed Bey parecen haber roto algo dentro de ella. Algo que era vital para que el embarazo continuara sin arriesgar la vida que está gestando.

Monteagudo la envuelve con sus brazos. Están en tierra, bajo un chamizo de ramas que los hombres de la compañía han construido junto a la aguada para dar refugio a María y Eleni. Gregor, incluso, ha encontrado telas de lona encerada con las que ha recubierto la rústica choza, que se impermeabiliza tanto como es posible con esos precarios medios.

—Debes embarcarte de vuelta para Corfú —susurra él besándole el pelo.

Ella echa la cabeza hacia atrás, reposándola en su ancho pecho, y tarda en contestar. Pues aunque sabe que él tiene razón, ahora, precisamente ahora que sangra cada mañana, está más asustada que nunca y por eso, como jamás sintió, quiere estar junto a su hombre.

Pues cada gota de roja sangre es un grito de pánico en su mente: el grito de una mujer que quiere ser madre y que teme a cada instante perder al niño que lleva en su vientre.

—Llevas razón, lo primero es el niño. Te prometo que, en cuanto el temporal amaine, embarcaré en la primera nave que zarpe para Corfú o Zante —murmura al fin con un incontenible temblor de emoción en los labios.

Él vuelve a besarle los negros cabellos y la estrecha con más fuerza mezclando en la voz su nombre, «María» y «te quiero».

Sigue lloviendo. La tarde es gris y gris sería el fuerte viento de poniente que azota la entoldada choza, si el aire pudiera tener color. Abrazados, unidos, envueltos por la lluvia y el viento, se saben únicos y, a la par, frágiles en cada instante que comparten. Pues, lo entienden, hay un momento de tu vida en que aprendes que el tiempo se llevará esos instantes, los separará y los dispersará del mismo modo en que ahora el viento avienta las gotas de lluvia.

Un nuevo calambre en el vientre obliga a María a tensarse. José nota el latigazo de dolor y la envuelve un poco más con sus brazos, susurrándole al oído palabras sin sentido de esas que son imprescindibles, pues curan dolor y temores.

Ella deja escapar unas lágrimas y tomando la mano de José, se la pone junto a la suya en el vientre.

—¿Qué harás con él? —pregunta, entonces, y no tiene que aclarar a quién se refiere.

José medita un largo momento. Había creído que su decisión de perdonarle la vida a Mehmet al-Rumi, para así someterlo a la humillación del cautiverio, era la acertada. Pero ahora, viendo tan desmejorada a María y sabiendo que no se encontraría tan débil y tan al borde de sufrir un aborto de no ser por el ataque lanzado por Mehmet y sus jenízaros contra la nave gruesa de Candía, la sangre que late en sus venas le pide dar muerte a su enemigo y cobrarse así venganza por cada gota de esa otra sangre de la que son privados María y el niño que lleva en su vientre.

—Supongo que lo venderé como galeote. Sé lo que es vivir encadenado al remo y no hay peor castigo que ese… —murmura no muy convencido de lo que dice y dejando luego una larga pausa que ella también acompaña—. Aunque quizá, te lo confieso, hubiera sido mejor matarlo cuando estuvo a mi merced.

Nuevo y largo silencio. Sigue lloviendo y en la playa el mar rompe con fuerza azotando arena y rocas. Al poco, las sombras se tornan luz blanca, pues un relámpago las rasga, para luego tornar el silencio en trueno.

Cuando se acalla la voz del cielo, ella se vuelve, lo besa, larga y cálidamente, dejando que sus lágrimas se mezclen con el beso; luego, echando la cabeza hacia atrás y mirándolo hasta el fondo con sus ojos esmeralda, habla:

—Quiero que lo mates, José —le dice sin alzar la voz pero con tanto fuego como el que el relámpago puso en los cielos un instante antes—. Mátalo, ¿me oyes? ¡Mátalo!

José, un tanto sorprendido, un poco espantado por aquel arranque de rencor y rabia, asiente lentamente.

—¡Júramelo! —lo apremia ella—. Lo quiero muerto. Sí, así lo quiero… Pues si pierdo a nuestro hijo será por su culpa y, entonces, para poder seguir adelante, necesitaré el recuerdo de la venganza consumada; y si sobrevive, si logro parirlo con vida, no podré vivir tranquila viéndolo crecer y sabiendo que el demonio sigue vivo.

José de Monteagudo vuelve a asentir. Ella, lo sabe, tiene razón, sin embargo… Ahora que no hay furia, ni combate, ni estruendo de arcabuces y cañones, matar a un hombre indefenso y encadenado, por muy demonio que sea, le parece algo difícil de ejecutar. ¿Por qué? No lo sabe, ha matado a tantos hombres... ¿qué importa uno más?

—Lo mataré… ¡Por Dios y nuestro hijo no nacido, te juro que le daré muerte! —termina por decir y no tiene duda alguna de que cumplirá lo que jura.

Sí, y tampoco de que matarlo así, sin espada en la mano y cargado de cadenas, le será imposible. Pero esto último se lo calla y María, satisfecha, vuelve a besarlo y así, abrazados, bajo la lluvia y los relámpagos, les llega la noche.

Al día siguiente amaina el temporal, pero ninguna nave cristiana parte para Corfú, Cefalonia o Zante. Así que María y Eleni se quedan allí, a resguardo del precario amparo que les brinda la choza que para ellas erigieron los hombres de la compañía.

En la playa de la aguada, Monteagudo pasa ese día largos momentos viendo correr a Eleni persiguiendo a las azules olas y contemplando cómo María alivia sus molestias y preocupaciones jugando con la niña.

Cuando cae la tarde, José sube a una alta colina que domina la cala para vigilar desde ella los movimientos de las patrullas turcas que, de tanto en tanto, rondan por las cercanías. Desde aquella altura, se vuelve después hacia la playa y fija sus oscuros ojos en los límites entre el dorado de las arenas de las playas de Mesenia y el azul de los mares de Grecia. Allí, abrazadas y convertidas en un único y diminuto punto, están María y Eleni; y él, meditando sobre su destino, siente un vértigo que bien podría llamarse miedo ante el futuro que, imparable, acontece.

Mehmet al-Rumi no soporta verse encadenado. Las cadenas, la puerta cerrada, el saberse, sentirse privado de libertad, todo le remueve cosas terribles en la memoria: las que vivió, siendo muy niño, durante los días de camino desde su aldea hasta Constantinopla, cuando marchaba, prisionero junto a otros chiquillos como él, para pagar el tributo de sangre debido al sultán por sus súbditos cristianos.

Ahora se siente igual de vulnerable, perdido, abatido, angustiado. Pues lleva días metido en el pantoque de La Loba, encadenado a una gruesa argolla y esperando durante interminables horas a que la compuerta superior se abra para dejar pasar por ella unos breves instantes de luz, al tiempo que con una cuerda le bajan un cubo de agua y un mendrugo de pan.

Aparte de ese breve momento de luz, el resto, es oscuridad. Negrura, ratas, agua podrida que te lame los pies… y tiempo para soñar con morir; y la muerte, por lo visto, va a ser la única forma de salir de allí.

Angela Dominica vuelve a ser una *Occulti*, una espía. Pero ahora no trabaja para la Serenísima, sino para ella misma.

Cuando Mehmet la arrojó al mar para ponerla a salvo, quedó por completo desorientada, y no solo por su inesperado vuelo y acuático aterrizaje, sino porque él la había besado y su ojo azul hielo, durante ese breve instante, le había abierto las puertas de su alma: allí, en lo profundo, ella lo había contemplado tal y como realmente era y no como el mundo lo había trocado.

Ese conocimiento íntimo, la había golpeado: Mehmet no solo era la fuerza implacable, el valor sin límite, la inconmovible voluntad que siempre se impone, sino que también era un ser humano tan vulnerable, a su manera, como lo era ella; y tan repleto de heridas cerradas de cualquier manera que, tras su fachada de corazón de piedra, titilaba, como en una lejana estrella, el deseo de que alguien lo abrazara para aliviar su soledad y desesperanza.

«No voy a dejarte solo», se dice para sí mientras, deslizándose entre las rocas que salpican la playa, busca en ellas un amparo aún

mayor que el que ya le prestan las sombras de la madrugada.

Pues cuando cayó a las olas, se alejó, buceando primero y nadando después, de la matanza desencadenada sobre las cubiertas entrelazadas de la galera verde de Mohamed Bey, de la nave candiota y de la formidable La Loba de don Álvaro de Bazán. Y, con suerte y esfuerzo, logró salir con bien de tanto cañonazo, arcabuzazo y estelas de galeras que surcaban las olas en torno a ella y llegar a nado hasta la costa de la deshabitada isla de Sapiencia, para buscar entre sus solitarios y espesos bosques de madroños algo de amparo.

Tras recuperarse allí un tanto y atisbar desde sus orillas como la gran galera verde era, al cabo, vencida y apresada, sintió que el corazón se le detenía en el pecho. ¿Seguiría vivo Mehmet o sería uno de los cadáveres que los vencedores españoles arrojaban al mar mientras remolcaban su presa hasta la nave capitana de don Juan de Austria para mostrársela en triunfo?

No podía saberlo. Solo podía quedarse allí, asomada entre los madroños de Sapiencia y viendo cómo, tras las naves vencedora y apresada, iba quedando una macabra estela de cientos de cadáveres otomanos.

Pasó esa tarde examinando los cuerpos muertos que arribaban a las costas de Sapiencia. Cuando un cadáver llegaba empujado por la corriente y las olas, ella corría a darle la vuelta para mirarlo a la cara y cada vez que se encontraba con un rostro que no era el de Mehmet las lágrimas se le mezclaban con el alivio.

Cuando la noche cayó, tomó su decisión: si nadaba hasta tierra firme para marchar luego a Modón, podría reunirse con los turcos, desde luego, pero sin la protección de Mehmet, de cierto que la convertirían en cautiva y eso con suerte: lo más probable es que la violaran hasta saciarse y que luego optaran por degollarla en vez de llevarla al interior de la fortaleza asediada.

Tampoco se veía con fuerzas para nadar hasta las galeras venecianas de la Liga Santa. ¿Qué diría a sus capitanes? ¿Qué ya no era una *Occulti* de la Serenísima, sino tan solo una mujer que había corrido como una perra en celo tras un capitán jenízaro? No, no era buena idea. Pues tendría que dar demasiadas explicaciones; y

cuantas más diera, más desconfianza despertaría entre sus compatriotas, hasta el punto de que, no lo dudaba, terminarían por cargarla de cadenas y enviarla de vuelta a Venecia para que compareciera ante el Consejo de los Diez; y eso, bien lo sabía ella, sería solo la antesala de la mazmorra donde la aguardarían las ávidas manos del verdugo.

Así que solo le quedaba una opción: nadar hasta tierra firme, desde luego, pero no hacia Modón, sino hacia el interior y hasta alguna aldea griega; luego, con suerte y el oro que le quedaba, seguir viaje por el corazón de Morea hasta llegar a Patras o cualquier otra ciudad desde donde tomar pasaje de regreso a Venecia.

Pero ¿partir sin saber si Mehmet seguía vivo o se lo había llevado la Parca? No, antes, pues no podía hacer más, se enteraría de la suerte del hombre por el que había emprendido tan largo y peligroso viaje.

Así que, cuando el lucero del alba reinaba, cruzó a nado el estrecho canal que separa Sapiencia de la costa firme de Mesenia.

Era una buena nadadora, la mayoría de los venecianos lo son; criarse entre tanta laguna y tanto canal tiene alguna ventaja y ella siempre fue de esas chicas que emprimen hasta la última gota que contenga la más mínima ventaja.

Una vez en tierra firme, buscó recursos: en uno de los puestos de vigía turcos, encontró a uno lo suficientemente descuidado como para abrirle la cabeza con una gruesa piedra. Pudo así apoderarse de su daga, una pistola y sus botas. Lo demás, la espada, el mosquete y el resto de sus ropas, las dejó allí con el cadáver.

Pero cuando ya se alejaba del ensangrentado cuerpo, tuvo una corazonada y regresó sobre sus pasos para recoger la pesada arma y su bolsa de municiones y de frascos de pólvora.

¿Por qué? ¿Y cómo diablos queréis que lo sepa? La vida, muchas veces, es solo eso: corazonadas.

Pues Angela nunca había disparado un mosquete y no tenía muy claro si sabría cargarlo y apuntarlo correctamente. Pero, supiera o no por qué cargaba con la larga y pesada arma, ahora corría con ella mientras maldecía las ideas peregrinas que se le ocurrían y

trataba de desenganchar el mosquete cuando, continuamente, se le trababa en los matorrales.

Cuando amaneció puso rumbo a poniente hasta que, a la caída de la tarde buscó refugio en un olivar. Cuando la noche tomó el mando con su oscuridad, aprovechó para deslizarse hasta una solitaria granja griega en la que pudo robar una gallina que, tras retorcerle el pescuezo, desplumarla y limpiarla, pudo asar encendiendo un pequeño fuego oculto en lo más espeso del olivar.

Al día siguiente el tiempo se abochornó. El calor, para ser finales de septiembre, era insoportable y una calma chicha parecía dispuesta a tornar en sopa azul el reluciente mar.

Sobre las aguas encalmadas, los cristianos se aprestaban para dar asalto al canal de Sapiencia y a la entrada del puerto de Modón. Miles de hombres desembarcaban o se esforzaban en descolgar los pesados cañones de las galeras hasta la inestable cubierta de balsas que luego arrastraban hasta la playa para bajar las piezas y arrastrarlas en dirección a unas montañuelas desde las que se podían bombardear las murallas más expuestas de la gran fortaleza otomana.

A la vez, en el mar, dos enormes galeras se unían entre sí mediante una plataforma flotante en la que se fueron colocando ocho cañones, mientras que el resto de las naves vigilaba a las galeras turcas y, de tanto en tanto, ensayaba acometidas, como si pretendieran ya forzar el canal de acceso a la ensenada de Modón, alarmando así, sobremanera, a los turcos que, desde sus puestos de vigía y avanzada, no quitaban el ojo a los movimientos del enemigo.

Con tanta gente desembarcada y las patrullas otomanas yendo de un lado para otro, Angela Dominica creyó prudente quedarse escondida. Y el día pasó así: observando y preguntándose, de continuo, si Mehmet estaría vivo y de estarlo, dónde se hallaría.

Nada más alumbrar el nuevo día, el tiempo cambió y un viento frío borró definitivamente al verano y trajo lluvia. Bajo ella, aprovechando que el agua y el barro lastraban a los hombres, Angela se deslizó fuera de los olivares y, después de dar un gran rodeo, apareció por encima de la cala en donde los españoles se aprovisionaban de agua; a solo doscientas varas de la orilla, estaba

fondeada la galera capitana de don Álvaro de Bazán, La Loba. «Si Mehmet ha sobrevivido y lo han hecho cautivo, estará encadenado en la nave que lo ha apresado», había reflexionado.

Desde esa elevada posición, al caer la tarde, se llevó una sorpresa: los soldados levantaban una choza para que en ellas se guareciesen de la lluvia la mujer preñada y la niña griega que la habían acompañado en la nave gruesa de Candía, durante la singladura entre Corfú y la ingrata punta sur de la isla de Sapiencia, y hasta que la abordaron y medio destruyeron.

¿Quiénes eran en verdad aquellas mujeres? La imagen del joven soldado de la roja gorra valona disparando su arcabuz se le vino de nuevo a la memoria y esta vez, no se quedó tan segura de que solo fuera un jovenzuelo y no aquella mujer embarazada, aparentemente frágil pero en cuyos ojos esmeralda siempre habitaba una violenta llama.

En cualquier caso, Angela pudo ver que un hombre moreno, revestido con un buen arnés, un capitán, sin duda, llegaba hasta la mujer y la niña y las abrazaba. Aquel era el hombre que la joven preñada buscaba con tanto riesgo y premura.

Al ver a la pareja besarse bajo la enramada, recordó el beso que le diera Mehmet y volvió a llorar muy quedamente; y por la mente se le pasó la idea de que, quizá, probablemente, fuera el primero y el último beso que de él recibiera.

Esa noche, como una sombra, Angela Dominica baja hasta poder rondar las fogatas donde los soldados españoles se acurrucan buscando librarse del frío que la lluvia persistente y el viento han dejado sobre la tierra embarrada. Entre llamas y conversaciones, los hombres ateridos de frío y rotos de cansancio, le entregan algo valioso: noticias que hablan, si se juntan sus dispersos e incompletos fragmentos, de un capitán jenízaro que languidece encadenado en el fondo del hediondo pantoque de La Loba.

—¡Ja, ese orgulloso tuerto podrá mostrar ahora toda su jodida altanería a las ratas! —vocea uno de los hombres de Monteagudo mientras se echa al coleto el último vaso de vino.

—Nuestro capitán lidió duro con él, pero es el mejor con la espada. ¿Pudisteis ver por ventura cómo detuvo los sablazos y estocadas de ese endiablado jenízaro? —pregunta otro.

—¡Vive Dios que sí pude verlo! —exclama otro—. ¡Las espadas del turco y de nuestro capitán, el señor José de Monteagudo, eran como ráfagas de rayo y viento de tan rápidas que se movían!

Oyendo todo aquello Angela, oculta entre las tinieblas, llora de gozo: Mehmet sigue vivo.

—Pues os voy a decir algo —dice ahora otro soldado, uno pequeño, menudo, que responde al nombre de Eusebio—. El señor capitán salió de la choza donde duerme su mujer con el semblante echo hierro. Tengo para mí, tras lo que escuché cuando por allí cerca pasaba al descuido y después de ver la cara de don José, que a ese jenízaro del demonio no le queda vida para mucho tiempo.

Y este último comentario pone en alerta a Angela, obligándola a arrastrarse entre las tinieblas y el barro para aproximarse un poco más a la hoguera.

—Por cierto que tienes razón, murciano. Y ahora entiendo lo que el capitán Monteagudo ha ordenado: que mañana muy temprano le traigan al jenízaro —aclara un hombretón alto y recio, de luenga larga y ojos amables que, a la luz de las llamas, parecen tristes.

—Razón tienes, Miguel Martín, y aunque alguno va diciendo por ahí que el capitán quiere pegarle a ese jenízaro un tiro cual si el maldito turco fuera un perro rabioso, nuestro José de Monteagudo es demasiado caballero para tal menester. O mucho me equivoco, o su plan es volver a batirse en duelo y terminar aquí lo que no quiso concluir en la galera verde de Mohamed Bey Barbarroja cuando lo tuvo a su entera merced —interviene otros soldado.

Es un veterano de muchas campañas y que militó en la guerra de las Alpujarras y en la Jornada de Lepanto, cuando el capitán Monteagudo todavía era el alférez del maestre de campo don Lope de Figueroa.

—¿Quién puede saberlo? —concluye Miguel Martín encogiendo sus grandes hombros—. Pero de una cosa sí podemos estar seguros: ya ordene que le dejemos tieso de un arcabuzazo o que le plazca

atravesarle el negro corazón con «la del perrillo», ese jenízaro verá mañana su último sol.

Angela ha oído ya suficiente y todo parece dispuesto: traerán allí a Mehmet para que ese tal José de Monteagudo pueda ejecutarlo.

«Angela, debes apresurarte», se dice entre el silencio y la sombra, mientras se aleja reptando de la hoguera de los soldados. «Apresúrate o no lo verás con vida, ni podrá volver a besarte».

Su primer impulso es bajar hasta la orilla y echarse a nadar en dirección a La Loba para tratar de rescatar a Mehmet. Pero eso es una locura, amén de una tontería: según sabe ya, el jenízaro está encadenado en el pantoque y nunca lograría bajar hasta las entrañas de la gran galera sin que la descubrieran y apresaran. Además, la mar aún está gruesa y lo más probable es que no lograra vencer las rudas olas y terminara ahogada antes de alcanzar la nave de don Álvaro de Bazán.

Así que, aunque le ardan la mente y las entrañas de pura impaciencia y desazón, concluye que lo mejor es aguardar a que llegue la mañana y, con ella, ver cómo traen hasta la playa a Mehmet. Y entonces rogar a Dios y pedir al diablo que le den la oportunidad de poder salvarlo.

Amanece. Pero Mehmet al-Rumi, sumido en la negra oscuridad del pantoque, no puede saberlo. Las ratas que le tientan los pies y que, audaces, alguna vez le trepan hasta el pecho, son indiferentes a todo y no se ocupan ni de anunciarle la alborada, ni de marcarle las horas de la noche. Pero allá, al otro lado de la madera que forma el duro techo que tiene sobre la cabeza, sobre cubierta, cae ya la primera luz de un nuevo día. Con su guía, una barca zarpa de la playa donde acampa la compañía de José de Monteagudo y, tras alcanzar a La Loba, los tripulantes piden permiso al contramaestre para subir a bordo; luego dos de ellos, guiados por el cómitre hasta la portezuela que da paso al hediondo pantoque, y, se asoman con una antorcha, y lo ven, encadenado, sucio y abatido.

El jenízaro cierra el ojo ante la luz cegadora; cuando logra volver a abrirlo, ve descender por la escala de cuerda a un gigante pelirrojo cuya mano izquierda es de pulida plata. Lo reconoce de inmediato: es el escocés que siempre va con Monteagudo y al que le cortó la mano de un hachazo en la jornada de Lepanto.

Así que le dedica la mejor de sus sonrisas cargadas de crueldad y sarcasmo.

—Que reluciente llevas esa mano, pelirrojo. Cuando te la corté, lucía menos bonita y más sucia —espeta sin dejar de sonreír al coloso.

Gregor de Gordon lleva la antorcha bien alta y al escuchar a Mehmet no puede evitar sonreír. El jenízaro los tiene bien puestos y eso, a uno como él, hijo del clan más belicoso de la pendenciera Escocia, le agrada en extremo.

—Vengo a darte las gracias, demonio. Pero veo con disgusto que las ratas aún no han comenzado a devorarte. Bueno, es normal: las ratas de esta galera tienen buen gusto y nunca comerían mierda —responde plantándose a dos pasos del encadenado.

Los dos hombres se sostienen las miradas y las sonrisas desafiantes a la luz temblorosa de la tea, mientras las ratas, chillando asustadas, se tiran al agua removiendo la porquería que allí flota e incluso hacen emerger la pálida calavera de algún desgraciado que allí la palmara, encadenado, y del que las odiosas bestezuelas poco dejaron.

—Te vienes con nosotros, jenízaro —dice ahora Miguel el Moro que, tapado por el enorme corpachón de Gregor, apenas si era visible entre las fétidas sombras.

—¿Adónde me lleváis?

—Depende, otomano, depende —contesta el escocés ensanchando la dura sonrisa—. Si has sido bueno, al paraíso, y si has sido un cabrón, derechito al infierno. ¿Quieres que apostemos? Yo pongo toda mi plata a la segunda opción ¿y tú?

Mehmet se encoge de hombros, escupe y, a su vez, agranda y afila la sonrisa antes de replicar:

—Tuya es la apuesta ganadora, escocés. Así que yo también apuesto mi bolsa a esa segunda opción: me voy derechito al

infierno.

—No tienes bolsa, ¿recuerdas? Te la quitamos en la cubierta de la galera verde, cuando estabas tirado en el suelo, sin espada y meándote encima —le endilga Gregor.

Ante el insulto, Mehmet se alza como un resorte y extiende las encadenadas manos buscando la garganta del norteño. Pero Gregor, sin el lastre de los grilletes, es más rápido que el otomano y le encaja un buen golpe en el estómago, antes de cruzarle el rostro con la mano de plata y dejarlo tendido sobre el agua podrida, medio ahogándose en ella y alterando aún más si cabe a las frenéticas ratas que, cada vez más enloquecidas, chillan, corren y saltan como endemoniadas.

Mientras tanto, Gregor de Gordon y Miguel el Moro sacan a Mehmet del agua negra. Aún aturdido, trata de ofrecer resistencia, pero son dos hombres fuertes y duros los que han ido a buscarlo y, lastrado por las cadenas y los grillos, poco puede hacer.

Así, atado a un grueso cabo, desde arriba, tres marineros lo izan a cubierta y el sol temprano de la nueva mañana lo baña para que todos, galeotes, marinos y soldados, puedan verlo.

Don Álvaro de Bazán ve también al jenízaro y menea la cabeza con cierto pesar. Podían haber pedido un buen rescate por el cautivo, pero entiende la decisión de su capitán y nada puede oponerle. Pues ¿acaso no dejó él que los galeotes cristianos destrozaran a mordiscos a Mohamed Bey Barbarroja en vez de salvarlo para pedir rescate?

La venganza, el odio jurado, valen más que el oro para los hombres que a ellos se han consagrado; y por lo que le han contado, la enemistad entre Mehmet al-Rumi jenízaro y José de Monteagudo viene de lejos y está colmada de dolor y muerte.

Angela Dominica ha visto partir la barca y ahora, desde su escondida atalaya, observa que el gigante pelirrojo y el joven morisco obligan a Mehmet a subir a la lancha.

Es hora de actuar. Sí, pero ¿cómo? Mira el mosquete que arrebató al soldado turco al que asesinó a golpes de piedra y, sin

saber todavía que va a hacer, intenta cargarlo.

Es tarea difícil y, probablemente, lo esté haciendo mal.

Entonces, por el rabillo del ojo, muy lejos de donde ella se halla, advierte algo y de inmediato se detiene y se queda muy quieta, pensando. Pues una idea, bendita sea, se le ha aparecido en la cabeza.

Mehmet ya se ha recuperado del golpe que Gregor de Gordon le dio en la cabeza con el puño de plata. Ahora, en la barca, encadenado, siente la brisa cargada de sal y el sol tibio de una mañana de comienzos de otoño. La vida, después de todo, sigue su curso y lo hace en un mundo hermoso.

Sí, uno que pronto dejará de ver. No le importa. Ha vivido lo suficiente y ya llegó la hora de reunirse de nuevo con su Ísmihan… ¿Le tendrá en cuenta lo que ahora siente por Angela Dominica? No, seguro que no, pues Ísmihan siempre comprendía y quizá, solo quizá, si hubiera tenido la oportunidad, Angela también hubiera comprendido. Pues, en verdad, solo ellas le han mirado hasta el fondo del corazón y solo se lo permitió a ellas.

Desde la playa, José de Monteagudo aguarda. A su vera, débil, pálida, María tiene a Eleni pegada a su falda.

Los tres miran con intensidad a la barca que hacia ellos rema.

—Si me quieres de verdad, José, pégale un tiro sin más… —susurra ella con la voz quebrada, pero con la mirada clavada en la diminuta y odiada figura de Mehmet al-Rumi—. O deja que lo haga yo. Estoy mareada… pero aun así, me veo con fuerzas de ponerle el arcabuz delante y tumbarlo de espaldas de un pelotazo.

Él niega con la cabeza, muy despacio, sin apartar la mirada de la barca que se sigue aproximando.

—No, María. Te he dado la razón y voy a matarlo. Pero por mucho que odie a ese hombre, tengo que respetarlo. Ha sido un endiablado enemigo y es cruel como un látigo cargado de plomo. Pero también ha demostrado ser valiente como pocos.

María, salvaje, rencorosa, suelta un bufido como si fuera una gata furiosa.

—¿Valiente? ¿Acaso has olvidado ya como me dejó ahorcada de la rama de una encina o como degolló a tu hermano que apenas si era algo más que un niño pequeño?

Eso duele mucho y se le clava muy adentro a Monteagudo. María, una vez más, tiene razón. ¿Por qué siempre la tiene? A saber.

Por lo pronto, maldice por lo bajo y se dice la verdad de una vez: no quiere batirse en duelo con Mehmet para matarlo como merece un hombre valiente, sino porque no quiere que el jenízaro piense que él, Monteagudo, no tiene los arrestos suficientes para arrancarle, fríamente, la negra vida. Pues está seguro de que en caso contrario, si fuera él quien estuviera a merced del muy lobo, Mehmet no dudaría un momento y le pegaría un tiro sin que se le alterara lo más mínimo el pulso.

Pero uno es lo que es y a él su padre le enseñó tres cosas: a tener palabra, a velar por su honra y a usar la espada para herir con ella siempre de frente.

—He jurado matarlo y por Dios que muerto estará en breve —termina por decir con la voz tensa y sin ceder ante su mujer.

María, cruzándose de brazos, patea la arena y se queda allí, envarada de rabia y enfado, mirando como su hombre va al encuentro de aquel a quien ella más odia y teme: para matarlo en duelo delante de todos y también, ya de paso, para probar a todos que además de valiente es un idiota.

Pues solo un idiota le daría otra oportunidad a una alimaña como Mehmet al-Rumi. Pero ella, maldita sea, ama a ese «idiota» y lo ama, precisamente, porque el muy estúpido, bendito sea, se cree toda esa cháchara del valor, la nobleza y la honra.

Mehmet ve a Monteagudo alejarse de María. Ahora, sin el tumulto de la lucha envolviéndolo todo, se percata de cuán preñada está la mujer y cuán desmejorada se ve; al comprobarlo, siente una punzada de culpa.

«Debe de ser la proximidad de la muerte que me está ablandando», piensa. Sí, no hay duda de que es eso lo que lo está ablandando. Pues, en vez de alegrarse por el sufrimiento de aquella mujer, ruega para que se restablezca y pueda parir al hijo de Monteagudo. Aunque ¿para qué engañarse? No es la proximidad de la muerte, que nunca lo ha turbado, sino las presencias invisible de su Ísmihan y de Angela Dominica las que deben de estar moviéndole el corazón a la piedad antes de que la muerte se lo lleve.

En cualquier caso, la quilla de la barca ya va arando la arena. Así que, de un violento empellón que lo tira al agua somera, lo sacan de ella y lo empujan por la playa.

A su alrededor, con premura y entre pullas e insultos, se forma un amplio corro de soldados que, haciendo hueco, dejan pasar hasta su centro a José de Monteagudo.

Los dos hombres se quedan mirando largo rato. Monteagudo lleva dos espadas en las manos: la suya, la toledana, y la de Mehmet.

Y Mehmet sonríe satisfecho. Este hombre, siempre lo supo, es el mejor de los enemigos posibles y el único adversario que le ha merecido la pena mantener hasta el momento final. «Qué bueno será luchar una última vez y dejar la vida ensartada en la espada de alguien tan bravo y noble».

Con una seña de la cabeza, Monteagudo indica a Gregor y a Miguel que quiten los grilletes a Mehmet. Cuando el hierro eslabonado cae al suelo, arroja a los pies del jenízaro la hoja de damasco.

Clavada entre sus pies, la hoja que le regalara su maestro de esgrima, se queda oscilando como un rayo rompiendo la noche. Satisfecho, feliz, recoge el arma y cierra la diestra en torno a su puño envuelto en oro y cuero. Ahora, de nuevo, es un hombre completo y de ese modo es como quiere morir.

—He jurado matarte, jenízaro —dice Monteagudo, sin emoción ni odio pero con voz de acero recién afilado—. Debí hacerlo hace unos días, cuando te tuve en el suelo, tras desarmarte.

—¿Te faltó valor, entonces? —lo provoca Mehmet.

Monteagudo tuerce el gesto y niega con la cabeza.

—No, lo que me faltó fue miedo —replica desconcertándolo.

—¿Miedo?

—El que debía tenerte y que ahora te tengo: el miedo a que sigas vivo y puedas dañar a lo que más quiero.

Y diciendo aquello se pone en guardia y avanza para matarlo.

26

La loca de la colina

Treinta de septiembre de 1572.

Angela Dominica corre todo lo que puede alejándose de la pequeña playa en donde Monteagudo y Mehmet se han trabado en duelo singular.

¿Y adónde va? Pues a por los turcos. Y es que desde su elevada posición, en lo alto de la colina, sobre un amontonamiento de grandes rocas de caliza, ha visto como, allá lejos, como a una milla, cabalga una patrulla de caballería otomana que inspecciona las posiciones que, dos días atrás, quería ocupar la artillería y la infantería españolas en las redondeadas cimas de Santa Veneranda.

Pero están muy lejos. Sí, los condenados *sipahis* están demasiado lejos para que tenga tiempo de correr hasta ellos y decirles que, tras las lomas desde donde ella baja, hay una escueta cala y que en ella esgrime la espada y pelea por su vida un capitán jenízaro rodeado de cien soldados del rey de España.

Por eso, Angela se detiene junto a una roca blanca que casi le llega al pecho y sobre la que apoya el largo y pesado mosquete turco.

Allí, jadeando, recupera el aliento y mide el trecho que aún la separa de los turcos. Pues en su carrera, y sumando al espacio que ha ganado con ella, y que, por su parte y en su cabalgada, han atravesado los *sipahis* otomanos, la distancia que la separa de los jinetes ha quedado reducida a media milla. Muy alejados para atinar con el mosquete, pero lo suficientemente cerca, quizá, para que el estampido los alerte.

Así que ruega al aguerrido san Teodoro y a San Marcos Evangelista, los protectores de su veneciana patria, que haya sido

capaz de cargar bien el arma y que no se le haya ido la mano con la pólvora y el cañón reviente en su cara. Luego, apunta y dispara.

La pesada bala de mosquete surca el aire dejando atrás el severo estampido que la impulsó. El proyectil pasa bajo, entre las patas de los caballos, asustándolos y haciendo que uno de los *sipahis* turcos se vaya al suelo y se rompa dos costillas al recibir el impacto de la coz de la nerviosa yegua de uno de sus camaradas.

—¡San Teodoro y san Marcos, benditos seáis los dos! —exclama exultante Angela Dominica saltando sobre la peña donde tenía apoyado el mosquete, que alza sobre su cabeza para hacer gestos de desafío a los *sipahis*.

Los caballeros turcos, una cuarentena larga, la ven y la toman por uno de esos cabrones españoles que tanto trabajo les están dando y, picando espuelas, ponen a galope a sus monturas para darle caza.

Es el momento de correr de nuevo. Sí, pero ahora hacia la playa en donde Mehmet y el capitán español se baten en duelo.

El disparo sonó lejos y no alertó a nadie. ¿Acaso no se oyen tiros de arcabuz y de mosquete, y aun de cañón, a todas horas? Sí, seiscientas naves de guerra y ciento setenta mil hombres, cristianos y otomanos, dan para muchos disparos y por eso, de continuo, de día y de noche, por todas partes se oyen secos estampidos de armas de fuego, grandes y pequeñas.

Así que Mehmet y Monteagudo, y con ellos el corro de más de un centenar de soldados que los rodean, no apartan sus ojos de lo que, ahora, realmente importa: cuál de los dos duelistas saldrá vivo del lance que unos protagonizan y otros contemplan.

María no quiere mirar. Se ha sentado, abrazándose el hinchado vientre y deja que Eleni le peine los negros cabellos para que la niña se distraiga y se olvide, ella que puede, de que a pocos pasos, dos hombres quieren matarse; y que uno de ellos es la causa de que ella, María la Bailaora, quiera vivir y tener un hijo.

Monteagudo esquiva una violenta estocada seguida de un tajo ascendente. Pelea sin armadura, pues a Mehmet le quitaron la suya cuando fue tomado cautivo y no sería de buen caballero afrontar duelo con ventaja.

Giran, uno en torno a otro, evaluándose, midiéndose, tirándose una estocada de tanteo antes de lanzarse a fondo y comprobar, una vez más, que el otro es tan diestro espadachín como uno mismo.

Dos hombres igualados en la disciplina del acero y dos espadas forjadas para ser insaciables bebedoras de sangre.

No hablan, pues ¿qué iban a decirse? Ya está todo dicho; si alguna palabra queda, la dirá el hierro o la escribirá la muerte.

Angela corre como nunca en su vida. Tiene buenas y largas piernas y como recadera que fue de las putas de Rialto, sabe lo que es la urgencia y lo que es no darse descanso.

Además, ahora no corre por una moneda de plata, ni tan siquiera por salvar su vida, sino precisamente por darle sentido a esta última, que es lo que la ha tornado valiosa.

Así que vuela sobre los arbustos y las rocas, entre los olivares y pinares; sube la empinada colina y luego, coronándola, sin importarle que la vean ya los españoles, se deja caer por ella, pendiente abajo y, como aquellas pobres mujeres faltas de juicio natural, da grandes voces, sacándose de debajo de la camisa la pistola que le quitó al turco que mató con una piedra.

Los hombres que forman el círculo que encierra en su centro a los duelistas se vuelven para mirar a la joven que, surgida de la nada, corre hacia ellos, colina abajo y alzando una pistola. «¿Adónde va esa loca?».

Buena pregunta, pero mejor es la que se les viene a la boca de inmediato: pues tras la loca de la pistola, la cresta de la colina es coronada por cuarenta y ocho *sipahis* otomanos que, sin parar a pensárselo, lanzan sus briosos caballos cuesta abajo y hacia ellos.

—Pero ¿qué coño está pasando? —se le escapa al gigantón de Miguel Martín.

Y no hay tiempo para más: pues cuarenta y ocho *sipahis* que bajan una loma a galope tendido y arbolando pistolas y sables no dan mucho de eso.

Mehmet y Monteagudo se detienen. Lo que está pasando es inaudito o, al menos, lo suficientemente sorprendente como para que se olviden del acero por un instante.

Y Mehmet ve entonces a Angela Dominica corriendo hacia él alzando una pistola, con el rostro arrebolado por la carrera y cuarenta y ocho jinetes turcos que tratan de alcanzarla.

«Pero ¿qué ha hecho esa loca veneciana?», se dice a sí mismo. Pero la pregunta y el asombro dan paso a una extraña alegría que ninguna disciplina, ni amargura podrían abortarle en el pecho: haga lo que haga la «loca veneciana» lo hace por él.

Pues es su nombre el que grita y con los cuarenta y ocho *sipahis* que fuerzan sus caballos tras ella, le trae una oportunidad… y no la va a desaprovechar.

Saltando hacia un lado y desentendiéndose de Monteagudo, Mehmet carga sobre un soldado bajito al que hubiera cortado el cuello si el grandullón de Miguel Martín no hubiera sido raudo como centella e interpuesto su larga daga en el camino del yatagán.

Pero lo que no puede evitar Miguel Martín es que Mehmet empuje a ambos, al pequeño Eusebio y a él mismo, tirándolos al suelo y pasándoles por encima como un rayo.

Corren tras él dos soldados, pero uno es tumbado por el tiro de pistola de Angela Dominica que, con su último aliento, ha disparado antes de venirse al suelo y quedar allí, vencida de cansancio, postrada y expuesta ante los sables de los jinetes turcos y los arcabuces, esta vez, de unos españoles que al fin reaccionan y comienzan a hacer fuego sobre sus enemigos.

Monteagudo también reacciona y, espada en mano, corre tras Mehmet. A su lado, como siempre, también se precipitan Miguel el Moro y Gregor de Gordon.

Todo es caos: jinetes que lanzan alaridos de guerra y hacen silbar sus sables o retumbar sus pistolas; caballos que relinchan

asustados o que se alzan de manos; arcabuceros que disparan sin mucho tino y piqueros que, corriendo a recoger y empuñar las largas picas que habían dejado sobre la arena, zigzaguean para evitar a los *sipahis* que se meten por medio de la tropa española.

Y en esa batahola Mehmet es el supremo lobo: cuando un sable otomano cae sobre la nuca expuesta de Angela, detiene el golpe y sin dejar la carrera, apresa la mano turca y tira fuerte de ella, para desmontar al *sipahi* y arrebatarle el caballo. Y al hacerlo, grita a voz en cuello su nombre y su rango:

—¡Soy Mehmet al-Rumi, capitán de los jenízaros del sultán y arráez corsario de naves berberiscas de Argel!

Y mientras Mehmet grita, todo es batalla y locura: disparos de arcabuz y pistola, hombres que gritan de dolor o furia, caballos que arrollan a soldados y que los pisotean o que son despanzurrados por las picas españolas, espadas cristianas y otomanas que se entrechocan… Todo eso y mil cosas más sucede en confusión y a la par en aquella solitaria playa.

¿Qué necio será ese que para representar una batalla se pone a pintar flechas y líneas en un mapa? Sin duda será uno que nunca estuvo en una trifulca tan brava como la que ahora mismo se está librando entre el agua azul y la dorada cala.

Mehmet nunca perdería el tiempo con esas cosas. Ahora, sobre el caballo que se ha cobrado, tiene ya a Angela Dominica y no va a quedarse a ver cómo aquello termina.

Monteagudo ve a Mehmet llevándose a la muchacha loca y bella que bajaba a todo correr la colina y entonces la recuerda: es la misma moza que estaba junto a su María en la cubierta de la nave de Candía. Sí, la misma que el jenízaro arrojó al mar para ponerla a salvo.

—¡Demonio maldito! —grita frustrado mientras trata de alcanzarlo.

Mehmet lo oye y tira de las riendas de su montura para encararlo un momento y dedicarle la mejor de sus sonrisas.

—¡Guárdate tu juramento para otro día, español! ¡Pues el destino quiere que tú y yo sigamos peleando hasta que la muerte se encapriche de uno de los dos!

Y, gritando aquello, gira de nuevo a su corcel y lo pone a galope en dirección a Modón.

María, refugiada tras una roca junto a Eleni, lo ha visto todo. Apretando los dientes, maldice a Mehmet y reconoce a la veneciana.

—¿En qué anda ahora el diablo? —se pregunta sin comprender qué relación tiene todo aquello.

Pero, ande en lo que ande, el jenízaro vuelve a ser libre y ellos, José, su niño aún no nacido y ella misma, vuelven a estar en peligro.

27

Las razones secretas

Primero y segundo de octubre de 1572.

Fue la galopada más emocionante de su vida. Mehmet y Angela Dominica volaban por sobre las colinas de Mesenia cual si fueran renacidos y geminados centauros de los días antiguos.

Cuando el caballo, cubierto de espuma, jadeante, trastabilló y separó las patas delanteras, indicando que su noble corazón estaba a punto de reventar, Mehmet le dio descanso y, tomando a Angela por la breve cintura, la miró, sintió que el corazón se le llenaba de asombro y maravilla: pues la muchacha estaba arrebolada, repleta de aventurera euforia, con los castaños cabellos revueltos y los ojos de color miel encendidos por múltiples emociones.

Mehmet pensó entonces en decir algo y a su mente acudieron palabras de muchas clases: hermosas, galantes, atrevidas, dulces, sensatas, templadas y hasta frías y distantes. Pero no dijo nada, sino que se limitó a besarla.

Fue todo un acierto y ella estuvo de acuerdo, y decidieron seguir acertando juntos. Y continuaron así: sin darse palabra alguna el uno al otro, sino solo regalándose el dulce coincidir de sus labios.

El sol dominaba el mediodía y cuando el galope de los *sipahis* turcos que los habían seguido se les aproximó en demasía, dejaron de besarse, se separaron un tanto y sus tres ojos se miraron intensamente antes de volver a montar al fatigado caballo y llevarlo al paso hasta las alturas de Santa Veneranda; desde allí contemplaron Modón y, a los pies de su puerto fortificado, la formidable flota del Sultán.

—¿Qué haremos ahora? —pregunta ella al fin, dejando salir las primeras palabras de su nueva vida.

Mehmet, que la rodea con los brazos y la tiene sentada ante sí dándole la espalda sobre la cruz del caballo, le besa el cabello antes de contestar.

—Vivir, Angela Dominica. Vamos a vivir. Pues a ti y a mí, nos toca hacer eso al fin.

José de Monteagudo clava la espada en la arena y se agacha frente a María que sigue sentada en ella abrazando a Eleni.

En torno suyo, los hombres recogen a los heridos, rematan a los turcos caídos y dan comienzo a la triste tarea de enterrar a los tres compañeros que han perdido la vida.

Un cañonazo resuena mientras ellos dos se miran. Es la señal de don Álvaro de Bazán para que embarquen el agua y regresen a La Loba, pero los ojos verdes y los ojos negros, siguen enredados sondeándose el alma.

—No te reproches nada —le dice al fin María—. ¿Sabes? Quizá sea mejor así.

Él enarca la ceja derecha ante tales palabras y ella, tras besarlo suavemente, se lo aclara.

—No deben ser la venganza y el miedo los que nos gobiernen y sumen su fuerza —expresa—. Si el azar lo permite, mátalo sin volver a dudar, José. Pero que esa tarea no sea nuestra única meta y empresa. Vamos a ser padres y eso quiere decir que debemos construir un futuro y eso no puede hacerse si solo vivimos para el pasado y la muerte

En su cara demacrada por días y noches de dolor, vómitos, insomnio y hemorragias, parpadea, luminosa, una nueva sabiduría.

Él asiente despacio y, por primera vez en muchos días, tiene la convicción profunda de que María logrará parir con vida a su hijo y que juntos podrán sostenerlo en brazos.

Esa tarde, al fin, encontraron una rápida fragata que zarpaba para Zante. María y Eleni embarcaron en ella junto con seis soldados de la compañía que, enfermos o heridos, necesitaban reposo, cura y descanso y que, de paso, velarían por ellas.

Cuando la nave puso vela al norte y poniente, Monteagudo rezó por su María y por la pequeña Eleni; por primera vez en muchos días, lo hizo con el alma tranquila.

La gran sala del castillo de San Nicolás, en Modón, fue construida por los venecianos en el siglo XIII y eso se nota en sus altas y agudas ventanas góticas, en lo grácil de sus techos y en lo bien orientadas que están sus naves; mirando al puerto, dejan ver a través de los estilizados ventanales las doscientas galeras y las cien naves menores que se apretujan bajo los cañones y los baluartes.

Sentado en una gran silla de nogal situada en la cabecera de esa gran sala, Ulug Alí, *Kapudan Pachá* de las flotas del sultán, no da crédito a lo que ve: ante él tiene a Mehmet al-Rumi, el maldito tuerto del infierno, capitán de una *orta* de jenízaros del sultán y señor de una flotilla corsaria de Argel.

Y se asombra porque todos le habían dicho que estaba muerto y porque él mismo, con sus propios y renegados ojos calabreses, había contemplado cómo la gran galera verde de Mohamed Bey, en la que Mehmet embarcara, era tomada al asalto, a fuerza de cañonazos y una tempestad de arcabuzazos, por ese león imparable y salvaje que es don Álvaro de Bazán.

Sí, lo pudo ver con sus propios ojos y por eso, porque vio la batalla y también vio la estela de cientos de cadáveres que los españoles iban dejando caer tras la popa de la apresada galera verde, y porque incluso le trajeron la cabeza desfigurada y un brazo del despedazado Mohamed Bey, tenía por cierto que el capitán que mandaba a los jenízaros embarcados estaría tan muerto y tan comido por los peces como el pretencioso nieto del gran Barbarroja.

Pero no, al igual que ya hiciera en Lepanto, Mehmet al-Rumi ha sobrevivido y regresa de entre los muertos y el espanto.

¿Es que la muerte no puede llevárselo? «Bueno», medita, «quizá todo sea cuestión de tiempo y de continuar dando buenas oportunidades a la Parca para que pueda lograrlo».

Y ante esa última idea, Ulug Alí sonríe con cruel regocijo y saluda, con fingida complacencia, al capitán jenízaro.

—Me complace mucho volver a verte, valiente Mehmet al-Rumi.

—Y a mí volver a contemplar vuestro esplendor, poderoso *Kapudan Pachá* —responde Mehmet exagerando tanto sus buenas maneras que todos los presentes saben que, debajo de ellas, se ocultan la burla y el desafío.

—No lo pongo en duda, intrépido capitán —replica Ulug Alí siguiendo el mismo juego. Pues son dos lobos asesinos que se saben aullando en manadas rivales y enfrentadas—. Pero mi felicidad es doble, pues vuelves de la muerte justo cuando los cristianos nos dan al fin una oportunidad para derrotarlos cumplidamente.

Ante esa revelación, Mehmet se tensa; y Ulug, que lo advierte, goza de poder exponerle lo que le acaban de comunica:

—Llegas sin haber tenido ni tan siquiera tiempo de adecentar un poco tu aspecto y por eso, valiente capitán, quizá aún no sepas las nuevas: don Juan de Austria ha dado orden de que su sobrino, el príncipe de Parma, desembarque en Navarino y trate de tomar la plaza.

Mehmet se toma su tiempo. Ciertamente, no ha tenido tiempo de nada, excepto dejar, bien guardada por sus hombres en la galera roja, a Angela Dominica. Pero aquella nueva, el desembarco de una fuerza cristiana mandada por alguien tan próximo al General de Cristo, es algo a tener muy en cuenta.

—¿Os dais cuenta? —pregunta y Ulug Alí se dirige no solo a Mehmet, sino a todos los consejeros y oficiales que abarrotan la enorme sala—. Es un craso error el que han cometido: el tiempo no tardará en volver a ser malo y pase lo que pase, ya tomen Navarino o fracasen ante sus viejos muros, los cristianos habrán perdido.

Mehmet asiente sin poder evitarlo: ¿cómo ha podido cometer ese error don Juan de Austria? Pues Navarino no tiene importancia estratégica alguna. De modo que las fuerzas que empeñen los cristianos en la empresa se verán expuestas por nada: si toman la fortaleza, de ningún provecho será; y si fracasan en su empeño, la marca de la derrota pondrá fin a la campaña y el ánimo cristiano, tan exaltado tras Lepanto, quedará gravemente menguado.

Además, octubre ha llegado. Sí, el mes de las tormentas: si don Juan no tiene cuidado ni se apresura, una tempestad puede

presentarse y llevarse a toda su armada a lo más oscuro de las profundidades de los mares. Tamaño desastre dejaría a las potencias de la Liga Santa a merced de la flota turca, a salvo en Modón y que, ya sin rival, podría navegar a capricho y poner de rodillas a Italia entera.

—Don Juan quizá no se haya dado cuenta —continúa, ufano, Ulug Alí—, pero ha iniciado una batalla que perderá sin remedio. Pues ya no la libra contra nuestras galeras y cañones, sino contra el tiempo y las tempestades.

Y el muy perro y tiñoso calabrés tiene razón. ¿Será al cabo capaz de lograr una gran victoria sobre la Liga Santa? De ser así, medita Mehmet, Ulug Alí no podrá ya ser frenado ni por Sokullu Mehmet Pachá ni por don José Nasí, y el tratado secreto firmado con Venecia podría ser papel mojado. Pues con una gran victoria a su favor, el partido de la guerra sin cuartel que encabeza Ulug Alí señalaría al sultán Selim que la idea de someter a Venecia primero y a toda Italia después vuelve a ser factible.

—Os revelaré mi plan —dice ahora Ulug Alí sacando a Mehmet de sus reflexiones—. Dejaremos que los cristianos desembarquen en Navarino y que la batan con sus cañones. Por supuesto, estorbaremos sus planes enviando contra ellos fuerzas por el lado de tierra, pero a la par…

Hace una pausa que acompaña con una larga mirada de sus ojos oscuros y astutos, como para que todos sean conscientes de su genio sin medida.

—…pero a la par, os digo, les haremos creer que no moveremos nuestras galeras de Modón—. Nueva pausa y, ahora, Ulug, la adereza con una cruel sonrisa—. Pero ¡por Alá, siempre victorioso, que las moveremos! Sí, en el día de Lepanto, el siete de octubre, cuando más descuidados estén, saldremos de Modón y los sorprenderemos en Navarino. ¡Y la sorpresa será madre de la más grande victoria obtenida por el islam sobre las olas del mar Blanco!

Y tienen tanta fuerza, tanta convicción, sus palabras que los cortesanos, consejeros y capitanes que colman la sala de tres naves del castillo de San Nicolás, estallan en un rugido de triunfo anticipado.

No todos. Mehmet calla y piensa que, si la fortuna termina jugando a favor de Ulug Alí, él se verá forzado a arriesgarse y, a su vez, a jugar en secreto y a favor del campo contrario, para así evitar que el *Kapudan Pachá* se imponga por completo en la corte del sultán.

—¿No te alegras, Mehmet al-Rumi? —le pregunta Ulug Alí fijando en él su mirada oscura, como de plomo lanzado por mosquete—. ¡Pues deberías alegrarte, buen capitán! Ya que he pensado en ti como hombre de confianza que enviar con refuerzos a Navarino.

Y al revelarle aquello el rostro del renegado calabrés se abre en una gran sonrisa de maliciosa plenitud.

—¿No te place? Sé, buen amigo, que has rozado, una vez más, la mano de la muerte. Pero también sé que el peligro es para ti tan excitante como el beso de una joven hermosa. Y a esos labios, los del peligro, te envío de nuevo, valiente Mehmet al Rumi.

Navarino, aunque ya pocos lo saben, fue en los remotos tiempos de los héroes la arenosa Pilos y en ella reinó el más sabio de los reyes: el anciano Néstor, pastor de hombres. Ahora, con su bahía abrigada por la isla de Esfacteria, la misma donde, dos mil años atrás, fueron atrapados los hoplitas espartanos por los atenienses, sigue siendo un lugar memorable, pero carente de héroes.

Pero volverá a tener paladines de inmediato, pues en la galera capitana de la gran armada cristiana que ha vuelto a fondear en sus tranquilas aguas don Juan de Austria abraza a su sobrino. Los dos jóvenes se besan como hermanos a la vista de todos y al separarse, se miran a los ojos con confianza y orgullo recíprocos, y generosamente entregados el uno al otro.

No son niños, ni necios ni bisoños sin experiencia de guerra de la que echar mano, y saben por tanto que desembarcar tropas y cañones en Navarino es una jugada arriesgada. Pero ¿qué podía hacer el General de Cristo? Venecia, siempre Venecia, se niega a volver a intentar un nuevo ataque sobre el verdadero punto decisivo, Modón, y no para de exigir que la armada haga un intento serio

contra Navarino que justifique ante la cristiandad el inmenso gasto que ha supuesto la campaña.

Desde Navarino, dicen los venecianos, se podrá luego marchar por tierra sobre Modón y, si eso ya no fuera posible, una vez tomada, podría servir para que en su espaciosa y segura bahía invernara la flota cristiana; de esa manera, podrían seguir bloqueando a Ulug Alí en Modón hasta que, retornada la primavera, se pudiera, con tiempo ya suficiente, tomar la fuerte plaza o, mejor aún, zarpar con rumbo a Levante y probar la reconquista de Chipre.

Por supuesto, don Álvaro de Bazán señala lo fantasioso de todo aquello: Navarino no tiene valor alguno como posición frente al turco y el gasto de hombres y tiempo los expondría a todos ante la acechante armada otomana y las inminentes tormentas que, sin duda y en breve, se desatarán. Es, luego, mucho riesgo para tan poca ganancia y si los venecianos insistían en aquello era solo porque pretendían hacer negocio. Pues, ¿quién aprovisionaría a la gran armada que invernase en Navarino? Venecia, solo ella, y lo haría con el trigo de Corfú y el vino de Zante, sus dependencias; unos víveres que la Serenísima se haría pagar bien caros.

—¡No podéis plegaros a esos malditos mercaderes del demonio! —se desgañitó, fuera de sí, el marqués.

Pero los «malditos mercaderes del demonio» son imprescindibles para que la Liga Santa que don Juan comanda siga siendo algo más que una promesa pronunciada ante el papa; y si no les concede la oportunidad de hacer un intento en Navarino, les dará la justificación que necesitan para retirarse a Venecia y disolver la alianza.

Y por eso está abrazando a su sobrino, Alejandro Farnesio, y enviándolo a tomar una vieja fortaleza al frente de cinco mil españoles y tres mil italianos, reforzados con doce cañones de asedio y un montón de oraciones. Pues van a necesitar a los ángeles y a todos los santos para poder rendir la plaza antes de que lleguen las lluvias de otoño.

«Por lo pronto», piensa don Juan al ver partir a tierra a Alejandro, «sigue luciendo el sol y quizá, con un poco de suerte, en un par de jornadas, Navarino vea coronadas sus viejas torres con los

estandartes de la Liga. De suerte que, aunque no pueda regresar a Mesina portando la buena nueva de un segundo milagro tan grande como el que obró en Lepanto, pueda exhibir a cambio una conquista y animar también con ella a la sometida Grecia para que se alce contra el sultán. ¿Y quién sabe? Quizá mi hermano, el rey Felipe, reconsidere entonces la cuestión de reconocerme y entregarme la corona de Grecia y la de los albaneses».

Esas, en verdad, y no las exigencias de los venecianos, son sus verdaderas y secretas razones para haber dado su asentimiento a la toma de Navarino. Pero confesar eso ante Bazán y los demás sería admitir que él, el General de Cristo, como el resto de los mortales, a veces se deja mandar por el orgullo y la ambición y no por el gobierno de la razón y el bien común.

Así que será mejor que todos sigan pensando que ha cedido ante Venecia. De tal suerte que, si triunfa, la victoria será suya; y si fracasa, Venecia será culpable.

En ese mismo momento, en la galera capitana de la escuadra veneciana, los capitanes de la Serenísima brindan con vino de Zante; el mismo, Dios mediante, que venderán a precio crecido a los españoles cuando todos se vean obligados a invernar en Navarino.

Pues con aquella jugada, convencer a don Juan de Austria para que tome Navarino, van a abatir dos palomas con una misma saeta de ballesta: prolongar la guerra sin que se logre nada importante, pues Navarino nada vale, y, a la par, engordar el tesoro de la República. Pues ciento setenta mil hombres comen y beben mucho y allí, en Navarino, el trigo, el aceite, las lentejas, las habas, el tocino y el vino solo podrán venir de Corfú, Zante, Cefalonia y Creta, colonias de Venecia.

Luego, cuando llegue la primavera, si todo va bien, estarán ante el mismo problema: Modón. Y como «ese» no tiene solución, tendrán ya la excusa lista para dejar la Liga Santa y volverse, ya abiertamente, hacia el sultán y la paz que en secreto les ha prometido.

Así que, por el León de San Marcos, es tiempo de brindar con buen vino de Zante por los españoles, italianos, flamencos y alemanes de don Juan, del príncipe de Parma y de don Álvaro de Bazán.

Lejos de allí, en los jardines de Topkapi que caen desde espaciosas terrazas hasta los azules del Cuerno de Oro, Selim, el segundo de su nombre, Sombra de Dios en la Tierra y Señor de los Horizontes, se lleva una rosa de invernadero a los labios y la besa pensando en su favorita, la bella Nurbanu.

Monta un espléndido caballo blanco y es un día perfecto en Constantinopla, pues ante él tiene un mar azul como zafiro, desde el Mar negro llega un viento fresco que revuelve el magnífico manto y los árboles que lo rodean, cubiertas ya sus hojas de oro, susurran hasta el infinito y como corresponde su glorioso nombre: Selim, hijo de Solimán, califa, césar, sultán y gran kan.

Deja la rosa caer al suelo y toma de nuevo el mensaje secreto que le ha hecho llegar su *Kapudan Pachá*, el valiente Ulug Alí; misiva de la que ni su primer visir, Sokullu Mehmet Pachá ni don José Nasí saben nada.

Eso, que los dos sabios consejeros que tan astutos se creen, nada sepan lo llena de orgullo y satisfacción. Y en cierta medida es la prueba de que él, Selim, después de todo, no es tan necio como creen todos los que lo rodean.

Sí, lo creen. Bendicen su nombre, por supuesto, y lo exaltan hasta lo indecible, cómo no; pero Selim no se engaña: en el secreto de sus mentes y de sus corazones, lo creen un tonto, un borracho, un pusilánime… «Bueno», concluye, «hay un poco de verdad en todo eso». Pero, ante todo, lo que hay es un hombre que, de tanto creer que perdería la vida en cualquier instante, se terminó por convencer a sí mismo de que lo mejor es exprimirla por completo antes de que se lo lleve la muerte.

Por eso se deja aconsejar, esto es, dominar, por su amada Nurbanu y por Sokullu Mehmet y don José Nasí: porque le ahorran

tiempo. Tiempo que puede dedicar a los placeres de la vida perfecta que desea y que es lo único en lo que realmente cree.

«¿Se enfadará mucho su Nurbanu si decido que aquello que le concedí en un momento de debilidad, la firma del tratado secreto con Venecia, queda en nada? Bueno, ya se verá…».

Ulug Alí, cinco días atrás, le escribió en secreto desde Modón informándole que los cristianos han vuelto a ver frustrados sus intentos de tomar la gran fortaleza y que la flota del sultán sigue a salvo e intacta, aguardando el momento propicio para dar batalla.

Sí, eso dice la misiva y algo más, algo que le pone una sonrisa en los labios: Ulug Alí dice también que tiene constancia cierta de que Sokullu Mehmet Pachá y don José Nasí tienen espías entre los venecianos y españoles, y que esos *Occulti* no laboran por la victoria, sino porque nada se decida y la guerra continúe, durante toda la campaña, en unas anodinas tablas.

«¡Ay, Ulug, si tú supieras que nada de eso me extraña y que he firmado un tratado con Venecia en el que se acuerdan tales cosas!».

Pero la última línea de la carta del *Kapudan Pachá* es la más interesante: Ulug le comunica que ha logrado, mediante sus propios agentes infiltrados entre los mandos de la flota enemiga, enterarse de que don Juan de Austria considera seriamente plegarse a las exigencias venecianas de desembarcar en Navarino para forzar la conquista de la plaza; y que si el capitán general de la Liga Santa cae en semejante trampa, y Alá así lo permita, sacará, cuando más entretenidos estén los enemigos en el asedio, la flota de Modón y caerá a sangre y fuego sobre la descuidada retaguardia de la cristiana, llevándola al desastre y la derrota como venganza por la ofensa que las armas del sultán, un año atrás, sufrieron en Lepanto.

«Eso, de conseguirse, lo cambiará todo», piensa ahora Selim, «pues ¿para qué acordar entonces una paz por separado con Venecia?».

Imaginando con gozo semejante posibilidad, la de una gran victoria del islam que elevara su fama personal hasta dejarla por encima de la de su padre, Selim deja caer la rosa al suelo, entre las patas de su brioso caballo blanco; esboza una lánguida sonrisa

cuando uno de sus esclavos, a toda prisa, recoge la flor bendecida por las manos del santo califa y sultán.

Selim, sin dejar de sonreír, medita entonces sobre el parecido que guardan su favorita, la bella Nurbanu, y la rosa que tenía entre las manos: tan hermosas y tan fáciles de dejar caer.

28

Un príncipe en el barro

Del dos al cinco de octubre de 1572. Centenares de hombres saltan al agua, sujetando bien altos los arcabuces y los frascos de pólvora, y en cuanto pisan arena seca se despliegan en abanico para, de inmediato, ser reforzados por las picas, protegiendo así a los camaradas que tratan de poner a salvo los doce cañones pesados con los que deberán batir las murallas de Navarino.

No va a ser tarea fácil, ya que la amplia y abrigada bahía está rodeada de colinas cubiertas de olivares, pinares y campos de trigo segados meses atrás y sobre todas las cimas, se ven formaciones enemigas: soldados de infantería y escuadrones de ligeros jinetes. Además, desde la plaza, los cañones turcos hacen ya fuego y el tiempo, que era el que faltaba, está empeorando a paso vivo mientras los cristianos aún están desembarcando.

Y se pone a llover. Una lluvia tranquila, serena, pero persistente que, poco a poco, va transformando el polvo acumulado por el tórrido verano, en pegajoso barro.

Monteagudo, Gregor de Gordon y Miguel el Moro dan ejemplo: se disponen entre los artilleros y empujan con todas sus fuerzas el enorme cañón de cincuenta y seis libras. El monstruo, bien metido en el barro, se resiste, pero son quince los hombres que empujan y uno de ellos es un escocés gigantesco y errante que haría llorar de frustración y envidia al forzudo, homérico, Áyax Telamonio.

—¡Vamos, muchachos, empujad más fuerte que ya se mueve! —anima Monteagudo mientras la lluvia lo empapa hasta los huesos y el barro, soltando el hierro, deja de oponerse a que desclaven el cañón.

Por poco trecho, pues de inmediato, a escasos pasos, la pieza de artillería vuelve a quedar trabada en el barro; y aunque los

quince hombres exhaustos se dejan caer al suelo frío para ser sustituidos por otros quince, ni estos ni los que los siguen logran hacer avanzar el cañón mucho más de veinte o treinta miserables varas.*

Así que, cuando entre la cortina de agua que cae de los cielos, atisban Navarino, encumbrada en su alta colina y protegida al norte por acantilados y la arruinada fortaleza veneciana encaramada a una alta peña, y al sur por su incompleta y a medio construir sustituta otomana, se preguntan, agotados y tiritando de frío, cómo diablos van a lograr emplazar doce cañones en las alturas desde donde es factible batir las defensas enemigas.

Bajo la lluvia, el príncipe Alejandro Farnesio se sacude los cabellos negros para que el agua que desde ellos le baja por la cara no le ofusque los ojos. Rodeado por su guardia y por algunos nobles consejeros, lleva horas yendo de un lado a otro chapoteando entre el barro que, más rápido que un rayo, lo ha cubierto todo en cuanto la lluvia insistió en que ya era hora de que llegara el otoño.

No se da descanso: aquí ayuda a empujar un cañón, allí palmea la espalda cubierta de hierro de un caballero o bromea con un arcabucero que, desesperado por poner la pólvora a resguardo, se ha metido los frascos debajo de los pantalones.

Tiene bajo su mando a ocho mil hombres y doce cañones. Cinco mil de ellos son españoles y de los mejores y, entre estos últimos, destacando sobre todos, están los que sirven en las dos compañías del tercio del maestre don Lope de Figueroa y, muy particularmente, el centenar largo que obedecen al capitán José de Monteagudo. Hacia ellos se dirige ahora con el barro que le sube por los tobillos y se le mete en las botas mientras la lluvia arrecia y se torna tormenta que transita desde el agua fría al granizo.

Monteagudo, sentado en el barro junto a Gregor de Gordon, Miguel el Moro y el resto de su agotada compañía, ve venir hacia ellos al príncipe Alejandro Farnesio y advierte que el joven general, pese a estar tan empapado y embarrado como ellos, lleva en el rostro moreno una animosa sonrisa.

—¡Vengo a echar una mano con ese cañón, señores! —les grita mientras sigue avanzando hacia ellos a grandes zancadas y, sin darles tiempo a salir de su asombro, se pone a empujar la pesada pieza.

Los nobles y guardias que componen su séquito de guerra, tan turbados como los hombres de Monteagudo, se quedan helados un momento y luego, como la cosa ya no tiene remedio, a toda prisa, se ponen a empujar junto a su príncipe.

José, poniéndose en pie, menea la cabeza mientras una sonrisa le domina el rostro agotado al ver cómo el jovial y animoso Alejandro Farnesio, vástago de príncipes, emperadores y papas, está allí, a tres pasos, empeñado en mover un cañón metido dos palmos en el barro.

No es cuestión de quedarse quieto mirando, así que, viendo a Miguel Martín cargado con una gruesa soga, se le ocurre la idea de que si quince hombres pueden empujar la pieza, otros quince pueden tirar de ella.

—Miguel Martín, ata bien esa cuerda gruesa en la boca de la pieza! —ordena quebrando la parálisis de asombro y cansancio que a todos embarga—. ¡Eusebio, busca otra soga y haz otro tanto!

Y así, en breve, quince hombres de la compañía se suman, tirando, a los que empujan con Alejandro Farnesio.

Y el cañón se mueve. Bajo la lluvia el pesado hierro destinado a retumbar como trueno, va trepando por la altura en cuya cima debe ser dispuesto. Es una agonía de treinta hombres sin aliento que, sin embargo, viendo al príncipe de Parma lleno de barro hasta las cejas y pugnando con la enorme boca de fuego con todas sus fuerzas, siguen empujando y tirando hasta que, pasadas dos horas, coronan la altura y dejan que los artilleros, tan rotos como ellos, dispongan la primera pieza de la batería.

—¡Arriba ese ánimo, señores, que no hay que dar tiempo a que los turcos nos desalojen! —exclama el incombustible príncipe de Parma que, quitándole una pala a uno de los artilleros, se pone a fortificar la posición.

¿Puede rendirse al cansancio si te manda un hombre así? Nadie. Pero la lluvia sigue cayendo, el barro sigue apresándolo todo y los

turcos, cada vez en mayor número, se preparan para atacarlos.

El tres de octubre estaban ya completamente preparados.

Desde donde se hallaban Monteagudo y los suyos, la altura donde habían logrado disponer ya cuatro de los doce cañones, dominaban la cerrada bahía con sus altos farallones al norte, la escarpada isla de Esfacteria al oeste y las colinas preñadas de viñas, olivares, rastrojos, matorrales y pinares abrazándola al este y al sur.

En las aguas, ahora grises, están fondeadas centenares de naves cristianas. Desde las defensas inacabadas de la fortaleza otomana, de tanto en tanto, los artilleros turcos ensayan algunas descargas para ir afinando el tiro para cuando se desencadene la batalla.

Y sigue lloviendo, y apenas si se ve algo en la penumbra gris que propagan, desde los cielos, las arremolinadas nubes de plomo.

Y el plomo se suma a ellas. Pues la infantería turca, miles de *levandat* y jenízaros, está avanzando, disciplinada e inadvertidamente, sobre las alturas donde los cristianos han dispuesto los cañones.

Y la calma se torna relámpago de cañón y mosquete, alarido guerrero y acero afilado bajo la lluvia inclemente.

Es el primero de muchos ataques. Aquí y allá, desde donde menos lo esperan, surgen compañías turcas que caen sobre las posiciones de la infantería española e italiana, desencadenando salvajes combates bajo el frío y la lluvia que dejan enrojecido el barro de Navarino.

Monteagudo, tosiendo, pues el frío se le ha metido hasta los huesos, ve por el rabillo del ojo, al otro lado de la cortina de lluvia, cómo pelea con arrojo el príncipe de Parma, Alejandro Farnesio: el joven capitán de hombres se defiende de los turcos blandiendo el montante y rodeado de su guardia y del fuego de los arcabuces de la compañía que, bien plantadas las picas y bien medidas las mangas de arcabucería, rechaza, vez tras vez, las cargas de la infantería enemiga.

Esa noche, tan rotos de cansancio como nunca antes lo habían estado, cuentan muertos y heridos y escuchan cómo les crujen las tripas. Pues el mal tiempo impide que desde las galeras les desembarquen vituallas con las que aliviar el hambre.

—Al menos ha dejado de llover —murmura, abatido pero con una cabezona sonrisa, el grandullón de Miguel Martín.

Y conforme lo dice, vuelve a llover y la miserable hoguera en torno a la que velan vacila ante el agua fría que le cae de arriba.

El cuatro de octubre fue tan malo que muchos jamás quisieron volver a recordarlo. La lluvia y el barro ya eran lo de menos y lo de más eran los turcos que, ahora reforzados por escuadrones de caballería ligera llegados desde Modón, Mistra y Monemvasía, galopaban de un lado a otro sembrando sorpresa y desconcierto entre los soldados de la Liga Santa que combatían entre las colinas y que seguían empeñados en colocar sus cañones en posición de tiro sobre las murallas de Navarino.

Muchos murieron en aquella jornada gris, tan fría, que un aguanieve vino a colmar sus desdichas y acompañó los cañonazos de la artillería enemiga, los asaltos de su infantería y las cargas de su caballería, hasta que la tarde decidió que ya no habría más luz ese día y se convirtió en noche.

Y amaneció el cinco de octubre. De nuevo, había dejado de llover, pero el cielo, tan gris como el futuro último de todo hombre, prometía que de vuelta, en breve, volvería a traer la lluvia. Y ya se sabe: el cielo siempre cumple sus promesas.

Mehmet al-Rumi está bajo la lluvia, rodeado de *sipahis* y jenízaros. Junto a él, montada en una yegua alazana de buen paso, envuelta en un pesado manto encerado, se halla Angela Dominica. ¿Que por qué la lleva consigo a la batalla? Porque si el buen tiempo regresa, vive Alá que la va a necesitar.

Por lo pronto, la muchacha, bendita sea, le regala su sonrisa bajo la capucha gris y la plomiza lluvia y eso le aligera el alma.

Manda a doscientos jenízaros, a trescientos *levandat* y voluntarios y a cuatrocientos *sipahis* montados sobre buenos caballos. Su propósito, por lo pronto, es cumplir las órdenes del *Kapudan Pachá*: participar en la defensa de Navarino y, si le fuera posible, capturar al príncipe de Parma; o, si no lo fuera, llevarle a Modón, como premio de consolación, su cercenada cabeza.

—Por pedir que no quede… —murmura, hosco, maldiciendo al tiñoso Ulug Alí.

Pero el calabrés es quien manda, por lo pronto, siempre por lo pronto.

Ahora, a media mañana del cinco de octubre, bajo cortinas de pesada y fría lluvia, aguardan su momento. Pues desde el norte, nada más amanecer, ocho compañías de leventes dieron asalto a la colina donde los cristianos han logrado emplazar ya casi a la mitad de sus cañones. El asalto ha sido brutal y sostenido, pero al cabo, tras horas de cargas y contra cargas, los leventes de los regimientos de Morea han sido rechazados.

Así que ahora es su turno de luchar, de afrontar el miedo y los horrores del combate y, quizá, también tiempo de morir.

—Quédate aquí, Angela —dice sin más a la muchacha. Pero acompañando sus palabras con una caricia de la mano derecha y una sonrisa cálida.

Continúa sintiéndose muy torpe cuando quiere decirle que la quiere, pero ya aprenderá a hacerlo mejor. La muchacha, por lo visto, sabe más que él de estas cosas, pues, acercando su caballo al de Mehmet, le echa los brazos al cuello y le da un largo beso.

No es mala manera esta de despedirte para que te vayas a desafiar al plomo y al acero.

—¿Sigues sin arrepentirte por no asfixiarme con aquella almohada? —pregunta él con cariñosa sorna cuando separan los labios.

—Me arrepiento todas las mañanas y todas las noches bendigo la hora en que decidí no matarte.

—Alá debe de estar satisfecho conmigo: no podía dispensar mayor bendición que mirarme en tus ojos de sol y miel.

Y con esa galante frase, tira de las riendas y, al paso, bajo la lluvia, conduce a sus setecientos hombres contra las posiciones donde aguardan, junto a los cañones, agotados pero imbatibles, los hombres de Monteagudo.

* La vara equivale a tres pies, por lo que apenas mueven el cañón entre 16 y 25 metros.

29

La última batalla

Cinco de octubre de 1572.

No están solos: al otro lado de la lluvia están los hombres de una compañía distinta del tercio y, un poco más allá, dos de mercenarios y voluntarios italianos y, en retaguardia, tratando de reponerse del último asalto turco, una cuarta compañía de lansquenetes alemanes.

Así que junto a los cien de Monteagudo, hay otros trescientos ochenta hombres. La mayoría son españoles, la mitad poco más o menos, y el resto, italianos, valones y alemanes y hasta algún lobo errante escocés, inglés, francés e, incluso, o eso se ha dicho, un peregrino polaco que, desviándose de su ruta a Jerusalén, ha decidido ganarse la indulgencia de la cruzada peleando en Navarino.

¿Indulgencia? Se la va a ganar de sobra y, con ella, también una entrada preferente al paraíso. Pues ya retumba de nuevo el barro con los pasos de la infantería turca y, si mucho no se equivoca, el temblor también anuncia caballería.

—¡En pie y alerta, señores, que vienen ya otra vez los infieles! —grita Monteagudo.

Mientras lo hace, caminando con el barro por encima de los tobillos, alcanza el borde de la cima donde están desplegados y, entre las cortinas de agua y gélida cellisca que el viento le arroja a la cara, atisba una belicosa mancha amenazadora que sobre ellos avanza en buen orden: la infantería en cerradas líneas y filas, y la caballería agrupada en el flanco izquierdo, aquel por el que la pendiente es menos pronunciada y lleva derecha hasta la batería que él y sus hombres defienden.

«Quién quiera que mande este nuevo ataque enemigo, sabe de guerra», se dice.

—¡Caballería por la izquierda y jenízaros y leventes por la derecha! —advierte—. ¿Dispuestas las piezas con metralla? —pregunta a Juan de Atenas, jefe de los artilleros.

—¡Dispuestas! ¡Pero, amén de pólvora y metralla, están cargadas con tanta agua y tanto barro que dudo mucho que disparen algo más que el pedo de una mosca! —responde el griego al servicio del rey de España.

—¡Pues más nos vale que tengan algo más que tirarles a la cara a esos turcos que vienen! —replica Monteagudo.

Se persigna y, dedicando una última oración por la buena salud de María, corre a ocupar su sitio entre los hombres de la compañía.

Gregor de Gordon ya tiene las dos manos, la que Dios le dio y la prótesis de plata que le puso el maestro artesano de Nápoles, bien cerradas en torno al puño de su descomunal espada. A su vera, siempre con su carita de pícaro gandul del Albaicín, está Miguel el Moro con su arma desenvainada y los rubios cabellos chorreando agua; ha desechado el morrión y, con tanta lluvia, tampoco carga con sus pistolas de rueda, ni con ningún arcabuz, sino con una rodela a la que piensa dar buen servicio.

Un poco más allá, el veterano Francisco de Cabra, a saber cómo, ha podido prender la mecha de su arcabuz y la está soplando. ¿Que es imposible? No, si llevas cuarenta años sirviendo bajo el estandarte del rey de España desde Argel a Flandes y desde las Alpujarras a Lepanto; eso, lo creas o no, casi te convierte en un mago con la pólvora y el arcabuz.

A la vera del veterano arcabucero, el grandullón Miguel Martín, aferrando fuerte una larga pica, se apresta a darle resguardo y, de paso, a proporcionárselo también al menudo Eusebio el Murciano que, con esa habilidad de quien todo lo observa con atención, ha seguido los pasos de Francisco de Cabra y ha conseguido prender el fuego para su arcabuz.

—¡Preparaos, señores! —alerta Monteagudo.

Tras su grito, en el silencio y la lluvia, se advierte ya claramente el golpear de los cascos de los caballos otomanos batiendo el barro.

Mehmet al-Rumi es buen jinete: aprendió a montar con los *sipahis* de la guardia y perfeccionó el arte con los turcomanos y tártaros que sirvieron a su lado en la campaña que afrontó en las lindes de Persia, allá lejos, en las pendientes salvajes del Cáucaso.

Ahora, pasando del trote al galope, afronta el último tramo de la pendiente y, alzándose sobre los estribos, echa una rápida mirada detrás y a su alrededor para comprobar que los hombres y caballos que manda siguen en buen orden. Luego, desenvaina el largo sable con el que va a dar descanso a su yatagán que, demasiado corto para ser usado a caballo, permanece envainado a su costado.

—¡Alá es grande, Alá es grande y solo él es vencedor! —aúlla bajo la lluvia y su caballo de batalla brinca hacia delante y el gozo del combate le inunda la mente.

Sí, pero antes, en un fogonazo, piensa en Angela Dominica y ruega porque nada malo le pase si él se deja allí, en el barro, la vida.

Contra toda esperanza, uno de los cañones cristianos cargados de metralla hace fuego. Y tras el estampido y el humo, una hoz invisible de plomo siega cuerpos humanos y destroza caballos. Pero el aluvión de hierro no frena la carga y los demás cañones, colmados de agua y barro, no acompañan la descarga de su atrevido compañero.

Así que la mayoría de los novecientos hombres de Mehmet al-Rumi coronan la colina y caen sobre los que encabeza José de Monteagudo.

Picas que se clavan cinco palmos en los musculosos pechos de los caballos otomanos y, aquí y allá, algún arcabuz que ha sorteado la lluvia y escupe, matador, una pelota de plomo; y hombres, esos nunca fallan, que se tiran adelante con la espada desenvainada o sujetando a algún turco para clavarle la daga en los riñones.

Bajo la lluvia, algunos matan y otros mueren. A eso, en verdad, se reduce toda guerra; y esta, tan sucia, tan embarrada y triste, no es diferente a ninguna.

La colina es ya un revoltijo de caballos que arrollan arcabuceros que se desesperan tratando de hacer fuego con sus armas y de leventes y jenízaros que, lanzando alaridos como demonios, se meten entre las filas de piqueros y espadachines de los tercios que,

como no van a poder usar pólvora con tanta lluvia, han echado mano de sus aceros.

Y no les va mal con ellos. Pues, apretando dientes e invocando a Santiago, los españoles resisten en torno a los cañones.

Pero a Mehmet y a sus jinetes, les va mejor con los italianos que, tras mantenerse firmes, ahora, atacados una y otra vez, van cediendo pasos y, poco a poco, son empujados desde la cima hacia la pendiente que baja a la playa de la bahía.

—¡Cerrad filas! ¡Cerrad filas o nos cercan y aniquilan! —advierte Monteagudo a voz en cuello.

Lleva ya la espada de la marca del «perrillo» roja hasta la empuñadura. Pues aunque la lluvia arrecia y la limpia de continuo, de inmediato vuelve a enrojecerla con sangre turca.

Y Gregor de Gordon es un ángel exterminador a su lado y Miguel El Moro, diestro como pocos, regala estocadas y golpes de rodela; y Francisco de Cabra y Eusebio el Murciano, a razón de un tiro cada dos minutos, pues la marca queda lastrada por la mucha agua, hacen fuego que rasga el gris y se lleva al otro mundo a quien alcanza; y Miguel Martín, grande como un oso, no da descanso a la pica y, ora matando un caballo, ora destripando a un turco, no permite que nadie se acerque con vida a sus compañeros mientras recargan.

Mehmet decapita limpiamente a un arcabucero italiano y gira la montura para reagrupar a grandes voces a sus jinetes. Arriba, por encima suyo, ya que la carga los llevó al otro lado de la colina, los jenízaros y los leventes, pese a sus esfuerzos, han sido frenados por los españoles que, reforzados ahora por los lansquenetes alemanes, se están rehaciendo.

—¡Vamos a por ellos, caballeros del sultán! ¡Cien sequíes de oro por cada cabeza de español que os cobréis! —anima el tuerto a sus *sipahis*, que pronto, como pesadilla de bestia y hombre confundidos en un mal sueño, se meten de nuevo entre los soldados del tercio.

Y se ven, sí, pero solo un instante; bajo la lluvia y entre la rabia, sus tres ojos se enredan un momento: ojo azul hielo y ojos negros de oscuro fuego.

Pero la batalla no permite más duelo que aquel que, a cada segundo, se sostiene con el horror y la muerte. Pues todo es vorágine y caos, lluvia y sangre, fuego y barro, y un peso en el alma que se te va quebrando ante tanta desdicha y cansancio.

Pues las manos se les cansan de tanto matar y el ánimo, Dios bendito, ya no les da para más espanto.

Mehmet percibe que allí, sobre la colina de los cañones españoles, nadie triunfará. La lucha es tan igualada, tan porfiada, que ninguna fuerza se impondrá.

Pica espuelas y dirige a su caballo hacia un arcabucero que, habiendo arrojado su arma de fuego, da puñaladas salvajes a un caballo que sujeta por el bocado mientras esquiva los sablazos desesperados del *sipahi* que lo monta. Ante sus sorprendidos ojos, Rodrigo de Ávalos, que así se llama el soldado, se abraza al cuello del caballo y, lleno de rabia y locura, derriba al noble bruto al suelo; y, mientras la bestia se revuelve y cocea, se arrastra por encima suyo, daga en mano, hasta el jinete turco que ha quedado con la pierna apresada y lo destroza a cuchilladas.

Mehmet, que no ha llegado a tiempo de prestar auxilio al *sipahi*, alza el sable para vengarlo y decapita a Rodrigo de Ávalos.

Gregor de Gordon es rápido: cargando contra el caballo de Mehmet, impacta contra su costado y la bestia, que trastabilla y da dos pasos de costado, casi se viene abajo. Pero, ya sabes, Mehmet es buen jinete y aprendió con los mejores, los tártaros de Crimea y los turcomanos de Anatolia y eso, piénsalo, le da cierta ventaja.

Y la aprovecha: dominando su montura, la hace recular y girar, y la alza de manos frente al gigantón escocés que, coceado, cae al suelo, indefenso y expuesto al largo sable que empuña el Jenízaro.

Mehmet talonea a su caballo y prepara el sable para dar muerte a Gregor de Gordon. La imagen del escocés, burlándose de él mientras lo arrastraba por las cadenas desde el pantoque de La Loba hasta su cubierta, se le prende en el recuerdo y aviva su rabia y su deseo de matar.

Al verlo sobre él, sable en alto, Gregor de Gordon alza la mano buena, pues la otra, la de plata, se le ha escapado en la caída y está revuelta con el barro.

¿Y de qué le va a servir alzar la mano que le queda? De nada, pero esas cosas no se piensan cuando están a punto de cortarte la cabeza.

—¿Cómo te quedará otra mano de plata? —pregunta Mehmet, cruel, sarcástico—. ¡Voy a ahorrarte el gasto, escocés, pues tras cortarte la maldita mano, seguiré dando trabajo al sable y me cobraré tu pelirroja cabeza!

Pero Miguel el Moro ha rodado por el suelo entre las patas del caballo de Mehmet y le ha clavado en la expuesta barriga su vizcaína. El noble bruto da un respingo y se encabrita, y el sablazo que debía amputarle la mano derecha a Gregor de Gordon, rasga el aire, siniestro pero impotente.

No hay tiempo para más, pues la bestia, enloquecida de dolor, sigue corcoveando y la lucha, cada vez más brutal y despiadada, los mete de lleno en un torbellino de gente enloquecida que se mata sin darse tregua ni respiro.

Y acude Farnesio a la cabeza de su guardia, reagrupando a los italianos, llevándolos de nuevo al combate, elevando el ánimo de los españoles y empujando a los turcos que, tras toda una larga hora de desenfreno bélico, al fin, se retiran bajo la lluvia.

—¡Maldita sea tu estampa, turco del demonio! —reniega Gregor de Gordon, que observa la retirada de los otomanos mientras se ata al muñón la mano de plata que Miguel el Moro ha encontrado metida entre el barro—. ¿Acaso el diablo ha dejado de ser diablo para alistarse como jenízaro? —pregunta malhumorado mientras termina de ajustar la última correa de la prótesis a la muñeca.

—El diablo, Gregor, no tiene tanta mala uva como ese tuerto —le replica el rubio moro de Granada sin dejar que su sempiterna burlona sonrisa se le borre de la bonita cara.

—¿Mala uva?

—Es una expresión, una forma de hablar —explica al gigante norteño con un poco de retranca granadina.

—¡Lo que ese jodido jenízaro tiene es sangre de basilisco corriéndole por las condenadas venas!

—¿Basilisco? ¿Qué es un basilisco?

—Déjalo, Miguel, son cosas de jodido noble escocés —replica Gregor con tanta sorna como la que antes le entregó el morisco—. Pues aunque en Escocia hay pocos libros, nos da por leer hasta el último. Uno de ellos, firmado por un tal Plinio el Viejo, hablaba de esa maldita bestia, el basilisco, tan diabólica, tan mortífera, que bastaba colgar su fea piel de los techos de los templos para que no se atrevieran a entrar en ellos ni los ratones ni los pájaros.

Miguel, ante lo que considera un invento del escocés, se echa a reír bajo la lluvia y Gregor de Gordon, que siempre está dispuesto a sumarse a una buena risa, alza el rostro hacia la lluvia y suma a las del morisco sus escocesas carcajadas.

Y es que a los soldados, cuando han sobrevivido al infierno, para no volverse locos les da por cosas como esas. Pues así, aunque no lo creas, te sacas el miedo y el vértigo que has tenido que comerte para poder seguir combatiendo y no dejar solos a los tuyos.

Al día le da por seguir lloviendo. El barro de la colina de los cañones de los españoles ha quedado convertido en un matadero y otro tanto ocurre con el resto de las lomas y los campos donde se ha combatido; en ellos han quedado tendidos más de setecientos cristianos, españoles e italianos, amortajados con lodo, agua y frío, y entremezclados con casi dos mil turcos.

30

Las derrotas

Seis de octubre y la lluvia arrecia. Navarino es ya un fangal que no puede tragar más agua. Sin víveres, con los cañones clavados en el barro, sufriendo continuos ataques turcos y con la pólvora tan mojada que no sirve de nada, los hombres de Alejandro Farnesio tratan de averiguar si ya se ha hecho de día; las nubes, de tan apretadas y oscuras, parecen querer que duden.

El príncipe de Parma está roto de cansancio y con tanto frío que le castañean los dientes. Ha peleado en primera línea y tan arrojadamente que su tío, don Juan de Austria, enterado de ello, ha enviado correo urgente para reconvenirlo por exponerse en demasía. Alejandro sonríe ante la ironía: que sea precisamente don Juan, que tantas veces se expuso en Galera, Serón, Tíjola y Lepanto, y que tantas veces fue reconvenido por ello por su hermano el rey, es hermosa broma.

Pero era necesario jugarse la vida, pues ahora, cuando pasea entre los hombres tratando de levantarles el ánimo, lo miran con admiración y lo sienten como uno de ellos. Ahora, lo sabe bien, podría pedirles que lo siguieran al infierno y no dudarían ni un momento en acompañarlo en tal empresa.

Y en el infierno están. Uno frío, húmedo, embarrado y cada vez más repleto de demonios; los exploradores que ha destacado le acaban de informar que miles de jinetes turcos se están aproximando para reforzar, aún más si cabe, a las tropas otomanas que defienden Navarino.

Aquello es la estocada final: con sus ocho mil hombres y doce cañones, de los que ha perdido casi un millar de los primeros y tiene inservibles a los segundos, es imposible confiar en poder tomar una Navarino que ya defienden veintidós mil otomanos.

Don Juan de Austria piensa lo mismo: la derrota es manifiesta. Sí, y se la echarán en cara, con saña y alternativamente, españoles y venecianos. Pero sea quien sea quien cargue con ella, la derrota cierra la jornada de Navarino.

Como suprema burla del destino, esa tarde, cuando da orden a su primo, el príncipe de Parma, para que proceda a reembarcar cañones y soldados, el tiempo mejora; y aunque el sol se niega a salir, la lluvia cesa y deja paso a un frío impropio de octubre que parece dispuesto a secar el barro en unos días.

Pero no tienen ya días, carecen por completo de ellos. Igual que se ha desatado este temporal, se puede desencadenar una tempestad que los eche a todos a pique para alimentar a los peces.

No, no se puede seguir en el mar; y como Navarino no ha sido tomado, ha llegado la hora de ordenar levar anclas, partir para buscar un puerto seguro y disolver la armada hasta la siguiente campaña… o hasta la eternidad.

Ulug Alí es hombre de mar y de guerra. Por eso, venteando el aire como si fuera un lobo, advierte el cambio y en sus labios se agazapa la sonrisa del triunfo.

—Mañana, como había previsto, volverá el buen tiempo y mientras los cristianos están enredados tratando de reembarcarse en Navarino, yo partiré desde Modón y los pillaré con los pantalones bajados —dice para gozo de los suyos—. ¡Enviad mensaje a los capitanes que pelean en Navarino para que entretengan en lo posible a los cristianos y podamos cogerlos en plena faena! — ordena.

Y todos corren a preparar la que debe ser la más grande victoria del islam.

Monteagudo ha contado setenta y cinco hombres en servicio. Llegó a Navarino y Modón con ciento treinta y se va con cincuenta y cinco menos.

Pero, al menos, se van. Bajo un cielo gris y un viento frío, reembarcan o eso intentan. Pues los otomanos, como si les picaran

las avispas, no paran de destacar compañías de jinetes y de infantería para que los hostiguen de continuo.

En una loma que se alza sobre los cristianos que se afanan en la playa por arrastrar sus cañones y disponer a sus heridos sobre las barcas que llegan desde las galeras fondeadas en la bahía, Mehmet y Angela Dominica observan y aguardan.

—¿Estás preparada? —pregunta él, sin atreverse a mirarla.

Angela asiente. Tiene miedo, desde luego, pero a «ese» aprendió hace mucho a conducirlo hacia donde le conviene.

Pues ese es el secreto: al miedo, escuchadlo bien, no se le vence, sino que se le conduce, maneja y aprovecha para hacer esas cosas útiles que te alejan del desastre.

—Estoy lista.

Mehmet le entrega las palabras que deben ser dichas y añade a ella su yatagán y un deseo irrefrenable de que esté en lo cierto y no se equivoque. Pues, si yerra, perderá a Angela y nunca podrá perdonarse.

La noche es muy oscura. Monteagudo y los suyos tiritan de frío junto a una hoguera. Van a ser de los últimos en reembarcar y casi lo agradecen, pues no les quedan fuerzas ni para arrastrar los pies hasta las barcas.

Llevar de vuelta a la playa los cañones ha sido un suplicio y hacerlo bajo el continuo fuego de los tiradores turcos, una locura. Pero ya está hecho y los doce monstruos de hierro y bronce, duermen, seguros, a pocos pasos de ellos. Por la mañana, si Dios quiere, los subirán a bordo de las barcazas y, luego, dando cara al enemigo, reembarcarán ellos también.

Sí, y volverán a casa. ¿A qué casa? A la única que tienen, la única que es de verdad: con los suyos.

En su caso, con María, con Eleni y con su pequeño no nacido, pero que, Dios y la Virgen velan por ello, nacerá en enero.

«¿Cómo estará María?». Esa es la pregunta que tiene siempre en el pensamiento y que en breve, Santiago Apóstol se lo conceda, en breve podrá calmar.

En torno a ellos, por todas partes, se ven hogueras. Las de las otras compañías que no han podido reembarcar. Un poco más allá, en los disputados límites entre los campos, las colinas y las playas de la bahía, han sido destacados retenes y postas de guardia. De tanto en tanto, desde esas posiciones de avanzada, se oyen disparos sueltos. «Alguna patrulla turca que ha querido tentar suerte», piensa.

De la candela más próxima, llegan risas de mujer. Aunque parezca imposible, allí donde pelean los soldados, los siguen las putas y las lavanderas y también, algunas de sus esposas. Así que las risas femeninas no sorprenden a nadie.

Una mujer ríe más fuerte que las otras. Tiene una voz bien bonita y, por el acento, parece veneciana. Las cortesanas de Venecia son las más sofisticadas y tiene también fama de ser las más atrevidas y las más hermosas.

Esta lo es: de cabellos castaño claro que relucen a la luz de las llamas, de ojos de miel y cara bien trazada con una hermosa nariz, una generosa boca y unos altos pómulos arrebolados por las risas, el vino y las procacidades que le sueltan los hombres. Pero de todos se zafa y las manos hambrientas de carne de mujer, siempre fallan cuando quieren agarrarla.

Monteagudo, al fin, saliendo de sus pensamientos y su amodorrado cansancio la reconoce: ¡la loca que bajó saltando de la colina para facilitar la fuga de Mehmet! Sí, la misma que viajó con María y Eleni en una nave de Candía desde Corfú a la punta sur de la isla de la Sapiencia, para verse metidas allí de lleno en la furiosa batalla sostenida entre La Loba y la galera verde de Mohamed Bey Barbarroja.

Abre la boca para gritar y, a la par, ordena a su agotado cuerpo que se ponga en pie y eche a correr tras la mujer. Pero esta, danzando, riendo, se le echa encima y entre sus brazos se queda apoyándole los labios en el oído y susurrando lo que menos esperaba oír:

—Mehmet al-Rumi te envía las palabras que ahora te digo, capitán —dice en un susurro que adereza con un beso y una casquivana y fingida risa; y, abriéndose descaradamente el vestido, le muestra los senos, para luego, volviendo a acercar los labios a su oído, susurrarle las palabras de advertencia de las que es portadora.

—¿Qué…? —Es lo único que a decir acierta.

Ella ya no dice más, sino que recogiendo un tanto el manto que cubre su vestido, deja entrever la empuñadura de cuero rojo e hilo de oro del yatagán de Mehmet al-Rumi.

Con eso basta como prueba. Monteagudo no trata de retenerla cuando la joven, entonando una procaz canción, se aleja perseguida por dos borrachos alemanes que quieren gozar con ella como parece haberlo hecho aquel capitán español.

¿Ha sido un sueño? Puede haberlo sido. Todo sigue igual: los hombres medio adormilados o borrachos, que dormitan en torno a la hoguera y en las que arden próximas a ella, risas de puta, cantos de beodo y silencio extenuado de los que ya no tienen fuerza para nada.

Y a lo lejos, en el límite con las peligrosas colinas, disparos intermitentes de arcabuz y mosquete.

Angela corre perseguida por los borrachos que la maldicen y aprietan el paso.

—¡Maldita seas, muchacha! —reniega uno de ellos.

Y alarga la mano y aferra a la joven por el manto.

Solo por un instante, pues primero se queda sin mano y, un instante después, sin vida.

Al otro, Mehmet lo deja con vida. Sí, pero sin huevos.

El desgraciado se retuerce en el barro aullando de dolor y desangrándose mientras Mehmet y Angela se abrazan y se besan.

—¿Está hecho? —pregunta Mehmet.

La veneciana, feliz, orgullosa como la niña pícara que nunca ha dejado de ser, le contesta con la mejor de sus retadoras sonrisas:

—¿Cómo puedes dudarlo? —pregunta antes de volver a besarlo.

Monteagudo corre por la playa y a empellones despierta a un barquero. El hombre, malencarado, se apresura a abrir la boca para maldecirlo, pero, al verle el rostro, se traga las palabras.

¿Por qué tanta urgencia? Porque en las palabras susurradas por la muchacha veneciana había una temible advertencia: en mitad de la siguiente mañana, cuando la flota cristiana esté embarazada por completo en el reembarque de las tropas y cañones que habían desembarcado en Navarino, la armada otomana al completo, caerá sobre ella desde Modón para llevarla al infierno de la más completa derrota.

31

Una no victoria

Don Juan de Austria no da crédito a lo que le está diciendo don Álvaro de Bazán.

Es la madrugada del seis al siete de octubre, víspera del aniversario de Lepanto, y el gran lobo de mar le acaba de explicar que José de Monteagudo, a quien ambos conocen bien de las Alpujarras y Lepanto y que ha combatido junto a Alejandro Farnesio en Navarino, lo ha alertado de una trampa mortal tendida secretamente por Ulug Alí.

—¿Y por qué debemos creer al capitán jenízaro que envió el mensaje a Monteagudo? —pregunta el imperial bastardo.

—Monteagudo confía en él —responde, sin más, el marqués.

—¿Confiar? ¡Pero si ese diablo degolló a su hermano pequeño en las Alpujarras y lleva dos años batiéndose con él en duelo por todo el Mediterráneo! —exclama el General de Cristo, incrédulo y exasperado.

—Por eso mismo, excelencia, por eso mismo.

Y lleva razón, desde luego. Así que don Juan despierta a todo el mundo y, aunque venecianos y pontificios protestan como demonios, en cuanto amanece, los navíos de la flota cristiana son aprestados y salen de la bahía de Navarino, galera tras galera, para formar en batalla.

Ulug Alí maldice su negra suerte: allí, ante él, formados ya en batalla, están los barcos de la Liga Santa. ¿Cómo habrán advertido la trampa?

Ya buscará culpables, ¡por Alá y sus noventa y nueve santos nombres que los hallará!

Pero mientras tanto, no le queda otra cosa que hacer que dar a su armada la orden de virar en redondo y volver, calando todos los remos, bajo la protección de los cañones de Modón.

Mientras la flota otomana pone remos en espuma marina, se alza bien alto el sol de otoño.

Es siete de octubre. Un año antes, en Lepanto, él, don Juan de Austria, obraba el milagro. Ahora, aquí, en Navarino, debe conformarse con una «no victoria» que le ha permitido zafarse de la más completa derrota.

Presa del alivio y la melancolía, el hijo del emperador Carlos, el que creció siendo un niño cualquiera y ha terminado siendo el héroe de toda la cristiandad, siente el vértigo que experimenta todo aquel que roza el cielo una vez: de súbito, tiene la profunda convicción de que nunca volverá a tocarlo.

epílogo

Del ocho de octubre de 1572 a marzo de 1573.

Al día siguiente de recibir el mensaje, la armada de la Liga Santa partió para Zante. Atrás dejaban veintiún días de combates y acechanzas que, aunque vertida mucha sangre y oro, poco fruto les habían dado.

Tampoco lo cosecharon los turcos, pues, aunque habían retenido Modón, Corón y Navarino, no se habían visto capaces de plantear batalla general a la flota cristiana y habían perdido miles de hombres y varias galeras en los combates librados de continuo por tierra y mar.

Así que eran tablas las que la diosa de la fortuna había dictaminado.

Lejos, en Constantinopla, Sokullu Mehmet Pachá y don José Nasí lo celebraron bebiendo juntos café y trazando nuevos planes. En su gran casa, la vieja Esther la *Kyra*, satisfecha porque su astucia, una vez más, le ha permitido demostrar cuan alto puede llegar en este mundo una pilluela sefardí nacida en Toledo, contempla desde una ventana la ciudad que ama, Constantinopla, y ofrece dulces y sonrisas a sus dos rubias pupilas a las que salvó de la más terrible esclavitud y a las que legará su increíble fortuna. Y, mientras la *Kyra* regala pastelillos de miel y alegría, en el gran palacio, el sultán respira un tanto aliviado, pues al fin y al cabo, no tuvo que defraudar a la bella Nurbanu; pues sin una gran victoria en el haber de Ulug Alí, sería necio no cumplir con lo pactado en secreto con Venecia.

Y es que la Serenísima había hecho su parte, cumpliendo con el plan establecido y lastrando hasta lo indecible las maniobras y planes de don Juan de Austria. Sí, y de paso había tratado, hasta el último momento, de ganar dinero vendiendo trigo de Corfú y vino de Zante a las agotadas tropas españolas que regresaban, abatidas, del barro de Navarino.

Los mandaron al diablo, por supuesto, y las galeras españolas pusieron proa a Mesina tras separarse de las venecianas, de las maltesas y las pontificias.

Allí están ahora, en Mesina y es ya enero y una mujer está de parto jugándose la vida.

Monteagudo se muerde los puños y a su lado, dando grandes pasos como un loco, está Gregor de Gordon, tan atribulado como su capitán. Miguel el Moro está sentado, sí, pero se coge la cabeza con las manos y se mesa los rubios cabellos, cada vez que desde la habitación de al lado llegan los gritos de agonía de María la Bailaora.

Venir a este mundo es siempre más difícil que marcharse; y, si no, que se lo digan a vuestra madre.

La madre que está pariendo lanza un grito desgarrador que los pone a los tres en alerta y que los lleva, empujándose, hasta la puerta.

Allí se quedan, atemorizados por el silencio que sigue al aullido de insufrible dolor.

Y un niño llora.

Y empujan la puerta y Monteagudo, llorando, corre a la cama ensangrentada en donde lo espera María, agotada, pero con un niño en los brazos.

Y se abrazan, los tres, felices, dando gracias a Dios y besándose como si no pudieran creer que el milagro se hubiera obrado.

Pero ha sido hecho y un niña llena de vida está en sus brazos y ellos, José y María, vuelven a mirar al futuro con seguridad y alegría.

María murió en marzo de 1573. A los dos meses de haber parido a su hija: una niña tan morena como ella pero con los negros ojos de su padre.

Murió tranquila, sonriente, con su niña en los brazos y su hombre llorando a su lado.

El parto no la había matado, pero la dejó tan débil, tan falta de aliento que se fue apagando día tras día.

Pero fueron buenos días. Su niña, su María, que así se había empeñado José en bautizarla, era su más profunda alegría y cuando la tenía en brazos, cuando le arrimaba la teta a los labios, se sentía como nunca hubiera soñado.

La muerte le llegó dulce, sin avisar. Le estaba cantando una nana a la pequeña mientras le daba el pecho, cuando la luz eterna vino a buscarla. Así se fue, sonriendo, desde esta vida a la otra, infinita y perfecta que la aguardaba.

La enterraron un veintiséis de marzo y plantaron una cruz de mármol blanco y una lápida sobre su cuerpo enterrado y en ella mandaron esculpir unas breves palabras: «Aquí yace María la Bailaora, que fue soldado en Lepanto y madre en Mesina».

Esa tarde, tras el entierro, Monteagudo se metió el cañón de la pistola en la boca y apretó el gatillo.

—La dejé descargada, por si acaso.

Se vuelve hacia su maestre de campo y amigo, Lope de Figueroa, que, suave pero firmemente, le quita el arma.

—Tienes una niña a la que criar y amigos por los que velar —le dice antes de abrazarlo con fuerza.

Y Monteagudo se rompe en sollozos y, mientras se ahoga en lágrimas, maldice a la muerte y clama por lo que más ama, a la mente se le viene Mehmet al-Rumi; y se convence a sí mismo, pues o lo hace o se vuelve loco, de que el jenízaro ha sido el culpable de la muerte de su mujer y que, ahora, además de todo lo que Lope ha dicho, tiene que vivir para cobrarse venganza.

¿Pues acaso no fue el maldito tuerto quien abordó la nave gruesa de Candía donde viajaba María? Sí, él fue, y en la lucha que siguió María recibió los golpes que le provocaron tanto dolor, tanto sufrimiento y que la hicieron sangrar hasta el mismo día del parto.

A su mente viene ahora el rostro pálido, consumido, de su María y la angustia le remueve las entrañas y lo obliga a refugiarse, de nuevo y para no volverse loco, en el odio y la ira.

Y un pensamiento se le repite, como el golpe incesante del martillo del herrero: «Tuve tu sangre en mis manos y no quise

derramarla», se reprocha con saña. «Pues ella, mi María, como siempre tuvo razón: debí atravesarte con la espada cuando te tuve a mi merced o haberte pegado un tiro sin más, cual si fueras un perro rabioso», dice en su doloroso silencio, castigándose un poco más.

Luego, respirando con dificultad por el llanto que le sacude el pecho y la garganta, pronuncia las palabras:

—¡Pero, por Dios y por el alma de María, juro que volveré a tener tu sangre en mis manos! ¡Y que el día que eso ocurra, la derramaré por entero!

En Constantinopla, esa misma tarde, Mehmet al-Rumi abraza con fuerza a Angela Dominica, su nueva esposa: acaba de revelarle, entre gozo y lágrimas, que van a tener un hijo, pues está preñada de tres meses.

Mehmet llora y su pálido ojo azul ya no es de hielo glaciar, sino de amable cielo estival.

Entonces, el recuerdo de otra embarazada, de María la Bailaora, le torna a la memoria.

—¿Tendrán ya su hijo entre los brazos? —se pregunta en voz alta.

Angela, con esa intuición femenina que todo lo alcanza, sabe por quién se preocupa su hombre.

—Esa mujer española es fuerte y brava, como ellos dicen. Debe de haberlo parido ya y, aunque me has hablado de la enemistad tan fuerte que habéis sostenido, ruego a la Virgen y a san Marcos, que el niño esté sano —dice girándose y besándolo.

Él asiente. Ahora, ahora comprende cosas nuevas y profundas: las cosas de la vida que fluyen y continúan. Las que pueden tocarse en el vientre hinchado de una mujer que se prepara a dar nueva luz a esta tierra sombría.

—Es una ironía, Angela: el destino se ha complacido, de nuevo, en jugar conmigo —dice, reflexionando en voz alta—. Pues te revelaré ahora una cosa: aquel día, cuando os vi a las dos, a ti y a ella, juntas en la cubierta de la nave de Candía, sentí que tenía la

sangre de esa mujer en mis manos; y cuando decidí no derramarla, me sentí un poco más limpio y cerca de ti.

Ella asiente y unas lágrimas lentas, limpias, dichosas, le corren por las mejillas y le llegan a los labios antes de volver a besarlo y ponerlas en los suyos.

—¿Sabes, Mehmet? Tú también eres mejor de lo que crees.

Y debe de ser cierto, siempre lo es. Pero mientras Mehmet se convence o no de ello, lejos de allí, en Mesina, José de Monteagudo afila su espada y atesora su ira en espera de que algún día pueda volver a tener la sangre de su enemigo en sus manos.

nota histórica

Un tipo que se presenta voluntario para hacer un curso de artificiero es un hombre arriesgado. Yo fui ese tipo y por eso, ahora, treinta años más tarde, me atrevo con una segunda parte de *Hasta que pueda matarte*.

Bromas aparte, volver a dejar mi «territorio de caza» historiográfico, la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media, para incursionar de nuevo en el apasionante siglo XVI determinado por la gran rivalidad sostenida por los dos grandes imperios: el Español y el Otomano, ha sido, nuevamente, estimulante y sumamente exigente.

Máxime cuando los acontecimientos que recoge *Tu sangre en mis manos* son muy poco conocidos, no ya por los lectores de novela histórica –creo que esta es la primera novela que se dedica a la llamada Jornada de Navarino– sino hasta para los especialistas en el periodo.

Y, sin embargo, Navarino jugó un papel destacadísimo en la tremenda contienda universal que sostuvieron el imperio del Gran Turco y España. Sí, España, así sin más, pues lo de Monarquía Hispánica es uno de esos alambicados términos historiográficos destinados a no decir la «palabra prohibida» que, sorpréndase, era la comúnmente empleada por todos: venecianos, ingleses, franceses, turcos, alemanes y, por supuesto, españoles.

Y no es que nos falten fuentes, más bien son numerosísimas y apasionantes. Desde cartas cambiadas entre Felipe II y su hermano don Juan de Austria en donde se le ponen al corriente de las actividades de los *Occulti*, esto es, de los espías a su servicio en Constantinopla, hasta informes pseudo oficiales encargados para echar la culpa de la derrota estratégica cosechada en Navarino a los venecianos, pasando por romances escritos para celebrar las hazañas de don Álvaro de Bazán y toda suerte de documentos oficiales otomanos que nos ofrecen información sobre personajes tan fascinantes como don José Nasí o Esther la *Kyra*.

Y es que los hechos que se cuentan en *Tu sangre en mis manos* son rigurosamente históricos en su casi totalidad y otro tanto podemos decir de los personajes que desfilan por sus páginas.

Así, por ejemplo, la vieja Esther la *Kyra* existió y ejercía las funciones que se narran en la novela y don José Nasí, duque de Naxos y Señor de Tiberíades, es también cien por cien histórico y junto con el primer visir, Sokullu Mehmet Pachá, formó una alianza cortesana y soterrada, contra el *Kapudan Pachá*, Ulug Alí.

También es cierto que Selim II estaba bajo la influencia de tales personajes y que fueron ellos los que lo impulsaron a buscar una paz por separado con Venecia. Tratado secreto que se negoció a espaldas de don Juan de Austria y de Felipe II y en el que laboraron en secreto e intensamente, el embajador veneciano, Marco Antonio Barbaro, el de Francia, el obispo de Dax, y la favorita del sultán, Nurbanu, bajo la discreta dirección de José Nasí y Sokullu Mehmet Pachá y con la intermediación, imprescindible, de la *Kyra*, esto es, de Esther. Única persona autorizada a mediar entre el harén y el mundo exterior.

La paz, por cierto, se hizo pública en marzo de 1573 y fue tan escandalosa y tan traicionera a ojos de toda la cristiandad, que el embajador de Venecia ante el papa fue sacado de la presencia del santo pontífice a empujones. Sí, a empujones que le propinó personalmente el mismísimo Gregorio XIII.

Ya en Navarino, los venecianos fueron acusados de estar actuando traicioneramente y en acuerdo secreto con los turcos y, ciertamente, hicieron todo lo posible para torpedear los planes de don Juan de Austria, y para sacar provecho económico de la jornada, insistiendo en que la flota invernara en levante para aprovisionarla con trigo y vino de Corfú y Zante y obtener así pingües beneficios.

Navarino fue un error estratégico desde el principio. No solo porque Venecia siempre actuó de manera equívoca, sino también porque Felipe II estaba más preocupado por los movimientos de Francia que por los de la flota otomana y porque sus intereses se hallaban en el Mediterráneo occidental y no en el oriental. Así que la

jornada se inició muy tarde, casi al final del verano y por ende, era casi imposible que llegara a algo provechoso.

Para colmo, Ulug Alí hizo todo lo que su antecesor, el malhadado Müezzinzade Alí Pachá, muerto en Lepanto, no supo hacer: buscó un lugar fortificado desde el que hostigar a la flota de la Liga Santa sin arriesgarse a una gran batalla, pero impidiendo a la par que los cristianos lograran nada de provecho. De este nodo obtuvo que la iniciativa pasara del campo de la Liga Santa al del Imperio turco. Éxito estratégico y psicológico considerable y que, en los dos años siguientes, 1573 y 1574, daría grandes frutos: la salida de Venecia de la guerra y la reconquista de Túnez.

¿Pero por qué actuó así el almirante turco si la flota otomana había sido reconstruida por completo? El contemporáneo obispo de Dax, el embajador francés ante la Sublime Puerta, nos lo aclara: las galeras estaban construidas de mala manera, con madera aún verde, dotadas de cañones mal fundidos y tripuladas por marineros bisoños.

Pues aunque se ha insistido, una y otra vez, en que Lepanto no fue una batalla decisiva porque los turcos solo tardaron unos meses en restaurar su poder marítimo, lo cierto es que sus mejores barcos, sus mejores cañones, sus mejores marinos y sus mejores soldados estaban sepultados en las pelásgicas profundidades de Lepanto y por eso, en 1572, Ulug Alí hizo todo lo posible para no aceptar una gran batalla.

Pero don Juan de Austria, por su parte, no supo lidiar con las severas diferencias que había dentro del seno de la Liga entre venecianos y españoles y tampoco acertó con sus disposiciones tácticas para tomar Modón; para cuando se decidió por Navarino, ya era demasiado tarde.

Es rigurosamente cierto que don José Nasí financió la sublevación de Guillermo de Orange para crearle más problemas en Flandes a Felipe II. El judío sefardí era un gran jugador, por así decir y, a base de oro, logró triunfos diplomáticos tales como conseguir la doble corona de Polonia y Lituania para el futuro Enrique II de Francia.

Del mismo modo, también es del todo histórico que don Juan de Austria no logró sorprender a la flota turca en la bahía de Navarino, por mor de un error de cálculo al usar incorrectamente la ampolleta y la corredera, lo que motivó que se estimaran mal la velocidad y la posición de la armada cristiana. Ya en ese momento, corrieron rumores de que el «error» había sido otra cosa: traición.

En cuanto a Sokullu Mehmet Pachá es otro de esos personajes de novela que son plenamente históricos. Ascendido desde las filas a lo más alto del Imperio, estaba obsesionado con su gran proyecto de unir los mares Caspio y Negro y, para lograrlo, empujó a los tártaros de Crimea, vasallos del sultán, a atacar Rusia repetidamente.

El ambiente y descripción del harén imperial es también puntillosamente histórico. Nurbanu, la favorita, una cautiva veneciana que supo enamorar al príncipe Selim y que, con el tiempo, se transformó en uno de los grandes poderes en la sombra del imperio, es una de esas mujeres poderosas que han caído en el olvido y que, sin embargo, condicionaron el siglo.

Don Álvaro de Bazán es, por su parte, uno de esos héroes y genios de la guerra que deberían de tener cien novelas, cien ensayos y cien películas. Si en Lepanto fue decisivo, en Navarino también tuvo un papel destacadísimo. Su captura de la galera de Mohamed Bey Barbarroja es como la cuento; también es como se relata la terrible muerte de Mohamed Bey: despedazado a mordiscos por sus propios galeotes esclavos.

De hecho, la única licencia que me he permitido con don Álvaro de Bazán en Navarino es haber cambiado su gesta, la de la captura de la citada gran galera, del día 7 de octubre a finales de septiembre. Si así lo hice fue para darle más fuerza narrativa a la trama de la novela. Pero espero que el lector riguroso me perdone haber adelantado ocho o nueve días el glorioso acontecimiento.

Alejandro Farnesio se estrenó como capitán en Navarino. Fue valiente, arrojado y esforzado, tal y como cuento y la lluvia y el barro, amén de veintidós mil turcos, le impidieron tomar Navarino. En esta plaza ocurrió también otra hazaña: la de Rodrigo de Ávalos que, como cuento, se aferró al cuello de un caballo turco para derribarlo y matar luego a puñaladas a su jinete.

De hecho, hasta los más mínimos detalles de los combates de Corón, Modón y Navarino han sido reconstruidos con cuidado y siguiendo las fuentes primarias. Estas, por otra parte, tiene entre sí pequeñas diferencias y desajustes cronológicos y, por mor de la rivalidad entre venecianos y españoles, a menudo presentan los hechos bajo enfoques divergentes.

En fin, el país de Mani era, a fines del siglo XVI y hasta los primeros años del XX, tal y como lo describo: una tierra salvaje, rebelde y caótica que los turcos jamás dominaron y que nunca se sometió a nadie, hasta que el gobierno griego, ya en los años que median entre 1890 y 1920, logró imponer su autoridad administrativa y acabar con las vendettas entre clanes.

Muchos griegos y particularmente muchos maniotas, servían bajo los estandartes de España y también es cierto que albaneses y griegos ofrecieron a don Juan de Austria la corona a cambio de ayuda para librarse de los otomanos. Pero Felipe II, al contrario que el papa, no apoyó esa empresa y quedó en nada.

Los servicios secretos de España y Venecia actuaban como he referido y he puesto mucho cuidado, por ejemplo, en explicar como se usaban las tintas invisibles y otros procedimientos. Personajes aparentemente tan novelescos como Pedro Paolo Arcuri son totalmente reales; de este espía calabrés al servicio del rey de España se tiene noticia por cartas del mismísimo Felipe II en las que comunica a su hermano que el agente de los *Occulti* estaba tratando de comprar a Ulug Alí para que pasara información a España sobre los planes del sultán y para que entregara Argel.

Ulug Alí Pachá está también dibujado fielmente en la novela y por supuesto, armas, batallas, costumbres, paisajes y ciudades, trazados conforme a cómo eran hacia 1572.

Algunos habrán echado de nuevo en falta a Miguel de Cervantes. Pero, al contrario de lo que se sostuvo durante mucho tiempo, no estuvo en Navarino. Tampoco estuvo don Lope de Figueroa. Pues el gran maestre de campo fue enviado a España a llevar la feliz noticia de Lepanto y luego quedó allí por largos meses reclutando gente nueva para su tercio; cuando regresó a Mesina, la jornada estaba iniciada y no pudo participar en ella. Sí lo hicieron

dos compañías de su tercio y me he tomado la licencia de entregar la capitanía de una de ellas a don José de Monteagudo y Lope de Torices.

Por último, diré que he usado, ante todo, textos y documentos escritos por hombres que participaron en la Jornada de Navarino, así como un buen puñado de artículos y ensayos que sería demasiado extenso citar, pero a cuyos autores, colectivamente, doy las gracias de todo corazón.

Un último apunte: con *Hasta que pueda matarte*, algunos lectores críticos señalaron que María la Bailaora no era creíble como personaje. ¡Quéjense a la increíble realidad, por favor! María existió, peleó en Lepanto, recibió honores del mismísimo don Juan de Austria y sentó plaza en el tercio de don Lope de Figueroa.

Y para que nadie vuelva a quejarse de lo poco creíble que es la realidad histórica, apuntaré que espías como Angela Dominica aparecen citadas en varios textos de las décadas de 1570 y 1580. Pues no solo los hombres espiaban en la fascinante Constantinopla. Ciudad en la que, por cierto, comenzaba a popularizarse el café y a la que llegaban productos tan exóticos como plumas de ave del paraíso y en la que uno podía encontrarse con eunucos negros nacidos en lo que hoy es Mozambique, tártaros de Crimea, ingleses errantes, obispos franceses, sefardíes y moriscos españoles, comerciantes indios y gentes de todo tipo y condición y en la que, como narro en la novela, de tanto en tanto, se empalaba a los espías.

agradecimientos

Tu sangre en mis manos ha sido una novela muy exigente y ello por dos razones: primero, porque tuve que escribirla en momentos muy intensos en lo personal y, en segundo lugar, porque me impuso una labor extremadamente exigente de investigación que, sin el auxilio de mi buen amigo Francisco Cabello, habría sido casi imposible coronar con éxito. Gracias a él llegaron a mis manos o, por mejor decir, a la bandeja de correo de mi portátil, infinidad de textos y documentos de la segunda mitad del siglo XVI referentes al espionaje en tiempos del «gran juego» sostenido entre España y el Imperio otomano, la Jornada de Navarino, Ulug Alí, las cautivas cristianas hechas por los turcos, los derroteros que describían las costas del Peloponeso o a los arsenales de Constantinopla, por citar sólo algunos ejemplos. Paco, sinceramente, gracias. Te has ganado no sólo aparecer en estos agradecimientos, sino también un cameo en *Tu sangre en mis manos* como Francisco de Cabra. Espero, viejo arcabucero, que el guiño literario te guste.

Mi sobrino y amigo, Jorge Juan Soto, como siempre, estuvo a los mandos informáticos y me sacó de muchas dudas y errores con respecto a la conformación geográfica de lugares como Mani, Navarino, Corón y Modón. Muchas gracias, Jorge.

Juan José Sánchez guerrero, amigo y director del servicio del Préstamo Interbibliotecario de la Universidad de Granada no paró de traerme a casa libros extraños tales como la biografía de don José Nasí que en la década de 1940 se publicó en Estados Unidos. Gracias.

Mis lectores fieles, Inmaculada Rueda, Luis Sánchez, Miguel Navarro, Carlos Reyes y Mercedes García, leyeron el manuscrito. Muchas gracias, amigos.

Mi hijo Ciro Alejandro Aníbal Soto, filósofo y escritor de fantasía de la buena, leyó conmigo algunas partes y me dio sus sabios consejos. Compartir con Ciro nuestro gusto por la literatura, la

historia, la filosofía y mil cosas más, es siempre un lujo y un acicate. Máxime cuando durante los meses en que yo estaba enfrascado en *Tu sangre en mis manos*, Ciro lo estaba a su vez en concluir la tercera novela de su gran trilogía, *Los días del diablo* que, Dios mediante, estará en las librerías a la par que a ellas llega *Tu sangre en mis manos*. Gracias Ciro.

Kenza, como siempre, ha soportado infinitas horas de tener que ver como yo me encerraba en la biblioteca a escribir y mientras yo me extraviaba en otros siglos, ella se preocupaba de que todo funcionara. Gracias, eres maravillosa y contigo a mi lado me siento un gigante capaz de desafiar a todas las tormentas de la Tierra.

Mis amigos y abogados, Robi y Rosa, me dieron un empujón de optimismo con su excelente trabajo y, sobre todo, con su cercanía y amistad. He dedicado esta novela a Rosa y os aseguro que se lo ha ganado a pulso. Gracias de corazón y espero que Angela Dominica te haya gustado.

El alcalde de mi maravillosa ciudad, Santa Fe, en un momento difícil en que fuerzas jenízaras y corsarias me rodeaban, me manifestó su apoyo personal y no lo he olvidado. Por eso, Juan Cobo, valiente arcabucero, pelea como un valiente que no se arredra ni ante la muerte. Gracias de corazón.

Otro amigo, Miguel Martín, hizo por mí algo que pocos amigos harían: me ayudó a ordenar mi biblioteca. Empresa épica donde las haya y que ha merecido que un joven y grandullón Miguel Martín haga su aparición, pica en mano, en los combates por Navarino. Gracias, Miguel.

Eusebio Vidal, librero y amigo, murciano de pro, ha sido tan gentil y cercano que se ha visto trasladado, arcabuz en mano, a los molinos de Corón, a Modón y a Navarino. Gracias por tu amabilidad, Eusebio.

Hugo Cañete, a quien tanto admiro, me ha regalado un pequeño estudio que acompaña a la novela y que, como todo lo que Hugo hace o escribe, es un tesoro.

En fin, los editores y profesionales de Desperta Ferro Ediciones, gente brava y resuelta, han hecho que este libro se convierta en una pequeña maravilla editorial en la que se ha cuidado hasta el último

detalle. Alberto, Javier, Carlos, Óscar: cada aventura a vuestro lado me hace un poco mejor.

¿Y los gatos? Siempre a mi lado. Kira y Wendy se asomaron, de tanto en tanto, a comprobar que seguía vivo y cuando lo comprobaban, me ronroneaban y amasaban para inyectarme algo de su alegría y energía gatunas, o me daban unos cariñosos cabezazos para recordarme que era la hora del almuerzo y no de seguir en Navarino.

posfacio

La Monarquía y el teatro mediterráneo en el siglo XVI

Hugo A. Cañete

El mar Mediterráneo fue uno de los teatros geoestratégicos en los que tuvo que desplegar su política la Monarquía. El *Mare Nostrum* ha sido desde la Antigüedad una encrucijada de caminos, rutas comerciales y civilizaciones que han articulado sus contactos mediante vías de cabotaje jalonadas de enclaves continentales y de una miríada de islas. Ha sido, quien sabe si desde tiempos fenicios, la gran arteria comercial de Europa con el Lejano Oriente, prolongación de la ruta la seda en sus distintas variantes terrestres o marítimas del golfo Pérsico y el mar Rojo. Durante la Edad Media florecieron estados que, como «Petras» y «Palmiras» de la Antigüedad, se enriquecieron con el restablecimiento y consolidación de estas rutas comerciales.

A principios del siglo XVI, el Mediterráneo llevaba centurias dividido en dos grandes cosmovisiones, una cuenca noroccidental cristiana y una cuenca suroriental musulmana. El hegemón del mundo mediterráneo musulmán era el Imperio otomano, con capital en Constantinopla, sombra de Bizancio fenecida, que se había establecido firmemente en toda la ribera oriental y meridional, y que había continuado su expansión en la región noroccidental, haciéndose también con la península griega y con importantes territorios en los Balcanes y la cuenca del Danubio, donde amenazó los dominios de los Habsburgo. La ribera sur del Mediterráneo, costa de Berbería, estaba dominada por eyalatos, estados vasallos de la Sublime Puerta, como Argel, Túnez o Egipto.

En su ribera noroccidental, el Mediterráneo bañaba la fachada oriental de España, el sureste de Francia, la península itálica y la costa adriática. Una línea imaginaria norte-sur en el estrecho de Otranto delimitaba la zona gris entre las áreas de influencia de ambos mundos. Los dominios españoles del reino de Nápoles, Sicilia y Cerdeña –origen de tres de los tercios de infantería más antiguos–, junto con el bastión de los caballeros de la Orden de San Juan, refugiados en Malta, constituían la antemuralla mediterránea de la

Monarquía de Felipe II. España mantenía, además, un entramado de presidios en Berbería, como Melilla y Orán, bases avanzadas contra los piratas berberiscos, entregados a las razias de las costas cristianas y al comercio de esclavos.

El otro actor relevante del Mediterráneo cristiano era la República de Venecia, una potencia comercial que unía ambas cosmovisiones mediterráneas mediante una red de enclaves que jalonaban su rico comercio desde Chipre, en lo más profundo del Mediterráneo oriental, hasta la propia metrópoli. La Serenísima, una potencia media, con poca población, era una talasocracia al modo ateniense, volcada en su rico comercio. Su supervivencia se veía comprometida por factores que en siglo XVI la llevaron al límite. Por un lado, estaban los descubrimientos de España y Portugal y la codiciada apertura de rutas oceánicas que accedían a las riquezas del Lejano Oriente de un modo más eficiente y barato, al prescindir de los innumerables intermediarios que inflaban los precios de las mercaderías que llegaban a los puertos de Levante. Ello implicó que los productos venecianos dejasen de ser competitivos. La Serenísima no perdonaría fácilmente este mazazo a los reinos peninsulares, mostrándoles desde entonces una enemistad manifiesta que la llevó incluso a pagar al pachá de Egipto para que hostigase a los navíos portugueses del Índico.

Un segundo factor desencadenante de su crisis era su difícil relación con el Imperio otomano. Ambos se necesitaban para que las mercaderías de Oriente llegasen a Europa –difícilmente se aceptaría un barco musulmán en un puerto cristiano–; el problema era el reparto de la tarta, que con la reducción de los beneficios acabó convirtiéndose en un regateo a cara de perro. Si el instrumento de negociación de la Sublime Puerta era la demostración del poder militar –la amenaza de arrebatar a los venecianos sus enclaves de Levante–, las armas de Venecia eran entregarse a alianzas militares con otras potencias perjudicadas, como la denostada España, con la esperanza de que una derrota otomana puntual pudiese reconducir las conversaciones y situarla en una mejor posición negociadora.

Eso explica su comportamiento errático en las dos Ligas Santas. Pese a las campañas militares de los coaligados, Venecia nunca dejó

de negociar con el turco. Sus generales siempre mostraban desavenencias con los españoles, retrasaban las decisiones de los consejos de guerra con petición de instrucciones al Senado, demoraban la planificación y la ejecución de las operaciones, y, por su debilidad, evitaban cualquier situación de la que pudiesen salir malparados. En la batalla de Preveza (1538), con unas galeras muy mal guarnecidas de infantes, los generales venecianos ordenaron la retirada antes del choque con las galeras de Barbarroja, dejando en la estacada a las galeras españolas y del Papado. La falta de viento había puesto en apuro a las naves y una inferioridad táctica en el despliegue llevó a los venecianos a no arriesgar sus galeras, difícilmente reemplazables, lo que estuvo a punto de llevar al desastre a la armada aliada. Doria instó a los venecianos a hacer frente a las galeras otomanas, pero según el proveedor general de España, Francisco Duarte, testigo ocular, «y aunque segunda y tercera vez se mandó y proveyó esto [que atacasen], no se hizo, quizá por defecto de no entenderlo o porque Dios quiso que no lo entendiesen».[1]

Algo parecido pasó en la Liga Santa de 1571, cuando don Juan de Austria inspeccionó algunas galeras venecianas. Desconsolado, le confesaba a don García de Toledo, «éstas no están en orden cuanto yo quisiera y fuera necesario al servicio de Dios y beneficio común de la cristiandad».[2] Pero con las lecciones aprendidas de Preveza, España obligó a Venecia a meter en sus galeras infantería española e italiana del rey. Tras la victoria de Lepanto, bajados los humos del sultán y pasado el peligro, la Serenísima desescaló su estrategia de negociación y dejó morir la Liga Santa en 1573 entre dilaciones e indecisiones.

Aparte de las pequeñas incursiones y la guerra de corso habitual, en 1571-1572, en esta novela Mehmet al-Rumi y José de Monteagudo se ven enfrentados en dos tipos de operaciones a gran escala en este teatro: una campaña estratégica, enmarcada en la política expansionista del Imperio otomano, y una campaña a nivel operacional encuadrada en el marco de las expediciones destinadas a la mejora de la posición estratégica.

Solimán el Magnífico fue un hábil gobernante que había expandido su imperio sin descanso desde su acceso al trono. Tras acabar con la revuelta sufí y pacificar las fronteras de Persia, pudo centrarse en una expansión hacia Occidente, donde fijó tres ejes principales de progresión. Uno hacia el norte, hasta la cuenca del Danubio, que le permitió asentarse sólidamente en la Europa continental; otro hacia el suroeste, donde tejió una política de confederaciones con corsarios berberiscos que le llevó a dominar la ribera sur del Mediterráneo; y un tercero, frenado por las dos Ligas Santas, en el que ambicionaba pasar a la península italiana desde sus dominios orientales del estrecho de Otranto. Este eje expansionista, continuado por Selim II, suponía una amenaza directa para la antemuralla española, un peligro cierto para el papado, cabeza de la cristiandad católica, y, quizá, una sentencia de muerte para la República de Venecia, que vería liquidada de forma definitiva su entramado comercial con Levante. Esta amenaza llevaría a la coalición de las tres potencias contra el turco, dando lugar a las Santas Ligas de 1538 y 1571, que fueron testigo de la intervención en el Mediterráneo de grandes escuadras de galeras y naves con decenas de miles de infantes embarcados destinados a cercenar el poder otomano. La primera Liga no obtuvo resultados concluyentes, en buena medida por la extrema debilidad de Venecia y la intrincada red de equilibrios en la que sustentaba su supervivencia. Sin embargo, la Liga de 1571, en la que se ambientan las tramas de *Hasta que pueda matarte* y *Tu sangre en mis manos*, se alzó con la victoria naval de Lepanto, que, si bien no acabó con el poder naval otomano, sí terminó con sus ansias expansionistas en el Mediterráneo occidental.

Otro escenario propio de las operaciones militares del teatro era el de las grandes expediciones destinadas a obtener o frustrar una ventaja estratégica. En este contexto podemos citar los sitios otomanos de Castelnuovo (1539), Mazalquivir y Orán (1563), y Malta (1551 y 1565; y operaciones españolas como la expedición a Corón (1532), la Jornada de Túnez (1535), la Jornada de Argel (1541), la expedición a Los Gelves (1560), la conquista del peñón de Vélez de la Gomera (1564) y, como escenario principal de *Tu sangre en mis*

manos, las campañas de Cérigo y Navarino en los meses de agosto y octubre de 1572.

Lepanto fue una gran victoria. La armada otomana quedó prácticamente destruida. Que la victoria fuese decisiva dependía de la explotación que hiciesen de ella los coaligados. A las puertas del invierno el optimismo es desmedido y cada uno visualiza las ganancias en sus respectivas áreas de interés: los españoles los enclaves de la costa de Berbería, Venecia la recuperación de Rodas, Famagusta… ¿quién sabe?

Pero la alta política trasciende el nivel operacional y Felipe II debe sopesar con mesura sus próximos movimientos. Si don Juan de Austria es Capitán General de un teatro, el monarca, su hermano, rige los destinos de un imperio global. No ve con malos ojos que don Juan obtenga ganancias en Berbería, si los demás coaligados (¡Venecia!) se dejan, pero la ventana de oportunidad se acerca a su fin en el norte de Europa y no parece aconsejable tener dos grandes frentes abiertos tan distantes. Con el invierno encima, las galeras y la infantería española regresan a Nápoles y Sicilia. Antes de que acabe el año, la inteligencia informa a Felipe II de que Francia está en tratos con el turco para un ataque a posesiones españolas y que Venecia, como de costumbre, empieza a flojear, una vez salvado el peligro extremo, lo que hace sospechar que pueda abandonar la Liga en cualquier momento.

Don Juan, que le había hecho una promesa a los griegos, no pierde la esperanza de poder actuar antes de fin de año, pero García de Toledo ya le había prevenido antes de Lepanto del problema de las alianzas: «Nuestra armada es de diferentes dueños, y quizá a las veces cumple a los unos lo que no cumple a los otros […] y los que se hallaron en Préveza saben bien lo que esto importa».[3] Y no le faltaba razón, porque había un intenso esfuerzo diplomático en marcha para romper la Liga. Francia, muy debilitada por las Guerras de Religión y temerosa de las intrigas españolas, había firmado también una alianza con Inglaterra a principios de 1572. Los preparativos militares franceses en la fachada atlántica habían puesto a Madrid en guardia, pero aún faltaba el golpe definitivo: una

revuelta en los Países Bajos. El propio al-Rumi acude en persona a Dillenburg, en Alemania, a comunicar a Guillermo de Orange que su señor sufragará las actividades rebeldes, cuyas arcas están vacías.

Los Mendigos del Mar conquistan los puertos de Brielle y Flesinga en abril, a los que seguirá Haarlem unos meses más tarde. Y quedan amenazadas otras plazas como Middelburg y Goes. El peligro es grande. Se trata de enclaves estratégicos en las desembocaduras del Escalda, el Mosa y el Bajo Rin que pueden asfixiar el tráfico marítimo con los grandes puertos del interior, léase Amberes. Felipe II necesita su armada en el Mediterráneo occidental y en mayo le pide a don Juan «que vayáis entreteniendo y alargando vuestra partida a Levante, con gran secreto y disimulación para que nadie pueda entender que es por esta causa».[4] No debió guardarse tan bien, ya que Ulug Alí se paseó con la nueva escuadra otomana por el estrecho de Otranto sabedor de que la Liga aún no se había reunido.

Esto impulsa los preparativos y, finalmente, las partes acuerdan organizar en junio una armada de 250 galeras, 8 galeazas, 40 naves y 32 000 soldados –18 000 de España, 12 000 de Venecia y 2000 del papado–. La armada otomana se ha recompuesto con increíble rapidez: en junio de 1572, Ulug Alí dispone de 250 embarcaciones de guerra… una fuerza imponente, pero, como sucediese con la *Kido Butai* tras la pérdida de cuatro portaaviones en la batalla de Midway, una vez reconstruida no sería la misma. La Marina Imperial Japonesa recompuso su fuerza de portaaviones en unos meses, pero ni sus aviones ni el nivel de entrenamiento de sus aviadores eran ya los de Pearl Harbor. De igual modo, las nuevas galeras otomanas «eran de madera verde, los cañones de metal pobre, y los hombres de mar y remeros eran nuevos y los soldados se estremecían ante los relatos de Lepanto».[5] Algo de lo que también informaba Colonna a don Juan, «la mayor parte de las galeras muy ruines y mal armadas».[6] Otros informes del mes de septiembre aludían a que la mayor parte de las galeras «carecen de cañón de crujía».[7] Ulug Alí aplica también lecciones aprendidas en Lepanto y retira los arqueros de las galeras y los sustituye por arcabuceros, aunque ni de lejos los magníficos

tiradores que se perdieran en el revellín de San Telmo en Malta en junio de 1565. Además, viendo el impacto que habían tenido en la línea otomana las galeazas venecianas, el *Kapudan Pachá* turco ha ordenado armar varias mahonas con artillería extra para desempeñar la misma función. En estas circunstancias, a Ulug Alí no le queda otra que aguantar el envite de la nueva campaña cristiana con una estrategia defensiva, que articula en torno al eje Candia (Creta), Zante, Cefalonia, Navarino y Modón.

El verano se echa encima, pero don Juan debe permanecer en Sicilia con la escuadra por si hay que intervenir en el Mediterráneo occidental. En un consejo celebrado en Mesina el 7 de julio se decide que su lugarteniente Marco Antonio Colonna pase a Corfú a reunirse con el grueso de la armada veneciana con 51 galeras –13 del papa, 22 españolas y 16 venecianas–. Además, don Juan toma la medida extraordinaria de meter 150 soldados en cada galera, cuando la dotación normal era 50 y la de batalla 100; de ahí que en la novela el capitán don José de Monteagudo lleve los 130 hombres de su compañía embarcados, más bien hacinados, en La Loba de Bazán. Colonna llega a Corfú el 15 de julio y apresta 157 galeras, 6 galeazas y 19 naves. Tiene orden de proceder según actúe el enemigo, pero lleva instrucciones de no ponerse sobre ninguna plaza ni adentrarse mucho en Levante. El día 29 recibe carta de don Juan: Valenciennes ha caído y el peligro de una guerra con Francia ha pasado, así que «es su servicio [de Felipe II] que yo vaya en Lebante a daño del común enemigo, posponiendo sus cosas particulares en beneficio de la república cristiana».[8]

Se las promete muy felices don Juan, pero ese mismo día 29 zarpa la armada de Corfú. Colonna le responde «pensábamos con el ir adelante asegurar el daño que la armada enemiga pudiera hacer en Candia y en las más islas venecianas [...] Pero esta mañana quise el parecer de Gil de Andrada y del general veneciano [Foscarini] por la nueva que habíamos tenido de la venida de V.A.; y entrambos dixeron que convenía yr adelante, como se había tratado».[9] Esta carta se cruza con don Juan en el mar y este llega a Corfú el 9 de agosto con 55 galeras, 2 galeazas, 40 naves y 15 000 soldados,

encontrándose la rada vacía. No debió ser agradable para el Capitán General. Días más tarde le escribía a don García de Toledo, «Allegué a la dicha isla [...] donde no solamente no he hallado a Marco Antonio Colonna con su armada que tiene a cargo, pero ni aun una carta suya en que me avise a qué parte ha ido»,[10] y seguro que se acordó de sus premonitorias palabras («Nuestra armada es de diferentes dueños...»). Esta escapada de Colonna da lugar a la campaña de Cérigo.

El 31 de julio, Colonna se halla fondeado en Zante con 140 galeras, 6 galeazas, 24 naves y 25 000 hombres. Allí le llegan noticias de que Ulug Alí se encuentra en Monenvasia con 220 galeras y 6 mahonas. El 4 de agosto, Colonna fondea en la bahía de San Nicolás en la isla de Cérigo. Se convoca consejo y se decide combatir por el multiplicador de fuerzas que suponen las naves, pese a los problemas de maniobrabilidad con las galeras. Ulug Alí toma la iniciativa y el día 7 de agosto despliega su armada al sur de la isla de Cervi (Elafónisos). Los generales cristianos le salen al encuentro. Aunque finalmente no habría batalla, resulta interesante la maniobra táctica mostrada por los dos bandos. Alí se sitúa al sur de Cervi porque sabe que pasado el mediodía sopla viento del oeste y quiere asegurarse el barlovento. Colonna, por su parte, hace un despliegue en águila, como en Lepanto, con tres escuadras en batalla, una en retaguardia y una línea adelantada en la que intercala las galeazas y las naves. Los pilotos cristianos también conocen este rolar del viento y Colonna ordena que se remolquen las naves y se desplieguen en fila india en el costado izquierdo de las galeras, de modo que, con el arranque del ala derecha otomana, se viese hostigada de costado en toda su carrera por la artillería de las naves. Al final, el viento ni rola ni sopla –como en Preveza–, lo que obliga a que embarcaciones a remo tengan que ser destacadas por si hay que remolcar las naves.

Así se quedan las armadas todo el día. Por la noche, Ulug Alí apaga sus fanales y huye hacia el noroeste. Eso lo sitúa entre la armada de Colonna y la escuadra de don Juan, que corre el peligro de ser aniquilada por el turco. Marco Antonio envía de inmediato dos

embarcaciones a prevenirlo mientras se dirigen a su encuentro. El día 10, Colonna se topa con la armada otomana y se produce una pequeña escaramuza en la que se impone rápidamente la superioridad cristiana con el hundimiento de 5 galeras y la avería de otras tres. Alí comprende que, con una flota bisoña, es mejor volver a su estrategia defensiva. Colonna continúa hacia el norte y, tras dejar fondeadas las naves en Zante, entra en Corfú el 1 de septiembre. Por no esperar a don Juan y operar con una armada netamente superior, los coaligados han perdido un mes y una oportunidad de derrotar a Ulug Alí.

El 3 de septiembre se decide en consejo volver a salir en busca de la armada otomana, cosa que sucede el día 7 en formación de marcha de cuatro grandes columnas que, en caso de batalla, respetarán, al igual que en Lepanto, el orden de despliegue: la primera con 50 galeras (ala derecha, Álvaro de Bazán), la segunda de 63 galeras (batalla, don Juan), la tercera de 52 galeras (ala izquierda, Soranzo), y la cuarta con 29 galeras (reserva, Cardona); en total, 196 galeras más 8 galeazas intercaladas de dos en dos entre las tres primeras escuadras. Después de las experiencias de Preveza, Lepanto y Cérigo, las 33 naves quedarán fondeadas en Zante a la espera de instrucciones.

Según los informes, Ulug Alí tiene dividida su armada de 218 galeras entre los puertos de Navarino y Modón. Navarino está poco defendida, pero los cañones de la poderosa fortaleza de Modón protegen, cual boca de dragón, buena parte de la rada en la que se amparan las embarcaciones del pachá turco.

El día 15 de septiembre, don Juan fondea en las islas Strofades, a medio camino entre Zante y Navarino. El plan consiste en acercarse a este último puerto de noche y batir las galeras otomanas allí fondeadas al amanecer del día 16. Eso supondría un golpe definitivo para Ulug Alí, que, desposeído de casi la mitad de su armada, se vería obligado a retirarse. La armada cristiana zarpa a la caída de la noche rumbo a Navarino y durante la madrugada ¿la mala suerte?, ¿la incertidumbre de la guerra?, ¿la acción del viento?, ¿las agujas magnéticas en una galera atiborrada de objetos metálicos?, ¿el descuido?, ¿la traición?, hacen que un error de

navegación de 7 grados lleve a la armada a la isla de Prodano (Proti), unos 17 kilómetros al norte de Navarino, con la consiguiente pérdida del factor sorpresa. Ulug Alí ordena a sus galeras salir de Navarino y refugiarse con el resto de la armada en Modón, bajo los 400 cañones de la fortaleza.

La armada de la Liga acude a Corón (Coroni) a hacer aguada y el día 19 se pone de nuevo frente a Modón. Las galeras turcas tienen las popas en tierra y apuntan desafiantes su artillería proel a la boca de la ensenada bajo los cañones de la fortaleza. Se hace un intento de entrar por la fuerza, pero es imposible. Don Juan ordena que las naves de Zante fondeen en Navarino. El tiempo empeora y la tensión logística de mantener semejante contingente tan lejos de sus bases hace que las provisiones escaseen. Un intento de batir la fortaleza con baterías flotantes montadas en galeras es rápidamente desechado y, el 2 de octubre, un desembarco de 5000 hombres en Navarino para intentar apoderarse de Modón por tierra –en el que Monteagudo, Gregor de Gordon y Miguel el Moro dan ejemplo empujando un cañón–, es rechazado por un contingente de 20 000 turcos. La campaña de Modón se había agotado, sin más opción que la de retirarse. Todavía se producirían algunas escaramuzas, como el combate en el que se perdió Mohamed Bey, nieto de Barbarroja, contra La Loba de Bazán, antes de que don Juan ordenase la retirada, dando fin a la segunda y última campaña de la Liga Santa.

La coalición se disolvería a principios del año siguiente. Nadie tenía incentivos para seguirla. España, con sus problemas en Europa y sus fuentes de riqueza allende los océanos, no tenía mayor interés por el Mediterráneo más allá de la seguridad de la navegación y de los territorios de la parte occidental. Y Venecia, con la Sublime Puerta debilitada, volvía a tener mejores bazas para negociar las onerosas condiciones impuestas a su comercio. Si bien las campañas de 1572 no habían pasado de meros fracasos a nivel operacional, la victoria en Lepanto en 1571 fue un resultado decisivo a nivel estratégico. A primera vista, no supuso ningún cambio en el Imperio Otomano, que siguió siendo una potencia temible. Pero, a partir de 1571, su poder fue eminentemente terrestre. Lepanto logró frenar la expansión otomana por el Mediterráneo occidental, aquel eje de

proyección que había ambicionado un día Solimán, continuado por Selim y que, en la ocasión más alta que vieron los siglos, se vio truncado para siempre.

Notas

1. Cañete, H. A. (2018): «La batalla de Préveza», en *La Armada española (I). El Mediterráneo, siglo XVI.* Desperta Ferro Especiales, 14, 2018, 48-55.
2. Carta de don Juan de Austria a don García de Toledo, de Mesina a 25 de agosto de 1571, CODOIN (*Colección de documentos inéditos para la historia de España*), tomo III, Madrid, Impr. de la Viuda de Calero, 1842-1896, 15-16.
3. Carta de don García de Toledo a D. Luis de Requesens, de Pisa a 1 de agosto de 1571, CODOIN, tomo III, Madrid, Impr. de la Viuda de Calero, 1842-1896, 8.
4. Carta de Felipe II a Juan de Austria, 17 de mayo de 1572. CODOIN, tomo III, Madrid, Impr. de la Viuda de Calero, 1842-1896, 82 y 83.
5. Rodgers, W.L. (1967): *Naval warfare under oars. 4th to 16th centuries*, Annapolis, US Naval Institute, 216.
6 Carta de Marco Antonio Colonna a don Juan de Austria, de Gomeniza a 29 de julio de 1572, Archivo Secreto del Vaticano, cód. 3439, 265.
7. Cerezo Martínez, R. (1971): *Años cruciales en la historia del Mediterráneo (1570-1574)*, Madrid, Junta Ejecutiva del IV Centenario de la batalla de Lepanto, 226.
8. Carta de don Juan de Austria a Marco Antonio Colonna, de Palermo a 16 de julio de 1572, Archivo Secreto del Vaticano, cód. 3439, 267.
9. Carta de Marco Antonio Colonna a don Juan de Austria, de Gomeniza a 29 de julio de 1572, Archivo Secreto del Vaticano, cód. 3439, 265.
10. Carta de don Juan de Austria a don García de Toledo, de Gomeniza a 13 de agosto de 1572, CODOIN, tomo III, Madrid, Impr. de la Viuda de Calero, 1842-1896, 98.

Vi y noté la ocasión que allí se perdió [en Navarino] de no coger en puerto toda el armada turquesca, porque todos los leventes y genízaros que en ella venían tuvieron por cierto que les habían de embestir dentro del mesmo puerto, y tenían a punto su ropa y pasamaques […], para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos; tanto era el miedo que habían cobrado a nuestra armada. Pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que a los nuestros regía, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen.

Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, primera parte, capítulo XXXIX, edición de John Jay Allen, Madrid, Cátedra, [1977], 2018, 527.

Este libro se terminó de imprimir un 7 de octubre, fecha en que finalizó la Jornada de Navarino con la retirada de las naves de la Liga Santa, comandadas por el General de Cristo, don Juan de Austria.



Hasta que pueda matarte

Chica, José Soto

9788412815757

544

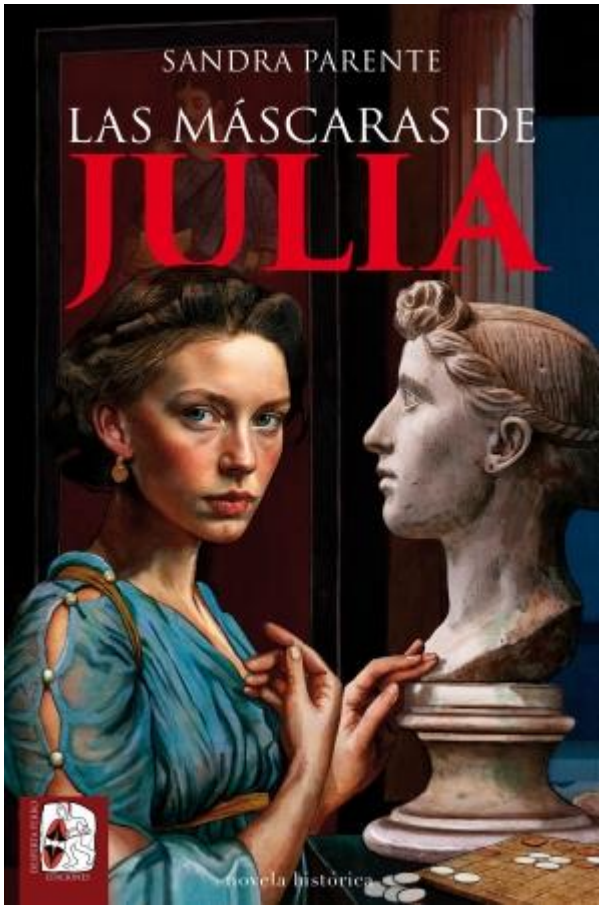
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Año del señor de 1569, año 977 de la hégira. Las Alpujarras, reino de Granada. José de Monteagudo, alférez del Tercio de Granada. Mehmet al-Rumi, jenízaro al mando de una *orta* turca. Dos hombres con una cuenta pendiente, dispuestos a hacer lo que sea para

saldarla. Lo que sea. *Hasta que pueda matarte es* una **novela histórica** que gira alrededor del deseo de venganza como imparable fuerza motora, con dos hombres enfrentados a muerte como enfrentadas a muerte estuvieron sus patrias, la Monarquía Hispánica y el Imperio otomano, pugnando por la hegemonía en un Mediterráneo surcado por galeras y tinto de tanta sangre vertida.

El renombrado novelista e historiador José Soto Chica hace danzar a sus dos protagonistas como derviches alrededor de una espada, dos hombres que se encuentran durante la infausta rebelión de los moriscos para perseguirse sin tregua. En medio, el tesoro de un rey y una mujer, María la Bailaora, que busca la manera de escapar de un destino que ella nunca decide. Una trepidante historia de odios y traiciones, que nos lleva desde una cueva en la escarpada sierra granadina al asedio de Galera, donde don Juan de Austria se batirá el cobre para demostrar que no es solo el hermano bastardo del rey Felipe II, para dirimirse en aguas de Lepanto, una –¿última?– oportunidad para que los dos enemigos se citen de nuevo con la de los ojos negros. Hasta que pueda matarte.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Las máscaras de Julia

Parente, Sandra

9788412984736

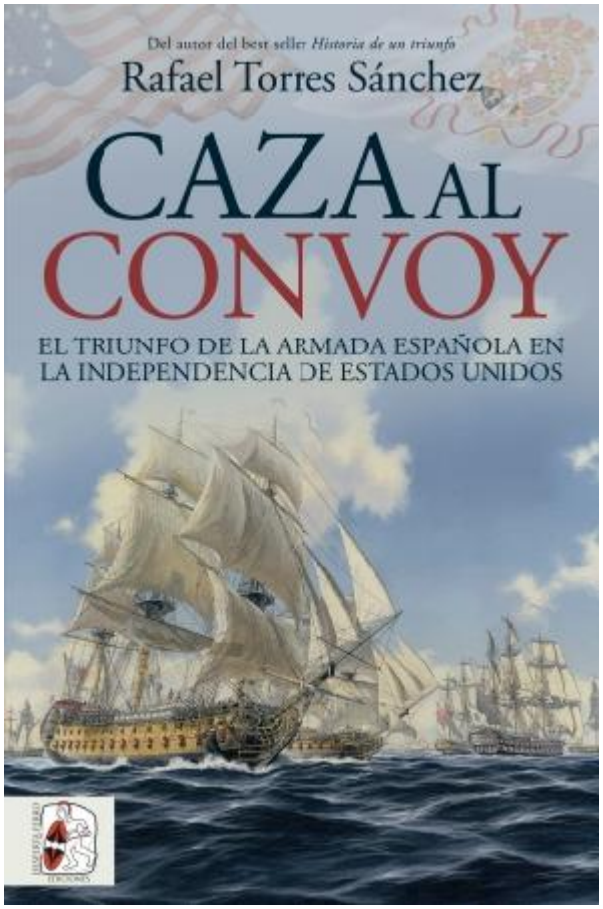
552

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

«Y entonces, como cuando acaba una obra de teatro, las máscaras se caen y somos lo que recordamos. Recuerdos». Roma, principios del siglo I de nuestra era. Augusto, *princeps*, domina con mano férrea el Imperio, aunque mantenga la ficción de una República restaurada. Pero bajo la apariencia de una concordia que impulsa la

recuperación de las viejas costumbres, late una represión que se cobrará víctimas incluso entre sus más allegados: su propia hija, Julia, acusada de adulterio, humillada públicamente y desterrada a un desolado islote del mar Tirreno. Años después, Julila, hija de Julia la Mayor y nieta de Augusto, indagará sobre lo que le ocurrió a su madre, para descubrir que la «historia oficial» que le contaron —a ella y a toda Roma— no es la verdad. Con un estilo íntimo y una trama coral, Sandra Parente nos adentra con su novela histórica***Las máscaras de Julia*** en el seno de la familia del primero de los emperadores romanos, envuelta en un clima de obediencia y de silencios impuestos a rajatabla, donde todos —Livia, Tiberio, Julia, el propio Augusto…— se esconden, como actores, tras sus máscaras. Julila, que pasará a la posteridad como Julia la Menor, ahondará en el drama que vivió su madre, la hija del césar casada tres veces, mientras debe tomar decisiones para no ser, ella también, una víctima.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Caza al convoy

Torres, Rafael

9788412984798

520

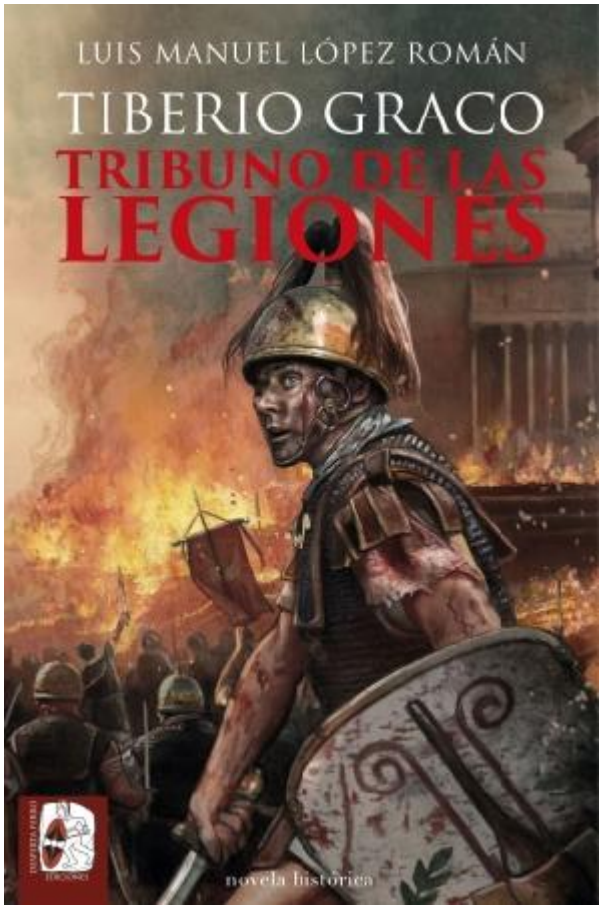
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El 9 de agosto de 1780, la Real Armada española asestó una estocada mortal a Gran Bretaña. En apenas una mañana, cincuenta y dos mercantes, ochenta mil mosquetes, tres mil barriles de pólvora, pertrechos para doce regimientos, un millón de libras en oro y tres mil prisioneros de un doble convoy con destino a Norteamérica

y a la India cayeron en manos del veterano capitán general Luis de Córdova, que provocó el mayor desastre logístico de la historia de la Royal Navy, arrastrando al Reino Unido al borde de la bancarrota y cercenando el esfuerzo bélico británico contra las Trece Colonias. Una guerra que, como demuestra la novedosa interpretación del libro ***Caza al convoy. El triunfo de la Armada española en la independencia de Estados Unidos***, más allá de los campos de batalla de Bunker Hill, Saratoga o Yorktown, se libró en buena medida en el océano Atlántico, una auténtica pugna entre las dos armadas más poderosas del mundo, empeñadas en hacer llegar los ansiados suministros desde Europa… o impedirlo.

Rafael Torres, autor del exitoso *Historia de un triunfo* y máximo experto en la Real Armada del siglo XVIII, despliega una narrativa vibrante para reconstruir en *Caza al convoy* una apasionante historia de estrategia y espionaje, en la que sus protagonistas se expresan con sus propias palabras, rescatadas de informes reservados y correspondencia privada, documentación inédita encontrada en archivos españoles, ingleses y americanos. A través de estos testimonios emerge un auténtico duelo de convoyes en el que España consiguió un triunfo abrumador y apenas estudiado: si la épica captura del doble convoy británico estranguló las posibilidades de victoria de los casacas rojas en Norteamérica, la exitosa llegada ese mismo mes, burlando el bloqueo enemigo, de una poderosa escuadra española al Caribe, con diecisiete buques de guerra y veinte mil hombres, proveería a Bernardo de Gálvez de los medios necesarios para abrir un segundo frente en la Florida. Hazañas navales en las que brilló una generación sobresaliente de marinos y que demuestran la capacidad operativa, la organización, el liderazgo o las cruciales redes de espionaje que podía desplegar la monarquía.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Tiberio Graco

López Román, Luis Manuel

9788412815764

792

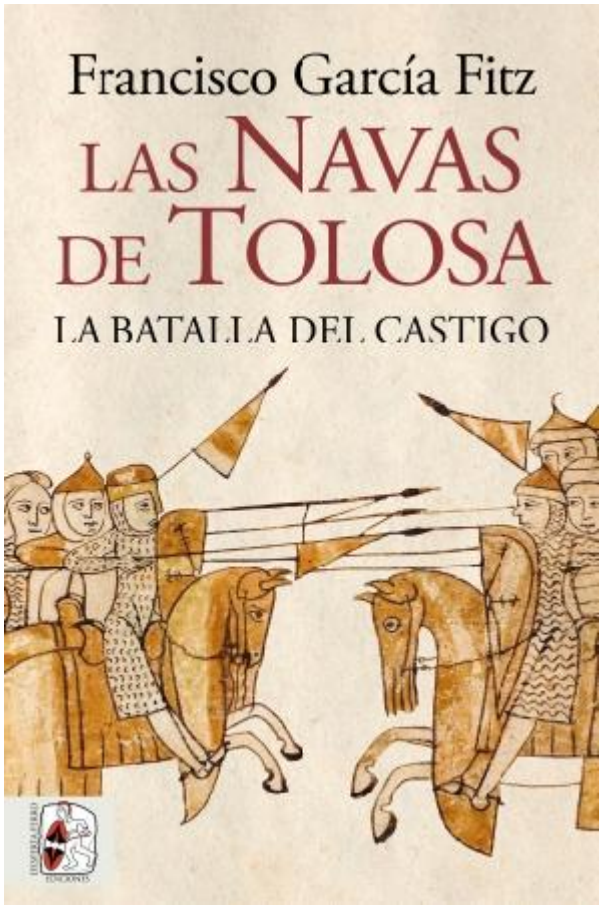
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

«Recuerda que eres mortal o Roma te lo hará pagar». Roma, mediados del siglo II a. C. El pequeño **Tiberio Sempronio Graco** empieza a conocer el convulso mundo en el que vive: la feroz pugna por el poder en el seno de la nobleza romana, ávida de prebendas y gloria; la cada vez más ancha fractura entre esa aristocracia

terrateniente y un campesinado sin tierras, con problemas para subsistir y empero obligado a servir en las legiones; el choque entre los viejos valores romanos y el helenismo… Un mundo que cambiaba a pasos agigantados, tan rápido como rápidas eran las dentelladas que la Loba daba a la ecúmene. De la mano de su padre, Tiberio iniciará su educación política, de su severa madre Cornelia aprenderá cuál es su lugar en el mundo, como hombre y como romano, y con su primo Escipión Emiliano asumirá que tiene un futuro por delante y que deberá tomar decisiones, no siempre sencillas.

La nueva **novela histórica** de Luis Manuel López Román, autor de la popular saga de Marco Lemurio, recrea la infancia y juventud de una figura que, como tribuno de la plebe, cambiaría la *res pvblica* romana para siempre. Pero antes de eso, fue tribuno de las legiones en África y empezó a forjar una carrera militar que lo llevó a protagonizar algunas hazañas y a encajar algunas humillaciones. De las calles de una Roma donde conviven altivos patricios con miríadas de desposeídos, pedagogos griegos y senadores de relumbrón, a ser el primero en escalar los altos muros de una Cartago condenada a la destrucción, el joven Tiberio aprenderá el valor de la amistad, pero también el regusto amargo que deja la traición, dos enseñanzas que marcarán una vida que encarnó todas las contradicciones de esa Roma que de ciudad se trocaba a imperio.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Las Navas de Tolosa

Fitz, Francisco García

9788412806816

672

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El lunes 16 de julio de 1212, en un paraje de Sierra Morena, **las Navas de Tolosa**, un ejército cruzado dirigido por el rey de Castilla, Alfonso VIII, y en el que figuraban otros dos reyes hispanos, Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra, al frente de los contingentes reclutados en sus respectivos reinos, las huestes de las órdenes

militares de Santiago, Calatrava, el Temple y el Hospital, así como multitud de voluntarios —leoneses y portugueses, pero sobre todo miles de cruzados «ultramontanos»—, buscó batalla contra un ejército musulmán reunido para dar guerra al infiel por el califa almohade Muhammad al-Násir, príncipe de los creyentes. «Nunca tantas y tales armas de hierro se habían visto en las Españas», escribió el coetáneo canciller castellano Juan de Soria. Lanzas y espadas se trabaron, sangre y sudor empaparon gambesones y cotas de malla, relinchos y gemidos de agonía resonaron en los riscos, en aquel tórrido día, hasta que la furiosa carga de la zaga cristiana decidió la jornada, arrasando el palenque almohade y quebrando a la guardia negra que, encadenada, defendía la tienda del Miramolín. La batalla de las Navas de Tolosa, considerada como un hito decisivo en la expansión territorial castellana, finalizaba, marcando el definitivo retroceso de al-Ándalus, punto de inflexión en las relaciones entre musulmanes y cristianos en la península ibérica. Un enfrentamiento excepcional, pero que Francisco García Fitz, medievalista señero y, sin duda, el mejor conocedor de las Navas, analiza más allá del mero prisma militar, para explicarlo dentro del marco general de la época, integrando además los aspectos políticos, materiales, sociales e ideológicos.

El libro ***Las Navas de Tolosa. La batalla del castigo*** no solo escruta al detalle el crucial choque —los objetivos de cada contendiente, las tácticas empleadas, sus consecuencias políticas y territoriales—, sino que también estudia los recursos bélicos, institucionales, organizativos e ideológicos puestos en liza, para explicarlo dentro del tablero estratégico peninsular y de su contexto histórico. Los cronistas cristianos no dudaron en presentar la firme voluntad de Alfonso VIII de enfrentarse en campo abierto al califa almohade como anhelo de venganza por su derrota en Alarcos, su manera de castigar a quienes le habían derrotado dieciséis años atrás. Y los cronistas árabes llamaron al choque la batalla de Al-Iqāb, una de cuyas posibles traducciones sería, precisamente, «la batalla del castigo». Si en el ámbito cristiano la carga de los tres reyes resonó como heraldo que anunciaba la derrota definitiva del islam, la

batalla fue considerada por los musulmanes como la «causa de la ruina de al-Ándalus». Todavía hoy, en las páginas de este libro, seguimos escuchando los ecos de las Navas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)